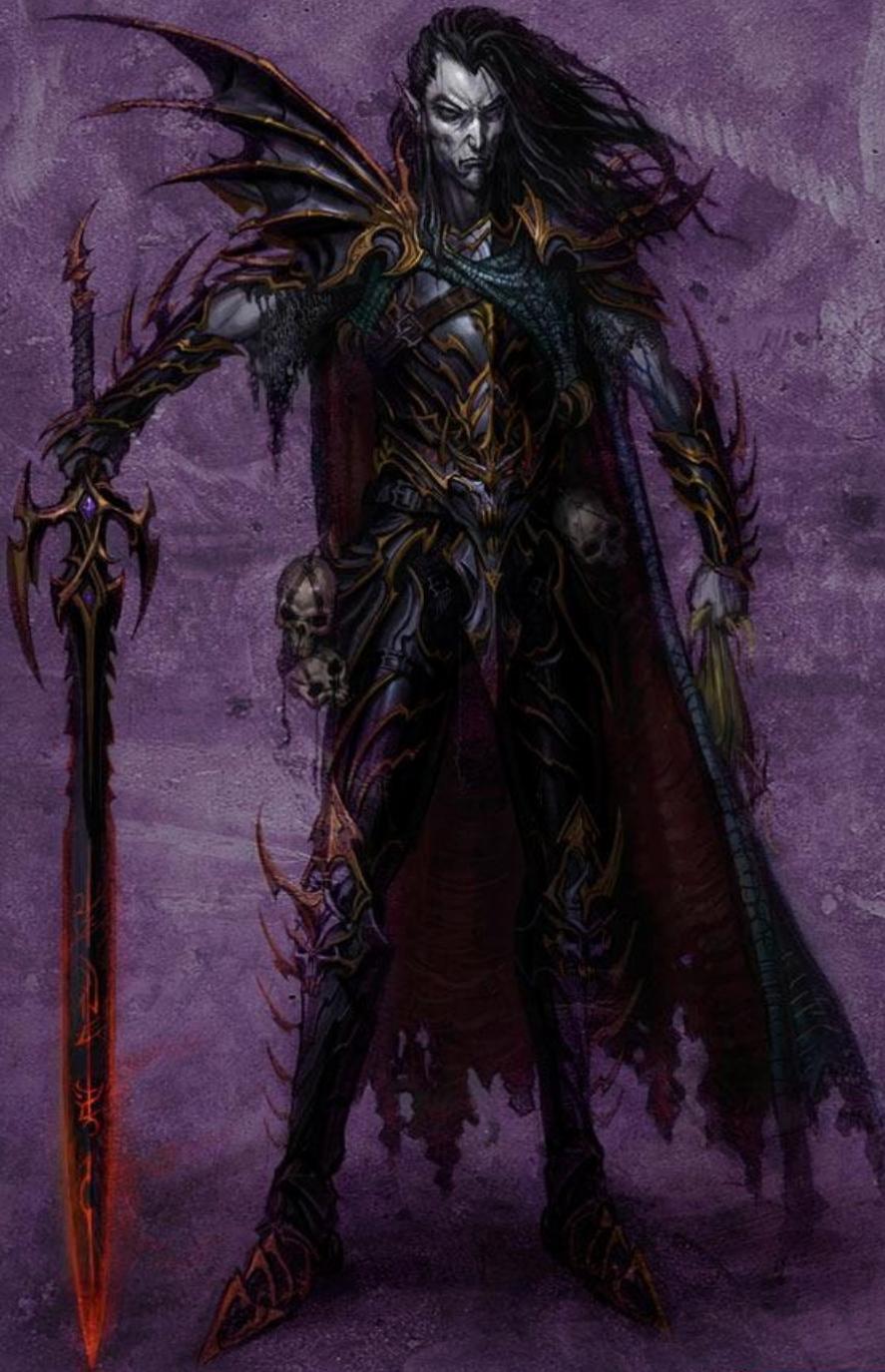


LAS CRÓNICAS DE MALUS DARKBLADE V

EL SEÑOR DE LA DESTRUCCIÓN

DAN ABNETT & MIKE LEE



WARHAMMER

Lectulandia

En el mundo de Warhammer ninguna raza es más temida que los elfos oscuros, y ningún miembro de esta raza es más astuto y traicionero que Malus Darkblade. Engañado por el inmundo demonio Tz'arkan, Malus dispone sólo de un año para encontrar cinco talismanes y llevárselos, o su alma inmortal será condenada. Tras muchos meses de penurias y aventuras, a Malus le queda por recuperar un solo talismán: el Amuleto de Vaurog. Al huir de Har Ganeth, el bellaco elfo oscuro es capturado y llevado a Naggarond, donde el Rey Brujo le ordena que lidere la defensa contra una invasión del Caos.

En medio del estruendo de la batalla, mientras asesinos y traidores siguen cada uno de sus movimientos, ¿qué posibilidades tiene Darkblade de encontrar el amuleto, y de llevárselo a Tz'arkan antes de que se acabe el tiempo?

Lectulandia

Dan Abnett, Mike Lee

El Señor de la Destrucción

Crónicas de Malus Darkblade

ePUB v1.0

Bercebus 28.11.11

más libros en lectulandia.com

1. La montaña del norte

Desiertos del Caos, primera semana del invierno

El frío viento cambió para soplar a ráfagas que transportaban nieve desde el sudeste y susurrar atormentados lamentos en las ramas más altas de los árboles. Urghal se inmovilizó de pronto, acuclillado en medio del sotobosque cubierto de nieve. Las fosas nasales del hombre bestia se dilataron al olfatear la presa, y sus finos labios se contrajeron en un rictus de hambre feroz.

Urghal giró la astada cabeza a derecha e izquierda y atisbo a sus dos compañeros de caza, Aghar y Shuk, en el momento en que se separaban y también se ocultaban. El denso bosque de montaña había quedado en mortal silencio salvo por el aullido del viento, y las largas orejas peludas del hombre bestia se meneaban sin descanso al esforzarse por percibir movimientos procedentes de algún punto situado más abajo de la pendiente. A lo largo de los anchos hombros del hombre bestia se tensaban y relajaban pesados músculos, y los tatuajes que decoraban su grueso pellejo se contorsionaban y movían de un modo inquietante. Respiraba lenta y profundamente, y flexionaba los dedos provistos de garras en torno a la nudosa empuñadura de un garrote toscamente tallado que sujetaba con las anchas manos. La caza había sido escasa desde que la manada había regresado a la fisura de la montaña y había recuperado su antiguo territorio. Dentro de poco, el nuevo señor de la manada comenzaría a seleccionar a los débiles y los lentos para matarlos y asarlos en las hogueras. Urghal no tenía la más mínima intención de ser uno de ellos.

El silencio se extendía por el oscuro bosque, roto sólo por el zumbido de las moscas que volaban en círculos alrededor de las llagas abiertas que el hombre tenía en el huesudo hocico. Entonces, sin previo aviso, le llegó el crujir de la vegetación, de zarzas y helechos que eran aplastados, y Urghal oyó el repiqueteo de unas pezuñas que batían la tierra margosa.

El hombre bestia escuchó atentamente mientras la manada de ciervos corría en estampida cuesta arriba, directamente hacia él. Los animales, presas del pánico, aplastaban y rompían helechos y arbustos al abrirse paso a través del denso sotobosque. Urghal ya los olía; eran quizá una docena, y el olor de su miedo le causaba escozor dentro de la nariz. Se pasó una gruesa lengua negra por los dientes rotos, salivando al pensar en el sabor de la sangre salada, caliente.

Veinte metros. Diez. Ahora Urghal veía ramas que se mecían al acercarse la manada de ciervos. Débiles sonidos le indicaron que sus compañeros de cacería se preparaban para atacar. Los músculos del hombre bestia se tensaron como resortes que hubiesen estado encogidos justo cuando la manada se le echó encima como una ola.

Un ciervo salió del sotobosque por la izquierda de Urghal y esquivó ágilmente el tronco de un oscuro roble con un movimiento frenético. El hombre bestia atisbo unos ojos desorbitados a causa del terror en el momento en que saltó fuera del escondite y acometió al ciervo con el pesado garrote de roble endurecido, que se estrelló contra un costado del animal, le astilló las costillas y le partió el espinazo con un seco chasquido. El ciervo bramó de dolor y cayó de cabeza al suelo.

Aullidos y rugidos hambrientos estremecieron el aire cuando Aghar y Shuk se unieron al derramamiento de sangre y acometieron con dagas y garras a los animales, que avanzaban a saltos. Urghal olfateó amarga sangre en el aire y dejó escapar una cruel carcajada en el instante en que un ciervo enorme salió del sotobosque por la derecha. En el mismo momento, el ciervo vio al hombre bestia; consumido por el terror, el animal sacudió la astada cabeza e intentó alejarse de un salto, pero Urghal barrió el aire con el garrote manchado de sangre y, trazando un silbante arco, partió las lustrosas astas del ciervo y le hundió el cráneo. El animal se desplomó sobre el nevado suelo con un pesado golpe sordo, sus patas se agitaron debido a los estertores de la muerte. Urghal soltó el garrote y cayó sobre él para desgarrarle la tibia garganta con los dientes. El hombre bestia devoró con ansia la carne mientras el ciervo se estremecía y moría; arrancaba bocados que se tragaba enteros en un intento frenético de saciar el hambre que sentía.

Pasó un tiempo antes de que Urghal se diera cuenta de lo silencioso que estaba el bosque, y cuando comenzó a calmarse su desesperante hambre se preguntó qué podría haber aterrorizado de aquel modo a los ciervos, habituados a moverse por el bosque.

El hombre bestia alzó el hocico sucio de sangre, se lamió la nariz para limpiársela y olfateó una vez más el frío aire. El viento sopló y de nuevo se calmó; por encima del rico aroma de la sangre y las entrañas desgarradas percibió un leve rastro de algo extraño y amargo que hizo que un escalofrío le recorriera el espinazo. Sus compañeros continuaban comiendo, sin hacer caso de nada más que del humeante festín que tenían delante.

Urghal tuvo una premonición y el miedo le atenazó la garganta. El hombre bestia enseñó los dientes enrojecidos por la sangre y miró frenéticamente a su alrededor para buscar el garrote, que localizó caído sobre la ensangrentada nieve a una docena de pasos de distancia. Se lanzó hacia el arma y les ladró una advertencia a sus compañeros de manada justo en el momento en que el aire se estremecía con un rugido atronador y una forma enorme saltaba desde las sombras de los árboles.

La bestia era descomunal e hizo que la tierra temblara al caer sobre dos pies provistos de garras en medio de los sorprendidos hombres bestia. Medía casi diez metros desde el hocico a la punta de la cola, y ocupó completamente el pequeño claro donde los cazadores habían tendido la emboscada a las presas. Tenía la piel verde

oscuro y escamosa como la de un dragón, y sus musculosas ancas estaban cubiertas de cicatrices sufridas en centenares de batallas mortales. Las largas y flacas extremidades delanteras estaban encogidas contra el estrecho pecho de la bestia. La fuerte cola, parecida a un cable, equilibró el cuerpo cuando se lanzó a recoger dos cadáveres de ciervo con las enormes fauces de lagarto; se los tragó tras masticarlos unas pocas veces. Por entre los dientes como dagas de la criatura cayeron hilos de espesa saliva mezclada con sangre. Sus ojos rojos se movieron frenéticamente dentro de las profundas y huesudas cuencas oculares para examinar los alrededores en busca de otras presas. Volvió a abalanzarse con la velocidad de una serpiente, lanzó al aire el cuerpo de otro ciervo y se lo tragó de un bocado.

Gritos y bramidos de miedo resonaron por el claro cuando los cazadores retrocedieron con paso tambaleante ante el repentino ataque. Urghal recogió bruscamente el garrote, gruñendo de cólera. El hambre guerreaba con el miedo mientras observaba cómo el monstruo se alimentaba de las presas que ellos habían capturado. Cuando la criatura se lanzó hacia otro ciervo, Urghal advirtió que no se había dado cuenta de la presencia de los tres hombres bestia, que la rodeaban. La poderosa cola estaba ahora caída y se arrastraba parcialmente por el suelo; la piel que cubría la huesuda cabeza estaba arrugada sobre el cráneo como grueso pergamino. Mientras comía, Urghal vio que se le marcaban mucho las costillas en los flancos. La criatura estaba muerta de hambre, según comprendió el hombre bestia, que entendía esa locura demasiado bien.

Reparó en la silla de montar desgastada por la exposición a la intemperie que el monstruo llevaba sujeta al lomo, justo detrás de los caídos hombros. Había unas alforjas con los lados maltrechos y desgastados por el uso y el indiferente descuido, atadas detrás de la silla. En las correosas mejillas de la bestia destellaban anillas de plata a las que se habían fijado unas riendas en otros tiempos. Entonces, vio la larga espada de negra empuñadura que iba sujeta mediante correas a un lado de la silla, y supo que el jinete tenía que haber muerto hacía mucho.

Urghal enseñó los ennegrecidos dientes y les ladró algunas órdenes a sus compañeros cazadores. Les dijo que la criatura era estúpida, y que estaba debilitada y hambrienta. Podían saltar sobre su lomo y matarla mientras comía, y alimentarse de su acre carne durante muchos días. Aghar y Shuk escucharon, y el encogido vientre les confirió una valentía que de otro modo podrían no haber tenido. Aferraron las armas con fuerza y dieron un rodeo hasta los flancos de la criatura. Aghar avanzó con cautela a lo largo del costado derecho de la bestia, mientras alzaba la daga para clavársela profundamente en el cuello. Shuk se acercó de forma sigilosa a la base de la cola de la criatura, preparado para descargar todo su peso sobre el apéndice e impedir que lo moviera. Urghal avanzó por el costado izquierdo para acercarse más a la silla de montar. Saltaría sobre ella para desenvainar la espada negra y clavarla

luego en la parte posterior del cuello del monstruo. Moriría antes de darse cuenta de que estaba en peligro.

Con una sonrisa malvada, Urghal se volvió hacia Shuk..., y demasiado tarde, vio una forma oscura que saltaba desde las profundidades del bosque y caía sobre el lomo del hombre bestia con un chillido aterrador. Urghal oyó un entrechocar metálico cuando el atacante saltó sobre el torso desnudo de Shuk, y luego vio que unas manos pálidas rodeaban el amplio pecho del hombre bestia para clavar los dedos como garras en el pellejo cubierto de cicatrices y en los poderosos músculos. Shuk bramó de terror y dolor al mismo tiempo que echaba atrás la astada cabeza y pasaba las manos por encima de los hombros para intentar sacarse de encima al atacante, pero el agresor de pálida piel se aferró a su víctima como una araña cavernícola y se le pegó aún más al lomo.

Cuando la figura con armadura acometió la garganta de Shuk, Urghal atisbo una cara pálida y angulosa enmarcada por un pelo largo, negro, y enredado. Los ojos tan oscuros como el Abismo se clavaron en los de Urghal. Unos labios, azulados, se tensaron para dejar a la vista dientes blancos y perfectos, y el atacante desgarró la musculosa garganta del hombre bestia. Por los labios de Shuk salió un chorro de sangre mientras él intentaba contener la fuente roja que manaba con fuerza por la herida del cuello. Urghal observó cómo el monstruo de negros ojos hundía la cara en la herida abierta para arrancar bocados de carne como una rata frenética.

El agonizante hombre bestia cayó de rodillas, ahogándose con su propia sangre. Urghal aferró el garrote y bramó un desafío justo cuando la escamosa bestia que tenía al lado se volvía y acometía a Aghar. La cola como un látigo de la criatura azotó en la dirección contraria y se estrelló contra el pecho de Urghal. El poderoso golpe le partió algunas costillas como si fueran ramitas y lo lanzó de espaldas hasta el otro lado del claro, donde se estrelló contra el tronco de un enorme roble. Aturdido por el doble impacto, el hombre bestia se desplomó y sintió que los huesos rotos raspaban entre sí dentro de su pecho.

Mientras la respiración le resonaba en la garganta, Urghal vio que Aghar cargaba contra el atacante de negra armadura. El cazador bramaba con frenética furia, y la esbelta figura le respondió con un gruñido bestial. Abrió de par en par la boca ensangrentada y se puso de pie con inquietante rapidez para recibir de frente la carga del hombre bestia.

Aghar le pasaba la cabeza y los hombros al enemigo, y era el doble de ancho. Urghal esperaba que el atacante fuese derribado al suelo por la furiosa carga del cazador, pero los dos chocaron y se produjo un estruendo de carne y acero. Una pálida mano ascendió y cogió al hombre bestia por la garganta, y los dos forcejearon durante varios segundos. Salvajes gruñidos guturales se alzaban de la desesperada lucha; Urghal no sabía con seguridad de qué garganta salían los terribles sonidos.

Luego, con un repentino gesto convulsivo, Aghar logró soltar el brazo que sostenía la daga y apuñaló una y otra vez a la figura, pero el arma tintineó contra el peto y las hombreras de acero del combatiente de menor estatura.

Se oyó un pesado golpe sordo y, a continuación, un crujido de huesos partidos. Aghar se estremeció, y sus pies con pezuñas se alzaron del suelo a causa del impacto. El hombre bestia se dobló por la cintura, ahogándose de dolor por habersele partido el esternón, y el atacante de ojos negros lo agarró por las astas y le hizo girar bruscamente la cabeza para partirle el cuello.

Urghal sintió que la fría mirada del asesino se posaba en él. Gruñendo de dolor, el hombre bestia luchó para ponerse de rodillas. Sin previo aviso, una bota de metal se estrelló contra uno de sus hombros y lo lanzó al suelo, donde cayó de espaldas una vez más. El guerrero de pálida piel había atravesado la docena de metros que los separaban en un abrir y cerrar de ojos. El hombre bestia gruñó, desafiante, y alzó el garrote con una mano, pero al fijar los ojos en el semblante del guerrero, el arma cayó de su entumecida mano.

Insondables ojos negros, carentes de iris y pupila, contemplaban a Urghal desde la desalmada voracidad del Abismo. De la boca y el puntiagudo mentón del guerrero goteaba sangre que manchaba los dorados ornamentos de la armadura. Regueros rojos fluían hacia el interior de las hendiduras y los ángulos de tres cráneos de oro que el enemigo llevaba incrustados en el peto, y una gruesa gargantilla de oro rojo le rodeaba el nervudo cuello. Justo por encima de la curva de la gargantilla sobresalía la herrumbrosa empuñadura de la daga de Aghar. La larga hoja se había clavado limpiamente en la garganta del guerrero, y la punta asomaba en ángulo oblicuo por debajo de la oreja derecha.

Mientras Urghal lo miraba, el guerrero cogió la empuñadura con una mano ensangrentada y se arrancó lentamente la daga. Un hilo de espeso color negro cayó de la horrenda herida. Venas negras y gruesas como cuerdas se retorcían igual que gusanos debajo de la piel de la garganta del guerrero y a lo largo del dorso de sus manos.

El guerrero dejó que la daga resbalara lentamente de sus goteantes dedos. Cayó justo al lado de la cabeza de Urghal, pero el hombre bestia no hizo el más mínimo movimiento para recogerla. Con una terrorífica sonrisa roja, el guerrero de ojos negros abrió la boca para proferir un sonido que no podía nacer de la garganta de ningún ser vivo, y la febril mente del hombre bestia se quebrantó al oírlo.

El alarido de terror de Urghal estremeció los árboles de negras ramas cuando el asesino tendió hacia él unas manos semejantes a zarpas.

Poco a poco, a medida que la carne del hombre bestia le llenaba el hambriento estómago, Malus Darkblade recobró un cierto grado de cordura. Su cuerpo, marchito como una raíz encogida por las penalidades de pesadilla del viaje, comenzó a

estremecerse y a dolerle cuando el demonio aflojó la despiadada presa. La conmoción causada por la toma de conciencia fue tan intensa que durante un agónico instante el noble tuvo la certeza de que iba a morir. Cayó de espaldas, con trozos de carne desgarrada aún en las manos, y voceó su miserable odio a los agitados cielos del norte.

Una parte de él creía que ya estaba muerto. Su mente retrocedía ante los pocos recuerdos que tenía de las últimas semanas, impulsado cada vez más al norte por la implacable voluntad del demonio. Sin dormir, ni comer, ni descansar durante semanas enteras, había sido empujado hasta límites difícilmente soportables por ningún cuerpo viviente. Incluso la casi ilimitada resistencia de *Rencor* había sido forzada hasta el punto de ruptura y más allá.

Pero habían llegado a la montaña rota. Cerca de allí estaban el camino pálido y el terrible templo. En muchas ocasiones durante las últimas semanas había pensado que eso no sería posible, pero ahora, cuando estaba tan cerca de la meta, no quería nada más que morir. Lloró amargamente ante tal pensamiento y sintió que por las mejillas hundidas le bajaban gélidas lágrimas.

—Levántate, Darkblade —dijo el demonio, y su cuerpo obedeció la implacable orden. Los destrozados músculos se tensaron dolorosamente para impulsarlo hacia arriba y ponerlo de pie con un gemido de rabia impotente—. Se acerca tu hora final.

El cuerpo de Malus atravesó corriendo el claro en dirección a *Rencor*. Sus labios se movían en silencio al intentar proferir oscuras maldiciones a través de su garganta destrozada. Desde algún punto situado ladera arriba le llegó un coro de aullidos y la ondulante, fúnebre nota de los cuernos. El estruendo de la batalla había llegado hasta el campamento de los hombres bestia, y ahora la manada se había puesto en marcha.

Al acercarse Malus, *Rencor* gimió y se acobardó, para luego lanzarle dentelladas, impelido por el miedo. El demonio azotó al nauglir con su negra voluntad, y el gélido se sometió, entre gimoteos, y permitió que el noble subiera a la silla con movimientos bruscos y que comenzara el último tramo de su larga, infernal odisea.

Los toques de los cuernos se apagaron, pero los aullidos de los hombres bestia se aproximaban mientras el demonio conducía a *Rencor* en torno al flanco de la ladera. Mientras cabalgaban cayó la noche. Malus se mecía en la silla, y sus ojos se desviaban hacia la espada de negra empuñadura que descansaba junto a su rodilla izquierda. Con toda su voluntad intentó obligar a la mano a coger la espada bruja, pero Tz'arkan se lo impedía con determinación.

«Todo ha sido para nada», se dijo, mientras el demonio lo compelió a avanzar hacia el templo como si fuera un cordero ofrecido en sacrificio. Pensó en Hauclir, y en los campos cubiertos de muertos. Pensó en el autarii poseído por el demonio y en los desgarradores alaridos de su hermana. Todo para nada.

El odio y la aversión ardían como carbones encendidos dentro de su pecho, y el

dedo meñique de su mano izquierda se movió.

Malus apenas si se atrevió a respirar. No lograba convencerse de que había esperanza, pero incluso en las profundidades de la privación y la desesperación siempre había lugar para el odio. «Con el odio todo es posible», pensó. Sus ensangrentados labios se tensaron para dibujar una sonrisa temblorosa.

Recuerdos a medio formar perseguían al noble mientras corrían a través de matorrales y helechos. Los ecos de los hombres bestia que lo perseguían le trajeron a la mente una huida desesperada a través de esos mismos bosques, hacía exactamente un año. De vez en cuando pasaban junto a un soto o una depresión boscosa que le parecían familiares, aunque una parte de él sabía que era sólo un engaño de su mente.

Ahora los gritos de los hombres bestia sonaban cerca, tal vez a unos ochocientos metros ladera arriba, donde la manada quedaba oculta en las profundidades del bosque. El suelo se aplanó repentinamente, sin previo aviso, y Malus se encontró en un camino de pálidas piedras cubiertas de nieve, a las que no había afectado el paso de los milenios. Era un camino construido para los pies de los conquistadores, con piedras talladas en forma de cráneo, y otras erectas colocadas a intervalos a lo largo del recorrido para alabar a los Poderes Malignos y exaltar las proezas de los paladines del Caos que gobernaban allí. Un año antes, las blasfemas runas de las piedras erectas no tenían ningún significado para Malus; ahora las miraba a través de unos ojos contaminados por el demonio, y los nombres que estaban tallados en los menhires se le grabaron a fuego en el cerebro. Malus sentía que su cordura se desmoronaba a cada momento que pasaba, mientras se aproximaba al templo; desesperado, recurrió a su odio y lo alimentó con toda la amargura y la rabia que el año de servidumbre había generado en su interior. El noble se concentró en la empuñadura de la espada, y les rezó a todos los dioses malditos que fue capaz de mencionar para que le concedieran la fuerza necesaria para sacar la impía arma de la vaina.

El aire zumbaba y crepitaba con energías invisibles a medida que el demonio del interior de Malus se acercaba al templo. Sobre la torturada piel del noble restallaba energía sobrenatural, y los árboles de negras ramas que flanqueaban el camino eran agitados por un viento invisible. El paso de *Rencor* se aceleraba constantemente, como si el nauglir estuviera siendo arrastrado como el hierro hacia una piedra imán. Un extraño zumbido comenzó a aumentar de volumen en la parte posterior del cráneo de Malus.

Para cuando giraron en el último meandro del serpenteante camino, *Rencor* iba casi al galope. El golpeteo de sus patas resonaba contra los árboles que crecían apretadamente, y durante un vertiginoso momento Malus se sintió como si lo hubieran hecho retroceder en el tiempo y galopara con un destacamento de guardias con armaduras detrás. Pensó en Dalvar, el canalla diestro con la daga, y en Vanhir, el altivo caballero lleno de odio.

Pensó en Lhunara, cabalgando en silencio a su lado, con aquella feroz sonrisa que destellaba en la oscuridad. El noble apartó los recuerdos y se tragó la amarga bilis.

Y entonces, el aire tembló con el grito de un centenar de voces furiosas. Los hombres bestia alzaron las armas y desafiaron al jinete solitario que corría por el camino hacia ellos. La manada había adivinado hacia dónde se dirigía, y le habían salido al paso a poca distancia de la meta, exactamente como lo habían hecho hacía doce meses.

Pero esa vez no lo acompañaba ningún guardia armado que pudiera abrir camino ante él. Los hombres bestia conformaban una muchedumbre que aullaba y rugía, y ocupaban todo el ancho del camino flanqueado de árboles que tenía delante. Hachas, garrotes y mandobles herrumbrosos eran agitados a la luz de chisporroteantes antorchas. *Rencor* tropezó al detenerse, siseando y bramando de agitación mientras la manada corría hacia ellos.

Malus percibió que se le presentaba la oportunidad. El demonio tendría que dejarle desenvainar la Espada de Disformidad si no quería que los vencieran. Con toda su voluntad alimentada por el odio, intentó que la mano bajara hasta la espada.

Pero cuando estaban a pocos metros del gélido, los hombres bestia cayeron de rodillas y apoyaron la cornuda cabeza sobre las piedras con forma de cráneo.

—¡La profecía se ha cumplido! —gritó un chamán, cuyo único ojo, rojo, brillaba en medio de su estrecho cráneo—. ¡El Bebedor de Mundos ha llegado! ¡Inclinaos ante el bendito Príncipe de Slaanesh, y que la endecha de la Noche Eterna sea entonada!

El demonio volvió a controlar la acosada mente del nauglir, y la bestia de guerra se lanzó al trote por el sendero que se abrió en el centro de la postrada multitud. Malus tembló de furia e impotencia cuando pasaron a través de la manada sin que los retaran, y recorrieron el corto trecho hasta donde los árboles se espaciaban. Más allá se alzaba una estructura ancha y baja, escalonada, construida con piedra completamente negra, sin ventanas y desprovista de toda ornamentación, tan fría y sin alma como el mismísimo Abismo. En torno al templo había una muralla hecha con la misma piedra, y una entrada en forma de arco. Un año antes se había librado allí una batalla desesperada; esqueletos de hombres bestia y deformes bestias del Caos sembraban aún el suelo, donde habían caído ante las ballestas y espadas de los druchii. Crujieron bajo los pesados pasos de *Rencor* cuando el gélido atravesó la entrada y se detuvo en el patio que había al otro lado.

Allí había más huesos que hablaban de otra carnicería: enormes cráneos y pilas de huesos oscuros que en otros tiempos habían sido nauglirs, y esqueletos de druchii dentro de armaduras herrumbrosas. Yacían en la nieve blanca, en el sitio en que él los había asesinado hacía casi doce meses.

Había matado a sus propios guardias por vergüenza, incapaz de soportar que

vieran que el demonio lo había esclavizado. Ahora se encontró ante sus negras miradas vacías y deseó poder moler sus grises huesos hasta convertirlos en polvo.

El cuerpo de Malus se puso bruscamente en movimiento y bajó de la silla de montar. Con el rostro contorsionado por un rictus de rabia y frustración, el noble sólo podía observar con impotencia cómo sus manos soltaban la Espada de Disformidad de la silla y luego recogían la vapuleada alforja que contenía el resto de las reliquias del demonio. Al retirarla, *Rencor* se desplomó de costado, como si al fin lo aliviaran de un peso terrible. Sus flancos se estremecían, subían y bajaban agitadamente, y su respiración era un jadeo entrecortado.

—Ha llegado el momento —dijo el demonio, cuya voz cruel reverberó dentro del cráneo de Malus—. ¡Deprisa, ahora! Lleva las reliquias a la sala del cristal, y dentro de poco tu maldición habrá acabado.

Lleno de terror, Malus le volvió la espalda al nauglir agonizante y marchó como un condenado hacia la sombra del templo del demonio.

2. La espada de doble filo

La ciudad de Har Ganeth, ocho semanas antes

Sobre la Ciudad de los Verdugos flotaba un palio de humo que enguirnaldaba las anchas colinas con serpentinillas grises, y que olían a ceniza y grasa de carne asada. En lo alto de los campanarios afilados como cuchillos de la fortaleza del templo doblaban las campanas de sacrificio para llamar a los fieles a desnudar sus armas y dar gracias por la liberación de Har Ganeth. Alaridos de tortura y el aullido de las turbas hambrientas ascendían como un himno de alabanza hacia el nublado cielo de verano.

La lucha había sido violenta durante más de una semana, y los barrios bajos de Har Ganeth eran los que más habían sufrido. Dos días después de haberse acabado los tumultos, las estrechas calles que conformaban un laberinto aún estaban atestadas de cadáveres y de carbonizados restos de edificios consumidos por las llamas. Salpicaduras recientes de rojo vivo pintaban las murallas enmohecidas de la Ciudad Blanca, y las umbrías avenidas estaban inundadas por el hedor a osario de los campos de batalla. Los tenderos y comerciantes caminaban con sumo cuidado entre las pilas de escombros, en busca de objetos útiles. Grupos de niños pequeños correteaban por las calles empedradas, blandiendo diminutos cuchillos manchados de sangre y cordones trenzados con cuero sin curtir, en los que enhebraban dedos cortados decorados con anillos de plata y de oro. Hachas y cuchillos de carnicero destellaban y cortaban con un golpe sordo los cuellos de los muertos para separar las vértebras con un chasquido húmedo, y los druchii recogían las cabezas cortadas para apilarlas en la parte exterior de las puertas, manchadas de sangre. Apenas unos días antes, muchos de esos mismos elfos oscuros habían cogido antorchas y armas y se habían alzado contra los sacerdotes del templo de Khaine, convencidos de que el Apocalipsis estaba cerca. Pero el pretendido Portador de la Espada de Khaine había resultado ser un impostor, y los líderes del levantamiento habían huido o habían sido asesinados, así que las gentes de la ciudad habían agachado la cabeza y habían apilado cráneos en el exterior de sus tiendas y hogares, rezando para que la vengativa sombra de los ejecutores del templo pasara de largo. Cada vez que oían pasos firmes, encogían los hombros y bajaban la vista hacia el ensangrentado empedrado, temerosos de atraer la atención de los ejecutores del templo o, peor aún, la hambrienta mirada de las Novias de Khaine, sedientas de sangre.

Así pues, cuando los pesados pasos del nauglir y el apagado entrechocar metálico de la armadura resonaron por las calles, la gente de Har Ganeth apartó los ojos y no le prestó la más mínima atención al noble jinete... ni a la espada de negra empuñadura que llevaba colgando a un lado. Sólo los cuervos de la ciudad repararon en su paso, y

alzaron picos manchados de sangre de su hinchado banquete, al tiempo que agitaban grandes alas lustrosas.

—¡Sangre y almas! —graznaron, exultantes, mientras miraban a Maius Darkblade con ojos amarillos—. ¡El Azote! ¡El Azote!

«Condenados bichos fastidiosos», pensó Malus, cuya ceñuda expresión ahondó aún más la depresión de sus mejillas y marcó arrugas en torno a sus finos labios. *Rencor*, al percibir la irritación de su amo, sacudió la voluminosa cabeza y lanzó dentelladas a los cuervos, que daban saltitos de un lado a otro; todo quedó salpicado con la venenosa saliva de sus dentadas fauces. El noble dominó al gélido con un tirón experto de las riendas y condujo a la bestia de guerra alrededor de los restos quemados de una carreta volcada. En lo alto había más siluetas negras que volaban en círculo y planeaban como sombras detrás de él. Le habían enseñado que los cuervos eran sagrados para Khaine. «¿Es la espada la que los alborota tanto —se preguntó—, o soy yo?»

Algo frío y duro se deslizó como una serpiente en torno al corazón de Malus. Una voz siseó como plomo fundido a lo largo de sus huesos, y le dio dentera.

—Una distinción carente de sentido —se burló Tz'arkan—. Tú y la espada ardiente sois ahora uno solo y el mismo.

El noble se irguió bruscamente en la silla de montar cuando una ola de gélida presión se formó detrás de sus ojos, y sus puños de metal aferraron las gruesas riendas con la fuerza suficiente como para hacer que el cuero crujiera. Reprimió una salvaje maldición y parpadeó a causa de los puntos negros que pasaron ante su campo visual. El pulso le latió con fuerza en las sienes, donde las venas se le hincharon.

El dominio de Tz'arkan sobre él era casi completo. Para empezar, era la condenada maldición del demonio lo que había llevado a Malus hasta Har Ganeth, en busca de una de las cinco reliquias arcanas que liberarían a Tz'arkan de su prisión de cristal, situada en los Desiertos del Caos, y a Malus le permitirían recuperar su alma robada. La Espada de Disformidad de Khaine era una de esas reliquias, pero a lo largo de los milenios transcurridos desde el encarcelamiento del demonio la espada había hallado el modo de convertirse en posesión del templo de Khaine, donde la guardaban en espera del día en que el elegido del Señor del Asesinato acudiera a reclamarla y anunciara el cataclísmico Tiempo de Sangre. Según los ancianos del templo, el elegido no era otro que el propio Malekith, el despiadado Rey Brujo de Naggarth, pero Malus sabía que ésa era una ficción de conveniencia, una mentira destinada a conservar la riqueza y el poder temporales.

La verdad, como sucedía a menudo en la Tierra Fría, era más tenebrosa que eso.

Malus logró reír amargamente entre dientes.

—¿Es posible que el gran demonio se haya enmarañado en sus propias redes tejidas de engaño? —gruñó—. ¿Lamentas ahora haberme convertido en tu

instrumento? Después de todo, fueron tus maquinaciones las que pusieron la espada en mis manos. «Mi destino», como tan alegremente lo expresaste.

Había aprendido mucho sobre el destino en los diez meses transcurridos desde que había entrado en la cámara de Tz'arkan, allá en el norte. *Destino* era la palabra que usaban las marionetas para describir los tirones de los hilos invisibles. No había sido el destino lo que había arrastrado a Malus hacia el norte en busca de poder y riquezas; lo habían apuntado hacia el templo de Tz'arkan y lo habían soltado como si fuera una flecha: su media hermana Nagaira lo había manipulado para que emprendiera la expedición. Y, a su vez, ella había sido manipulada por la madre del propio Malus, la hechicera Eldire. De algún modo, Eldire se había enterado de la existencia del demonio y de sus planes de siglos de antigüedad. Conocía la profecía y el Tiempo de Sangre, y había dedicado años a moldear personas y acontecimientos para lograr que dieran fruto. No para servir a Tz'arkan, sino con el fin de utilizar los ardides del demonio para sus propios secretos propósitos. Era un acto de ambición e implacabilidad descomunales que culminó con el nacimiento de su hijo, Malus. Ella lo había adoctrinado para que fuera la palanca que pondría en movimiento los inescrutables designios del demonio.

Pero las profecías, por su propia naturaleza, eran cosas poco fiables, traicioneras.

Otros habían intentado someter a Malus a su voluntad, o reclamar para sí el poder de la profecía. Nagaira había tratado de subyugarlo mediante el engaño y la brujería, porque buscaba utilizar al demonio para sus propios fines. Peor aún, su deforme medio hermano Urial, envenenado antes de nacer por Eldire y entregado al templo como víctima de sacrificio, había sobrevivido al Caldero de Sangre y había sido iniciado en los misterios del culto de Khaine. Los miembros disidentes del culto que se negaban a aceptar a Malekith como Portador de la Espada de Khaine creían que Urial era el elegido, y las circunstancias de la profecía encajaban bastante bien. Lo prepararon en secreto para que reclamara la espada cuando llegara el momento propicio, y después de que su media hermana Yasmir se revelara como una santa viviente del Dios de Manos Ensangrentadas, Urial traicionó a Malus y huyó a Har Ganeth, donde convocó a los fanáticos del templo para derrocar a los heréticos ancianos del culto.

Durante una semana, la Ciudad de los Verdugos se rompió en pedazos cuando los fanáticos encabezaron una sangrienta rebelión de los ciudadanos. Urial había estado realmente muy cerca de lograr sus objetivos. «Demasiado cerca como para resultar un consuelo», admitió Malus para sí mismo mientras, con gesto ausente, se llevaba una mano al peto para tocar el punto en que la espada de Urial se le había deslizado entre las costillas. De no haber sido por el poder del demonio, habría muerto.

Tz'arkan había clavado sus garras profundamente en el cuerpo de Malus y había propagado su corrupción un poco más cada vez que el noble había recurrido a su

infernall fuerza. Incluso ahora sentía la piel como si fuera de hielo, y los músculos, marchitos y débiles, ansiosos por volver a probar el demoníaco poder. Le quedaban sólo unos pocos meses para recuperar el último de los cinco talismanes del demonio, y llevarlos todos hasta el templo del norte, o su alma se perdería para siempre; pero Malus no podía evitar preguntarse si no sería ya demasiado tarde. ¿Habría luchado durante los últimos diez meses por la recuperación de su alma sólo para convertirse en huésped del demonio cuando Tz'arkan estuviera libre?

Malus tenía motivos para creer que ése había sido el plan del demonio desde el principio.

—Druchii necio —le espetó el demonio—. La Espada de Disformidad no está destinada a ser blandida por los que son como tú. Tú la ves como una hoja afilada nada más, pero es un talismán de poder supremo. Como siempre, juegas con fuerzas que superan tu capacidad de entendimiento.

El noble se dio cuenta de que *Rencor* olfateaba el hinchado cadáver de un caballo que aún estaba atrapado entre las lanzas de un carro volcado. Malus clavó las espuelas en los flancos de la bestia de guerra, y el nauglir se sobresaltó y volvió a avanzar al trote.

—¡Ah!, pero te equivocas —respondió—. Yo la considero una buena arma, además de un talismán de gran poder..., uno que tengo toda la intención de usar como mejor me parezca. ¿Qué te importa a ti, siempre y cuando esté cumpliendo con tus malditas órdenes?

En verdad, Malus creía que conocía el motivo de la preocupación del demonio. La Espada de Disformidad irradiaba poder como un hierro al rojo vivo, e incluso en ese momento podía sentir el calor que le manaba a través de la vaina y le penetraba en los huesos. Parecía un poder suficiente para reemplazar los gélidos dones del demonio y resistirse a la voluntad de Tz'arkan, o al menos eso esperaba él.

—¿Imaginas que llevas junto a la cadera una mera espada? No. Ésa es la voracidad del propio Khaine en forma tangible —siseó el demonio.

—En ese caso, me ocuparé de que sea bien alimentada —replicó Malus.

—Por supuesto que lo harás —dijo Tz'arkan con tono de burla—. No tienes elección. La espada se ha apoderado de ti, y como ha sucedido con todos los que la han blandido antes que tú, un día se volverá contra ti si no le das lo que le corresponde.

Algo en el tono de voz del demonio hizo pensar a Malus. Bajó los ojos hacia la negra empuñadura de la Espada de Disformidad, y sintió un repentino escalofrío.

«No es más que otra mentira —se dijo. Posó una mano sobre el negro pomo de la espada y saboreó su calidez—. Es la única posibilidad que tienes contra Tz'arkan, y el demonio lo sabe.»

—Entonces, será mejor para ti que nos separemos antes de que la espada acabe

conmigo —dijo el noble.

La risa del demonio se grabó como ácido en los huesos de Malus.

—No, mejor para ti, Darkblade. Es mala cosa que estés quedándote sin tiempo; ahora juegas con un talismán mágico que desea tu sangre. ¿No lo entiendes? ¡Tu perdición está sellada! Lo mejor que puedes desear ahora es encontrar el Amuleto de Vaurog y regresar a mi templo del norte antes de perderte. De otro modo, tu alma me pertenecerá hasta el fin de los tiempos.

Con la risa del demonio resonando desagradablemente dentro de la cabeza, Malus taconeó a *Rencor* para que fuera a medio galope, sin importarle ya lo que el gélido atrapara con las fauces o aplastara con las patas. Sus pensamientos hervían como el horrendo estofado del Caldero de Khaine, mientras consideraba el siguiente movimiento que haría.

Cuanto más descendía por la amplia colina, mayor era la devastación que encontraba. Los distritos de la nobleza que rodeaban la fortaleza del templo, cerca de la cumbre, habían quedado en su mayoría intactos; cada hogar era como una pequeña ciudadela, idealmente diseñada para rechazar todo lo que no fuera el ataque más decidido. Los distritos de los plebeyos, situados más abajo de la pendiente, habían sufrido mucho más, primero a manos de los guerreros del templo, y luego, debido a los sucesivos tumultos que se habían producido en Har Ganeth durante días enteros. Muchas estructuras de piedra habían quedado ennegrecidas por los incendios, y varias se habían derrumbado completamente y su carbonizado contenido había quedado desparramado por las calles.

Pero el barrio de los comerciantes y el distrito de los almacenes, situados al pie de la colina, eran los que se habían llevado la peor parte. Muchos tenderos habían cerrado sus puertas con la esperanza de aguantar hasta que pasara la tormenta, pero cuando los tumultos se convirtieron en una guerra abierta entre los fanáticos y los leales al templo, esa zona de la ciudad se había transformado en territorio de nadie, atrapada entre las facciones combatientes. Las tiendas habían sido saqueadas o quemadas durante los tumultos, y luego los saqueadores las habían dejado limpias del todo al decaer la lucha.

Más allá del barrio de los comerciantes, el mercado de esclavos y el distrito de los almacenes estaban en ruinas. Allí era donde los combates habían sido más terribles; cuando Urial y sus fanáticos se apoderaron del templo, dejaron a los leales fuera, en las calles. Grandes grupos de guerreros formados por brujas de Khaine y ejecutores habían sido aislados por turbas de ciudadanos frenéticos, y se habían visto obligados a refugiarse en establos para esclavos o en los edificios de las empresas navieras. Los incendios provocados por la encarnizada lucha callejera se habían mantenido durante días sin que nadie los extinguiera, y el aire que rodeaba la zona estaba cargado de jirones de humo maloliente. Cuando cambiaba el viento, Malus entreveía las murallas

de la ciudad, que se alzaban intactas por encima de la devastación. Si para algo habían servido, había sido para limitar la carnicería y volver la furia de Har Ganeth contra la propia ciudad, que se había hecho pedazos a sí misma.

El noble aún se encontraba en el distrito de los almacenes, a menos de ochocientos metros de la puerta de la ciudad, cuando oyó los primeros gritos de la turba. Sus rugidos lo arrancaron de la amarga ensoñación, y los gritos de «¡Sangre para el Dios de la Sangre!» resonaron de modo extraño a lo largo de las calles en ruinas. El sonido parecía proceder de un punto situado justo ante él, aunque no podía estar seguro de nada en medio del humo. Por un fugaz momento pensó en cambiar de rumbo, pero en un ataque de irritación apartó el pensamiento a un lado. Adivinaba tras de qué iba la turba, y no incluía a los de su condición. El noble espoleó la montura para que continuara avanzando a través del humo, y las anchas patas del nauglir siguieron aplastando huesos carbonizados a cada paso.

Mientras continuaba por la avenida sembrada de escombros, el ruido de la turba a ratos aumentaba y luego disminuía, apagado por las ruinas y el cambiante viento, hasta que Malus comenzó a creer que los druchii se alejaban de él en dirección oeste. Los gritos fueron apagándose, y cuando hubo avanzado durante unos minutos en relativo silencio, se permitió relajarse por fin. Justo en ese momento, como provocada por la risa de un dios caprichoso, una ráfaga de viento arrastró el humo que rodeaba al noble, y la gente estalló en sanguinarias aclamaciones a menos de una docena de pasos a la izquierda de Malus.

Eran treinta o cuarenta figuras que ocupaban una ancha calle lateral, junto a los restos de un largo almacén de una sola planta. La mayoría eran ciudadanos plebeyos ataviados con ropones sucios de hollín y que llevaban espadas o hachas en las mugrientas manos, pero los cabecillas del grupo eran un par de jóvenes brujas de Khaine y un puñado de ejecutores. Los sirvientes del templo se encontraban de pie sobre una gran pila de escombros, para que la turba viera bien lo que hacían. Las blancas piedras sobre las que estaban presentaban dibujos encarnados: listas de vivido rojo que cambiaban a un tono ladrillo apagado y luego a un marrón rojizo oscuro donde la sangre coagulada se había acumulado en las grietas y hendiduras. En las pendientes del montículo yacían cuerpos decapitados que derramaban sus humores sobre el adoquinado.

Varios druchii se debatían y siseaban en manos de la turba, aguardando su turno ante los *draichs* de los ejecutores. Habían cometido el error de aliarse con los fanáticos durante la revuelta, y no habían tenido la prudencia de volver a cambiar de bando al fracasar el levantamiento. O tal vez habían sido simplemente sorprendidos en el lugar y el momento equivocados. Malus reparó en que uno de ellos más bien tenía aspecto de comerciante de Karond Kar, con su kheitan de color añil y las cadenas para esclavos colgándole de la cadera.

Por el momento, a los indefensos prisioneros les había sido concedido un respiro. Los sirvientes del templo tenían ofrendas mucho más dulces a las que dedicar su atención.

Dos druchii oscilaban sobre la pila de piedras donde la presa de hierro de los ejecutores los mantenía de pie. Llevaban el torso desnudo, pero Malus reparó en los mugrientos ropones blancos cuyas mangas desgarradas tenían enrolladas en la cadera. El pecho y los brazos musculosos estaban muy contusionados y ennegrecidos; al mirarlos, el noble bien podría haber creído que los habían sacado de entre los escombros de uno de los edificios cercanos. Lo más revelador era que no había en sus cuerpos ninguna cicatriz de espada o hacha, a pesar de las luchas que habían arrasado la ciudad.

Eran fanáticos, miembros de la facción renegada que seguía la verdadera fe de Khaine. Asesinos sin igual, no llevaban armadura alguna a la batalla y se ataviaban de blanco para mostrar mejor los rojos favores de su dios. Cientos de ellos habían acudido a Har Ganeth cuando Urial los llamó, y habían causado un espantoso número de bajas entre los guerreros del templo durante el alzamiento. Cuando se hizo evidente que la rebelión había fracasado, la mayoría de los supervivientes se habían dispersado por la campiña, cosa que hacía que los prisioneros fanáticos fuesen aún más tentadores para las vengativas brujas de Khaine. Aquellos dos sufrirían durante semanas bajo las expertas manos de las brujas, antes de que sus restos fueran entregados al Caldero de Khaine. Era la peor suerte posible para los verdaderos creyentes, que le rezaban diariamente a su dios para que les concediera una gloriosa muerte en la batalla.

Malus observó fríamente a los condenados y dio gracias a la Madre Oscura por aquella distracción. «Mejor vosotros que yo», pensó, y luego frunció el ceño con irritación cuando Rencor ralentizó la marcha hasta casi detenerse al sentir el olor de la sangre fresca. El noble posó una mirada colérica sobre la escamosa montura, e iba a espolear a la bestia para que volviera a acelerar hasta el medio galope cuando, de repente, un grito angustiado ascendió desde la pila de escombros.

—¡Líbranos de esto, santo! —le gritó a Malus uno de los fanáticos—. ¡Desenvaina tu espada y mátanos, en el nombre del Bendito Asesino!

Las cabezas se volvieron. Malus sintió las miradas depredadoras de las brujas de Khaine sobre la piel, y se le erizó el cabello. De repente, el aire pareció cargado de una tensión contenida, crepitante de energías coléricas, como en los momentos anteriores a una tormenta de verano. También Rencor percibió el cambio y le gruñó amenazadoramente a la turba.

«Condenada suerte la mía», maldijo el noble. No reconocía ninguno de los dos rostros implorantes de los fanáticos. Cuando había llegado por primera vez a la ciudad para buscar una ruta secreta que le permitiera entrar en la fortaleza del templo,

accidentalmente había ido a parar entre los verdaderos creyentes. Incluso había contribuido a provocar los primeros disturbios con la esperanza de distraer aún más a los ancianos, y había acabado por encontrarse con muchos más problemas de los que había pretendido.

La turba miraba a Malus como lo habría hecho una manada de perros salvajes. Con su gastado ropón y la arañada armadura tenía más aspecto de caballero sin tierra o de noble exiliado que de hereje de ojos enloquecidos. La cara del noble estaba demacrada, lo que resaltaba sus prominentes pómulos y su ahusado mentón. Sus ojos de color latón brillaban dentro de las cuencas oculares hundidas, rasgo que lo distinguía como elegido de Khaine. Más formidable aún era la palidez gris de su semblante, como si el druchii estuviera aquejado por una enfermedad terrible.

—Nadie va a salvarte de tus pecados, hereje —le espetó Malus al mismo tiempo que tiraba de las riendas de *Rencor*—. Khaine no tiene fría misericordia para los de tu calaña.

El nauglir sacudió la enorme cabeza y dio un paso de lado, reacio a apartarse de la turba. Cerró en el aire las enormes fauces y gruñó amenazadoramente, y los druchii le sisearon a modo de respuesta.

Una de las brujas del templo apuntó a Malus con su espada. Sobre sus musculosos brazos y largas piernas desnudas brillaban regueros de sangre fresca.

—Tú no eres un sacerdote del templo —dijo con voz ronca, como si un aire frío se hubiese alzado de una tumba.

—Nunca he dicho que lo fuera —replicó Malus con voz tensa, mientras intentaba controlar al gélido.

Rencor giraba en círculos y pateaba el suelo, alejándose de la turba para luego dar media vuelta y volver hacia ella como hierro atraído por una piedra imán. La tensión del aire continuó aumentando hasta darle dentera al noble. ¿Qué estaba sucediendo, en el nombre de la Madre Oscura?

—¡Cobarde! ¡Apóstata! —gritó uno de los fanáticos, y se lanzó hacia delante aunque lo retenían las manos de los ejecutores.

—Apresadlo —dijo la bruja con frialdad.

La turba estalló en vigorosos alaridos y blandió las armas al correr hacia el noble, momento en que *Rencor* se abalanzó hacia ellos con un rugido como respuesta y casi derribó a Malus de la silla.

El noble sintió que la tensión contenida estallaba en una ráfaga que crepitaba por el aire y chisporroteaba sobre las zonas de la piel que llevaba descubiertas. Fue como el hirviente destello de una llama o de un relámpago de verano. Malus gritó de perplejidad y cólera mientras se esforzaba por mantenerse erguido sobre *Rencor*, que atravesaba la muchedumbre. Crujieron huesos y saltó sangre al aire cuando el gélido atrapó a un druchii por el hombro derecho y le cortó el brazo de una dentellada. El

angustiado alarido de la víctima destrozó los nervios de Malus.

Rencor rugió y acometió a otro que pasaba corriendo por su lado; lo atrapó por la cadera y lo lanzó al aire. Malus maldijo y aporreó los flancos de la bestia con las espuelas, pero el nauglir se había vuelto loco de frenesí y desgarraba enemigos con temerario abandono.

La turba, enfurecida, rodeó a la bestia. Una espada resonó contra el peto de Malus. Pálidos rostros manchados de sangre alzaban hacia él miradas furiosas y en los oscuros ojos ardía el delirio de la batalla. Unas manos desnudas lo aferraron por el faldar de malla y la pierna derecha, e intentaron derribarlo de la silla. Gruñendo como un lobo, Malus consiguió liberar la pierna y golpeó con el tacón el rostro del hombre, pero otras manos se cerraron en torno a su tobillo y tiraron.

Sintió que se deslizaba inexorablemente de la silla. La rabia y la desesperación le hirvieron en las venas. Sin pensar, Malus bajó la mano hacia la Espada de Disformidad. La empuñadura estaba caliente al tacto, y pareció que la larga espada arcana saltaba fuera de la vaina con un siseo ominoso.

Rugiendo blasfemias, Malus levantó la hoja negra como el ébano hacia el tormentoso cielo. Por encima del estruendo de los gritos de la turba, el noble oyó el horrible chillido de una de las brujas del templo, y entonces descargó la espada con un terrible barrido que atravesó brazos y cabezas. La sangre se ennegreció y se secó cuando la espada absorbió profundamente el caliente líquido vital y el dolor de los mortales.

Los rugidos sanguinarios se convirtieron en alaridos de terror y desesperación. Los druchii retrocedieron ante los humeantes cadáveres de sus hermanos, mientras gritaban el nombre de Khaine. Malus saltó tras ellos, con la cara transformada en una máscara de cólera frenética.

En lo alto, los graznidos de los cuervos resonaban a modo de risas en el tormentoso cielo.

La cara de la bruja de Khaine estaba extrañamente serena. Malus admiró la perfección de alabastro de sus altos pómulos y la sutil curva de la elegante mandíbula. Sus ojos color latón eran serenos, los carnosos labios estaban ligeramente separados y tenían el vivido color rojo de la juventud. En otro tiempo podría haber sido una princesa de ojos violeta de la perdida Nagarythe a punto de susurrar sus secretos al oído de un amante.

Estando lo bastante cerca como para besar aquellos labios perfectos, Malus realizó una inspiración temblorosa y arrancó del cadáver la Espada de Disformidad. La antigua hoja raspó contra la piedra al salir de la pila de escombros que había detrás de la espalda de la bruja, cuyo cuerpo se deslizó de la larga cuchilla y se desplomó sin vida en el suelo.

Por un momento, el noble parpadeó como un borracho ante el cuerpo de la bruja,

como si lo viera por primera vez. Tenía la piel caliente, febril, y sus nervios aún resonaban con las últimas notas de la sed de sangre. Su mirada se desplazó hacia la punta de la espada, que señalaba en dirección al suelo. Una tenue espira de vapor rojo ascendía de su agudo filo.

Mediante la fuerza de voluntad, Malus alzó la cabeza y contempló la estela de asesinatos que se extendía por toda la larga y ancha calle.

Cuerpos destrozados y extremidades cercenadas yacían en enredada alfombra sobre el empedrado. Muchos tenían las heridas en la espalda, ya que habían muerto cuando intentaban escapar. Bajo la débil luz solar destellaban armas rotas que señalaban el lugar donde otros habían intentado luchar contra la voracidad de un dios. Todos los rostros que veía Malus estaban contorsionados en un rictus de terror y dolor, todos menos los semblantes de los dos prisioneros fanáticos. Sus cuerpos decapitados continuaban de rodillas sobre los adoquines, con los brazos extendidos en gesto de éxtasis religioso.

—Bendita Madre de la Noche —susurró Malus con horrorizada reverencia— ¿qué he hecho?

—Has saciado la sed de la ardiente espada —siseó Tz'arkan—. Por el momento.

«Docenas de personas —pensó el noble, incapaz de apartar los ojos de la carnicería—. Docenas de personas condenadas.»

Lo último que recordaba claramente era que estaba desenvainando la espada. Después de eso..., sólo risas y alaridos terribles. Pensar que había perdido el control de aquella manera lo aterrorizaba.

Se oían gritos distantes en dirección al barrio de los comerciantes. El noble buscó a los ejecutores del templo y encontró los cuerpos en la base de la pila de escombros, a pocos metros de distancia, rodeando el cadáver de la segunda bruja de Khaine. Intentó contar los cuerpos de los plebeyos, pero abandonó el intento, asqueado. No había manera de saber con certeza cuántos eran, ni si alguno podría haber escapado de la matanza y haber corrido en busca de ayuda.

Malus obligó a su cuerpo a moverse y avanzó serpenteando rápidamente entre los muertos. De forma distraída reparó en la poca sangre que había: sólo carne ennegrecida y órganos marchitos.

Rencor no se encontraba lejos del lugar en que Malus había desmontado, y se alimentaba con desconfianza de uno de los druchii muertos. El nauglir se apartó con temor cuando el noble se acercó. Malus gruñó con irritación a la bestia de guerra.

—¡Quieto, maldito! —gritó, y se dio cuenta de que su mano ceñía lentamente la empuñadura de la espada.

Entonces, se inmovilizó. Mientras observaba la espada con desconfianza, la deslizó lenta y deliberadamente dentro de la vaina. Dos veces pareció atascarse en la boca de la funda, cosa que lo obligó a retirarla ligeramente para intentar envainarla de

nuevo. Cuando por fin el arma acabó de entrar, el noble suspiró de alivio.

Al cabo de un momento, el calor que le inundaba los músculos comenzó a desvanecerse, como si fuera un hierro retirado del fuego, y volvió a sentirse frío y desgraciado una vez más.

«Atrapado entre el dragón y el mar profundo», pensó Malus, mientras luchaba contra una ola de desesperación. ¿Cuál era peor destino?

3. Portentos de la oscuridad

La luna brillaba a lo largo de las filigranas de oro de la vaina de la espada y encendía un fuego oscuro en las profundidades del rubí oblongo que estaba engarzado en la juntura de la empuñadura con la hoja. Durante un momento, Malus admiró la reliquia con temor, mientras la sujetaba cuidadosamente, envainada, con ambas manos. Imaginó que podía sentir su calor, que palpitaba suavemente como un corazón dormido. Se lamió con nerviosismo los labios fríos, y luego, con una profunda inspiración, depositó el arma sobre la tela que tenía extendida encima del regazo y procedió a envolverla de un extremo a otro con capas y más capas de desgastada lona. Con cada capa se sentía un poco más frío, un poco más pequeño y más marchito que antes. Cuando hubo acabado, ató el paquete con bramante basto y lo llevó hasta donde estaba *Rencor*. El gélido se hallaba sentado bajo los árboles del otro lado del pequeño claro del bosque y observaba a su amo con ojos desconfiados rojo brasa.

Con la cara convertida en una máscara de inflexible determinación, Malus puso la Espada de Disformidad junto a las alforjas y la sujetó a la silla al lado de la bolsa en la que guardaba el resto de las reliquias del demonio. A regañadientes, apartó las manos del arma y le dio unas palmaditas en el flanco al nauglir.

—Hoy no habrá cacería —dijo en voz baja, mientras miraba las oscuras profundidades del bosque circundante—. A saber con qué te tropezarías.

Hacía apenas unas pocas horas que se había puesto el sol, y estaban a unos quince kilómetros de Har Ganeth, en las profundidades de las boscosas colinas que había al noroeste de la ciudad. El claro era uno que había frecuentado durante los dos meses que había dedicado a rondar por el Camino de los Esclavistas que conducía hasta la Ciudad de los Verdugos. Incluso había en él un pequeño colgadizo construido con ramas de pino que ofrecía una cierta protección contra los elementos, y una reserva de leña. Sin embargo, encender un fuego era algo fuera de discusión. Lo último que quería era anunciar su presencia, y de todos modos dudaba de que las llamas pudieran calentar sus huesos malditos.

Había escapado de la ciudad sin más incidentes, aunque al llegar a la amplia puerta había oído el primer grito de alarma procedente del lugar de la masacre. Malus confiaba en que los ciudadanos culparían del ataque a una banda de fanáticos, pero no tenía ninguna intención de poner a prueba esa teoría. Había salido casi al galope por la puerta abierta, aliviado al encontrarse con que el Camino de los Esclavistas estaba casi desierto. Durante las horas siguientes se había dirigido hacia el oeste a lo largo de la senda, con la mirada atenta por si veía nubes de polvo alzarse en el horizonte.

Malus tenía una muy buena razón para salir de Har Ganeth lo más rápidamente posible: era muy probable que Malekith estuviera en camino hacia la ciudad con un

ejército a sus espaldas, alertado del alzamiento del templo. Aunque él había sido quien había puesto fin personalmente al intento de golpe de Urial, el noble dudaba de que el Rey Brujo fuera a manifestarle gratitud alguna. Malus había sido un fugitivo desde principios de verano, después de asesinar a su padre en la fortaleza Vaelgor, situada a unos escasos treinta kilómetros al nordeste de allí. Lo había hecho para apoderarse de la Daga de Torxus, otra de las malditas reliquias del demonio, aunque el móvil no tenía ninguna relevancia de acuerdo con las leyes de aquel territorio. El padre de Malus había sido el vaulkhar de Hag Graef, uno de los tenientes del Rey Brujo, y nadie mataba a uno de los vasallos de Malekith sin su permiso. Esperaba que el Rey Brujo lo creyera muerto, asesinado junto con miles de druchii en una confusa batalla nocturna librada en el exterior de Hag Graef hacía varios meses, aunque no estaba dispuesto a apostar su vida en ello. Estaba convencido de que su medio hermano Isilvar, ahora único heredero de Lurhan, y vaulkhar de Hag Graef, sabía la verdad. La pregunta era qué haría con ese conocimiento. Isilvar tenía muy buenas razones para desear su muerte, y la de menor importancia era una horrible cicatriz que le cruzaba el cuello, producto de una herida que le había hecho Malus en una batalla librada bajo la torre de su hermana Nagaira, hacía algunos meses.

Con el ceño fruncido mientras pensaba, Malus registró las alforjas y sacó una bolsa de tela manchada de aceite, y una pequeña botella de vino. Luego, cogió la pesada hacha de batalla del lazo que había en la silla de montar, y se dejó caer, exhausto, junto a la armadura que protegía el flanco del gélido. Cuando se recostó contra el costado del nauglir, la gran bestia se movió y la enorme cabeza se volvió para fijar en él una mirada colérica de sus ojos como cuentas. Malus le respondió con altanería.

—Échate —le advirtió, e intentó de nuevo ponerse cómodo.

El nauglir volvió a retroceder al sentir su contacto, se puso de pie y le dedicó a su dueño un siseo de advertencia.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —le espetó Malus.

Recogió bruscamente el hacha y la reserva de comida, y se marchó a grandes zancadas al otro extremo del campamento. Se sentó pesadamente, con la espalda contra un tronco medio podrido, y clavó en la bestia de guerra una mirada asesina.

—Ya veremos si dejas que te comas el siguiente caballo muerto con el que nos encontremos.

Pasados unos momentos, *Rencor* volvió a echarse con cuidado y apoyó el hocico en el suelo, desde donde podía mantener vigilado a Malus. El nauglir había estado actuando de modo muy extraño desde que habían regresado de la Ciudad de los Reyes Intemporales, situada muy al norte, en los Desiertos del Caos. Había ido allí en busca de la auténtica Espada de Disformidad, y había caído en las garras de los fanáticos druchii, locos por el poder que había robado. Habían intentado matarlo y

alimentarse de su esencia vital, y a tal fin lo habían crucificado en la amplia plaza del exterior del templo.

No había tenido más alternativa que recurrir al poder de Tz'arkan para escapar. Lo que había sucedido después de eso era más bien confuso. Lo siguiente que recordaba con claridad era encontrarse en el puente de piedra del exterior del Sanctasanctórum de la Espada que había en la fortaleza del templo de Har Ganeth, observando cómo su media hermana Yasmir devoraba el corazón aún palpitante del hermano de ambos, Urial.

La profecía del Azote sostenía que estaba destinado a casarse con Yasmir, ahora considerada una santa viviente del Dios de Manos Ensangrentadas. Después de ser testigo de lo que le había hecho a Urial, la mera idea de casarse con ella le helaba la sangre. «Si tengo suerte, tal vez la Espada de Disformidad me matará antes de que ese asunto se convierta en un problema», pensó Malus con crudeza.

A medida que las lunas ascendían en el cielo, hacía más frío en el claro. Incluso a finales de verano la Tierra Fría era fiel a su nombre. Malus desarrolló su magra reserva de pescado salado con salsa amarilla y comenzó a comer, masticando con tenacidad la dura carne blanca, que hacía bajar con sorbitos de vino avinagrado. Se tomó su tiempo para comer; a pesar de lo mal que sabía, siempre era mejor que las duras galletas con que se alimentaría al día siguiente.

Para cuando acabó, las lunas brillaban casi directamente sobre su cabeza, y su respiración se condensaba en forma de tenue niebla en el aire frío. Malus se acabó testarudamente el terrible vino y reunió todo su valor. La otra razón por la que había escogido un lugar tan aislado para acampar era porque tenía una tremenda necesidad de información, y había conversaciones que era mejor mantener en privado.

También tenía la terrible sensación de que no iba a gustarle lo que estaba a punto de oír.

Malus se limpió la cara y guardó el paño y la botella vacía, para luego sentarse con las piernas cruzadas, de espaldas contra el tronco caído, con el hacha robada al alcance de la mano. El noble se quitó el guantelete que le cubría la mano izquierda. Un liso anillo de plata destelló en uno de sus dedos como una franja del más puro hielo. Lo alzó hacia la luz lunar, e hizo una mueca al reparar en que las venas del dorso de la mano estaban negras a causa de la corrupción del demonio.

El noble cerró el puño y concentró su implacable voluntad en un solo pensamiento.

«Eldire.»

Una débil brisa que le era familiar pasó como un fantasma por el rostro del noble, y el demonio se retorció de furia en su interior, e hizo que se le contrajeran los músculos y se le encogieran las entrañas. Malus se desplomó de costado con un gemido, doblado en dos a causa de la repentina ola de náusea y dolor. La presión

aumentó dentro de su cabeza, como si el demonio le estrujara el cerebro con un tornillo de carpintero, e hizo que ante sus ojos danzaran chispas. Malus rodó hasta quedar boca abajo y vomitó la comida sobre el frío y duro suelo, mientras respiraba con jadeos superficiales al ritmo del palpitante dolor de cabeza.

El noble volvió a rodar sobre un costado y se detuvo contra el tronco caído. Percibió aroma a ceniza, y de repente el dolor y las náuseas comenzaron a retirarse como una negra marea oleosa. El palpar de la cabeza cedió, y Malus creyó oír la colérica voz del demonio retrocediendo hacia una distancia infinita. Cuando se hubo apagado, él quedó tembloroso y lo inundó un pesado frío que parecía nacer de sus mismísimos huesos.

—¿Qué has hecho? —preguntó una voz de mujer, dura y fría como mármol tallado. Las palabras tenían un eco peculiar, como si ella hablara desde las profundidades de un pozo de agua—. ¡Estúpido! Malus, ¿qué has hecho?

Los ojos del noble se abrieron. Por encima de él flotaba una resplandeciente aparición envuelta en una pálida luz plateada.

—Hola, madre-dijo, y logró reír con amargura—. ¡Cómo he echado de menos tu amorosa voz!

Ella era escultural y regia, e iba ataviada con los gruesos ropones oscuros del convento de las brujas. Tenía cogidas ante sí las pálidas manos, y el trenzado pelo blanco que aureolaba los crueles ángulos de su rostro parecía forjado con luz lunar. Su forma era insustancial; el noble podía ver a través de ella —como si estuviera hecha de niebla— la figura echada de *Rencor* y sus ojos rojo brasa al otro lado del claro. A pesar de todo eso, Malus sentía el peso de la mirada de Eldire como si fuera la punta de una daga contra su piel.

—¡Impertinente desdichado! —le espetó Eldire—. Tu cuerpo ya le pertenece completamente al demonio. Tus venas laten con energías inmundas. ¡Incluso puedo ver al demonio mismo deslizándose como un leviatán bajo tu pálida piel!

—¿Se me enrosca en torno al corazón como un nido de serpientes? —se burló Malus mientras se limpiaba la boca con el dorso de una mano—. ¿Aplasta mi marchito cerebro con sus goteantes fauces? Tus dones se han desperdiciado en este caso, madre. Eso lo he sabido durante cada minuto de cada día desde hace casi un año.

El fantasmal semblante de Eldire relumbró de furia.

—¡Esto es mucho peor que la mera posesión, niño! Has dado el último paso. ¡Ya te advertí sobre ello en la tumba de los enanos!

—¿Imaginas que lo he hecho por propia elección? —contraatacó el noble, que hizo una mueca a causa del dolor que le atenazaba las entrañas, se incorporó de forma cansina y apoyó la cabeza en el tronco cubierto de musgo—. La maldita Espada de Disformidad no estaba en el templo, después de todo. Tuve que entrar en los

Desiertos del Caos para conseguirla. —Su mirada se posó en el dorso de su mano de negras venas, y su enojo se desvaneció en una ola de asco—. Era esto o la muerte; no tenía ninguna otra alternativa. Por ahora, estoy vivo, y mientras esté vivo podré luchar. —Alzó la vista hacia la formidable mirada de la vidente—. Y ahora tengo la espada.

Los ojos de Eldire se abrieron apenas unos milímetros más, y la furia menguó en su semblante de alabastro.

—¿Desenvainaste la espada ardiente? —dijo con una voz ligeramente más cavernosa que antes.

—Había razones de mucho peso para hacerlo en aquel momento. No te aburriré con los detalles —replicó Malus con amargura—. Tz'arkan se sintió aun menos complacido que tú, lo que hace que me pregunte si tal vez el poder de la Espada de Disformidad es lo bastante fuerte como para contrarrestar la influencia del demonio.

Eldire miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Tal vez —concedió con un suspiro parecido a un soplo de viento salido de una sepultura—. A la voracidad de Khaine le importan poco los planes de otros seres, aunque sean demonios tan poderosos como Tz'arkan. De hecho —dijo al mismo tiempo que su expresión se volvía colérica otra vez—, es probable que la Espada de Disformidad sea la única razón por la que aún te queda algo de conciencia. Al mirarte, me maravilla que el demonio no pueda hacerte bailar como si fueras una marioneta.

La idea hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Malus. Su mirada se desvió hacia el paquete que contenía la Espada de Disformidad. ¿Podía permitirse continuar alimentando su voracidad? ¿Podía permitirse no hacerlo?

—Puede ser que el demonio posea mi cuerpo, pero te aseguro que mi voluntad continúa intacta —dijo—. Yo no bailo para nadie, y mucho menos para ese maldito demonio. —Hizo una pausa mientras observaba las negras venas que palpitaban bajo su piel—. Lo que quiero saber es qué sucederá cuando el demonio quede libre.

La vidente frunció los labios con gesto pensativo.

—Esa es una pregunta interesante —dijo—. Por derecho, tu alma será extinguida como la llama de una vela cuando Tz'arkan reclame tu cuerpo como huésped. Sin embargo... —Pasado un momento, Eldire se encogió levemente de hombros—. No lo sé. Es posible que la espada contrarreste el poder que el demonio tiene sobre ti, pero puedes estar seguro de que, hasta que llegue ese momento, Tz'arkan tomará cualquier medida que pueda para lograr que el asunto se decida a su favor.

Malus le dedicó a su madre una dura mirada.

—Así que estás diciendo que no todo está perdido.

—Estoy diciendo que si eres muy listo y muy afortunado, podrías lograr cambiar una condena por otra —replicó la vidente con socarronería—. La Espada de

Disformidad te matará antes o después, Malus. Ahora que la has desenvainado no puedes dejarla.

El noble suspiró con cansancio.

—Todos morimos, madre —dijo con los ojos fijos en la oscuridad—, así que no es un precio demasiado alto, ¿verdad?

—Osadas palabras para alguien que nunca ha hablado con los muertos —replicó Eldire—. De todos modos —prosiguió al mismo tiempo que alzaba una mano para impedir una contestación de su hijo—, lo hecho, hecho está. Tienes la espada, y eso es lo que importa. Eso deja una sola reliquia por recuperar.

—El Amuleto de Vaurog —asintió Malus con tristeza—. No tengo ni idea de dónde está, y dispongo de muy poco tiempo para buscarlo. Según creo, me quedan dos meses para regresar al templo y poner al demonio en libertad, y necesito casi un mes y medio sólo para hacer el viaje. —Le lanzó a Eldire una mirada de soslayo—. Así pues, a menos que tengas el poder necesario para hacerme volar, nada más cuento con dos semanas para encontrar la última reliquia.

Eldire se alzó el fantasmal ruedo del ropón y se inclinó hacia Malus de modo que madre e hijo quedaron casi nariz con nariz.

—¿Te gustaría tener un par de alas, Malus? —preguntó con voz peligrosamente dulce.

La sarcástica réplica de Malus se transformó en hielo ante el tono de la voz de su madre.

—Eres... generosa... —dijo con cautela—, pero tal vez debería preocuparme por encontrar primero la reliquia y hacer el viaje después.

Eldire le dedicó una sonrisa lobuna.

—Una decisión muy sabia —dijo a la vez que volvía a erguirse—. Me estoy quedando sin tiempo —anunció—. Hablar contigo de esta manera es muy agotador, especialmente ahora que el demonio se ha hecho tan fuerte. ¿Hay algo que quieras de mí?

—Tenía la esperanza de que supieras algo del amuleto —replicó Malus con rapidez, mientras se obligaba a sentarse con la espalda recta—. Por eso te he llamado.

—¿El amuleto? —dijo Eldire. Su forma ya estaba perdiendo la nebulosa consistencia, disipándose como la niebla matinal—. Es un talismán potente, forjado con metal de meteorito en épocas pasadas. Ninguna arma puede herir al guerrero que lo lleve.

—¡No me importa lo que hace! —gritó Malus—. ¿Sabes dónde está?

La imagen de Eldire comenzó a desdibujarse y disolverse en niebla informe. Su respuesta fue poco más que un suspiro.

—La senda que va hasta la quinta reliquia lleva a Naggarond —replicó la vidente—. Busca el amuleto en los pasillos sin luz de la Fortaleza de Hierro.

Para cuando Malus acabó de entender lo que acababa de oír, Eldire había desaparecido. Miró a *Rencor*. El nauglir levantó la gran cabezota y lanzó un bufido de irritación.

—Ni yo mismo podría haberlo expresado mejor —asintió el noble, de malhumor, y cruzó apretadamente los brazos sobre el pecho—. La fortaleza del propio Rey Brujo. Debería haberlo sabido.

«Una condena por otra», pensó amargamente para sí mismo, mientras sentía que la corrupción del demonio ascendía como una marea negra desde sus huesos y se propagaba por debajo de su piel.

Malus despertó con dolores de pies a cabeza. El claro estaba bañado por la perlada luz de los momentos previos al amanecer, y por encima del suelo se enroscaban jirones de niebla. Yacía de costado, bien envuelto en una gruesa capa que estaba empapada por el rocío de la mañana. *Rencor* dormía a poca distancia de él, con la cabeza metida detrás de la larga cola, siseando como una tetera hirviente.

Unos largos dedos le acariciaban suavemente el cuero cabelludo, con las puntas tibias contra la piel húmeda y fría. Su mente enturbiada por el sueño saboreó la sensación de las yemas rozándole la oreja derecha y haciendo que una impresión de calidez recorriera el borde externo del pabellón auditivo.

Un reguero cálido le corrió entonces por la mejilla y por el labio superior. Sabía a sal y hierro.

Los ojos del noble se abrieron de par en par. Separó los labios para hablar, pero las palabras fueron ahogadas por una demoledora ola de dolor irradiada desde su cráneo. Malus se debatió dentro de los estrechos confines de la capa, pero por mucho que lo intentó no logró recuperar la libertad de movimiento.

La sangre corrió a chorros por su cara y su cuello. Le inundó el ojo derecho, y reprimió un alarido al sentir otra feroz ola de dolor.

Impotente, parpadeando para librarse de las gotas de sangre que se le adherían a las pestañas, Malus volvió la cabeza, y al alzar la mirada, se encontró con una figura con armadura que estaba arrodillada junto a uno de sus hombros. Le corrió más sangre por la parte posterior de la cabeza, como si su cráneo fuera una botella de vino rota.

La brillante sangre pintaba las manos gris pálido de Lhunara, se acumulaba debajo de las destrozadas uñas negras y corría en regueros zigzagueantes por sus muñecas. Sus labios azules se separaron en una sonrisa de demente, y su único ojo sano brilló con resplandor febril. El otro ojo, hinchado y ennegrecido por la sangre putrefacta, giraba erráticamente dentro de la cuenca.

—Tenemos una misma mentalidad, mi señor —dijo con voz burbujeante a causa de que los pulmones se le licuaban, mientras alzaba las manos hacia la espantosa herida que tenía en el lado derecho de la cabeza.

Se oyó cómo sus dedos resbalaban sobre algo mojado cuando se metió dentro de la cavidad craneal infestada de gusanos la materia gris que sostenía.

—Una misma mentalidad —dijo, tendiendo las manos hacia la cara de él—. Un mismo corazón. Un mismo ojo...

Malus se despertó entre alaridos, debatiéndose sobre la resbaladiza marga, húmeda de rocío.

El corazón le dio un vuelco al descubrir con horror que tenía los brazos y las piernas apretadamente envueltos. Aún medio ciego y desorientado, se retorció y pataleó, escupiendo y bramando como un maldito. Luego, con un convulsivo tirón logró soltar una pierna y se dio cuenta de que estaba enredado en su propia capa.

Jadeando furiosamente, Malus se obligó a cerrar los ojos y posó la cabeza sobre la tierra húmeda. Cuando se tranquilizó el enloquecido ritmo de su corazón, desenredó las extremidades lenta y cuidadosamente, y abrió la capa, sin hacer caso del helor de las primeras horas de la mañana.

Por último, cuando su respiración se hizo más lenta, el noble abrió los ojos. Ya había amanecido hacía un rato, y una débil luz solar atravesaba las apretadas ramas de lo alto. Una gruesa raíz sobresalía del suelo bajo su espalda y le causaba dolor en la columna vertebral.

Con el ceño fruncido, Malus levantó la cabeza. Yacía en una senda abierta por animales entre dos sotos de altos robles. Verdes helechos goteantes le rozaron las mejillas y le provocaron un escalofrío.

No se encontraba ni remotamente cerca del claro en el que había acampado.

Mientras maldecía, soñoliento y legañoso, se puso de pie. El bosque se extendía en todas direcciones. Tenía trocitos de hojas entre las placas de la armadura, y las palmas de las manos manchadas de tierra. «Bendita Madre de la Noche —pensó—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?» Los recuerdos de la noche anterior eran borrosos en el mejor de los casos. Recordaba estar sentado en la oscuridad, intentando pensar en un modo de entrar en Naggarond, nada menos..., y entonces las cosas se volvían vagas. «¿Acaso me emborraché con aquel maldito vino avinagrado?»

Se volvió lentamente, mirando con ansiedad los alrededores para intentar orientarse. El sendero de caza le resultaba familiar, y al menos se dirigía hacia la linde sur del bosque. Después de frotarse la cara con las manos sucias, comenzó a avanzar senda abajo, al mismo tiempo que se daba cuenta de pronto de que no veía su hacha de guerra por ninguna parte.

Siguió el sendero a lo largo de aproximadamente un kilómetro y medio a través del denso follaje, y cada vez se sentía más confuso y aprensivo. Por el camino comenzó a ver signos que indicaban que podría haber seguido antes esa misma senda. Las huellas someras y las ramas rotas daban la impresión de que había caminado tambaleándose como un borracho en la oscuridad. Era asombroso que no se hubiera

ensartado en una rama baja ni se hubiera partido el cráneo contra un árbol.

Cuando ya había recorrido dos kilómetros y medio, se encontró luchando para reprimir una creciente ola de pánico. Entonces, oyó un familiar siseo como de una tetera hirviendo en dirección sudoeste. Con un suspiro de alivio, el noble abandonó el sendero y se dirigió hacia el siseo, avanzando sonoramente a través del sotobosque a causa de la impaciencia. Tras unos doce metros, el bosque comenzó a hacerse menos denso, hasta que al fin tropezó con la periferia de su campamento. *Rencor* se puso de pie al verlo aparecer súbitamente, y se le dilataron las fosas nasales al percibir su olor.

Malus se detuvo en seco al borde del claro, y recorrió el pequeño espacio con mirada precavida. El hacha continuaba donde la había dejado, también estaba en el mismo sitio el pequeño paquete de tela que había contenido la comida de la noche anterior. Moviéndose con cuidado, atravesó el campamento y se acercó al nauglir.

—Tranquilo, *Rencor*-dijo mientras tendía las manos hacia las alforjas.

El gélido le bufó y lo miró funestamente con uno de sus ojos rojos mientras el noble rebuscaba entre sus cosas.

Las tres botellas de vino restantes no habían sido tocadas por nadie. Comprobó cada sello de cera y descubrió que estaban perfectamente intactos.

Rencor se removió sobre las grandes patas con garras, y gruñó de irritación.

—Bueno, bueno —dijo Malus, que sujetó bien las alforjas y le dio al gélido una palmada en un flanco—. Vete a cazar. Necesito pensar.

El noble se apartó mientras la enorme bestia de guerra se deslizaba con asombroso sigilo por el espeso sotobosque. Entonces, se volvió y, una vez más, observó el terreno de la zona en la que se había sentado la noche anterior. No se veía nada que indicara que había habido alguien más allí. Era como si simplemente se hubiera levantado y se hubiera marchado oscuridad adentro.

Malus se instaló cansadamente contra el tronco e intentó limpiarse un poco la tierra de las palmas de las manos. Por mucho que lo intentaba, no conseguía recordar gran cosa de la noche anterior desde el momento en que había hablado con Eldire. ¿Podría haberle hecho ella algo? Y de ser así, ¿por qué? Sacudió la cabeza con irritación. La idea no tenía ningún sentido.

Luego, estaba la pesadilla. Había oído hablar de druchii que gritaban, que incluso se levantaban y caminaban cuando eran presas de fuertes pesadillas. ¿Había habido en aquel sueño algo más que él no recordaba? ¿Acaso la horrenda visión de Lhunara lo había hecho huir hacia las profundidades del bosque?

—Quizá deba comenzar a beber hasta dormirme otra vez —murmuró amargamente—. O ponerme una maniota cada noche, como si fuera un caballo.

Desde el norte le llegaron ruidos de un movimiento frenético repentino: algo enorme avanzaba por el bosque partiendo ramas y golpeando pesadamente contra los troncos de los árboles. Malus gruñó con suavidad. *Rencor* ya había encontrado el

desayuno.

Entonces, como a modo de respuesta, oyó nuevos sonidos provenientes del sur, en la dirección del camino.

Sin pensarlo, Malus recogió el hacha y rodó silenciosamente para ponerse de pie con las piernas flexionadas, y se quedó observando con cautela desde detrás del tronco caído. Se mantuvo perfectamente inmóvil, sin apenas atreverse a respirar, y forzó los sentidos al máximo. Momentos después oyó un susurro mucho más suave en el sotobosque, a unos veinte metros hacia el sudeste. El noble cerró los ojos e intentó visualizar mentalmente el terreno circundante. Cualquier cosa que fuera, daba la impresión de que estaba avanzando por la senda de caza que recientemente había seguido Malus.

De pronto se oyó otro crujido de ramas rotas, esta vez procedente directamente del sur. El noble enseñó los dientes.

Por el sonido parecía tratarse de una partida de caza, y se dirigía hacia él.

4. Los infinitos

Después de todo por lo que había pasado en los últimos diez meses, Malus ya no creía en la suerte. Quienesquiera que fuesen los cazadores, no habían tropezado simplemente con él por casualidad. Dudaba de que fueran ciudadanos de Har Ganeth, ya que el campamento estaba demasiado lejos y demasiado adentrado en los bosques como para llamar la atención de una banda de refugiados. Una posibilidad era una partida de cazadores autarii. Los sombras consideraban suya toda la cadena montañosa y el territorio de colinas situado al norte del Camino de los Esclavistas, y no era inaudito que pequeños grupos de incursión llegaran hasta las estribaciones meridionales para robar a las caravanas de esclavos que se dirigían al oeste. Pero ningún autarii que mereciera tal nombre sería tan torpe como para delatar su posición, particularmente en las profundidades de los bosques.

Eso dejaba una sola posibilidad: eran hombres del ejército de Malekith.

Malus apretó con fuerza el mango del hacha de guerra y miró por encima del tronco hacia las sombras de los árboles. Era posible que sólo se tratara de una partida de cazadores que buscaran ciervos o faisanes con los que alimentar a la horda del Rey Brujo. También cabía la posibilidad de que fueran otra clase de cazadores que peinaban el bosque en su busca. «Pero ¿cómo pueden haberme encontrado?», pensó Malus. Sin duda, conocía esos bosques mejor que cualquier soldado de Naggarond, y la tarde anterior había tenido el cuidado de borrar su rastro.

Algo se movió en el sotobosque a la derecha del noble, todavía a unos quince metros de distancia. Los cazadores se movían con cautela y se desviaban ligeramente al oeste. Volvió la mirada hacia el este, con la esperanza de captar alguna señal del segundo grupo de cazadores, pero el denso follaje se lo impidió. «Sin embargo — pensó—, si yo todavía no puedo verlos, ellos no pueden verme a mí.»

Entonces, le llegó el seco sonido de una rama al partirse cerca de la senda de caza. A unos diez metros de distancia, según calculó, y también un poco más hacia el este. Los dos grupos estaban dando un rodeo en torno al borde del campamento. Y aún más, de repente se dio cuenta de que no había oído indicio alguno de movimiento en dirección sur. «Saben dónde está el campamento —pensó mientras sentía que se le erizaba el pelo de la nuca—. Están intentando rodearlo, impedirme que pueda huir hacia el norte.»

Tenía que moverse ya, antes de que el lazo se cerrara a su alrededor. Por suerte, *Rencor* se encontraba ahora en alguna parte situada al norte de donde él estaba, desayunando. Tenía la certeza de que si podía llegar hasta el nauglir, podría dejar atrás a quienesquiera que estuvieran acechándolo, y huir hacia el norte, adentrándose en las estribaciones de las colinas. Por supuesto, eso significaría internarse sin permiso en territorio autarii, pero para hacerlo primero tendría que sobrevivir.

Aún muy agachado, dio media vuelta y se escabulló hacia el otro lado del campamento. En ese instante, se alzaron sonidos de movimiento al este y al oeste. Los cazadores se habían puesto en marcha.

Malus agachó la cabeza y siguió el sendero que había dejado *Rencor* cuando se había marchado. O al menos lo intentó, porque a medio metro del borde del claro se estrelló de cabeza contra unos matorrales de zarzas a través de los cuales el gélido de piel de hierro se había limitado a pasar por la fuerza. Las espinosas ramas hirieron la cara y cuello del noble, y le arrancaron un estrangulado siseo de dolor. Malus le asestó tajos de hacha a las matas con la esperanza de que unos pocos bastarían para abrirle camino, pero las finas ramas verdes rebotaban contra el arma y salían disparadas de vuelta hacia él como látigos. Peor aún, el ruido resultante era considerable y lo hacía sentir peligrosamente expuesto. Malus renunció después de unos cuantos tajos más, y corrió hacia el oeste en busca de un paso entre el sotobosque.

Oyó que alguien salía al descubierto y entraba a toda velocidad en el claro, a sólo una docena de metros detrás de él. Sin aguardar a ver de quién se trataba, continuó agachándose y esquivando delgados arbolillos jóvenes y helechos colgantes, hasta llegar al final de las zarzas para luego girar otra vez en dirección norte. Su tensa mirada se volvía a derecha e izquierda con la esperanza de ver alguna señal que le indicara por dónde había ido el nauglir, pero el paso del gélido era casi invisible para sus ojos inexpertos. «Ese maldito bicho mide casi nueve metros de largo y pesa una tonelada —se dijo con irritación—, y, sin embargo, puede moverse como un autarii por el bosque cuando quiere.» Por un momento pensó en silbarle —era más fácil hacer que el gélido fuera hacia él que lo contrario—, pero estaba seguro de que los cazadores también lo oirían. No tenía ni idea de qué sucedería en ese caso, y no quería averiguarlo.

Malus forzó el oído para percibir los sonidos de la persecución, y se mantuvo en las zonas del bosque que ofrecían menor resistencia, renunciando a la ocultación en bien de la velocidad. El suelo comenzó a ascender suavemente, iniciando el lento ascenso hacia las bajas estribaciones de las montañas que aún se encontraban a más de un kilómetro y medio de distancia. Al cabo de pocos minutos llegó a una pequeña depresión boscosa y, por impulso, se adentró en ella en lugar de rodearla.

Las sombras eran densas bajo los árboles, que crecían muy apretados, pero al menos eso significaba que había menos sotobosque a través del que tener que abrirse camino trabajosamente. Casi de inmediato encontró un estrecho sendero de caza que serpenteaba por el centro de la depresión, y lo siguió sin vacilar. Segundos después llegó a un gran charco de sangre fresca que atravesaba la senda y vio un par de grandes huellas bien conocidas en las proximidades.

Malus se agachó, con la respiración agitada. Había encontrado el sitio en que

Rencor había tendido una emboscada a su presa, pero el maldito gélido no se veía por ninguna parte. El nauglir, como muchos otros depredadores, prefería arrastrar su comida hasta un lugar más seguro, en el que se sintiera lo bastante a salvo como para comer. Esto significaba que la bestia de guerra podía haberse alejado en casi cualquier dirección.

Un estremecimiento de las sombras que se produjo a la izquierda de Malus hizo que se volviera, con el arma a punto. Allí no había nadie. El noble giró lentamente en círculo, en busca de cualquier señal de peligro. Hasta donde podía ver, sin embargo, estaba solo.

A aproximadamente una docena de metros detrás de él crujieron unas ramas. Los cazadores habían llegado al extremo sur de la depresión.

Malus se acuclilló y recorrió con mirada rápida el terreno circundante. ¿Se atrevía a oponer resistencia allí, o era mejor continuar huyendo? ¿Ahora lamentaba haber dejado la Espada de Disformidad atada a la silla de montar de *Rencor*. Moviéndose tan silenciosamente como podía, Malus rodeó el charco de sangre para no dejar un rastro que sus enemigos pudieran seguir, y se deslizó dentro del denso bosque, hacia el oeste de la senda. Enredaderas y zarzas le tiraban del pelo y le arañaban la armadura de acero, pero resistió la tentación de apartarlas con el hacha. Por el contrario, se adentró más profundamente en la vegetación, con la esperanza de que se cerrara detrás de él como una cortina.

Unos pocos metros más adelante se encontró con el tronco quemado y fulminado de un viejo roble. Claramente herido por un rayo hacía años, los restos huecos del árbol se alzaban hasta menos de tres metros de altura y acababan en un tocón dentado y recubierto de musgo. En el tronco había abierta una brecha que comenzaba en las raíces y acababa aproximadamente a la altura de la cintura. Pensando con rapidez, Malus corrió hacia la brecha y se deslizó dentro con cuidado.

Madera podrida e insectos ondulantes le llovieron encima cuando los bordes de las placas de la armadura rasparon el interior del árbol. Cerró los ojos, apretó los labios con fuerza para que no le entraran en la boca aquellas cosas que olían a humedad y apoyó la espalda contra el otro lado del tronco hueco. Luego, moviéndose con cuidado alzó un pie y buscó un apoyo que estuviera situado a menos de un metro del suelo. Al cabo de escasos momentos su bota encontró un reborde capaz de soportar su peso. Con los dientes apretados, el noble presionó la espalda contra el tronco y se impulsó hacia arriba. Cuando su otro pie se despegó del suelo, buscó a tientas otro reborde y lo encontró justo por encima de la brecha.

Con rapidez, Malus ascendió un metro más y se quedó suspendido allí, sin casi atreverse a respirar.

Apenas había dejado de moverse cuando oyó débiles sonidos de movimiento entre los árboles. El noble reprimió una maldición. Percibió el movimiento de unas

ramas y un crujido de madera muerta, y por primera vez oyó voces apagadas que hablaban en lo que parecía druchii. Según pudo determinar, eran tres, aunque no podía distinguir bien qué decían.

Las voces se aproximaron. El noble oyó el apagado tintineo de placas de armadura y el débil entrecocar de vainas de espadas. Bajó los ojos hacia el estrecho haz de luz que entraba por la brecha, y mientras lo observaba vio pasar una sombra. Contuvo la respiración, esperando ver en cualquier momento una cabeza asomándose al interior del árbol.

La conversación continuó unos instantes más. Las palabras le llegaban extrañamente apagadas; de nuevo, Malus no logró entender el significado, pero por la cadencia y el tono adivinó que estaban discutiendo dónde debían buscarlo a continuación. Al fin, uno de los cazadores pareció tomar una decisión. Con un gruñido, todos se alejaron, al parecer para seguir camino hacia el oeste. El noble dejó escapar el aliento con lentitud. Cuando ya no pudo percibir más señales de movimiento, contó lentamente hasta cien y luego se deslizó con cuidado hacia el suelo.

Salir por la brecha resultó ser mucho más difícil que entrar. Al final se vio forzado a dar media vuelta, ponerse de rodillas y luego recular a gatas para atravesar el agujero. Esperaba que en cualquier momento lo hirieran en la espalda espadas o saetas de ballesta, pero a poco se vio libre. Tras sacudirse del pelo madera podrida e insectos, Malus volvió a orientarse y se encaminó hacia el este a la máxima velocidad posible.

No había recorrido más que unos pocos metros cuando oyó al norte, a cierta distancia, un gruñido que le era familiar. Al menos, ahora sabía en qué dirección se había marchado el gélido. La pregunta era si los cazadores habían oído o no el mismo sonido, y qué harían en caso afirmativo.

Malus se encaminó al oeste para volver al sendero de animales de caza. Podría seguir la tenue senda hasta tan al norte como le fuera posible, con la esperanza de avanzar más que sus perseguidores; pero si ellos también iban en dirección a *Rencor*, sin duda se cruzaría en su camino. También podía continuar hacia el oeste, atravesar el sendero y luego volver dando un amplio rodeo para llegar hasta *Rencor* desde el este. Pero hacerlo requeriría tiempo. ¿Qué riesgo merecía más la pena?

Absorto en este debate interno, Malus estuvo a punto de no ver el fugaz movimiento que se produjo a su derecha. Seguro de que esta vez no se trataba de su imaginación, se detuvo contra el tronco de un árbol y flexionó las piernas, para observar después las profundas sombras que lo rodeaban.

No se movió nada. No se oía más sonido que el del inquieto viento. Esperó durante diez segundos sin ver nada, y entonces inspiró profundamente y echó a andar otra vez. Avanzó diez metros, se detuvo bruscamente y giró hacia la derecha.

¡Allí! Vio una sombra que pasaba fugazmente de la oscuridad de debajo de un árbol a la siguiente. Era del tamaño de un cuervo, y volaba por el aire a la altura del hombro. Al noble se le erizó el pelo de la nuca. Un espectro estaba siguiéndole el rastro; sin duda, informaba a su amo de la posición de Malus.

Este imaginaba que los cazadores con los que se había encontrado ya regresaban sobre sus pasos para seguir la llamada de su sabueso ultraterreno.

Había llegado el momento de no ser sigiloso. Malus se volvió y corrió hacia el sendero de caza a la máxima velocidad posible. Con el peso de la armadura, sus pasos resonaban por el denso bosque, pero ahora lo único que contaba era la celeridad. Tal era su prisa que se metió a toda velocidad dentro de las mismas zarzas con las que se había encontrado antes. Espinas como agujas le arañaron la cara y las manos, pero con un gruñido salvaje les asestó enloquecidos tajos a las ramas con el hacha y pasó de largo.

Jadeando como un perro, Malus salió dando traspies al sendero... y de inmediato supo que no estaba solo.

En la senda, a la derecha de Malus, había tres figuras reunidas en apretado grupo. Vestían negros ropones de lana sobre calzones y botas, y sus torsos estaban protegidos por petos de plateado acero que tenían grabados elaborados dibujos y runas brujas. Iban cubiertos por pesadas capas con capucha, y sus caras se ocultaban tras pulimentadas máscaras plateadas. Tres caras femeninas labradas en metal lo observaban con curiosidad, y parecía que sus pulimentados rasgos flotaran dentro de las negras profundidades de las capuchas. Una de las figuras alzó una mano enguantada de negro, y Malus se volvió y echó a correr hacia el norte a la máxima velocidad que le permitían sus pies.

—¡*Rencor!*-llamó, desechando toda cautela.

Por suerte para él, el sendero de caza serpenteaba y giraba de un lado a otro, cosa que lo llevó rápidamente fuera de la vista de las creadoras de sombras. ¿Acaso se había dado de bruces con los autarii, después de todo? Las tres mujeres que acababa de ver eran brujas, de eso no le cabía la menor duda, pero ninguna bruja que hubiera visto antes llevaba máscara y armadura arcaica sobre los ropones.

A la izquierda de Malus se oyeron gritos y sonidos de movimiento; los cazadores a los que había visto cerca del árbol estaban aproximándose. Hacia el norte creyó oír otro bajo gruñido de *Rencor*. Estaba intentando calcular a qué distancia podía hallarse cuando, al girar en otro recodo, una figura con armadura apareció en la senda, justo delante de él.

Por un fugaz segundo Malus pensó que una de las brujas lo había adelantado volando para cortarle el paso. La figura llevaba ropones negros y máscara de acero plateado, pero las ornamentadas placas arcaicas cubrían al cazador desde el cuello hasta la punta de los pies, como en el caso de un caballero de verdad. Dos espadas

colgaban de su cinturón, y llevaba el rostro oculto tras una máscara que tenía la forma de un demonio de burlona sonrisa. Un *hadrilkar* de oro bruñido brillaba en las profundidades de la capucha del personaje.

El cazador alzó una mano guarnecida con un guantelete. Malus estaba demasiado cerca como para acometerlo con el hacha, así que optó por sujetar el mango justo ante sí mismo y cargar directamente contra el guerrero. Con un estruendo de madera contra acero, la figura enmascarada cayó hacia atrás, y Malus saltó por encima de ella sin alterar el paso.

Detrás de él sonaron más gritos, y luego oyó un sonido sibilante de algo que se deslizaba por el aire detrás de él. Algo pesado lo golpeó entre los omóplatos, y a continuación una red de acero le envolvió el pecho y los brazos en un abrazo temible. Ganchos con punta de anzuelo le rasparon la armadura y se atascaron en las juntas que mediaban entre las placas, y de repente Malus perdió el equilibrio, tropezó y se fue de bruces. Intentó recuperar la estabilidad mediante un furioso esfuerzo, pero entonces un pie se le trabó en una raíz que afloraba del terreno y él cayó de cabeza al suelo.

El noble se debatió y rodó sobre sí mismo, forcejeando en la implacable presa de la red. Mientras luchaba se oyeron pasos detrás de él, y tres figuras enmascaradas aparecieron en lo alto, a su lado. Una lo cogió por los tobillos y lo hizo girar diestramente para tenderlo de espaldas, mientras otra echaba mano de los pliegues de la red que quedaban sobre su pecho. El tercer guerrero se mantuvo a un par de pasos de distancia y desenvainó la espada con lentitud.

Con un gruñido, Malus recuperó la libertad de un pie cuando el hombre que sujetaba la red comenzaba a enderezarse. Por impulso, el noble le dio una patada al guerrero en un costado de la cabeza, y éste cayó de lado con una maldición apagada por la máscara; entonces, arrastró consigo una parte de la red y dejó libre el brazo derecho de Malus. El guerrero que había estado sujetándolo por los pies lo soltó para lanzársele encima, pero el noble rodó rápidamente hacia la izquierda y se desenrolló de la red. Tras hacer retroceder al segundo guerrero con un salvaje barrido de hacha, Malus se puso trabajosamente de pie justo en el momento en que el espadachín enmascarado lo acometía por la izquierda.

La espada del guerrero fue apenas un destello plateado en la lobreguez del bosque. Sólo el instinto de batalla salvó a Malus; sin pensarlo, se apoyó en el pie derecho y bloqueó el golpe de espada con el mango del hacha. Pero resultó que la fuerza de la embestida casi hizo caer a Malus de rodillas, y antes de que pudiera recuperarse, el espadachín volvió a acometer con otros dos fuertes golpes que casi derribaron al noble.

Quienesquiera que fuesen los guerreros, eran oponentes duros y diestros. Sin que cruzaran una sola palabra entre ellos, los enmascarados se desplegaron en un

semicírculo amplio claramente destinado a acorralarlo. Sin embargo, los otros dos mantuvieron las espadas dentro de las vainas y dejaron que fuera el espadachín solitario el que castigara la desfalleciente guardia de Malus. El noble cedía terreno con rapidez; aunque se retiraba por el sendero en dirección norte, sin duda uno de los cazadores se situaría detrás de él y le cortaría la retirada.

Recibió otro brutal golpe en el mango del hacha y se arriesgó a hacer una precipitada finta hacia la cara del espadachín. El corto barrido detuvo el avance del guerrero durante medio segundo, pero con eso bastó para que el noble girara sobre la punta del pie izquierdo y acometiera al cazador enmascarado que había dado un rodeo para situarse detrás. Pillado por sorpresa, el guerrero intentó retroceder, pero el noble cargó contra él con un rugido bestial y le acertó un despiadado tajo que le arrancó chispas del ornamentado peto. La potencia del golpe derribó al guerrero, y el noble pasó a la carga junto a él y continuó por el sendero.

—¡*Rencor!* —volvió a llamar. Al instante le respondió un brusco siseo desde apenas diez metros a la derecha de la vereda. Sin vacilación, el noble se lanzó sotobosque adentro, segando con salvajes barridos del hacha los arbustos y los arbolillos jóvenes que se interponían en su camino. Si lograba llegar junto al nauglir, podría volver el curso de la batalla a su favor.

Malus percibió el penetrante olor de la sangre derramada. Más adelante atisbo el escamoso lomo del gélido y sonrió con ferocidad. La bestia de guerra había arrastrado a su presa hasta otro claro situado casi cien metros por encima de la depresión.

—¡Arriba, *Rencor*, arriba! —le gritó a la bestia, que estaba agachada.

Malus sabía que los guerreros enmascarados lo seguían de cerca, a pocos metros de distancia. Al irrumpir en el claro, buscó con los ojos el hato de tela que contenía la Espada de Disformidad e iba sujeto al lomo del gélido.

Pero vio una figura de negros ropones que estaba de pie cerca de la silla de montar del nauglir. Una mano enguantada reposaba sobre un costado del cuello de *Rencor*, y los ojos del gélido se dirigían al suelo en gesto de sumisión. La bruja miró impasiblemente a Malus desde las profundidades de su máscara de plata, mientras él se detenía de manera brusca.

Otras dos brujas se deslizaron silenciosamente desde las sombras por la derecha y la izquierda de Malus, cada una acompañada por dos guerreros, que avanzaron con las espadas desnudas. Los tres perseguidores del noble llegaron al claro detrás de él, de modo que quedó completamente rodeado.

Malus giró con lentitud sobre sí mismo y contempló por turnos a cada cazador. Su mirada fue de una cara enmascarada a otra, consternado y perplejo ante la extraña apariencia de las figuras. Se dio cuenta de que no se trataba para nada de autarii. Ningún grupo de sombras sería tan disciplinado.

El noble se detuvo a pensar. Todos los guerreros llevaban el mismo collar de oro. Eran de oro, no de plata, y menos de acero plateado. Al observar con mayor atención uno de los *hadrilkars*, Malus vio que estaba forjado en forma de dos dragones entrelazados.

Se quedó sin aliento. Comprendió que no se trataba de meros cazadores. Sabía quiénes eran, aunque pocos los habían visto cara a cara.

Eran los guardias y agentes personales del Rey Brujo. Los infinitos.

5. La fortaleza de hierro

Hielo oscuro afluyó a las venas de Malus cuando los guerreros se cerraron a su alrededor.

La ola de poder demoníaco lo conmocionó y le arrancó un alarido de horror. El tiempo se estiró como la cuerda de un arco; los movimientos de los infinitos se ralentizaron hasta dar la impresión de que se arrastraban, mientras que el cuerpo de Malus hervía de despiadado vigor. Interiormente, el noble retrocedió con terror y asco ante aquella inesperada salvación.

—Yo no he pedido esto, demonio —siseó—. ¡No puedes obligarme a aceptar tus malditos dones!

—Las cosas han cambiado, Darkblade —dijo Tz'arkan, cuya risa fue como un temblor sobre la piel de Malus—. Ahora tengo libertad para protegerte como me parezca más conveniente. Sería de esperar que me estuvieras agradecido. ¿Imaginas que Malekith ha enviado a sus escogidos con órdenes de matarte? Si te hubiera querido muerto, podría haber enviado a diez mil lanceros al interior del bosque para hacerte salir como si fueras un oso. No, están aquí para arrastrarte hasta Naggarond cargado de cadenas, donde sufrirás tormentos que ningún druchii cuerdo podría imaginar.

—¡Retíralo! —le gruñó Malus—. Retira tu maldito hielo de mis venas. ¡Ni lo quiero ni lo necesito!

—No se puede hacer retroceder a las estaciones del año —replicó Tz'arkan con frialdad—. Has tenido tu primavera y tu verano, pequeño druchii. Dentro de poco será otoño. El invierno no puede seguirlo desde muy lejos. El hielo llegará, tanto si lo deseas como si no.

Malus apretó los puños en torno al vapuleado mango del hacha y rugió como una bestia herida. Los guerreros enmascarados continuaban deslizándose hacia él, tan lentamente que parecían eternizarse entre un paso y el siguiente. Imaginaba que si hubieran llevado la cara descubierta podría haber visto que se les estiraba como cera fundida mientras la sorpresa se registraba grado a grado al ver que el noble se movía como un rayo ante ellos. Entonces, como un ejecutor, acometió a su primera víctima y se dispuso a ahogar su desdicha en una marea de sangre caliente. Sin embargo, antes de que pudiera dar un sólo paso, una voz fría y melodiosa le habló al oído.

—Tu brujería es impresionante, Malus de Hag Graef, pero al final no cambia nada.

El noble giró sobre sí mismo con la garganta contraída de miedo. Su hacha cantó al hender el aire en dirección al cuello de la bruja, pero ella se movió como si él estuviera totalmente quieto. Extendió un brazo sin esfuerzo aparente y le tocó el peto con las yemas de los dedos.

Detrás de los ojos de Malus estalló fuego azul. Sintió que se caía, y la cara de plata de la bruja se alejó hacia la oscuridad. Su voz sonó como una campana.

—Ahora perteneces al Rey Brujo.

La noche ya había caído cuando se despertó. Abrió los ojos a los cambiantes matices de las auroras boreales que brillaban en un cielo de finales de verano inquietantemente despejado. Las estrellas eran tan frías y despiadadas como diamantes, y las lunas gemelas proyectaban extrañas sombras sobre el brumoso paisaje. En los extremos de su campo visual se movían de manera silenciosa figuras con ropones negros, y oyó que había gente que hablaba lacónicamente en voz baja.

Estaba tendido como un cadáver sobre el duro suelo y aún llevaba puesta la vapuleada armadura. No lo retenía atadura ninguna, pero sentía el cuerpo como si fuera de plomo. Con un gruñido, intentó sentarse, pero lo máximo que logró fue levantarse un poco, apoyado en los codos.

De inmediato vio que se encontraba en el centro de un pequeño campamento situado en algún punto del Camino de los Esclavistas, al oeste de Har Ganeth. No había fuegos, sino sólo pequeños globos de luz bruja que descansaban sobre trípodes bajos de hierro, y tal vez unas doce tiendas plantadas en ordenado agrupamiento alrededor del sitio en que él yacía. Vio guerreros enmascarados que se afanaban en desmontar y guardar las tiendas mientras él observaba, y otro grupo ensillaba una veintena de caballos negros como el carbón que estaban atados a una hilera de estacas situadas a una docena de metros de distancia. Una niebla marina gris se enroscaba en torno a los lustrosos cascos de las caballerías, cuyos ojos teñía de verde la luz bruja que se reflejaba en ellos.

Los infinitos se ocupaban de sus tareas y prestaban a Malus tanta atención como si fuera una manta enrollada. Con rapidez comprobó que no se veía su hacha por ninguna parte, y que le habían quitado las dos dagas que llevaba al cinturón. No había grilletes que le sujetaran las muñecas ni los tobillos, lo cual revelaba muchísimo sobre las capacidades de sus captores. Los infinitos y sus brujas estaban seguros de que, si intentaba echar a correr, no llegaría muy lejos.

—Estás despierto —dijo una sobrenatural voz musical. Era fría y dulce como una trompeta o una campanilla de plata, e hizo que un escalofrío recorriera la espalda del noble.

Malus intentó volver la cabeza para mirar a la bruja, pero el esfuerzo lo dejó exhausto. De nuevo se tendió en el suelo mientras la druchii enmascarada daba un rodeo en torno a él y se arrodillaba grácilmente a su lado. Llevaba una estrecha botella de vidrio tallado en una mano, y una bruñida copa de plata en la otra.

—Eso está bien. Nos marcharemos dentro de poco.

Vertió un poco de líquido negro en la copa y se la tendió a Malus. El noble estudió con recelo los ojos de la bruja. Se veían grandes y oscuros dentro de los

agujeros de la lustrosa máscara, y le recordaron, por encima de todo, a la franca y seria mirada de una niña. Apretó las mandíbulas, se incorporó sobre un codo y tendió la otra mano hacia la copa, lentamente.

—¿Dónde está el ejército? —preguntó, cansado.

La bruja ladeó la cabeza.

—¿Ejército? No hay ningún ejército.

Malus frunció el ceño, y sus oscuras cejas se arrugaron con aire consternado. Estudió el negro líquido del fondo de la copa y bebió un pequeño sorbo. El potente licor le causó quemazón en la lengua y bajó por su garganta como si fuera hierro fundido. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y dónde está Malekith, entonces? —jadeó, luchando contra el impulso de toser.

—El Rey Brujo está en Naggarond —replicó ella, como si eso lo explicara todo—. Se nos ha ordenado llevarte ante él.

El licor quemó a Malus por dentro, pero también devolvió algo de fuerza a sus extremidades. Hizo de tripas corazón y vació la copa.

—Esto me recuerda una ocasión en que bebí aceite de lámpara, cuando era niño —comentó, enronquecido—. Honradamente, el aceite era más sabroso.

—Se trata de un licor de los enanos llamado *barvalk* —explicó la bruja, que aceptó la copa vacía—. Los jinetes oscuros lo llevan consigo en las frías noches de invierno. Mantiene caliente la sangre y aguza la mente.

—Probablemente también sirva para lustrar la plata —murmuró Malus.

Sin embargo, admitió en silencio que sus extremidades habían comenzado a recobrar la soltura, y su mente estaba alerta y despierta. Con una sonrisa triste, se sentó con la espalda bien erguida y estiró brazos y hombros.

La bruja estaba totalmente a su alcance. Su mirada era sincera y sus modales relajados. No le había representado el más mínimo esfuerzo apresarla y cerrar las manos alrededor de su cuello. «Pero, y luego, ¿qué?», se preguntó Malus. ¿Era la misma bruja que lo había derribado en el bosque con un simple toque? No lo sabía. Y aunque lograra matarla, luego, ¿qué?

Estaba rodeado por más de una docena de guerreros, y aun en el caso de que lograra huir de ellos, los infinitos ya habían demostrado que podían seguirle fácilmente el rastro mediante su magia.

Malus dejó caer los hombros dentro de los confines de la armadura. Engrilletarlo habría sido completamente innecesario. No tenía adonde ir, y lo sabían.

Entonces, recordó lo que le había dicho Eldire: «La senda que va hasta la quinta reliquia lleva a Naggarond.»

Cabía la posibilidad de que el hecho de haber caído en poder de los infinitos fuera una bendición camuflada.

—De acuerdo —dijo Malus, intentando parecer resignado a su destino—. ¿Y ahora qué?

La bruja se puso de pie.

—Hay comida preparada en aquella tienda de allí —dijo al mismo tiempo que señalaba por encima de un hombro de Malus—. Si tienes hambre, come. Cabalgaremos durante toda la noche, y no volveremos a detenernos hasta el mediodía de mañana.

Malus asintió con la cabeza. En verdad, la comida era lo último que tenía en mente en ese momento, pero era mejor alimentarse mientras pudiera.

—¿Dónde está mi montura?

La bruja se volvió e inclinó la bruñida máscara hacia la línea de árboles del norte.

—A tu gélido están atendiéndolo allí, fuera del campamento —replicó—. Acude junto a él cuando hayas roto el ayuno, y aguarda la orden de partida.

Sin despedirse siquiera, la bruja comenzó a alejarse.

—¡Espera! —la llamó Malus—. ¿Cómo te llamas?

La druchii se detuvo. Su cabeza giró levemente y la luz lunar brilló en una de las redondas mejillas.

—No tengo nombre —dijo con tono de infantil diversión—. Soy infinita.

Sin aguardar réplica alguna, se reunió con un grupo de figuras cercanas que preparaban alforjas. Al cabo de poco rato, a Malus le resultó imposible saber cuál de las idénticas figuras era ella.

El noble sacudió la cabeza con cansancio y se puso de pie. La guardia personal de Malekith continuaba levantando el campamento con rapidez y eficiencia, sin apenas dedicarle una mirada de soslayo al prisionero. A menos de veinte metros al sur, una caravana de comerciantes de esclavos conducía sus jaulas con ruedas hacia el norte por el Camino de los Esclavistas, en dirección a Karond Kar. Oyó que los boyeros maldecían a los impasibles bueyes, que avanzaban impelidos alternativamente por el maestro esclavista y sus hijos. Uno de los jóvenes druchii levantó entonces la mirada y contempló con curiosidad el pequeño campamento. Vio que Malus lo observaba y alzó el trenzado látigo para saludarlo.

Malus le devolvió el saludo con una mano, y el joven esclavista espoleó el caballo para avanzar a medio galope hasta la vanguardia de la caravana. Sin dejar de sacudir la cabeza, el noble se encaminó hacia la tienda que le había indicado la bruja, con la esperanza de que los infinitos hubieran llevado carne y queso consigo, y tal vez un poco de vino decente.

Una vez levantado el campamento y hecho el equipaje, los infinitos establecieron una velocidad rigurosa para llevar al prisionero hasta Naggarond. Montados en sus corceles preternaturales, los enmascarados druchii cabalgaron durante toda la noche y la mitad del día siguiente, antes de hacer finalmente un alto bajo una fría lluvia

intermitente.

Los caballos bufaron y patearon el suelo cuando los condujeron fuera del camino, hacia las altas pasturas; su respiración se condensaba en nubecillas a causa del intenso frío. Los animales no le hacían el menor caso al gélido, que iba en medio de ellos; engendrados a partir de purasangres llevados hasta allí desde la hundida Nagarythe, los negros corceles eran paridos en los establos brujos de la propia Naggarrond, y no temían ni a hombre ni a bestia. Primos de los oscuros corceles que montaban los mensajeros del reino, cuando se les dejaba correr a su antojo eran veloces como los vientos de tormenta, y podían correr durante días sin cansarse.

Por lo que a *Rencor* respectaba, el nauglir le prestaba poca atención a cualquier cosa, incluido Malus. Desde el encuentro con la infinita, cerca del campamento del bosque, el gélido se había mostrado extrañamente manso y pasivo, y obedecía las órdenes con tanta docilidad como un esclavo azotado. En el camino, el nauglir avanzaba a la misma velocidad que el resto del grupo, sin hacer caso de las sutiles órdenes del noble.

Rencor siguió a los caballos cuando se apartaron del camino, y se sentó sobre los cuartos traseros al mismo tiempo que alzaba la cabeza, algo animado al sentir la agradable caricia de la lluvia. Malus bajó de la silla de montar e intentó estirarse para suavizar las contracturas que tenía en las caderas y los hombros. Aunque las duras cabalgatas no eran algo nuevo para él, más de catorce horas en la silla lo habían dejado como si lo hubieran molido a garrotazos.

Los enmascarados druchii se deslizaron sin esfuerzo de las sillas e inspeccionaron silenciosamente las monturas para comprobar el estado de los cascos, los músculos y los tendones con manos expertas. Malus hizo lo mismo con *Rencor*, aunque el noble buscaba evidencias de muy diferente clase.

Un momento después había encontrado el agrupamiento de runas mágicas pintadas con una especie de tinta añil sobre el huesudo cráneo del nauglir. La lluvia no ejercía ningún efecto sobre ellas ni se difuminaron cuando las frotó con un pulgar. Malus dio unas palmaditas en el cuello de *Rencor*, con resignación. Los infinitos habían usurpado su control sobre la montura y habían convertido así a *Rencor* en una especie de carcelero para él. No podría espolear al gélido para que se volviera contra los jinetes aunque quisiera infectarlo.

Sin nada más que hacer, Malus se recostó contra un flanco de *Rencor* y esperó. Pasados unos minutos, uno de los guerreros remontó la columna con una botella de *barvalk* y media salchicha. Cuando le llegó el turno, Malus se armó de valor y aceptó la copa que le ofrecía, para luego devorar una gruesa loncha de salchicha. En cuanto el guerrero acabó la ronda, regresó a paso ligero hasta la vanguardia de la formación y, sin mediar palabra, los infinitos volvieron a montar. El descanso de mediodía había durado poco más de quince minutos.

Cabalgaron durante el resto del día y hasta bien entrada la noche. En cabeza iba el estandarte del dragón, perteneciente al Rey Brujo de Naggaroth, y las caravanas de esclavos que viajaban en ambas direcciones se apartaban y aguardaban, con la cabeza inclinada, a que los jinetes negros pasaran de largo en medio de un galope atronador. Ya habían transcurrido casi cuatro horas desde la puesta del sol cuando los infinitos finalmente ordenaron un alto, condujeron a las monturas fuera del camino y prepararon una comida fría, alumbrados por luz bruja. Con frío, mojado y dolorido de pies a cabeza, Malus sacó las mantas enrolladas de la silla de montar y cayó al suelo, agotado, junto a *Rencor*.

Apenas había cerrado los ojos cuando una de las brujas se arrodilló junto a él con un puñado de pescado salado y un trozo de pan envuelto en un cuadrado de tela engrasada. Aceptó la comida sin pensar, mientras su exhausto cerebro registraba vagamente que era cerca de medianoche y los guerreros estaban montando otra vez. Gimiendo, el noble guardó las mantas y se instaló sobre la montura, donde comió la magra ración de alimento mientras avanzaban.

Al final de la segunda noche los jinetes habían llegado al extremo oriental del Mar Maligno, y estaban a un día de cabalgada de la encrucijada donde el Camino de los Esclavistas se encontraba con el Camino de la Lanza, que se dirigía al norte, hacia los Desiertos del Caos. La ración de *barvalk* se había ido haciendo más generosa en cada descanso, y Malus descubrió que estaba acostumbrándose al sabor. No le aliviaba los dolores de la cabalgada interminable, pero hacía que le resultaran ligeramente más tolerables. Mientras los jinetes comían y descansaban, Malus resistió las exigencias de sueño de su cuerpo y dedicó el tiempo a organizar cuidadosamente las bolsas. Rebuscó en la alforja donde estaban ocultas tres de las reliquias del demonio, y sacó el paquete que contenía el Idolo de Kolkuth. Cuando lo colocó encima del resto del contenido de la alforja, sintió la frialdad de la figura de latón a través de las capas de gastada tela. Durante el día de viaje había forjado un plan para escapar. Una vez que los infinitos lo llevaran al interior de la Fortaleza de Hierro, esperaría hasta el último momento antes de coger el ídolo y usar su poder para transportarse lejos de sus captores. Tenía la certeza de que dentro de la fortaleza podría encontrar abundantes escondrijos desde los que comenzar la búsqueda del Amuleto de Vaurog.

Claro estaba, que sería necesario que las brujas no pudieran valerse de sus espectros para localizarlo una vez más, y que el control que tenían sobre *Rencor* no forzara al nauglir a volverse contra su amo.

Los infinitos intercambiaban sus posiciones dentro de la formación durante el viaje. Malus no tenía claro por qué hacían eso, a no ser que fuera para limitar todo lo posible exponerse a él. Después del segundo día pensó en trabar conversación con una de las brujas que cabalgaban a su lado, y se quedó sorprendido cuando ella

respondió a todas las preguntas que le formuló. Le contó que los infinitos eran entregados a la Fortaleza de Hierro cuando eran bebés, exigidos como una especie de diezmo a todas las familias nobles de Naggarond. Las brujas recibían su formación de la propia Morathi, mientras que a los guerreros los enseñaba un noble llamado señor Nuarc, el mejor señor de la guerra de la horda del Rey Brujo. Servían a Malekith hasta la muerte, momento en el cual su máscara y pertrechos eran entregados a un neófito que aguardaba. Los infinitos eran siempre un millar; guardaban los predios de la Fortaleza de Hierro y marchaban con el Rey Brujo cuando los druchii iban a la guerra.

Por lo que Malus pudo determinar, los infinitos no deseaban nada ni tenían el más leve rastro de pensamiento independiente ni de ambición. Eran esencialmente incorruptibles, lo que a Malus lo hizo sentir frustrado y horrorizado al mismo tiempo.

Tentado por la locuacidad de la bruja y su aparente falta de malicia, Malus le preguntó cómo se las habían arreglado para encontrarlo.

—Tiene que haber sido mediante brujería —comentó con tono despreocupado—. ¿Cómo, si no, habríais sabido que debíais buscar en un claro sin nombre, situado en medio de un vasto bosque?

—Todas aprendemos a invocar espectros —replicó la bruja, cuya voz añorada estaba teñida de sorpresa, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. No cuesta nada invocar a un recadero para que se encargue de la búsqueda, siempre y cuando tengas el nombre del sujeto.

—¿Un recadero? —preguntó Malus.

La bruja soltó una risilla desde detrás de la máscara de plata.

—Es el más débil de los espectros; poco más que un fragmento de esencia espiritual, lo bastante inteligente como para obedecer órdenes pero completamente desprovisto de voluntad e iniciativa. Se le pueden encomendar tareas sencillas, pero su alcance no es muy grande. —Sacudió la cabeza con gesto condescendiente mientras miraba a Malus—. Me sorprende que sepas tan poco, dada la demostración que hiciste en el bosque.

—Mi conocimiento es... especializado —replicó Malus—. ¿Dices que su alcance es corto?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Tienen poca potencia propia, y dependen de las energías de quien los invoca para mantenerse activos en el reino físico. Un invocador puede enviar a un recadero quizá a una distancia de unas pocas docenas de kilómetros, pero no más.

El noble apartó la mirada y fingió estudiar la tenue silueta de la fortaleza Dachlan con el fin de ocultar su ceño fruncido de consternación. «¿Una docena de kilómetros?», pensó. Tal vez no era una gran distancia para una bruja, pero eso significaba que tendría que usar el ídolo para salir completamente de Naggarond con

el fin de escapar a su radio de influencia. Quizá si pudiera encontrar un escondrijo en las colinas cercanas, y luego usar el ídolo para ir y venir de la fortaleza...

De repente, se irguió en la silla y se volvió a mirar a la bruja.

—¿Has dicho que un recadero no puede ir más allá de unas pocas docenas de kilómetros?

—Por supuesto —replicó ella.

—Entonces, ¿cómo sabíais dónde buscarme? ¿Podría haber estado en Har Ganeth o en el camino hacia Karond Kar...! ¿Podría haberme hecho a la mar a bordo de una nave corsaria, por amor de la Madre Oscura!

La bruja se encogió de hombros.

—Se nos dijo que te buscáramos a lo largo del Camino de los Esclavistas —dijo.

«¿Y cómo supo eso Malekith?», se preguntó Malus. Estaba seguro de que no iba a gustarle la respuesta.

Bien pasada la medianoche de la cuarta jornada, llegaron a la encrucijada de caminos. El aire era frío y limpio, y el noble tembló en la silla tanto de agotamiento como de miedo cuando los jinetes tiraron de las riendas para que las monturas se aquietaran hasta ir al paso, y atravesaron el bosque de almas ardientes.

La última vez que Malus había pasado por allí, iba a la cabeza de un pequeño ejército y marchaba hacia el sur para conquistar Hag Graef en nombre de Balneth Calamidad. Las figuras marchitas atadas con alambre a las altas astas de hierro que rodeaban la encrucijada y quemadas por llamas brujas le habían inspirado poco terror en aquel entonces. Ahora se encontró escuchando sus débiles gritos enloquecidos y temiendo ver la estaca vacía que el Rey Brujo le tenía reservada a él. Sólo los nobles que violaban las leyes de Malekith eran condenados a arder en la encrucijada, algunos agonizando durante años mientras los elementos desgastaban sus cuerpos centímetro a centímetro. Mientras pasaba entre las chisporroteantes teas que habían sido hombres poderosos, Malus no pudo evitar temblar ante el destino que le aguardaba. Tendió una mano hacia atrás para comprobar que aún llevaba la alforja en la que guardaba el ídolo, y para asegurarse de que podría cogerlo con rapidez cuando llegara el momento.

Al otro lado de la encrucijada se veía una estrecha franja de camino que brillaba con fantasmal blancura bajo la luz lunar. El Camino del Odio sólo conducía a Naggarond, y estaba pavimentado con los cráneos de cien mil elfos. El pataleo de los cascos de los corceles negros sonaba a hueco sobre los huesos mágicamente tratados, y los jinetes se erguían más sobre las monturas al acercarse a su hogar.

El camino serpenteaba entre oscuras colinas muertas y a través de resonantes valles densamente poblados por robles y fresnos, mientras a lo lejos las altas murallas y puntiagudas torres de Naggarond se alzaban cada vez más arriba en el cielo añil. Vacilantes luces brujas brillaban como un millar de ojos en los edificios de la ciudad-

fortaleza y le conferían una especie de fría vida meditabunda. Ese no era un lugar construido sobre un despiadado poder como Hag Graef, ni teñido por la sed de sangre como Har Ganeth; Naggarond era negro, eterno odio tallado en frío mármol y forjado en inflexible hierro. Era la forma física del implacable corazón de los druchii.

Avanzaron por el Camino del Odio durante una hora más, hasta que al fin coronaron una cumbre rocosa y llegaron a una plana llanura sin rasgos destacables que se extendía hasta una árida ladera de montaña. Naggarond se enroscaba sobre sí misma en aquel llano como un dragón enorme, rodeada por una relumbrante muralla de unos dieciocho metros de altura. Altas torres erizadas de púas de hierro se alzaban sobre la muralla, separadas más o menos por un kilómetro y medio de distancia, de modo que pudieran dejar caer nubes de flechas y pesadas piedras sobre cualquier invasor. Ante sí, Malus veía un enorme cuerpo de guardia que constituía una pequeña fortaleza en sí mismo, encumbrado sobre una doble puerta hecha de placas de hierro bruñido de unos seis metros de altura. El noble sacudió la cabeza, maravillado. En otra época había pensado que las fortificaciones de Hag Graef eran temibles, pero en realidad no eran nada comparadas con la formidable mole de las de Naggarond.

Los jinetes oscuros condujeron sus caballos directamente hacia el otro lado de la llanura y se aproximaron a las puertas de hierro. No les dieron el alto desde las dentadas almenas del cuerpo de guardia; era evidente que la mera visión de las bruñidas máscaras plateadas de los infinitos bastaba para franquearles el paso. Una de las descomunales puertas se abrió con un terrible chirrido, y la columna entró al trote por un amplio túnel que pasaba por debajo del cuerpo de guardia. La oscuridad parecía ejercer presión desde todas partes, y el noble luchó para no encoger los hombros al pensar en las saeteras y canales para aceite que sin duda coronaban la piedra.

Malus esperaba salir del túnel a una gran plaza abierta, muy al estilo de otras ciudades druchii. Sin embargo, se encontró en una estrecha calle flanqueada por altos edificios de piedra con puertas de roble muy hundidas en los muros. En tederos que colgaban sobre muchas de las entradas brillaban lámparas brujas que creaban círculos de luz temblorosa en medio de un sinuoso sendero de sombras abismales. Los cascos de los corceles negros arrancaban chispas de los adoquines grises y creaban un golpeteo atronador que reverberaba en los muros separados por muy poca distancia.

Todas las ciudades druchii eran lugares laberínticos y traicioneros, llenos de callejones sin salida y giros confusos destinados a atrapar y matar a los incautos, pero Naggarond no se parecía a ninguna ciudad viva que Malus hubiese visto jamás. Una vez dentro de las murallas, no había puntos de referencia a partir de los cuales uno pudiera orientarse; casi todas las calles acababan en una encrucijada que conectaba con otras tres vías que seguían direcciones impredecibles. Ninguno de los edificios que vio tenía señales o sigilos que indicaran qué era, y si en alguna parte había plazas

de mercado, él no llegó a verlas. Al cabo de pocos minutos estaba completamente perdido, y sabía, sin lugar a dudas, que apenas acababan de entrar en los barrios periféricos de la ciudad.

Cabalgaron durante más de una hora a través del laberinto, sin más compañía que los ecos de sus pasos. Malus no vio ni un solo ser vivo a lo largo del recorrido: ni ciudadanos ni guardias de la ciudad, ni borrachos ni ladrones, ni oráculos de pacotilla ni degolladores. La ciudad le recordaba en todo a las casas de los muertos, esa ciudad de criptas situada en el este, donde los antiguos muertos de Nagarythe eran temerosamente confinados en bóvedas de piedra.

Había otras tres murallas defensivas que subdividían la ciudad, cerradas a su vez por otras tres pesadas puertas de hierro. Altas casas silenciosas parecían pegarse con fuerza contra ambos lados de esas murallas interiores. Malus tuvo la sensación de que, al ser la primera de las seis ciudades, Naggarond había crecido a trompicones a medida que prosperaba el reino, expandiéndose más allá de sus propias murallas una y otra vez, hasta quedar con tantos anillos como un viejo árbol nudoso.

Así pues, cuando se detuvieron ante la cuarta muralla de relumbrante piedra, la exhausta mente de Malus tardó un rato en percibir la estrecha entrada arqueada y el cuerpo de guardia formado por hojas de hierro forjado. Luces brujas brillaban en los ojos de dragones de hierro que se alzaban a ambos lados de la formidable puerta, cuyas alas abiertas estaban hechas de placas de hierro batido tan afiladas como espadas. Al otro lado del cuerpo de guardia se elevaba una profusión de torres muy apiñadas que parecía un bosque de bruñidas hojas de lanza, hendidas por ventanas estrechas como saeteras en las que brillaba fuego brujo. De detrás de los muros de la Fortaleza de Hierro se alzaban jirones de vapor que ascendían entre las torres hacia las lunas gemelas como si fueran dedos provistos de garras.

Al fin habían llegado a la Fortaleza de Hierro, ciudadela del inmortal Rey Brujo.

6. El Rey Brujo

Dentro del cuerpo de guardia hecho de hierro reverberó un estruendo metálico que sacó a Malus de su extenuado sopor, y la arqueada puerta giró hacia el interior sobre sus antiguos goznes forjados por enanos. El noble sintió que por la espalda le bajaba un escalofrío cuando la negra puerta se abrió y pudo contemplar la negrura del otro lado. Temía adentrarse más en el dominio del Rey Brujo, pero sabía que tenía que echar al menos una ojeada a los terrenos de la fortaleza, si más adelante quería lograr que el Idolo de Kolkuth lo transportara al interior. Cuando el primero de los guardias taconeó al corcel negro para que avanzara, Malus tendió una mano hacia atrás y soltó la correa de la solapa de la alforja donde llevaba el ídolo.

El pasaje a través de la puerta fue más breve de lo que él había esperado, pues el túnel tenía apenas tres metros y medio de un extremo al otro. Al otro lado había un patio pequeño pavimentado con losas de pizarra pulida; estaba rodeado por estatuas de imponentes caballeros druchii y dragones que se alzaban de manos. Por encima de ellos se encumbraban las torres de bordes afilados de la ciudadela de Malekith y de los señores vasallos de su horda, que proyectaban sombras profundas sobre los cansados viajeros. Mientras conducía a *Rencor* hacia el interior del patio, Malus notó que sobre él caía el peso de una mirada terrible; por un momento se sintió como un conejo atrapado en la sombra de un halcón que descendía en pitado, y un frío terror irracional se apoderó de su corazón y le convirtió los músculos en hielo. Incluso *Rencor* la percibió, ya que la enorme bestia se sentó sobre los cuartos traseros y le lanzó dentelladas al aire. Con la misma rapidez que había aparecido, la terrible presión cedió, y Malus captó un sinuoso desplazamiento entre las sombras que se proyectaban sobre los adoquines del empedrado. Alzó la mirada y percibió apenas un movimiento, como si una gran serpiente estuviera recorriendo una de las torres más altas de la ciudadela. Luego atisbo el contorno de una cabeza larga y estrecha silueteada por la luz lunar, y un par de relumbrantes ojos encarnados que contemplaban la oscura ciudad con imperioso desdén. Con un estremecimiento, Malus comprendió que se trataba de un dragón negro. Se quedó boquiabierto ante la terrible visión.

Estaba tan absorto en la visión de la temible bestia que no le prestó la más mínima atención al noble que los esperaba en medio del patio, hasta que éste habló.

—¿Estáis seguros de que es el hombre correcto? —preguntó el noble con voz ronca y autoritaria—. Tiene aspecto de cadáver.

El tono de la voz del noble arrancó a Malus de su ensoñación. Vio que los infinitos desmontaban, y observó cómo los enmascarados guerreros inclinaban respetuosamente la cabeza ante el señor druchii, que les devolvió el gesto con el ceño fruncido de desaprobación. El agotamiento y el despecho soltaron la lengua de

Malus.

—El señor Nuarc, supongo.

—¿Te he dado permiso para abrir esa maldita boca, muchacho? —gruñó el señor Nuarc.

Era alto y de constitución poderosa, y llevaba una armadura esmaltada, adornada con filigranas doradas y potentes runas de protección sobre una cota de brillante malla de ithilmar. Sus espadas gemelas eran obras maestras, con rubíes del tamaño de huevos de gorrión incrustados en el pomo; una capa de lustrosas escamas negras de dragón colgaba de sus anchos hombros. Aun sin el grueso *hadrilkar* de oro que le rodeaba el cuello, estaba claro que se trataba de un noble poderoso, miembro del séquito personal del Rey Brujo. Tenía en la nariz dos cicatrices debidas a roces de espada, y una depresión estrellada de tejido cicatricial en un costado del cuello que hablaba de una lanza que le había arruinado la voz. Los negros ojos del druchii brillaban con aguda inteligencia, y dejaban entrever una voluntad más fuerte que el acero. El cabello negro recorrido por hebras grises estaba recogido para apartarlo del delgado rostro, y sujeto con un cintillo de oro.

—No puede ser ningún otro, mi señor —dijo uno de los guerreros, que hablaba con voz misteriosamente idéntica a la que tenía la bruja con la que Malus había conversado durante el viaje—. Lo encontramos en el bosque cercano a Har Ganeth, como tú dijiste. Los espectros lo conocieron por su nombre.

Malus se inclinó hacia atrás y metió una mano debajo de la solapa de la alforja. La gélida superficie del ídolo parecía quemarle las yemas de los dedos. Intentó visualizar un punto situado a lo largo del camino, algún sitio cercano a un bosque y a colinas donde pudiera esconderse y planificar el siguiente movimiento.

Nuarc volvió a mirar a Malus y sacudió la cabeza.

—Yo no lo habría creído. —Miró al noble a los ojos—. ¿Cómo ha hecho un desgraciado marchito como tú para matar a Lurhan de Hag Graef?

—Con una espada. ¿Cómo, si no? —se burló Malus, ya que la ira estaba dominándolo. Si Nuarc esperaba excusas o gimoteantes súplicas de misericordia, iba a llevarse una decepción—. La gente tiene la costumbre de subestimarme, señor Nuarc, y yo tiendo a hacer que lo lamenten.

Nuarc estudió a Malus durante un momento, y luego asintió con aire apreciativo.

—Valiente pero estúpido —declaró—, tal y como sospechaba. —Frunció el ceño—. Saca la mano de la alforja, muchacho —le espetó—. No te hemos traído desde tan lejos para robarte las baratijas.

—No, me trajisteis desde tan lejos para colgarme en la encrucijada —le contestó Malus—. ¿Se supone que debo sentirme agradecido porque no vayáis a robarme mis pertenencias hasta que haya muerto?

—¿Muerto? —exclamó Nuarc—. Si el Rey Brujo te quisiera muerto, tú y yo

estaríamos teniendo un tipo de conversación muy diferente ahora mismo. —Sus labios se fruncieron con desdén—. Por el momento, Malekith simplemente desea hablar contigo.

Malus tuvo que detenerse para repetirse mentalmente las palabras de Nuarc.

—¿Quiere hablar conmigo? —dijo. Su mente exhausta no podía hallar sentido a lo que acababan de decirle.

—No tengo por costumbre repetirme, muchacho —gruñó Nuarc—. Ahora, baja de esa maldita silla. El Rey Brujo sabe que has llegado, pero no voy a hacerte entrar en la Corte del Dragón con aspecto de autarii comido por las pulgas.

La ronca voz teñida de hierro de Nuarc galvanizó a Malus y lo puso en movimiento. Antes de darse plena cuenta de lo que hacía, bajó del lomo de *Rencor* y quedó de pie, inquieto, sobre las losas de pizarra que pavimentaban el patio. Como si eso hubiese sido una señal, un par de señores de las bestias ataviados con ornamentados kheitanes y armados con pinchos salieron de las sombras para hacerse cargo del malhumorado nauglir.

—Sigúeme —ordenó el señor de la guerra, que giró sobre los talones.

Malus, con la mente hecha un torbellino a causa del súbito cambio que se había producido en las circunstancias, se apresuró a cerrar la correa de la alforja y fue tras Nuarc con paso tambaleante.

«¿Qué está sucediendo?», se preguntó mientras seguía al señor de la guerra a través de una puerta con herrajes hacia el interior de la ciudadela. Las palabras de su madre volvieron a resonarle dentro de la cabeza. «Busca el amuleto en los pasillos sin luz de la Fortaleza de Hierro.»

¿Qué sabía ella que él ignoraba?

Nuarc lo llevó a unas frías y austeras habitaciones situadas en una de las torres de la ciudadela —podría haber sido la propia torre del señor de la guerra, por lo que él sabía—, donde un trío de silenciosos y eficientes esclavos aguardaban para darle un aspecto presentable con el que pudiera mantener una audiencia con el Rey Brujo. Le quitaron la armadura y el *kheitan*, ambos vapuleados, así como los manchados y andrajosos ropones, y le pusieron delante comida y vino mientras preparaban un humeante baño que le quitara el polvo del camino. Comió como un lobo mientras esperaba que vertieran el agua en la bañera, y contempló el vino con ojos soñadores, pero dejó la botella intacta. Ya tenía los sentidos bastante embotados, tal y como estaban las cosas.

Durante la espera, un par de guerreros enmascarados se deslizaron silenciosamente al interior de la estancia, con las alforjas del noble en los brazos. Malus disimuló su miedo con un breve asentimiento de cabeza, y se apresuró a comprobar el estado de sus pertenencias cuando salieron. Para asombro suyo, no habían tocado nada.

«Tal vez me he quedado dormido sobre el lomo de *Rencor* y todo esto es un absurdo sueño —pensó—. Ninguna otra posibilidad tiene mucho sentido.»

Los esclavos lo frotaron industriosamente, y nada dijeron respecto a las recientes cicatrices que tenía en ambos costados del torso, donde lo había atravesado la espada de Urial; tampoco manifestaron preocupación por el entramado de negras venas que partía desde su mano derecha, le recorría el brazo y el hombro, y ascendía por el costado del cuello. Sin duda, los esclavos espiaban para alguien —o para varios—, pero poco podía hacer Malus al respecto. Que informaran. Dudaba de que eso pudiera convertir su situación en más precaria de lo que ya era.

La comida y el agua caliente hicieron mella en él, y comenzaron a caérsele los párpados. Malus se echó un poco de agua a la cara e intentó concentrarse en los hechos inmediatos. En retrospectiva, el tratamiento recibido de manos de los infinitos adquiriría ahora un poco más de sentido. No había sido en absoluto su prisionero, sólo un noble al que se había convocado a la corte del Rey Brujo con toda prontitud.

«Y ahora esto», pensó Malus, cuya cansada mirada recorrió la estancia. No estaban tratándolo como a un huésped, necesariamente, pero sin duda le daban un tratamiento bastante mejor del que darían a un proscrito. «¿Y qué puede justificar esto?», se preguntó el noble.

La respuesta obvia era que Malekith quería algo de él, algo que no podía conseguirse mediante el uso de un hierro al rojo vivo ni de los cuchillos de un torturador.

Agitó una mano para que los esclavos se apartaran y se recostó dentro de la bañera. Miró las alforjas, apiladas cerca de la puerta. ¿Sería la Espada de Disformidad? Se tironeó pensativamente del labio inferior. Según todos los indicios, al parecer, Malekith no tenía noticia del alzamiento de Har Ganeth, así que para él la espada aún descansaba en el sanctasanctórum, allá, en el templo. E incluso en el caso de que supiera la verdad, no podía decirse que el Rey Brujo necesitara el permiso de Malus para apoderarse de la reliquia.

¿O acaso sí? Dado que Malus había desenvainado la espada, ¿significaba eso que nadie más podía apoderarse de ella mientras él estuviera vivo? El noble sonrió con tristeza. Tampoco podía decirse que eso fuera un gran problema para Malekith.

¿Qué poseía él que Malekith no pudiera arrebatarse sin más? Repasó todo lo que había dicho Nuarc en el patio del exterior de la ciudadela, en busca de pistas que explicaran por qué lo habían convocado. Lo único que a Nuarc parecía importarle era la muerte de Lurhan. Las cejas del noble se arrugaron para mostrar una expresión pensativa. ¿Podía tratarse de eso?

Aparte de su medio hermano Isilvar, que ahora poseía el rango y las propiedades del padre, Malus era el único descendiente varón de Lurhan. Y aunque en ese momento era un proscrito y lo habían despojado de cualquier derecho al legado de

Lurhan, Isilvar también había violado secretamente las leyes del Rey Brujo. Tanto Isilvar como su hermana Nagaira habían sido miembros del culto de Slaanesh; de hecho, Malus tenía la sospecha de que Isilvar había sido el hierofante del culto dentro de la ciudad. Malus creía que, cuando el culto había sido descubierto y la mayoría de sus miembros asesinados, Lurhan se había enterado de la implicación de su hijo y la había encubierto.

¿Malekith habría tenido conocimiento de eso? De ser así, no quedaba nadie que pudiera ofrecer pruebas de lo sucedido..., salvo él. Malus unió las puntas de los dedos de ambas manos y apoyó el mentón. Era una posibilidad realmente intrigante.

La puerta de la estancia se abrió de golpe, y Nuarc irrumpió como un viento tormentoso, dispersando acobardados sirvientes como si fueran hojas caídas.

—Esto no es una condenada casa de placer, muchacho —gruñó el señor de la guerra con desdén—. Vístete. El Rey Brujo aguarda.

Malus apretó los dientes, se levantó de la bañera y obedeció. Oyó que Nuarc soltaba un siseo de sorpresa al ver la obra del demonio, pero el señor druchii no hizo preguntas incómodas.

Los sirvientes habían preparado un bello conjunto de ropones negros y un kheitan de cortesano hecho con suave piel humana. Unas manos le tiraron del pelo, y él se volvió bruscamente hacia los sirvientes, con un gruñido, momento en el que comprendió que estaban intentando peinarle el largo cabello enredado. Con el ceño fruncido de irritación, los dejó acabar su trabajo y recogerle el pelo con tientos de cuero y alambre de oro.

No había armadura para reemplazar la antigua, y ciertamente tampoco una pareja de espadas que colgarse junto a la cadera. Estaba claro que el interés de Malekith era enteramente condicional. Las nuevas prendas que llevaba le quedarían igual de bien tanto si colgaba de un asta de hierro como en la corte.

—De acuerdo —dijo, ceñudo, mientras se ponía un par de botas nuevas—. Condúceme.

Al salir por la puerta, Malus le dedicó una última mirada a sus apiladas alforjas. Intentó tranquilizarse diciéndose que si Malekith hubiese querido su muerte, no se habría molestado en darle la oportunidad de deshacer el equipaje.

Malus siguió a Nuarc a través de un laberinto de oscuros corredores vacíos, cada uno tan silencioso como una tumba. Lámparas de luz bruja colocadas en tederos de hierro proyectaban solitarios círculos de luz a lo largo del camino, y hacían que la oscuridad pareciera aún más honda y opresiva. No pasó mucho rato antes de que el silencio comenzara a hacer mella en Malus y ponerle los nervios de punta. Allí no había ni rastro del febril bullicio al que se había acostumbrado en la ciudadela de Uthlan Tyr, drachau de Hag Graef. Aunque era el centro de poder de todo el reino, la Fortaleza de Hierro era fría y silenciosa, y estaba poblada sólo por ecos.

Al principio intentó memorizar el recorrido, pero pasado un cuarto de hora de giros y recodos lo dejó como causa perdida. Al igual que la ciudad del exterior de la fortaleza, no había puntos de referencia a partir de los cuales uno pudiera orientarse; sólo quienes pertenecían a ella tenían alguna esperanza de hallar el camino. Malus no podía imaginar durante cuánto tiempo debía vagar uno por aquellos fúnebres corredores antes de que entregaran sus secretos.

El señor Nuarc encontró el camino sin esfuerzo. Al cabo de media hora atravesaron una arcada y entraron en una sala desierta e iluminada por lámparas de luz bruja que colgaban de cadenas a lo largo del abovedado techo. Allí comenzó a captar Malus furtivos movimientos de otros druchii: enmascarados infinitos, nobles dedicados a sus asuntos de Estado, burócratas del templo y nerviosos sirvientes marcados por cicatrices, todos deslizándose calladamente por las sombras para ir y venir de la corte del Rey Brujo. Todos dejaron el camino libre ante el enérgico, autoritario señor Nuarc, que pasó ante ellos sin siquiera saludarlos con un gesto de la cabeza.

Una larga estancia conducía a otra. En la mayoría de las ciudades druchii, la sala de audiencias de un drachau estaba dividida en dos espacios: la sala del trono propiamente dicha, y una sala más humilde donde aguardaban los nobles inferiores y los plebeyos con la esperanza de que se les concediera una breve audiencia con su señor. Allí, Malus contó no menos de cuatro salas más humildes, cada una lo bastante grande como para dar cabida a un millar de druchii o más. Cada sala estaba ligeramente más ornamentada que la anterior; paredes desnudas de negro mármol pulido daban paso a estatuas de príncipes druchii ataviados con la vestimenta de la perdida Nagarythe, que a su vez cedían paso a titánicas columnas de basalto de vetas rojas y bajorrelieves de terribles batallas entre los druchii y sus enemigos. La última de las salas para humildes estaba dominada por una tremenda llama que se alzaba como crepitante columna en el centro. La oscilante luz resaltaba las hebras de plata y oro de los antiguos tapices enormes que narraban los sufrimientos de Malekith en el fuego de Asuryan, y las Siete Traiciones de Aenarion.

Al otro lado de la última sala había un par de puertas de hierro de seis metros de altura, y cada una tenía grabada la sinuosa forma de un dragón rampante. Las criaturas gemelas parecieron mirar ferozmente a Nuarc y Malus cuando se acercaron a la sala del trono del Rey Brujo. Cuatro infinitos montaban guardia ante las puertas, con las espadas desnudas en la mano. Hicieron una reverencia al aproximarse Nuarc, y le franquearon el paso a su señor. Tras volverse para echarle una sola mirada a Malus, el señor de la guerra apoyó las manos sobre las grandes puertas y empujó. Las enormes hojas de hierro giraron sobre goznes perfectamente equilibrados, y un rectángulo de oscilante luz azul se proyectó sobre el brillante suelo de mármol negro.

Nuarc entró en la sala, con la cabeza alta. Al atravesar el umbral, Malus sintió que

Tz'arkan se le contraía ferozmente en torno al corazón y su poder retrocedía de las extremidades del noble como una marea que se retirara con rapidez.

—Pisa con cuidado aquí, pequeño druchii —siseó el demonio—. Y recuerda que hay cosas peores que la muerte.

Al otro lado de la entrada, la Corte del Dragón estaba casi completamente desprovista de luz. El cambio hizo detener a Malus en seco, dejándolo casi ciego y muy vulnerable tras dar un solo paso, un efecto que, por supuesto, sólo podía ser deliberado. Cuando sus ojos se adaptaron a las tinieblas, vio que se encontraba en un extremo de una sala octogonal sorprendentemente pequeña, de apenas treinta pasos de diámetro. Una vez más, después de los altos espacios de las salas anteriores, Malus sintió de forma inevitable la presión del peso de la piedra labrada. Por todo el perímetro de la estancia había enormes dragones diestramente tallados en ónice; las alas se extendían como capas mientras las figuras inclinaban la cabeza para rendir homenaje a la alta plataforma que se alzaba al otro lado de la sala. Allí, entre sombras tan profundas como el Abismo cierno, un par de ojos de color anaranjado rojizo relumbraban como las brasas de un horno.

Las enormes puertas de hierro se cerraron con suavidad detrás de Malus, y sumieron la sala en la oscuridad. El noble sintió la ardiente mirada del Rey Brujo sobre sí, e inclinó la cabeza con genuino terror.

La voz de Nuarc sonó en la oscuridad.

—Como ordena tu temida majestad, he acudido con Malus el proscrito, antiguamente de la casa del difunto Lurhan, vaulkhar de Harg Graef.

La voz que respondió no sonaba como nada emitido por una garganta viva; era tan dura e inflexible como el hierro, y las palabras salían tan atronadoras como el viento caliente de una forja.

—Te veo, asesino de parientes —dijo el Rey Brujo. Malekith se movió levemente en la oscuridad, lo que hizo que por las juntas de su armadura encantada se filtrara luz roja al *exterior*—. ¿Pensabas que escaparías a mi cólera, Malus Darkblade? Tu padre estaba a mi servicio por juramento, y sólo podía vivir o morir por orden mía. No puede haber perdón para un crimen semejante.

Se hizo el silencio. Malus parpadeó como un buho al considerar las palabras del Rey Brujo. ¿Era eso alguna clase de prueba? Se encogió de hombros y se preguntó si Malekith podía ver el gesto.

—Como tú deseas —replicó.

Se oyó el sonido del acero al raspar contra el acero, y más luz roja delineó los segmentos de la forma del Rey Brujo.

—¿No implorarás misericordia, asesino de parientes? ¿No te postrarás ante mi trono para negociar conmigo y ofrecerme todo lo que posees a cambio de que decida detener mi mano?

La sugerencia desconcertó a Malus.

—¿Debo creer que te dejarás conmovir por una exhibición tan patética? ¿Parezco tan necio como para eso? —dijo con tono indignado—. No lo creo. Tú eres el Rey Brujo. ¿Quién soy yo para persuadirte de nada? Si tienes intención de vengarte en mí, pues que así sea.

—En ese caso, arrodíllate y muéstrame tu lealtad.

Malus le dedicó al Rey Brujo una sonrisa amarga. Una parte de su cerebro balbuceaba de terror ante su propia actitud ofensiva, pero a manos de Tz'arkan ya había sufrido humillaciones suficientes para toda una vida.

—Sólo un vasallo se arrodilla —dijo el noble—, pero yo ya no soy un vasallo. Ahora soy un proscrito según tu propio decreto. —Cuadró los hombros, borracho de desafío suicida—. Así pues, creo que prefiero quedarme de pie.

Los ojos encarnados se entrecerraron, y Malus supo que había ido un paso demasiado lejos. Inspiró profundamente, convencido de que sería la última vez que lo haría..., cuando, de repente, una risa femenina, sonora y cruel, tintineó en la oscuridad, junto al trono.

La sala despertó a la vida inundada por la luz verde de las lámparas brujas que había colocadas en trípodes de hierro en torno a la estancia. Una vez más, Malus se quedó momentáneamente desorientado y se olvidó de la actitud desafiante. Con los ojos entornados, atisbo de forma borrosa un alto trono negro que había encima de la plataforma, y sobre aquel asiento de hierro erizado de puntas captó la terrible figura del propio Malekith.

No obstante, fue la risa lo que atrajo la mirada del noble. Una mujer descendía grácilmente de la plataforma, ataviada con ropas negras como correspondía a una bruja o vidente druchii. Era alta y regia, con rasgos que parecían crueles incluso atenuados por la risa. El blanco cabello le caía hasta más abajo de la cintura, adornado con alambre de oro y delicados huesos de falanges. Sus oscuros y brillantes ojos transmitían un intelecto frío y cruel, y su mirada lo atravesó tan limpiamente como un cuchillo de obsidiana.

—Dime —comenzó con una voz en la que resonaban los mismos tonos fríos que había detectado en las brujas de los infinitos—, ¿esa temeraria valentía la tienes de natural, o procede del demonio que se enrosca en torno a tu corazón?

7. El emisario

El Rey Brujo se inclinó hacia delante en el trono. Un calor visible radiaba de las juntas de su armadura y hacía ondular el aire que lo rodeaba.

—¿Demonio? —siseó Malekith, cuyos ardientes ojos se entrecerraron aún más.

Malus oyó detrás de sí, a pocos pasos de su hombro izquierdo, el susurro del acero al salir de la vaina.

Sintió que unas afiladas garras se le clavaban en el corazón. Podría tratarse de una advertencia del demonio, o de una repentina ola de miedo. En cualquier caso, dedicó unos momentos a recobrar la compostura antes de responder a la pregunta de la vidente.

—Mi temeridad es precisamente la razón por la cual tengo un demonio en el interior, señora Morathi —replicó. Mantenía la mirada clavada al frente, preguntándose con temor qué otra cosa podría desenterrar la vidente del fondo de sus ojos.

Morathi pasó de largo y luego caminó en un lento círculo en torno a él. Malus sintió la gélida mirada que lo recorría, y le recordó la sensación que le había causado el dragón en el patio exterior.

—Tú no eres brujo —declaró ella—, a pesar de tu parentesco y de los rumores de prácticas prohibidas a las que se entregaron tus hermanos.

—Es una maldición, temida señora —se apresuró a decir Malus—. El demonio me atrapó cuando estaba en una expedición por los Desiertos del Caos.

—¿Te atrapó? ¿Con qué propósito? —preguntó con un tono tan ligero como si preguntara qué tiempo hacía. Su fría voz antinatural era dulce, pero, al igual que todos los tonos de voz controlados, era frágil. Malus temía oír lo que había debajo, si llegaba a romperse.

—Él está, a su vez, atrapado, temida señora, dentro de un cristal que se encuentra en el remoto norte. Se me ha dado un año para cumplir con ciertas tareas que me permitirán recobrar la libertad, o mi alma se perderá.

—¿Acaso una de esas tareas implicaba matar a tu padre? —gruñó Nuarc.

Malus se volvió a mirar al señor de la guerra por encima del hombro, agradecido por tener una excusa que le permitiera apartar los ojos del trono.

—No, directamente no —respondió el noble—. Lurhan se interpuso en mi camino.

—¿El demonio te obligó a hacerlo? —preguntó Malekith.

Malus no pudo evitar fruncir el ceño. ¿Adónde iría a parar todo esto?

—¿Obligarme? Ciertamente no, temida majestad. Soy el dueño de mi propio destino. Pero las circunstancias eran... complicadas. —El noble intentó hallar una manera de explicar las cosas, pero renunció con un encogimiento de hombros—.

Simplemente, digamos que no fue decisión mía. Hice lo que tenía que hacer.

La dama Morathi apareció al lado izquierdo de Malus, sin dejar de estudiarlo atentamente. Estaban lo bastante cerca como para tocarse, y la fuerza de la presencia de ella era tangible, como una fría navaja que fuera delicadamente arrastrada por su piel. Irradiaba poder de un modo que ni siquiera había percibido en su madre, Eldire. Tenía un rostro joven, con rasgos regios y severos; era atractiva más que clásicamente hermosa, con una cara ancha y un redondeado mentón que era casi cuadrado en lugar de puntiagudo. Sus ojos parecían ventanas que se asomaran al Abismo y absorbieran todo lo que los rodeaba.

—¿Tiene nombre ese demonio? —preguntó, y los labios le temblaban de perversa diversión.

«Sabe más de lo que da a entender —pensó Malus—. Está poniéndome a prueba para ver cuánto sé yo.»

Una vez más, se encogió de hombros con afectación.

—Si lo tiene, no me lo ha dicho —replicó—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿No me daría eso poder para controlarlo?

—Los demonios tienen muchos nombres —dijo Morathi—, pero sólo uno es el auténtico, y ellos lo ocultan tan bien como pueden. —Avanzó un paso y lo inmovilizó con la mirada—. ¿Qué nombre se da ese demonio a sí mismo cuando habla contigo?

—¿A sí mismo? Pues, ninguno —replicó Malus con acritud—, aunque tiene toda una serie de selectos nombres para mí.

Malus oyó la áspera risa del señor Nuarc. Morathi lo miró lijamente durante un segundo más, mientras una leve sonrisa temblaba en las comisuras de su boca.

—Me cuesta muy poco creer eso —dijo, y se volvió hacia la plataforma—. Explica muchas cosas —le comentó al Rey Brujo mientras subía los escalones para ocupar su sitio junto al trono de hierro.

El noble sacudió la cabeza con consternación.

—Desde mi perspectiva no explica nada, temible majestad. ¿Por qué se me ha traído aquí si no es para responder de mis crímenes?

Un atronador siseo escapó del yelmo astado de Malekith.

—¡Ah!, ya lo creo que responderás por lo que has hecho, Darkblade —dijo el Rey Brujo—. Pero el pago será el que yo decida. —Malekith extendió hacia el techo una mano con la palma vuelta hacia arriba—. Observa.

En lo alto se oyó un rechinar de pesada maquinaria. Malus alzó la mirada y vio una oscura abertura circular en el centro del techo abovedado. Con un potente rechinar de pesados eslabones de hierro, una forma esférica descendió desde la abertura. Primero, la luz bruja permitió ver curvos barrotes de hierro pulimentado que formaban una jaula o cesta lo bastante grande como para contener a un druchii adulto. Al principio, Malus pensó que la jaula sería para él, pero cuando descendió más vio

que la luz verdosa se reflejaba en un enorme cristal sin tallar que había dentro de la estructura de hierro. De repente, el noble se dio cuenta de qué era.

—El Ainur Tel —susurró. Malekith asintió lentamente con la cabeza.

—El Ojo del Destino —dijo—. Una de las pocas reliquias de poder que trajimos desde Nagarythe hace milenios, tallada de un trozo de las raíces del mundo en eones pasados.

El grandioso cristal descendió suspendido de cuatro enormes cadenas, y bajó hasta situarse justo delante de los ojos de Malus. Tras el estruendo de los engranajes las cadenas se inmovilizaron, y una pizca de débil luz blanca comenzó a lucir en las profundidades del cristal. La luz empezó a palpar lentamente, como el latido de un corazón enorme. El resplandor se intensificó con cada palpitación, su fuerza aumentó hasta que el gigantesco cristal brilló como un pálido sol. Malus sintió que la energía lo bañaba con olas que le dejaban los nervios a flor de piel. Apenas logró dominarse para no retroceder ante la legendaria reliquia. Sólo mediante un supremo esfuerzo de voluntad consiguió devolver la firmeza a sus temblorosas extremidades y mirar la luz impávidamente.

La voz de Morathi lo llamó desde la plataforma.

—Mira fijamente el Ojo del Destino, hijo de Lurhan —dijo—. Proyecta tu mirada a cien leguas al norte.

Malus frunció el ceño y miró fijamente el potente resplandor blanco. Al principio no vio nada. Sus ojos se debilitaron y sus párpados se agitaron..., y luego, de repente, la dura luz desapareció, y Malus vio imágenes borrosas que tomaban forma dentro del cristal. Vio una solitaria y ennegrecida atalaya que se alzaba por encima de un inhóspito llano desolado. Los muros de la torre estaban destrozados, y la única puerta había sido hundida y yacía enterrada bajo un montón de retorcidos cuerpos deformes. En el patio de la torre, la luz lunar brillaba sobre los cuerpos de unos guerreros druchii con armadura, y Malus imaginó que habría muchos más en la calcinada carcasa de la ciudadela misma. Centenares de carnosos hombres bestia y salvajes tatuados yacían entre los defensores caídos, derribados por saetas de ballesta o muertos por hachas y espadas. Le resultó evidente que la atalaya había sido tomada, y sus guerreros vencidos en un solo asalto salvaje.

Al cabo de un rato, la visión se volvió borrosa y cambió. Ahora mostraba otra atalaya, ésta situada sobre una montaña rocosa que dominaba un río de corriente rápida. También en ese caso los muros estaban ennegrecidos por el fuego, y las fortificaciones tenían brechas y estaban rotas como si las hubieran desgarrado unas manos monstruosas. Había cuerpos con armaduras tendidos sobre las almenas, y Malus vio un apiñamiento de cadáveres carbonizados en el sitio donde los defensores de la ciudadela habían presentado la última resistencia, al pie de la torre incendiada.

La imagen volvió a cambiar. A Malus se le mostró otra atalaya en ruinas. Su ceño,

fruncido a causa de la perplejidad, se contrajo aún más al cambiar a una expresión de genuina alarma. Miró a Morathi con preocupación, y cuando volvió los ojos otra vez hacia el resplandeciente cristal, éste ya mostraba otra fortaleza fronteriza más a la que habían prendido luego. Había sido atacada apenas un par de días antes; aún se alzaban jirones de humo de los fuegos que ardían sin llama dentro de la torre en ruinas. Los ojos de Malus se abrieron más al ver los escombros de la puerta aplastada bajo el peso de un gigante cuyo cuerpo desnudo había sido acribillado por los poderosos lanzadores de virotes de la atalaya.

—¿Qué significado tiene esto? —exclamó Malus.

Las partidas de incursión de salvajes contaminados por el Caos que salían de los Desiertos constituían una amenaza omnipresente, y eran el motivo de que hubiera una línea de atalayas a lo largo de la frontera septentrional. Pero los intrusos hacían lo imposible por evitar las torres, en lugar de emplear sus fuerzas en atacarlas.

—Nunca había oído decir que una atalaya de la frontera hubiese sido tomada, y mucho menos cuatro de ellas —dijo. Un repentino pensamiento hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal—. ¿Se trata de una invasión?

El Rey Brujo señaló la reliquia.

—Contempla.

Esa vez, cuando la visión se aclaró, Malus vio un cielo inundado de fuego. Una torre oscura se alzaba contra el telón de fondo de un bosque incendiado, y bajo aquel hirviente cielo por el que corrían las llamas vio una horda de monstruosidades aullantes que chocaba como una frenética ola contra las vapuleadas murallas de la atalaya. Sobre las almenas destellaban puntas de lanzas y brillaban hachas mientras los cercados defensores cortaban cuerdas de escalas y empujaban escalerillas colocadas por enloquecidos hombres bestia y furiosos bárbaros empapados en sangre. Las saetas de ballesta se precipitaban como negra lluvia desde lo alto de la atalaya y causaban estragos entre las filas enemigas, pero por cada atacante que caía parecía que otros tres corrían a ocupar su lugar.

Unas siluetas enormes avanzaban pesadamente a través de la enfurecida horda: trolls jorobados y deformes, y terribles gigantes que arrastraban garrotes hechos con nudosos troncos de árboles. Mientras Malus observaba, rayos de luz gemelos salieron de lo alto de la atalaya e hirieron de lleno a uno de los gigantes en el musculoso pecho. En un instante, la criatura quedó envuelta en una antinatural llama verde: el terrible líquido fuego de dragón tan elogiado como temido por alquimistas y corsarios druchii. El gigante se tambaleó a causa del intolerable dolor, manoteó torpemente las voraces llamas que le consumían el cuerpo e hizo saltar trocitos de carne crepitante sobre los bárbaros del Caos que se encontraban en torno a sus enormes pies. Malus imaginó las furiosas aclamaciones que, sin duda, se alzaron de las almenas en el momento en que el gigante dio un traspié; con la cara fundiéndosele y la boca abierta

en un rugido de mortal dolor, y con un impacto que hizo temblar la tierra, cayó sobre una manada de hombres bestia que corrían hacia la atalaya.

Pero el ataque no mermó. Otros gigantes continuaron avanzando hacia la puerta de la atalaya y comenzaron a golpearla con sus garrotes, al parecer indiferentes ante las hirientes saetas que les pinchaban el grueso pellejo. Rayos brujos desgarraron el cielo ardiente y bandadas de monstruosos demonios alados pasaron en vuelo rasante por las almenas, de las que recogían lanceros para luego dejarlos caer sobre las piedras que había quince metros más abajo. Manadas de trolls llegaron, gruñendo, a la base de las murallas y empezaron a trepar unos sobre otros, con los ojos como cuentas brillando vorazmente, para alcanzar a los defensores.

Otro rayo de fuego de dragón describió un arco en el aire desde la atalaya y acertó a uno de los gigantes de la puerta, que se incendió. El monstruo dejó caer el garrote y retrocedió corriendo por el centro de la horda que avanzaba; cada paso supuso una carnicería, pero el daño ya estaba hecho. Piedra pulverizada y sujeciones partidas salieron girando por el aire cuando los gigantes que quedaban destrozaron la puerta con sus garrotes y la derribaron al suelo en medio de una nube de polvo y escombros. Por la brecha entró una marea de salvajes bárbaros, y Malus gruñó con impotente furia al ver que la atalaya estaba sentenciada.

—La atalaya Bhelgaur ha caído —declaró Morathi, y la visión del interior del cristal se desvaneció en la oscuridad.

La mente de Malus trabajaba a toda velocidad para intentar darle un sentido a lo que acababa de ver.

—No estoy familiarizado con Bhelgaur ni con ninguna otra de las atalayas que me habéis mostrado, pero si son vecinas las unas de las otras, esa horda ha abierto en las defensas de nuestra frontera un agujero de más de sesenta leguas —dijo con tono tético—. Tiene que ser una horda de decenas de miles de salvajes. —Sacudió la cabeza con terrible asombro—. Ese tipo de cosa no es algo inaudito en el llamado Viejo Mundo de los humanos, pero ¿aquí? Es inimaginable. —El noble se volvió a mirar al Rey Brujo con la actitud desafiante y la suspicacia de antes, ambas momentáneamente apartadas a un lado por el hechizo de la guerra—. ¿Qué más sabemos de esos invasores, temida majestad?

Pero no fue el Rey Brujo quien replicó.

—Sus exploradores atravesaron la frontera hace casi un mes —declaró Nuarc, conciso—. Luego, llegó una ola de grupos de incursión, tal vez unos doce o quizá dieciocho. Cuatro atalayas cayeron con pocos días de diferencia, y sus defensores fueron pasados por la espada. Después, las partidas de incursión se reunieron para formar una sola horda que marchó sobre la atalaya Bhelgaur, el ancla occidental de nuestras defensas fronterizas.

—Eso los sitúa a pocos días de marcha de la Torre de Ghronnd —exclamó Malus.

Si lograban pasar más allá de la Torre Negra, las huestes del Caos se encontrarían en el extremo septentrional del Camino de la Lanza, y a menos de dos semanas de marcha de la propia Naggarond.

El noble comprendió de inmediato que se trataba de una invasión a plena escala, como Naggaroth no había visto nunca antes. Y había golpeado a la Tierra Fría en el peor momento posible, con la estación de campañas aún en plena marcha, y al menos dos tercios de la nobleza en el mar o lejos de casa. Ahora Malus comprendía por qué el Rey Brujo no había marchado sobre Har Ganeth al enterarse del alzamiento. Aún más: él sabía demasiado bien lo debilitados que habían quedado los ejércitos de los druchii después de luchar en la Ciudad de los Verdugos, y tras la breve pero salvaje batalla entre el Arca Negra y Hag Graef.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Malus—. Dejando a un lado pequeñas incursiones, las tribus de los Desiertos jamás nos han hecho la guerra. ¿Quién manda esta horda, y qué quiere?

Morathi contempló al noble con frialdad.

—¿Qué, en efecto? —dijo.

En acatamiento de una orden inaudible, las puertas de la sala del trono se abrieron, y Malus oyó cojos pasos que arrastraban los pies al avanzar por el suelo pulimentado. Se volvió, y su pálido semblante se contorsionó en una mueca de revulsión al ver la horrenda figura que iba hacia él.

La pálida piel del noble era gris verdosa bajo la luz bruja, y se oscurecía hasta un negro purpúreo en torno a las profundas heridas que tenía en la frente y el cuello. Su armadura había sido destrozada por tajos de hachas, de espadas y de garras que habían dejado profundas líneas de través sobre el peto y le habían arrancado completamente la hombrera derecha. El faldar de malla del noble presentaba media docena de desgarros, y la ropa de debajo estaba acartonada a causa de la sangre en proceso de putrefacción. La mitad de la mano izquierda le había sido cercenada por una pesada hoja cortante, y el brazo derecho terminaba en un muñón mordido a la altura del codo. Por el olor, Malus se dio cuenta de que el noble había muerto hacía casi dos semanas.

Hasta el último centímetro de la armadura del noble estaba cubierto de intrincadas runas, aparentemente inscritas con la sangre del propio druchii. Sus ojos eran fantasmalmente blancos, sin pupila ni iris que pudiera ver, y brillaban con vida mágica bajo el resplandor de las luces brujas. El cadáver, escoltado por un par de guerreros enmascarados, arrastraba los pies hacia Malus, al parecer sin percibir su presencia. Siseando de asco, el noble retrocedió, y el muerto viviente se detuvo y volvió la cabeza hacia el ruido de sus pies. Ciegos ojos blancos buscaron a Malus. Los flojos labios del cadáver intentaron pronunciar palabras.

La mano derecha de Malus se desplazó instintivamente hacia su cadera en busca

de la espada que ya no estaba allí. Por encima del hombro miró a Nuarc, que observaba con tristeza al cadáver animado.

—En el nombre de la Madre Oscura, ¿qué es esto? —gritó.

—Esto —gruñó Nuarc— es el señor Suharc. Su atalaya, hasta donde somos capaces de determinar, fue la primera en caer. Hace ocho días lo encontró una patrulla dando traspiés por el Camino de la Lanza, y lo siguieron hasta las puertas de la mismísima Naggarond. —La mano del señor de la guerra apretó la empuñadura de la espada que había desenfundado—. Llego con un mensaje del señor de la horda del Caos.

Antes de que Nuarc pudiera continuar hablando, la voz de Morathi atravesó la sala.

—Hemos hecho lo que deseabas, muerto viviente —dijo—. Malus de Hag Graef ha sido encontrado y se halla ante ti. Ahora, danos tu mensaje.

La orden de la vidente dejó a Malus mudo de asombro, pero el muerto viviente fue galvanizado por la noticia. Con un repentino estallido de energía, el cadáver avanzó hacia él con paso tambaleante y tendió hacia la cara del noble lo que le quedaba de la mano izquierda. Malus retrocedió ante la criatura con un grito cansado por el sobresalto, pero chocó contra Nuarc, que lo aferró por el cogote y lo empujó rudamente hacia la criatura que se aproximaba, sin soltarlo.

Carne fría y maloliente se cerró sobre el rostro de Malus. Sintió que los huesos partidos del muerto viviente se le hundían en una mejilla cuando el cadáver estudiaba torpemente sus rasgos. Con un grito salvaje, el noble se soltó de la presa de Nuarc y apartó al cadáver de un empujón. Este retrocedió a tropezones unos cuantos pasos, pero no cayó, y en cambio se volvió de cara al trono. El aire silbó al pasar a través de los pulposos tendones de la garganta del cadáver y llenarle los pulmones marchitos. Cuando el cadáver habló, lo hizo con un siseo burbujeante, parecido a un graznido, y Malus se tambaleó de terror ante el monstruoso sonido. Ya era bastante malo que las palabras salieran por la garganta de un hombre muerto hacía tiempo; peor aún fue darse cuenta de que la voz era una que él conocía demasiado bien.

—Tienes la salvación en tus manos, Rey Brujo —dijo Nagaira, que hablaba a través de la destrozada garganta del muerto viviente—. Tus atalayas ya se han transformado en ruinas y mis ejércitos marchan hacia la Torre Negra de Ghrond. El poder del Arca Negra está roto, y Hag Graef ha recibido un golpe demoledor. Tu reino se encuentra al borde de la ruina, a menos que me entregues a este proscrito. —El muerto viviente alzó la mano mutilada y señaló a Malus—. Entrégame a mi hermano y la guerra acabará de inmediato. En caso contrario, la Torre de Ghrond arderá, y Naggarond le seguirá. Haz tu elección, Rey Brujo. Naggaroth arderá mientras no lo hagas.

Un siseo atronador que salió del yelmo de Malekith resonó por la estancia.

—Ya he oído suficiente.

En un momento, destellé el acero. Los infinitos desenvainaron al mismo tiempo y acabaron con el emisario, que quedó hecho pedazos. Cuando la cabeza y las extremidades cercenadas cayeron al suelo, estallaron en crepitantes llamas, y la sala se inundó de olor a quemado.

Malus se tambaleaba, aún estupefacto ante todo lo que se le había revelado. Su media hermana había adorado a Slaanesh en secreto durante muchos años, pero después de que él la denunciara ante el templo de Khaine, meses antes, ella había escapado y había jurado vengarse. Había hecho pactos obscenos con los Dioses Malignos, que le habían concedido poderes demoníacos, pero esto...

—Ahora el asunto está claro —dijo Morathi, que clavó en Malus una mirada apreciativa—. No es a ti a quien quiere, hijo de Lurhan. Ella va tras el demonio que llevas dentro. No hay duda de que cree que puede someterlo a su voluntad.

Con un supremo esfuerzo, el noble logró dominarse.

—No cabe duda de que tienes razón, temida señora —dijo, tembloroso. «Y quién sabe —pensó, atemorizado—. Tal vez Nagaira puede hacerlo.»

Pero eso le importaba poco a Malus en ese preciso momento. Sus ojos recorrieron a toda prisa la sala del trono para determinar la posición de los infinitos e intentar calcular dónde estaba Nuarc. Tenía que escapar, y deprisa. ¿Podría llegar hasta el señor de la guerra y apoderarse de su espada? ¿Podría invocar la fuerza del demonio para abrirse camino luchando? Si de algún modo lograba llegar hasta *Rencor*, podría tener una posibilidad...

Justo detrás, Malus oyó pasos que iban lentamente de derecha a izquierda.

—Los infinitos pueden estar preparados para cabalgar dentro de una hora —dijo Nuarc, cuya voz sonaba lo bastante cerca como para hablarle al oído a Malus—. Ahora que sabemos dónde está la horda del Caos, podemos darle a esa bruja lo que quiere, y se marchará.

El noble se volvió tendió las manos hacia el señor de la guerra, pero se encontró con la punta de la espada de Nuarc a menos de un dedo de su garganta. Nuarc rió cruelmente entre dientes y negó con la cabeza.

—No tan deprisa, muchacho —dijo—. La bruja no ha dicho nada referente a que llegues hasta ella de una sola pieza, así que si quieres conservar las manos y los pies, te quedarás tan quieto como una estatua.

Malus miró con odio a Nuarc, pero en cambio dirigió la réplica a Malekith.

—No puedes darle lo que quiere —le espetó—. Eso no hará retroceder a la horda. Nagaira simplemente nos usará a mí y al demonio para llevar a cabo sus planes de conquista. —Se volvió lentamente para encararse con el trono—. Tiene intención de suplantarte, temida majestad. ¿Por qué otro motivo iba a reunir un ejército tan grande?

«Cómo se las ha arreglado para reunir un ejército semejante es otra cuestión», pensó el noble.

La vidente frunció los labios con aire pensativo.

—A menos que nosotros podamos dominar al demonio —murmuró—. Podríamos ordenarle que matara a la bruja, y luego entregar a Malus como ella exige.

—No podéis controlar al demonio sin conocer su nombre —se apresuró a decir Malus, que intentaba que la desesperación no se le manifestara en la voz.

Nuarc avanzó un paso y cogió a Malus por el pelo.

—¡Yo digo que entonces le enviemos su cabeza a la bruja para demostrarle que el demonio estará para siempre fuera de su alcance!

—¡Basta! —rugió Malekith, cuya armadura relumbraba como un horno abierto—. Nadie le plantea exigencias a los druchii —gritó, inclinado hacia delante en el trono de hierro. Su roja mirada quemaba la piel de Malus—. No recibirá de nosotros más que ruina y destrucción. —Tendió al frente una mano con guantelete y señaló imperiosamente al noble—. Tú te ocuparás de esto. Cuando mataste al gran Lurhan, me privaste de mi legítima propiedad. Ahora eres tú quien me pertenece en su lugar.

Malus intentó que Nuarc le soltara el pelo, pero el señor de la guerra lo sujetaba con firmeza.

—Vivo para servir, temida majestad —dijo con los dientes apretados—. ¿Qué me ordenas?

—Ve a la Torre Negra de Ghronnd —dijo el Rey Brujo—. El señor Kuall es allí el vaulkhar. Es él quien ha fracasado en la tarea de rechazar a la horda del Chaos, y tú le transmitirás mi disgusto. —El guantelete de Malekith se cerró en un puño—. Tus proezas contra Hag Graef son bien conocidas, hijo de Lurhan. Toma el mando de las fuerzas de Ghronnd y condúcelas contra los invasores hasta que yo llegue con el ejército de Naggaroth. Los contendrás en la Torre Negra hasta mi llegada. ¿Lo entiendes?

El noble inspiró profundamente. Lo comprendía todo demasiado bien.

—Se hará tu voluntad, temida majestad —dijo sin vacilación—. Te serviré con todo el vigor que poseo. —Al considerar la situación, su mente de depredador vio una buena oportunidad—. Sin embargo, hay un asunto que debe tenerse en cuenta —continuó, con cuidado—. Las gentes de Naggaroth aún me consideran un proscrito y un criminal. Eso hará que me resulte difícil hablar con autoridad.

Malekith posó una implacable mirada feroz sobre el noble.

—Ahora eres miembro de mi séquito, Darkblade —siseó—. Cabalgarás hasta Ghronnd con los infinitos, y llevarás un poder firmado con mi nombre.

Por primera vez, Malus ensayó una sonrisa.

—Entonces, ¿puedo reclamar mis derechos y condición de noble?

El Rey Brujo hizo una pausa para estudiar cuidadosamente a Malus.

—En su momento, tal vez. Sírveme bien y se te recompensará del mismo modo.

—Sí. Por supuesto, temida majestad —dijo Malus mientras hacía una profunda reverencia—. En ese caso, con tu permiso, regresaré a mis habitaciones y me prepararé para partir. «Cuanto antes salga de la Fortaleza de Hierro, mejor», pensó.

El Rey Brujo despidió a Malus con un gesto de la mano. El noble giró sobre los talones y avanzó a grandes zancadas hacia las puertas de la sala, lanzándole a Nuarc una feroz mirada desafiante al pasar. Su mente ya estaba reaccionando, contemplando todo lo que tendría que hacer cuando llegara a la Torre Negra.

Durante un corto período, al menos, volvería a estar al mando de un ejército. No había ni soñado con que aquel día llegara jamás. «Y tengo que agradeceréte a ti, querida hermana», pensó el noble con una sonrisa feroz.

Cuando llegó a las puertas de hierro, Morathi lo llamó.

—El demonio ha hundido sus raíces profundamente en tu carne —dijo—. ¿Qué piensas que va a suceder cuando lo pongas en libertad?

El noble apoyó una mano contra una de las hojas de hierro.

—El demonio ha prometido que si lo sirvo bien, me recompensará del mismo modo —replicó, y salió.

8. La Torre Negra

El dolor aumentaba de manera constante mientras Malus avanzaba a grandes zancadas por los corredores del palacio del Rey Brujo, y le presionaba los ojos desde el interior como el vapor dentro de una tetera. La sangre le golpeaba las sienes como si fueran tambores fúnebres que reverberaban en el estrecho cráneo, hasta el punto de que habría jurado que los sentía en los dientes. Los labios de Malus se tensaban en una feroz mueca de dolor que hacía que los nobles lo miraran con inquietud y los sirvientes posaran la vista fijamente sobre él al apartarse de su camino cuando pasaba.

Sus extremidades funcionaban mecánicamente mientras la mente exhausta luchaba por entender el reciente cambio de su suerte. ¿Cómo había logrado Nagaira hacerse con el mando de un ejército? Sólo habían pasado tres meses desde que se había enfrentado con ella en los túneles del subsuelo de Hag Graef, cuando su hermana había intentado destruir la ciudad en un acto de sanguinaria venganza. Él le había infligido una herida terrible con la Daga de Torxus, un arma mágica que cercenaba el vínculo entre cuerpo y alma, e inmovilizaba a esta última en el sitio en que había sido asesinada para que sufriera como espíritu atormentado para siempre. Sin embargo, su media hermana no había muerto; al igual que Malus, no tenía un alma que la daga pudiera robarle. Había hecho un pacto blasfemo con los Dioses del Caos y había recibido poderes inimaginables a cambio de sus servicios. Tal vez había usado su nuevo poderío para subyugar a algunas tribus del norte, o quizá se las habían entregado como parte del arcano pacto. Él había aprendido amargamente que los Poderes Malignos eran liberales con sus dones, siempre y cuando también fueran satisfechos sus propios intereses.

Y aun así, la tremenda escala de los actos de Nagaira le causaba vértigo a Malus. ¿Cuáles eran sus verdaderos motivos? Tenía que ser algo más que la mera venganza, sin duda. ¿Iba tras Tz'arkan como creía Morathi? ¿Acaso el demonio por sí solo podía merecer la pena de tantos esfuerzos? Malus sintió que un escalofrío le recorría la espalda al considerar esa posibilidad. No menos de cinco paladines del Caos, poderosos brujos y hechiceros todos ellos, habían combinado sus temibles poderes para invocar y atrapar al demonio en el templo del remoto norte. A pesar de lo poderosos que eran, los paladines sabían que el demonio les conferiría aún más fuerza. Y hasta donde el noble había podido determinar, Tz'arkan había hecho precisamente eso. Durante un tiempo los paladines habían caminado sobre la tierra como dioses y habían hecho temblar el mundo bajo sus pies.

Malus sabía que Nagaira conocía las historias mucho mejor que él. Sus frías manos se cerraron en puños mientras avanzaba a grandes zancadas por los laberínticos corredores. Ella era capaz de comprender el pasmoso potencial del ser

que acechaba bajo la piel de Malus, y sabría cómo someterlo a su propia voluntad.

«Cuando me tenga en sus garras, negociará con el demonio a través de mí — comprendió, y su expresión se tornó feroz—. Incluso podría dejar que el demonio se apoderara de mi alma como prueba de buena voluntad, y luego usar las cinco reliquias para cambiárselas a Tz'arkan por más poder aún.» Podría vengarse de Malus y volverse tremendamente más poderosa en el proceso: el tipo de venganza más dulce que existía, en opinión de él. ¿Y luego? ¿Quién podía saberlo? Tal vez marcharía contra Naggarond de todos modos, para enfrentarse con Malekith. Con Tz'arkan sometido a su voluntad, Nagaira muy bien podría derrocar al Rey Brujo y reclamar la propiedad de la Tierra Fría.

El dolor continuó aumentando a medida que dejaba atrás la Corte del Dragón. La presión que sentía en los ojos se agudizó hasta causarle la sensación de que agujas puntiagudas se le clavaban para abrirle blancos orificios de luz en el rabllo de los ojos. Pasados diez minutos, le dolía el simple respirar. El aire parecía rasparle los labios y dientes como una lima. Se tambaleó y tendió las manos hacia delante para estabilizarse contra las paredes de piedra desnuda, al mismo tiempo que obligaba a sus piernas a seguir avanzando.

Llegó a la puerta de sus aposentos sin darse cuenta, se apoyó contra los paneles de madera y manoteó en busca de la anilla de hierro en medio de una ciega niebla de dolor. Cómo había hallado el camino de regreso desde la corte a través de los laberínticos pasillos de la fortaleza constituía un misterio que en ese momento era incapaz de considerar. La puerta se abrió de golpe y entró dando traspies en una estancia brillantemente iluminada, donde sobresaltó a un trío de esclavos que se atareaban en preparar ropas nuevas y disponer una pulimentada armadura en un pedestal situado al pie de la cama. Habían limpiado y afilado el hacha robada, la cual relumbraba sobre una mesa cercana.

—Fuera todos —gruñó Malus, agitando coléricamente las manos hacia las borrosas formas que se inclinaron con incertidumbre al otro lado de la habitación. Avanzó con paso vacilante hasta la mesa y cerró las manos sobre el mango del hacha—. ¡He dicho fuera! —rugió, blandiendo la terrible arma.

Los esclavos huyeron de la habitación en silenciosa estampida, protegiéndose la cabeza con las manos. Cuando la puerta se cerró, dejó que el hacha le resalara de las manos y se lanzó hacia la cama, donde hundió la cara en las sábanas con un gemido bestial.

Y entonces oyó la voz que le siseó en los tímpanos como una serpiente:

—Me decepcionas, pequeño druchii —susurró el demonio con odio.

Y de pronto sintió que se contraía súbitamente el nido de serpientes que le rodeaba el corazón.

El dolor no podía compararse con nada que hubiera sentido antes. Los pulmones

se le vaciaron completamente de aire. Malus jadeó como un pez fuera del agua, con los ojos muy abiertos, aferrándose el pecho. El noble resbaló de la cama hasta caer al suelo y rodó para ponerse de costado en su lucha por respirar.

—¿Qué necedad es esta de doblar la rodilla ante esa parodia de rey y jugar a la guerra, cuando tú y yo tenemos asuntos pendientes? —continuó Tz'arkan—. ¿Te has acostumbrado demasiado a mi presencia durante estos últimos meses? ¿Has olvidado el trato que tenemos tú y yo? Te aseguro, Darkblade, que yo no lo he hecho.

Un rugido le inundó los oídos y su visión comenzó a enrojecerse como si una marea de sangre ascendiera desde la periferia de su campo visual. Temblando a causa del esfuerzo, Malus inspiró un poco de aire.

—La reliquia... —jadeó—. Mi... madre...

La presa sobre su corazón se apretó de golpe; durante una fracción de segundo Malus tuvo la certeza de que le iba a estallar. Todo lo que veía era rojo; el noble gimió débilmente y cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué tiene eso que ver con esto? —gruñó el demonio, y Malus sintió en los huesos el frío toque del enojo de Tz'arkan—. ¿Es ésta otra de sus patéticas maquinaciones?

—Ella dijo..., dijo que el camino que conduce a la reliquia se encuentra aquí —gimió el noble—. Tal vez... está... en la Torre Negra...

—¿Tal vez? —El demonio hervía de furia—. ¿Colgarás tu alma de un hilo tan endeble?

—De momento es... todo lo que tengo —jadeó Malus. Un rugido le inundaba los oídos, haciéndose más fuerte a cada momento. La oscuridad lo llamaba y sintió que se encontraba más cerca de la muerte que nunca antes—. Con independencia de lo que planeo... yo formo parte del plan —susurró—. Así pues... no me desviará... del camino; al menos, no de momento.

El demonio no replicó. Durante un solo y agónico instante, Malus sintió que la presa de Tz'arkan continuaba apretando, y luego, sin previo aviso, simplemente desapareció. Inspiró como un hombre que se ahoga, al mismo tiempo que rodaba para tenderse boca abajo y se mordía el labio inferior con el fin de no gritar. El demonio se enroscaba y reptaba por dentro de su pecho, y deslizaba negros zarcillos por la parte posterior de su cuello y su cráneo.

—Reza porque estés en lo cierto, pequeño druchii —dijo Tz'arkan—. Cualesquiera que sean sus motivos, no es de ella de quien debes guardarte. Yo me hago más fuerte con cada latido de tu miserable corazón. Dentro de poco seré capaz de hacerte daño de maneras que no puedes imaginar siquiera. Y estaré vigilando cada uno de tus movimientos, Darkblade. Pisa con cuidado.

Sintió que la presencia del demonio disminuía. La presión que notaba dentro de la cabeza comenzó a ceder. Pasaron varios minutos antes de que pudiera enderezarse y

parpadear como un buho bajo el resplandor de las pálidas luces brujas. Le dolían todos los músculos. Lentamente, se puso de rodillas. Sobre las piedras situadas debajo de su cabeza cayeron gruesas gotas, y se dio cuenta de que tenía húmedo el labio superior. Se lo tocó con dedos temblorosos, y al retirarlos vio que los tenía sucios de un frío icor negro.

Había un espejo situado junto a la ahora vacía bañera. Malus se acercó a él con paso tambaleante, y miró atentamente el cristal azogado. La cara que le devolvía la mirada era una que apenas reconoció. Tenía el rostro todavía más macilento y demacrado de lo que recordaba, con la piel grisácea tensada sobre músculos como cuerdas, y finas cicatrices blancas que formaban una febril máscara de crueldad y odio. De la afilada nariz, las orejas puntiagudas y los rabillos de los ojos le caían regueros de icor.

¡Sus ojos! Con sobresalto, Malus se dio cuenta de que ya no eran del color del latón caliente; por el contrario, los iris eran como esferas de pulido azabache, tan enormes que casi no se veían las escleróticas. ¿Cuándo se había desvanecido el camuflaje de Tz'arkan? Pensar que ahora el demonio podía alterarle o cambiarle el cuerpo según fuera su capricho hizo que el miedo calara en Malus hasta el fondo.

Oyó que la puerta de la habitación crujía al abrirse a su espalda. Con rapidez, cogió un paño húmedo que estaba colgado en el borde de la bañera y se lo llevó a la cara.

—Da un paso más y te partiré el cráneo —le gruñó al intruso.

—Te invito a intentarlo —replicó la ya conocida ronca voz de Nuarc—. Pero, con demonio o sin él, creo que lo lamentarías.

El noble se frotó ferozmente las mejillas para disimular la sorpresa.

—Te pido perdón, mi señor —dijo—. Pensaba que era uno de esos malditos sirvientes. —Después de inspeccionarse la cara para asegurarse de que se había limpiado hasta la última gota de icor, envolvió rápidamente el paño manchado y lo arrojó dentro de la bañera. Giró para mirar al general, e hizo un gesto hacia las prendas de ropa y la armadura colocadas sobre la cama.

—Dame un momento para cambiarme, y podré abandonar la fortaleza de inmediato.

Nuarc le dedicó a Malus una penetrante mirada, con expresión dubitativa.

—No pareces estar en condiciones de quitarte siquiera las botas, y mucho menos de hacer frente a otra marcha forzada —gruñó, pero asintió a regañadientes—. Aunque no espero que algo así te detenga. Eres un rencoroso bastardo de corazón duro, ya lo creo que sí. —El señor de la guerra sacó una placa metálica del cinturón, y avanzó hacia el noble—. Aquí tienes el poder del Rey Brujo —dijo al mismo tiempo que se lo ofrecía a Malus con tanta indiferencia como si le pasara una botella de vino—. Te aconsejaría que lo usaras con prudencia, pero ¿de qué serviría? Con ese

documento en las manos, puedes muy bien hacer cualquier cosa que te dé la gana, y nadie te mirará de soslayo.

Malus aceptó la placa de manos de Nuarc. Se parecía mucho al poder de hierro que una vez le había concedido el drachau de Hag Graef. Este era un poco más largo, tal vez medía unos cuarenta y cinco centímetros, y el metal que lo protegía era plata sin bruñir en lugar de hierro. Abrió las placas con bisagras y estudió el pergamino del interior.

Había esperado una larga declaración que mencionara sus derechos y privilegios con todo detalle. En cambio, sólo había dos frases sencillas: «El portador de este poder, Malus de Hag Graef, me pertenece y actúa solamente en mi nombre. Haced lo que ordene, o arriesgaos a sufrir mi cólera.»

Debajo de las arcaicas frases en idioma druchast, estaba estampado el sello del dragón de Malekith, Rey Brujo de Naggaroth.

Malus cerró las placas con cuidado, y saboreó la sensación del fresco metal en las yemas de los dedos. «Esta es la sensación que causa la omnipotencia», pensó. Con el poder en sus manos, había pocas cosas que no pudiera hacer dentro de las fronteras del reino. Sólo los más altos nobles del territorio eran inmunes a su autoridad, y él no respondía ante nadie más que el Rey Brujo. Una lenta, voraz sonrisa apareció en su rostro.

—Es una trampa, por supuesto —dijo el señor de la guerra al leer la expresión de los negros ojos de Malus—. Estoy seguro de que te das cuenta de eso.

El noble se detuvo y su sonrisa se desvaneció.

—¿Una trampa? —preguntó al mismo tiempo que dejaba cuidadosamente la placa sobre la cama.

Ahora le tocaba a Nuarc el turno de sonreír.

—Por supuesto que lo es. Considera la situación —dijo mientras se paseaba lentamente por la habitación—. Esa hermana tuya ha atacado el reino en un momento en que estamos más vulnerables. Ella lo sabe, ya que sus observaciones sobre Hag Graef y el Arca Negra nos dicen que está bien enterada de hasta qué punto nos hemos debilitado. La única manera que tenemos de detenerla es que se mantenga ocupada durante el tiempo suficiente para que Malekith pueda peinar las ciudades y reunir hasta el último guerrero al que pueda ponerle las manos encima, con el fin de formar un ejército lo bastante grande como para equipararse con el de ella. —El señor de la guerra señaló a Malus con un largo dedo—. Y tú eres lo único que retendrá la atención de Nagaira con absoluta seguridad.

Malus pensó en el asunto.

—De ser así, ¿por qué no enviarme simplemente a la Torre Negra cargado de cadenas? Nagaira hará pedazos la ciudad de todos modos para intentar llegar hasta mí, con o sin el poder del Rey Brujo.

Nuarc le dedicó a Malus una mirada de soslayo.

—Carga de cadenas a un druchii, y buscará la primera oportunidad de escapar. Dale poder a un druchii, y luchará como un demonio para conservarlo, con independencia de los riesgos. —Atravesó la habitación y recogió el poder—. Este trozo de pergamino es más fuerte que cualquier cadena que se haya forjado jamás —declaró con su voz ronca—. Puede ser que te creas listo, pero Malekith es capaz de ver a través de ti. Para él no eres más que otro peón. Te usará como señuelo para atraer a Nagaira hacia la Torre Negra, y una vez que ella haya sido rechazada tú volverás a ser sólo un proscrito.

Malus extendió una mano y le quitó el poder a Nuarc.

—Entonces, ¿por qué me cuentas todo esto? ¿Estás traicionando los planes secretos de tu señor?

El señor de la guerra soltó una áspera, rasposa carcajada.

—¡Será mejor para el Rey Brujo que entiendas la posición en que te encuentras, y que comprendas que no hay nada que puedas hacer para cambiarla! He oído informes sobre tu labor de general en las recientes luchas entre el Arca Negra y Hag Graef; lo hiciste modestamente bien contra las fuerzas de Isilvar. Eres joven y voluntarioso, pero tienes una mente aguda debajo de toda esa necedad. Lo que es más, puedes ser condenadamente impredecible, y ésa es la razón por la que estoy aquí —dijo—. Quiero que entiendas hasta qué punto te tiene atrapado Malekith. No intentes ninguna estupidez; no serviría de nada, y probablemente nos dejaría en una posición aún más insostenible que la que ocupamos ahora. La mejor posibilidad que tienes de conservar la cabeza sobre los hombros es obedecer las órdenes y disfrutar del poder que tienes mientras lo tengas.

—Hasta que haya pasado el peligro —declaró Malus con frialdad—, y luego me ataréis a un poste, en la encrucijada.

Nuarc, impávido, miró al noble a los ojos.

—¿Preferirías enfrentarte a las tiernas atenciones de tu hermana?

Malus suspiró.

—Me has convencido, mi señor —dijo, y volvió a arrojar ti poder sobre la cama, para comenzar a soltar las correas de la armadura—. Dentro de una hora estaré listo para partir.

—Muy bien —dijo el señor de la guerra con un breve asentimiento de cabeza, y se volvió para salir de la habitación—. Diré a los sirvientes que vuelvan a entrar para que te ayuden a cambiarte y te traigan una buena comida. Probablemente será la última que tomarás durante los próximos días.

Nuarc salió al corredor y les voceó órdenes a los sirvientes. Malus desató los cordones del peto con bruscos y coléricos tirones, mientras posaba una mirada feroz sobre el poder del Rey Brujo.

Los negros corceles de los infinitos pasaron como una exhalación por encima de la boscosa cumbre y descendieron por la ladera del otro lado, con los brillantes flancos agitados y los lustrosos cascos batiendo las apisonadas cenizas que cubrían el Camino de la Lanza al llegar a la Llanura de Ghron. Caía una nevada ligera que era arrastrada por el frío viento del norte en lacerantes ráfagas que susurraban entre los oscuros pinos.

En lo alto de la cumbre, Malus frenó a *Rencor* para observar la amplia llanura, con los dientes desnudos a causa del cortante frío. Ya tenía las mejillas y la nariz agrietadas a causa de las bajas temperaturas, pero el dolor lo mantenía más despierto y alerta que cualquier dosis de *barvalk*. Su exhausto y dolorido cuerpo oscilaba sobre la silla de montar. Nuarc les había ordenado a los Infinitos que lo llevaran hasta la Torre Negra con toda prontitud, y el paso adoptado había hecho que el viaje desde Har Ganeth por el Camino de los Esclavistas pareciera ocioso en comparación. Se detenían sólo una vez cada pocos días para tomar una comida fría y beber una ración de licor de enanos, y lo poco que pudo dormir el noble fue mientras cabalgaban. Malus ya no podía decir con certeza qué día era, pero hasta donde podía calcular habían cubierto la distancia hasta la Torre Negra en sólo cuatro jornadas. Incluso los negros corceles parecían hallarse al límite de su resistencia, lo que el noble no habría creído posible.

Allá abajo, los jinetes de vanguardia de los infinitos alzaban una nube de polvo gris pálido al galopar por la negra cinta del camino que atravesaba la llanura. La extensión cenicienta se alargaba hacia el este y el oeste hasta donde alcanzaba la vista, mientras que en el horizonte norte se erguía la dentada, rota línea gris hierro de las montañas que señalaban el límite de los Desiertos del Caos. A una legua hacia el norte, más o menos, alzándose de la pálida ceniza como la negra lanza de un centinela, se hallaba la Torre de Ghron.

Cada una de las seis grandes ciudades de Naggaroth servía a un propósito para los druchii en su conjunto: Karond Kar construía las esbeltas naves negras que los capitanes corsarios usaban en sus incursiones esclavistas, mientras que Clar Karond era la cámara de compensación para el comercio de esclavos generado por los corsarios. De modo similar, Har Ganeth forjaba las armas y armaduras para equipar a los guerreros del Estado, mientras que podía decirse que la Torre Negra era la forja que hacía a los propios guerreros. Cada unidad de soldados reunida en la Tierra Fría era enviada a la Torre Negra para ser entrenada en las artes de la guerra. Unidades de lanceros y caballería se turnaban en las atalayas que había a lo largo de la frontera septentrional, y recibían su bautizo de sangre en incursiones al otro lado de la frontera, al interior de los Desiertos, encabezadas por hijos de prominentes familias nobles que estaban allí para aprender los rudimentos de la comandancia. La Torre Negra era el punto de unión de las marcas septentrionales, construida en una época en

que los druchii temían que una invasión procedente de los desiertos fuera una amenaza constante.

El nauglir alcanzó la base de la empinada cuesta con unos cuantos saltos, gruñendo quejicosamente cuando el noble lo espoleó para que se lanzara al trote. Lo poco que Malus sabía sobre la Torre Negra lo había sacado de libros que había en la biblioteca de su padre; Lurhan no había creído necesario dar a su hijo bastardo la formación que habían recibido sus hijos mayores.

Ghronnd era una ciudad sólo en cuanto a la población y la abundancia de estructuras; en realidad, se trataba de un campamento militar permanente cuyos edificios estaban únicamente dedicados a propósitos marciales. Esta ciudad fortaleza tenía una muralla exterior de forma hexagonal de más de doce metros de altura, que en la parte superior era lo bastante ancha como para que un destacamento de caballeros pudiera cabalgar sobre sus nauglirs a lo largo de ella, en formación de dos en fondo. Cada ángulo del hexágono estaba doblemente fortificado por un reducto de forma triangular que en sí mismo era una ciudadela, con sus propias barracas, armería y almacenes. El reducto sobresalía bastante de las murallas, con el fin de que los arqueros y lanzadores de viroles pudieran disparar a lo largo de ellas y atrapar a los atacantes en un mortífero fuego cruzado. Al igual que los reductos, las dos entradas de la ciudad también estaban fortificadas con imponentes cuerpos de guardia que podían dejar caer una lluvia de muerte sobre cualquiera que intentara abrirse paso a través de las puertas reforzadas con hierro.

Desde el cuerpo de guardia sur los centinelas veían todo el Camino de la Lanza hasta las lejanas colinas. Al aproximarse los infinitos, el formidable lamento de un cuerno se alzó por encima de las almenas, y la enorme puerta se abrió lentamente. Una mirada a las caras plateadas de los jinetes y a sus negros corceles bastó para convencer a los centinelas de su identidad.

Al cabo de pocos minutos, Malus pasaba por debajo del arco de la puerta sur y entraba en un estrecho túnel alumbrado sólo por un puñado de lámparas de luz bruja. Pesados bloques de piedra parecían presionar desde todas partes, y el noble distinguió estrechas saeteras abiertas a lo largo de ambas paredes y orificios en el techo. Diez metros más allá, el noble se sorprendió al ver que el túnel describía un giro cerrado hacia la derecha, y luego volvía a desviarse a la izquierda. Era una curva que a las carretas les resultaba difícil, y que sería imposible para un ariete, según advirtió con aprobación. Un atacante que lograra penetrar la primera puerta, se encontraría atascado en los oscuros confines del túnel y sería despiadadamente masacrado por los defensores del cuerpo de guardia.

Otros diez metros más adelante, el noble salió por la puerta interior a una pequeña plaza de entrenamiento rodeada por bajas barracas de piedra. En la plaza había soldados de infantería que se entrenaban en formación, y en el aire resonaba el

estruendo de los martillos procedente de las forjas cercanas, donde los armeros preparaban los pertrechos de batalla de la guarnición. El comandante de los infantes alzó la espada para saludar a los jinetes que pasaban, y luego volvió a bramarles órdenes a sus soldados.

El espacio que mediaba entre la muralla exterior y la interior estaba abarrotado de barracas, establos, almacenes, forjas y cocinas, todo organizado en distritos fortificados que podían operar como plazas fuertes independientes en caso de que el enemigo abriera una brecha en la muralla exterior. Un invasor tendría que dedicar un tiempo precioso, y miles de vidas, a despejar esos edificios y luchar a lo largo de las estrechas calles, antes de llegar a la muralla interior propiamente dicha. Malus había leído en alguna parte que cada edificio, además, había sido construido de tal modo que la gente del interior podría derrumbarlo cuando toda esperanza se hubiera perdido, y así negarles sus fortificaciones a los conquistadores.

A diferencia de otras ciudades druchii, las calles de Ghrond estaban trazadas en línea recta para facilitar el rápido movimiento de tropas. Malus y los infinitos avanzaron a buen paso por las bulliciosas avenidas. Ante ellos se alzaba la negra mole de la muralla interior de la fortaleza, cuyas almenas erizadas de púas se levantaban dieciocho metros por encima de los distritos fortificados de la ciudad.

Al igual que la muralla exterior, la interior tenía forma hexagonal, con seis pequeños reductos y un solo cuerpo de guardia, de sólida construcción. Al otro lado se alzaba la Torre Negra en sí, rodeada de torres menores como la ciudadela de cualquier drachau, y cubierta de torreones rodeados de púas y provistos de una batería de pesados lanzadores de viotes. Cuando al noble y los infinitos les permitieron atravesar el cuerpo de guardia interior, Malus no pudo evitar sacudir la cabeza con admiración. Todo el poder de las atalayas combinadas no podía igualar la potencia que la sólida construcción confería a aquella fortaleza. Unos pocos miles de druchii podían defender la Torre Negra contra una fuerza más de diez veces superior. Era una trampa mortal expertamente diseñada, construida sólo para acabar con un ejército invasor. Y él, según observó Malus con amargura, estaba destinado a ser el cebo.

Al otro lado de la muralla interior, Malus dio con un pequeño patio umbrío situado al pie de la gran torre. Un destacamento de la Guardia Negra estaba apostado al otro lado del patio, con los blancos rostros impasibles y las alabardas de aspecto malévolo en posición de ataque. Unos ayudantes ataviados con armadura ligera y con la librea del drachau de la torre salieron corriendo de un establo adyacente cuando los infinitos desmontaron pesadamente. Malus hizo otro tanto, y se detuvo sólo para comprobar el buen estado de la alforja que contenía las reliquias del demonio, y pasar una posesiva mano por encima de la envuelta empuñadura de la Espada de Disformidad. Percibió el apagado calor a través de las capas de tela y se sintió

terriblemente tentado de desenvolverla y colgarla del cinturón. A fin de cuentas, ¿quién iba a reconocerla allí? Pero el recuerdo de la matanza de Har Ganeth lo obligó a alejar de sí la tentación. No podía permitirse cometer otra inconsciente carnicería en aquel lugar. Con un profundo suspiro, el noble apartó la mano y, en cambio, sacó el hacha de la silla de montar; a continuación, comprobó que llevaba el poder de Malekith bien seguro dentro del cinturón. En ese mismo momento se oyó un entrechocar de acero y un joven noble salió corriendo de la torre al patio.

Estaba claro que el joven druchii procedía de una familia rica. Las empuñaduras de las espadas gemelas estaban adornadas con filigranas de oro y tenían engarzados pequeños rubíes, y la armadura lacada estaba blasonada con runas protectoras de plata y decorada con volutas de oro. Un *hadrilkar* de plata le rodeaba el esbelto cuello, labrado en forma de serpientes entrelazadas. El estrecho rostro ahusado estaba tenso a causa de la veloz carrera, y del cintillo de oro que le sujetaba el pelo a la altura de la nuca se le habían soltado algunos finos mechones negros. Recorrió rápidamente con la mirada a los jinetes reunidos, y valoró a Malus como el jefe obvio. El joven noble avanzó hasta un *hithuan* adecuado, y se inclinó profundamente.

—Soy Shevael, caballero al servicio del drachau, el señor Myrchas. ¿En qué puedo ayudarte?

Malus podía imaginar muy bien los pensamientos que pasaban por la mente del joven noble. Su nueva armadura también tenía filigranas de oro y había sido forjada con hechizos de protección, y el pesado *hadrilkar* de oro del Rey Brujo pendía en torno a su cuello. Sin embargo, no llevaba espadas que señalaran su rango; por el contrario, empuñaba el gastado mango de un hacha de batalla. «El muchacho probablemente piensa que soy el ejecutor personal de Malekith, y que he venido para hacerle una visita a su drachau —reflexionó—. Y la verdad es que no se equivoca demasiado.»

—¿Dónde están el señor Myrchas y su vaulkhar? —preguntó Malus con voz ronca de agotamiento.

Los ojos de Shevael se abrieron de par en par.

—Yo..., él..., ellos, quiero decir, ahora están reunidos en consejo...

—Excelente —lo interrumpió Malus—. Llévame hasta ellos.

El joven noble palideció.

—Pero, es decir, tal vez te apetezca tomar un refrigerio después de la larga cabalgata.

—¿Te he pedido un refrigerio? —le espetó Malus. Dejó que el hacha colgara flojamente de sus manos—. Llévame ante tu señor, muchacho, ¿o prefieres oír tú mismo el decreto del Rey Brujo?

Shevael retrocedió un paso.

—¡No, por supuesto que no, mi señor! Es decir..., quiero decir... ¡Por favor,

sigúeme!

El joven druchii giró sobre los talones y se encaminó a paso rápido hacia la torre. Malus lo siguió con una sonrisa lobuna, y los infinitos echaron a andar silenciosamente junto a él.

9. La voz del Rey Brujo

Las salas del consejo del drachau se hallaban cerca del piso más alto de la torre, lo que no mejoró precisamente el humor de Malus. El ascenso por estrechas escaleras de caracol y la marcha por concurridos pasillos de iluminación mortecina pareció durar una hora. Para cuando el joven caballero los condujo a él y a los infinitos que lo acompañaban como guardia personal al interior de la antecámara del consejo, ya había perdido completamente la paciencia. Tras sacar el poder del cinturón, pasó de un empujón por un lado del sobresaltado Shevael y se encaminó con paso decidido hacia la puerta de la cámara. Los dos alabarderos de la Guardia Negra destinados a vigilar la puerta miraron a Malus y luego a sus acompañantes de máscara de plata, y se apartaron cautelosamente.

Con una sonrisa ceñuda, Malus apoyó una bota contra la puerta y la empujó con todas sus fuerzas.

La hoja de roble se abrió y rebotó contra la pared de piedra con un golpe atronador. Los nobles y los guardias del interior de la habitación se levantaron de un salto con gritos sobresaltados y coléricas maldiciones. Malus entró como una tromba y golpeó con el plano de la hoja del hacha la puerta, que ya retrocedía y que se detuvo con un golpe hueco.

Al otro lado de la gran sala cuadrada había una ancha mesa cubierta de mapas, notas escritas en pergamino, copas de vino y platos de peltre cuyo contenido estaba a medio comer. Una docena de nobles ataviados con armaduras y sus guardias personales miraron con ferocidad a Malus a causa de su intrusión, muchos con la mano posada sobre la empuñadura de la espada. Otros cuatro soldados de la Guardia Negra salieron rápidamente de las sombras, dos por cada lado del noble que empuñaba el hacha, y apuntaron al cuello de Malus con el extremo de sus alabardas.

Enfrente de la puerta de la cámara, al otro lado de la mesa, se encontraba sentado un noble de más edad que llevaba una ornamentada armadura encantada. El lacado peto tenía incrustados en oro sigilos de serpientes enroscadas, y su mano derecha estaba enfundada en un guantelete provisto de garras de un tipo que Malus conocía demasiado bien. Era, literalmente, el Puño de la Noche, símbolo mágico de la autoridad del drachau. El señor Myrchas, drachau de la Torre Negra, estudió a Malus con brillantes ojillos negros. Su rostro alargado, acentuado por un largo bigote caído, estaba marcado por docenas de cicatrices menores hechas por espadas y zarpas. Le recordaba un poco a su difunto padre, Lurhan, cosa que empeoró aún más su humor.

A la derecha del drachau había, de pie, una alta y flaca figura con ornamentada armadura que lucía el sigilo de una torre grabado en el peto. Era mayor que Malus, aunque no tanto como el drachau, y su piel estaba oscurecida por años de exposición a los elementos en los campos de batalla. Llevaba el cinturón y las vainas de las

espadas tachonados de gemas, sin duda saqueadas en docenas de incursiones por los Desiertos. El señor era calvo como un huevo de nauglir, y su cara y cuero cabelludo presentaban las marcas de muchísimas batallas. Quizá en otros tiempos hubiera sido apuesto, pero eso cambió el día en que le rompieron la nariz por cuarta vez y la espada de un enemigo le cortó limpiamente la oreja derecha. En la mejilla izquierda tenía una cicatriz grande que se la arrugaba, lo que confería a su ceño fruncido por el enojo un horrendo toque de desequilibrado.

—¿Cuál es tu nombre, necio? —rugió el druchii de las cicatrices—. Quiero saber de quién será la cabeza que colgaré de una de las púas de lo alto de la puerta interior.

—Soy Malus de Hag Graef —replicó el noble con frialdad.

El señor Myrchas se irguió.

—¿Malus el asesino de parientes? —exclamó—. ¿El proscrito?

Malus sonrió.

—Ya no. —Alzó el poder para que lo vieran los señores reunidos—. Su temida majestad el Rey Brujo ha creído adecuado dar buen uso a mis famosos talentos.

El drachau tendió la mano provista de garras.

—Deja que sea yo el juez de eso —declaró—. He oído hablar de tus proezas, desdichado. Por lo que sé, entre esas placas de metal no hay nada más que una cuenta de pescadera.

Malus inclinó la cabeza, genuinamente divertido por la acusación del drachau, y le entregó el poder al señor que tenía más cerca, y que a su vez se la pasó a otro para que lo hiciera correr alrededor de la mesa hasta el señor Myrchas. Mientras el drachau abría las placas y estudiaba el pergamino del interior, Malus hizo un gesto hacia los infinitos.

—Y supongo que éstas serán las hijas de la pescadera disfrazadas.

El señor Myrchas leyó el pergamino, y luego escrutó atentamente el sello, momento en que su rostro palideció.

—Bendita Madre de la Noche —dijo en voz baja, al mismo tiempo que alzaba los ojos hacia Malus—. El mundo está patas arriba.

—Como tiene por costumbre hacer de vez en cuando —dijo Malus con tono tétrico—. Y que motiva que el Rey Brujo solicite los servicios de personas como yo.

El drachau palideció aún más, y Malus no pudo evitar sentir una ola de cruel alegría. «Este es un papel que puede llegar a gustarme», pensó. Se volvió a mirar al alto señor que se encontraba al lado de Myrchas.

—Ahora estoy en desventaja, mi señor. ¿Tú quién eres?

El destello de cólera de los ojos del señor druchii se amorteció ligeramente ante el repentino giro de los acontecimientos.

—Soy el señor Kuall Manonegra, vaulkhar de la Torre Negra.

La sonrisa de Malus se ensanchó.

—¡Ah, sí, señor Kuall! He hecho un largo camino en muy poco tiempo para traerte un mensaje del mismísimo Rey Brujo.

Una agitación recorrió a los nobles reunidos. Incluso el drachau se recostó en el respaldo del asiento y le lanzó una severa mirada al vaulkhar. El señor Kuall se irguió al oír la noticia, y se le contrajeron los músculos de los lados de la mandíbula, marcada por cicatrices. Cualesquiera que fuesen sus defectos, el vaulkhar de la torre no era un cobarde.

—Muy bien —dijo con voz tensa—. Oigámoslo.

Malus respondió con un formal asentimiento de cabeza.

—Como desees. Mi señor y dueño ha observado los esfuerzos que has hecho aquí desde la llegada de la horda del Caos, señor Kuall, y está descontento con lo que ha visto. Muy descontento.

Murmullos de preocupación recorrieron la reunión de los señores, y los ojos del drachau se entrecerraron con desconfianza. El señor Kuall, sin embargo, se puso blanco de furia.

—¿Y qué quería Malekith que hiciera? —gritó—. ¿Enfrentarme a esa maldita multitud en el campo de batalla? —Cogió bruscamente un montón de pergaminos y los arrojó al otro lado de la mesa, hacia Malus—. ¿Ha leído el Rey Brujo los informes de mis exploradores? ¡La horda del Caos es inmensa! Cuando se pone en marcha levanta tanto polvo que puede verse desde los puestos de los centinelas que hay en lo alto de la torre. ¿Esperas que forme líneas de batalla e intente derrotar a una fuerza semejante? ¡Nos aplastarían completamente! —Con el guantelete golpeó la mesa e hizo saltar las copas—. He sido el comandante del ejército de la torre durante doscientos años, y he mandado incontables incursiones al interior de los Desiertos. En todo ese tiempo nunca he visto una horda como ésa. Esta fortaleza —Kuall señaló el techo con un dedo— fue construida para que una horda del Caos se hiciera pedazos contra sus murallas. Si tuvieras un gramo de sensatez siquiera habrías visto eso con sólo atravesar sus puertas. La única línea de acción sensata es conservar nuestras fuerzas y prepararnos para la acometida que se avecina, donde podremos desangrar al enemigo contra nuestras fortificaciones.

Los señores reunidos escuchaban y asentían con la cabeza, al mismo tiempo que lanzaban alternativamente miradas inquietas hacia el señor Kuall y Malus. Pero el noble no se sintió impresionado.

—Así que mientras tú te escondías en tu agujero como un conejo asustado, el enemigo destruyó sistemáticamente casi un tercio de nuestras atalayas de frontera —replicó con frialdad—, por no hablar de que asesinó a centenares de soldados aislados que opusieron resistencia en espera de unos refuerzos que nunca llegaron. En cambio, tú te protegías detrás de estas murallas para preservar tu propio pellejo, y ahora el reino será vulnerable a las incursiones del Caos durante años por venir.

—¡La horda del Caos tiene que vencer a la Torre Negra si quiere tener la esperanza de avanzar hacia el interior de Naggaroth! —contraatacó Kuall—. No le queda más elección que atacarnos, y aquí estamos en una posición de fuerza.

—¿De verdad? —preguntó Malus—. Si no recuerdo mal, poco más de la mitad de vuestra guarnición está compuesta por caballería. ¿Qué utilidad va a tener para vosotros eso en un asedio prolongado, a menos que penséis situar a los caballeros sobre las murallas y enviar sus monturas a las cocinas? —Posó una ardiente mirada feroz sobre el vaulkhar—. Señor Kuall, tienes bajo tu mando una fuerza poderosa y, por encima de todo, móvil, y sin embargo, temes ponerla a prueba contra una masa de salvajes ignorantes. Por aprensión has abrigado la esperanza de que pudiéramos rechazar al enemigo con medio ejército, mientras te quedabas aquí sentado a la espera de que Malekith viniera a rescatarte. No es así como lucha nuestro pueblo, señor Kuall. No es así como el Estado responde a los animales que invaden nuestros dominios.

—¡Te atreves a llamarme cobarde! —gritó Kuall, al tiempo que desenvainaba con brusquedad la espada.

Los nobles reunidos retrocedieron apresuradamente ante el colérico señor, y en la huida derribaron sillas y volcaron copas.

—Yo no te llamo nada —se burló Malus—. Cuando hablo es con la voz del propio Rey Brujo, y él no te llama más que fracasado. —Malus hizo un gesto hacia los infinitos—. Coged a este desgraciado y ensartadlo en las púas de lo alto de la puerta interior. Con un poco de suerte, vivirá durante el tiempo suficiente como para presenciar la derrota de la horda.

Los enmascarados guardias avanzaron como una silenciosa ola, y en sus manos aparecieron repentinamente las espadas. Con un grito de furia, Kuall retrocedió mientras amenazaba a los implacables infinitos con la punta de la espada. Pero los guerreros apenas si alteraron su paso, y avanzaron, impertérritos, hasta quedar al alcance de la larga espada del señor, la cual atraparon con las suyas propias. Otros dos guardias apresaron a Kuall por los brazos, y momentos más tarde arrastraban a través de la cámara al druchii que se debatía, y salían por la puerta.

Malus disfrutó del conmocionado silencio que siguió a la repentina salida del señor Kuall. Sus oscuros ojos se posaron sobre el drachau, y aguardó a que el señor Myrchas hiciera el siguiente movimiento.

El drachau lo miró a los ojos, y Malus vio que estaba sopesando las opciones. Por el momento, el drachau era intocable; como uno de los vasallos personales del Rey Brujo estaba fuera del alcance de Malus, pero esto también era cierto a la inversa. Al fin, su expresión se suavizó ligeramente, y el noble supo que había ganado.

—¿Qué ordena nuestra temida majestad? —preguntó el drachau.

—El Rey Brujo está reuniendo el ejército de Naggaroth y preparándose para

marchar hacia aquí de inmediato —replicó el noble, que sentía la emoción del triunfo—. Hasta el momento de su llegada, yo estaré al mando de las fuerzas de la Torre Negra.

Myrchas se alteró ante la noticia.

—¡Malekith no puede nombrarte vaulkhar sin la aprobación de los señores de la torre!

El noble interrumpió la protesta del drachau con una mano alzada.

—Yo no he afirmado que sea el vaulkhar, señor Myrchas. He dicho que estaré al mando del ejército. La diferencia es pequeña, pero importante, como sin duda reconocerás.

—Muy bien —replicó el drachau, malhumorado, al darse cuenta de que lo había vencido.

—Excelente —dijo Malus, que entonces alzó el hacha y la clavó en la mesa con un golpe atronador.

Todos los nobles reunidos saltaron hacia atrás con maldiciones de sobresalto, y Malus se inclinó hacia delante para coger una copa vacía al mismo tiempo que sonreía ferozmente.

—Y ahora, como mi primera orden oficial, quiero que se traiga una botella de buen vino, y luego podéis contarme quiénes sois e informarme de la disposición de nuestras fuerzas.

Los informes duraron casi tres horas. Malus escuchaba atentamente cada uno de ellos, mientras se esforzaba por mantenerse despierto, y asimilaba todos los detalles que podía. El poco tiempo que había pasado como teniente del pequeño destacamento de Fuerland no lo había preparado en absoluto para la magnitud de ejercer el mando del ejército de la Torre Negra.

Malus se esforzaba por memorizar los nombres de los numerosos nobles que se adelantaban para informar de una de las muchas facetas de la guarnición, y de la preparación de las defensas de la torre. Se le presentaron listas donde se detallaba el número de soldados de cada regimiento, el estado de su equipo y la preparación general, la cantidad y calidad de la comida, y del tiempo de entrenamiento que les restaba antes de que fueran enviados de vuelta a su ciudad de origen. Se le presentaron detalladas listas de flechas, saetas de ballesta, virotes, armaduras de recambio, escudos de reserva, espadas, puntas de lanza, puntas de flecha, piedras para catapulta, toneles de aceite, hatos de antorchas...

—De acuerdo, de acuerdo —intervino Malus, agitando la copa hacia el par de nobles que en ese momento le informaban acerca del estado de las cocinas—. Ya he tenido suficiente.

Los dos druchii se inclinaron rápidamente y volvieron a sus asientos, agradecidos por haber escapado a la atención de Malus con la piel intacta. El noble hizo una

mueca de dolor al moverse en la incómoda silla del consejo y vació la copa de vino de un solo trago.

Tendió la copa hacia un asistente para que se la llenara, mientras hacía lo posible por reunir las dispersas impresiones que había recibido. Los infinitos habían ocupado posiciones junto a la puerta y observaban a los miembros del consejo desde detrás de las implacables máscaras.

—Para mí está claro que la Torre Negra no ha perdido el tiempo desde la aparición de la horda. Vuestros preparativos están mal encaminados, pero vuestra dedicación y esfuerzo son encomiables —dijo.

Los nobles reunidos asintieron respetuosamente con la cabeza. Junto a Malus, la silla de alto respaldo del drachau estaba vacía. El señor Myrchas se había retirado hacía un par de horas.

Malus se fijó en un noble druchii que estaba al otro lado de la mesa y se había presentado como el comandante de la caballería. Era un personaje flaco como una vara, ataviado con armadura oscura y envuelto en una pesada capa de lustrosa piel de oso. Malus no podría haber recordado cómo se llamaba aunque su vida hubiera dependido de ello.

—Volvamos a lo básico. ¿Cuántos soldados de caballería ligera has dicho que tenemos, señor...?

—Irhaut, temido señor —replicó el noble con mansedumbre.

El señor Irhaut tenía una larga nariz aguileña, y en su oreja izquierda destellaban tres aros de oro, cosa que apuntaba a una pasada y provechosa carrera de corsario.

—Actualmente tenemos seis mil soldados de caballería ligera, agrupados bajo seis estandartes.

Malus asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Se volvió hacia el noble de anchos hombros que estaba sentado junto a Irhaut—. ¿Y nuestra infantería, señor Murmon?

—Meiron, mi señor —lo corrigió el noble con expresión dolida.

Tenía rasgos romos, ásperos, y cejas inusitadamente peludas para ser un druchii. Sin que viniera al caso, Malus se preguntó si la madre del señor Meiron no se habría apareado con un oso para tener un hijo semejante. El señor Meiron consultó sus informes y se irguió.

—Actualmente, contamos con quince mil lanceros, y un millar de soldados de la Guardia Negra bajo dieciséis estandartes, aunque está previsto que cuatro de esos estandartes regresen a sus ciudades...

—Nadie va a regresar a su ciudad hasta que la horda haya sido destruida —declaró Malus con seriedad.

El señor Meiron parpadeó bajo sus peludas cejas, y asintió con la cabeza, vacilante. Malus frunció el ceño. «Han pasado tanto tiempo entrenando soldados y

encabezando incursiones que no parecen capaces de comprender nada más —pensó—. Bueno, bastante pronto tendrán la oportunidad de revisar su manera de reflexionar.»

Malus se dio cuenta de que tenía la copa llena y bebió un largo trago; apreció la calidad. Tomó nota mental de conseguir una lista de las reservas de vino de la fortaleza cuando dispusiera de un momento.

—Señor Suheir —dijo al volverse hacia el gigante con armadura que tenía a la derecha—, ¿qué tal la caballería real?

El señor Suheir se volvió ligeramente en la silla para mirar a Malus, y pareció un poco sorprendido de que el nuevo comandante recordara su nombre. Suheir le pasaba la cabeza y los hombros al más alto de los otros druchii de la sala, y parecía lo bastante fuerte como para partir nueces con las manos. Si la madre del señor Meiron se había apareado con un oso, entonces la malhadada progenitora de Suheir había yacido con un nauglir. Tenía la cara ancha y el mentón casi cuadrado, combinación desafortunada para un señor druchii.

—La caballería real cuenta con mil quinientos miembros —replicó con voz tronante—, además de quinientos carros que no han sido usados en una sola batalla, por lo que yo sé.

Malus dio vueltas a los números mentalmente, mientras hacía girar el vino en la copa. ¡Veinticuatro mil soldados! Era con total facilidad el doble de cualquier otra guarnición de Naggaroth, con la posible excepción de la propia Naggarond. La noción resultaba mucho más embriagadora que cualquier cosecha de vino que hubiera bebido. La cantidad de poder que tenía a su disposición era inmensa. Mientras pensaba en eso, sus ojos se posaron en las placas de plata bruñida que descansaban sobre la mesa, ante él.

Ahora entendía demasiado bien las palabras de Nuarc.

El noble inspiró profundamente.

—Muy bien. ¿Qué hemos averiguado acerca del enemigo?

Las cabezas se volvieron. En el extremo de la mesa, el druchii de más edad que se encontraba presente se irguió en la silla, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el borde de la mesa. El cabello del señor Rastillan era más gris que negro, y estaba trenzado con huesos de dedos y alambre de plata. A diferencia de los demás nobles, llevaba sólo una cota de malla ajustada sobre un kheitan de corte rústico, casi propio de los autarii. Su mejilla derecha estaba decorada con un tatuaje de un perro que gruñía, una marca de considerable honor entre los sombras, si a Malus no le fallaba la memoria. Ciertamente, Rasthlan podría haberse encontrado más cómodo entre los cojines y alfombras de una casa autarii que sentado ante una mesa con gente civilizada.

—Nuestros exploradores han estado siguiendo el rastro de la horda desde que se

reunió tras haber saqueado la mayoría de los bosques de montaña, hace casi un mes —dijo Rasthlan con voz rasposa—. Kuall ha dicho la verdad: el ejército es el más grande que yo he visto jamás. Decenas de miles de hombres bestia, además de tribus humanas.

—¿Soldados con armadura pesada? —preguntó Malus.

—Ninguno que hayan visto mis exploradores, temido señor —replicó el comandante—. Pero había gigantes, y grandes trolls de montaña, y posiblemente incluso cosas más terribles marchando junto a ellos en el centro de la formación. Parece que al mando de la horda hay un hechicero o chamán muy poderoso, porque el aire hedía a magia.

—De eso podéis tener la seguridad —replicó Malus—. Bien, ¿cuál es tu cálculo más sincero? ¿Qué tamaño tiene la fuerza con la que nos enfrentamos?

Rasthlan hizo una pausa y tragó con dificultad, para luego mirar a los druchii que tenía a su lado.

—No podría decírtelo con certeza, mi señor.

Los oscuros ojos de Malus se clavaron en los del señor de más edad.

—En ese caso, dame tu cálculo más aproximado. ¿Treinta mil? ¿Cincuenta mil?

El druchii bajó los ojos hacia la mesa.

—No querría calcular...

—Lo entiendo —dijo Malus, a cuya voz afloró un ligero tono acerado—, así que puedes tomarte esto como una orden: dime, según tu mejor estimación, qué tamaño piensas que tiene la horda del Caos.

El señor Rasthlan inspiró profundamente, y luego miró al noble a los ojos.

—Ciento veinte mil, poco más o menos —dijo con voz firme—. Los he contemplado con mis propios ojos. Ennegrecen las llanuras con su enorme masa. Esa horda no se parece a nada que haya visto antes.

El resto de los nobles se miraron unos a otros con inquietud; la conmoción era evidente en la expresión de sus rostros. El señor Suheir se miró las anchas manos.

—Kuall estaba en lo cierto —dijo con lentitud—. No hay manera de que podamos enfrentarnos con un ejército semejante en el campo de batalla. Sería una masacre.

Incluso el propio Malus estaba conmocionado ante semejante número, pero mantuvo una expresión cuidadosamente neutra. Estudió a Rasthlan con atención.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó.

El comandante de los exploradores asintió de inmediato.

—Yo mismo no quise creerlo, y por eso fui a contarlos personalmente.

Malus asintió poco a poco con la cabeza, y su mirada bajó hacia el mapa que estaba extendido sobre la mesa.

—¿Y dónde están ahora?

Rasthlan se levantó de la silla y rodeó la mesa.

—La horda avanza con lentitud —dijo—. Menos de veinte kilómetros al día, más o menos. Después de arrasar la atalaya Bhelgaur, giraron en dirección a la Torre Negra, lo que significa que deberían estar aproximadamente por aquí. —Señaló una zona de las estribaciones de las montañas situadas al noroeste de la Llanura de Ghron, a unas quince leguas de la Torre Negra.

Malus consideró las distancias y estudió el terreno. Durante los últimos cuatro días había estado pensando en todo lo que le había dicho Nuarc, intentando encontrar un camino de salida de todas las trampas que le habían tendido. Había descartado un plan tras otro, hasta que a primeras horas de la mañana lo asaltó una idea que sugería una posibilidad de éxito. Ahora, al mirar el mapa, acabó por decidirse.

—Muy bien. Os doy las gracias, caballeros. Me habéis proporcionado todo lo que necesito para desarrollar un plan de acción. —Eché atrás la cabeza y vació la copa de vino, para luego dejarla con cuidado sobre la mesa—. Ha sido un día muy largo para todos nosotros, imagino. Voy a buscar una cama para dormir unas horas. Volveremos a reunirnos mañana, cuando os daré órdenes detalladas para cada una de las divisiones. —Tras apoyar cuidadosamente las manos en los reposabrazos de la silla, Malus se puso de pie—. Hasta entonces, podéis marcharos. Os sugiero a todos que descanséis tanto como os sea posible. Será algo que podréis hacer muy poco en los próximos días.

Los altos mandos se pusieron de pie, intercambiando miradas de desconcierto, mientras Malus se encaminaba con paso decidido hacia la puerta. Finalmente, fue el señor Suheir quien reunió el valor suficiente como para hablar.

—¿Temido señor?

Malus se detuvo, con la cabeza enturbiada por el vino y la fatiga.

—¿Sí?

—¿Hay algo que tú sepas y nosotros ignoremos? —inquirió con su voz tronante—. El señor Rasthlan dice que la horda avanza sólo veinte kilómetros al día. Eso significa que no llegará a la Torre Negra hasta dentro de casi una semana.

Malus miró al capitán de caballería y le dedicó una sonrisa lobuna.

—Lo sé. Eso nos da justo el tiempo suficiente como para emprender el ataque.

A continuación, desapareció de la sala, rodeado por las veloces sombras de los infinitos.

10. Guerrero de Naggaroth

Malus soñaba que estaba de vuelta en el bosque cercano a la Ciudad de los Verdugos y corría entre los apretados árboles, bajo la luz de las lunas gemelas. Algo lo perseguía; oía los pesados pasos y el crujido de las ramas de los árboles al partirse cuando el perseguidor se abría paso a través del bosque, tras él. Y sabía, de alguna manera, que si aquello lograba atraparlo, le devoraría el alma.

Su armadura y su hacha habían desaparecido, y las zarzas le desgarraban la ropa y le herían la cara. Igual que zarpas afiladas como navajas le hacían jirones el grueso kheitan y los ropones de debajo, y le desollaban las mejillas y la frente. Por su piel corría sangre caliente, pero no sentía ningún dolor. No sentía nada más que un mortal y puro terror porque aquella cosa iba a atraparlo por muy rápidamente que corriera.

Y, en efecto, los pesados pasos sonaban más cercanos, como si su perseguidor fuera un gigante que cubriera varias leguas con cada paso. Reprimió un alarido de pavor y corrió a mayor velocidad aún, mientras ramas y zarzas le abrían tajos aún más profundos en la piel. Ansiaba encontrar a *Rencor*, pero no se veía al nauglir por ninguna parte. Malus aguzaba el oído por si captaba el familiar bramido del gélido, convencido de que tenía que estar cazando en algún sitio del bosque, pero no podía oír nada a causa del fuerte palpitir de su corazón y de los regulares golpes sordos de los pasos de su perseguidor. Por el sonido, parecía que ahora se encontraba a escasos metros detrás de él; se le erizó la piel de la nuca, pero no se atrevió a mirar atrás por miedo a ver lo que podría tender sus garras hacia él.

Entonces, sin previo aviso, salió con brusquedad a una depresión densamente poblada de árboles y cayó de rodillas en un estrecho sendero de caza que la atravesaba. Con un estremecimiento de alivio, se dio cuenta de dónde estaba.

El árbol. Había encontrado el árbol. Si podía volver a meterse dentro, su perseguidor no lograría encontrarlo.

Se puso en pie de un salto y corrió frenéticamente hacia el norte, hasta encontrar la mancha de sangre que, según recordaba, atravesaba el sendero. Con el pulso palpitándole con fuerza en la garganta, se arriesgó a echar una mirada hacia atrás, y comprobó que de momento el perseguidor estaba justo fuera de la vista. Rodeó con rapidez la mancha y se adentró entre los árboles del lado oeste del sendero. Espinosas enredaderas y zarzas penetraban profundamente en las heridas ya sangrantes, pero él continuó adelante de todos modos, rezándole a la Madre Oscura para que la oscuridad y la vegetación lo ocultaran.

Al cabo de un momento se encontró junto al árbol fulminado. El viejo tronco brillaba suavemente bajo la luz lunar, como un regalo de la diosa. Reprimió un grito de alivio y se metió apretadamente a través de la oscura grieta. Cuando se enderezó, le cayó encima una lluvia de madera podrida e insectos, y él la tomó como una

bendición de la diosa.

En el sueño, el árbol era más grande por dentro que por fuera. Se volvió al aproximarse los pasos, y retrocedió para apartarse del fino rayo de luz lunar que entraba a través de la abertura.

Los pasos estaban ahora tan cerca que sentía cómo la tierra se estremecía con cada uno de ellos. Bum. Bum. Bum. Contuvo el aliento y fijó los ojos en el fino rayo de luna oblicuo que tenía ante sí.

Una sombra pasó ante la grieta. Al mirar a través de ella, Malus vio un par de pies calzados con botas que estaban a menos de un metro de distancia de su escondite. Retrocedió otro involuntario paso y se adentró más en la sombra. Las botas giraron a izquierda y derecha.

—Sé que estás aquí, pequeño druchii —dijo Tz'arkan desde fuera, con voz tan untuosa y mortífera como acero aceitado—. De nada sirve que te escondas. Puedo olerte. Estás casi lo bastante cerca como para que pueda saborearte.

Al oír el sonido de la voz del demonio, a Malus lo recorrió un estremecimiento. Las botas volvieron a desplazarse hacia la derecha, y entonces se detuvieron. Un pie se movió hacia el árbol.

—¿Estás ahí dentro? —preguntó el demonio—. Sí, creo que sí.

Un alarido intentaba abrirse paso a través de la garganta de Malus. Retrocedió otro paso y se quedó de espaldas contra el irregular tronco del árbol. Percibió olor a podredumbre y el húmedo hedor de las lombrices de tierra. La sustancia que tenía detrás cedió ligeramente bajo su peso, como si fuera carne blanda.

Entonces, una mano salió por detrás para taponarle la boca con fuerza, mientras otra se deslizaba apretadamente en torno a su cintura. Malus percibió el olor a sepultura y sintió sabor a carne putrefacta en los labios. De las muñecas del ser muerto se soltaron ondulantes gusanos que cayeron, retorciéndose, sobre su cuello.

—No temas, mi señor —le susurró una voz conocida al oído. Una respiración gélida y húmeda, cargada del repugnante olor de la carne podrida, bajó por su cuello—. El demonio no puede poseerte. Yo te he reclamado primero.

Malus se retorció y debatió en el abrazo de Lhunara, pero los brazos de ella lo retenían como si fueran de hierro. Ahora no podía oler nada más que carne putrefacta, y el amargo hedor de la tierra de sepultura. La frenética mirada del noble se volvió hacia el haz de luz y vio que el demonio se detenía en el exterior, repentinamente inseguro. Intentó gritar el nombre del demonio. ¡Era mejor ofrecer el alma para saciar el hambre del demonio que permanecer un solo momento más en el inmundo abrazo de Lhunara! Pero la gélida mano de ella le cerraba la boca con fuerza, y él no lograba inspirar suficiente aire a través del maloliente miasma que manaba de la putrefacta piel.

En el exterior, las botas se alejaban a paso lento.

—No podrás esconderte eternamente, Darkblade —gritó el demonio—. Es sólo cuestión de tiempo que te encuentre.

Luego, para horror de Malus, Tz'arkan se marchó y sus pesados pasos se alejaron rápidamente hasta perderse en la distancia.

Una fría lengua viscosa recorrió con suavidad un costado del cuello de Malus.

—¿Lo ves? Ya te dije que te mantendría a salvo —dijo Lhunara, cuya respiración sentía fría en el cuello—. No va a hacerte daño nadie más que yo.

Entonces, sus perfectos dientes se le clavaron en la piel, y por primera vez logró inspirar lo suficiente como para gritar.

—¡Mi señor! ¡Mi señor, despierta!

Malus despertó boca arriba, mirando un cielo estrellado que enmarcaba un arco de piedra. Yacía de espaldas, vestido sólo con una camisa de dormir que se le había enredado en las piernas. En las mejillas sentía un viento frío que olía a nieve. El corazón le latía dolorosamente, golpeándole el pecho con la fuerza del pataleo de los pies de un nauglir lanzado a la carga.

Por encima de él había una silueta oscura, iluminada desde detrás por la luz lunar. El se debatía violentamente, aún en poder de la pesadilla, y la figura le aferraba los brazos con fuerza.

—¡Estate quieto, mi señor! ¡Podrías caer por encima de la barandilla!

La advertencia atravesó sus embotados sentidos. Parpadeó para librarse de los últimos vestigios del sueño, y se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo de un estrecho balcón situado en lo alto de un flanco de la Torre Negra. Moviéndose lenta y precavidamente, se sentó, auxiliado por las fuertes manos de su oscuro ayudante. Malus miró al otro lado de la blanca llanura que rielaba débilmente bajo la luz lunar. Vio las oscuras montañas situadas al norte, iluminadas por la cambiante luz de las auroras boreales. Hacia el noroeste podía distinguir apenas una débil línea blanca de estribaciones de montaña. Más allá de éstas, a muchas leguas al noroeste, se encontraban Nagaira y la horda del Caos.

—Un sueño, un sueño terrible —dijo para sí mismo mientras se frotaba el mentón, aturdido. Le dolía el cuello y en la boca tenía sabor a orinal—. Anoche bebí demasiado —comentó con aire ausente—. Nunca más. ¿Oyes eso, Hauclir? Nunca más, condenado canalla. Por mucho que te lo implore.

—¿Hauclir, mi señor? —preguntó la figura con voz preocupada—. Soy yo, Shevael. El drachau me destinó a tu servicio como guardia personal. ¿Lo recuerdas?

Malus se apartó de la barandilla del balcón y miró de cerca al hombre que tenía a su lado.

—¡Ah, sí! Shevael —dijo con voz hueca—. Shevael. No hagas caso de mis divagaciones, muchacho. Son sólo vino y recuerdos.

—Sí, mi señor, por supuesto —dijo el joven noble, que por el tono de su voz lo

parecía todo menos tranquilizado—. ¿Cómo has llegado al balcón? La última vez que lo he comprobado, estabas profundamente dormido en la cama.

Malus se levantó con pies inseguros. La doble puerta que comunicaba el dormitorio con el balcón estaba abierta de par en par; dentro podía ver el mortecino resplandor de dos braseros que iluminaban débilmente el amplio lecho y el enredo de ropa de cama que, como una estela, señalaba hacia donde ahora se encontraba.

—Debo haberme levantado en medio de la noche —dijo con voz débil, pero recordó la ocasión en que, estando en el bosque, había despertado lejos del lugar en que se había acostado.

«En el nombre de la Madre Oscura, ¿qué me está sucediendo?», pensó. Por primera vez se encontró con que echaba de menos la constante presencia de los infinitos. Tras haberlo escoltado sano y salvo hasta la Torre Negra y haberse asegurado de que quedaba instalado como comandante del ejército, su deber había concluido, y lo habían dejado para emprender la tarea de preparar un conjunto de habitaciones con vistas a la inminente llegada del Rey Brujo.

Malus dejó que Shevail lo acompañara hasta la cama y lo cubriera con las sábanas y las mantas, mientras él miraba fijamente el techo.

—¿Qué hora es?

—Es la hora del lobo, mi señor —respondió el joven noble—. El alba romperá dentro de una hora y media. La luz aparece temprano estando tan al norte.

—Lo sé, muchacho, lo sé —respondió Malus—. Déjame descansar aquí hasta que rompa el alba, y luego avísame. Nos pondremos en marcha a mediodía.

—Muy bien, mi señor —replicó el joven noble, y se retiró.

Al llegar a la puerta, Shevail se detuvo para volverse a mirar a Malus con miedo, y luego se escabulló al exterior.

Malus no le hizo el más mínimo caso. Estaba perdido en sus pensamientos, y a través del balcón abierto miraba fijamente las cambiantes auroras boreales.

El atronar de tres mil pies en marcha reverberó a lo largo de la plaza de entrenamiento y vibró contra la caja torácica de Malus. Sintió el medido pisar de las botas a través de las pesadas piedras del cuerpo de guardia exterior, y esto hizo aflorar una sonrisa feroz a su pálido semblante.

Había dado las órdenes apenas una hora después del amanecer, y las fuerzas que había escogido se habían reunido en buen orden tan sólo tres horas después. Para mérito de todos ellos, los mandos nobles no habían siquiera parpadeado cuando les había expuesto el plan. Tal vez la noche anterior habían sojuzgado sus temores con vino, de un modo muy parecido a como había hecho él.

Los exploradores, como siempre, fueron los primeros en partir. Se habían marchado casi inmediatamente después de reunirse con sus tenientes. El señor Rasthlan se había ido con ellos, ataviado con ropones oscuros y malla, igual que los

propios autarii. Al alzar la mirada hacia el sol de mediodía, Malus calculó que los sombras estarían ya a leguas de distancia.

Una hora antes había sonado la primera fanfarria de cuernos en el cuerpo de guardia exterior, y los primeros tres estandartes de caballería habían partido como vanguardia del ejército. Los últimos escuadrones de jinetes atravesaban en ese preciso momento la enorme puerta, y el regimiento de la Guardia Negra cruzaba la plaza detrás de ellos. El capitán alzó la espada para saludar a Malus al pasar por debajo del alto arco, y él le devolvió orgullosamente el gesto con el hacha levantada.

Detrás de la Guardia Negra esperaban otros dos regimientos de lanceros, luego la caballería real, y por último los carros tirados por nauglirs, que por fin iban rumbo a un campo de batalla. Aún más atrás aguardaban los tres regimientos restantes de la caballería ligera que actuarían como retaguardia. Toda la caballería de la guarnición y casi una cuarta parte de su infantería —cerca de la mitad de todo el ejército— estaban siendo apostadas a una única jugada desesperada. El pensamiento lo heló hasta los tuétanos, pero cualquier número inferior a ése habría condenado la expedición a un fracaso seguro.

De repente, se produjo una ruidosa conmoción en el extremo opuesto de las almenas. Malus oyó gritos coléricos por encima de pesados pasos, y miró a lo largo del adarve para ver qué sucedía. De pronto, los soldados de la guardia de la puerta que observaban el ejército junto a él se movieron para esquivar a una figura que iba a toda prisa por las almenas en dirección a Malus. No podía distinguir de quién se trataba, pero tenía una idea bastante aproximada.

Se irguió y se aseguró de que su brillante armadura estuviera presentable cuando el drachau de la Torre Negra apareció repentinamente a la vista. El señor Myrchas estaba lívido y todo su cuerpo temblaba de furia.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —dijo el drachau con voz estrangulada—. ¡Detén esta locura de inmediato y devuelve a esas tropas a sus barracas!

Malus inclinó la cabeza con pesar.

—No puedo —replicó—. Y no tienes ninguna autoridad para darme órdenes, aunque fuera tu vaulkhar.

Por un momento, dio la impresión de que Myrchas iba a desenvainar la espada. Las manos le temblaban de furia... «y de no poca cantidad de miedo», imaginó el noble.

—¡No puedes derrotar a la horda en una batalla directa! —gritó el drachau—. ¡Estás enviando a esos hombres a una muerte segura, y dejando la Torre Negra sin defensas!

—¿Sin defensas? —El noble arqueó una ceja—. En absoluto. Os dejo con trece mil lanceros bien entrenados para defender las murallas de la fortaleza. Eso debería ser más que suficiente para proteger la Torre Negra contra un número de enemigos

diez veces superior. Y si mi plan tiene éxito, no se los necesitará en absoluto.

El drachau no se dejaba aplacar.

—Pero la horda...

—Mi señor, no tengo ninguna intención de luchar contra el ejército del Caos en una batalla directa —le espetó Malus al mismo tiempo que clavaba en Myrchas una fija mirada feroz—. Una horda como ésta no se mantiene unida gracias al entrenamiento o la disciplina. Es un arma poco eficaz, blandida bastante inútilmente por su jefe de guerra. Si el jefe muere, los integrantes del ejército se volverán unos contra otros como una manada de perros enloquecidos. —Malus señaló hacia el norte con un dedo protegido por la armadura—. Me llevo la fuerza más móvil de que puedo disponer, y tengo planeado lanzar un ataque nocturno dirigido directamente hacia el palpitante corazón de la horda. Vamos a abrírnos paso hasta la tienda del jefe de guerra, y a ella tengo pensado partirle el cráneo yo mismo.

—¿Ella? —dijo el drachau, momentáneamente confuso.

—No importa, mi señor —dijo Malus—. Lo importante del asunto es que un ataque rápido y decisivo podría interrumpir en seco esta invasión. Necesito la movilidad y el poder de ataque de la caballería, y los lanceros me proporcionarán una sólida retaguardia tras la cual puedan replegarse los escuadrones. —Se inclinó más hacia el drachau—. Piensa en la gloria cuando llegue Malekith con su ejército y se encuentre con la cabeza del jefe de guerra colgada de una púa del cuerpo de guardia. Cantarán tu heroísmo a todo lo largo y ancho de Naggaroth.

Myrchas lo pensó. En sus ojos destelló un débil brillo de avaricia.

—Las recompensas por una victoria así serían grandiosas —concedió, y luego frunció el ceño con preocupación—. ¿Estás absolutamente seguro de que esto saldrá bien?

Malus negó con la cabeza.

—En la guerra no hay nada seguro, mi señor. Pero créeme si te digo que aunque quien comanda la horda del Caos es una poderosa hechicera, no tiene la más mínima experiencia como general. No esperará un ataque así, lo que nos da una gran ventaja. En el peor de los casos, podremos infligirles a los enemigos un tremendo número de bajas y sembrar una terrible confusión entre ellos, cosa que nos permitirá retirarnos en buen orden a la fortaleza.

Malus invirtió hasta el último gramo de sinceridad que tenía en ese argumento. Creía en el plan; era el único que había sido capaz de concebir y que le daría una oportunidad de escapar de las zarpas de Malekith, localizar la reliquia y huir a tiempo hacia el norte. Si podía matar a Nagaira antes de que llegara el Rey Brujo con su ejército, podría usar su autoridad transitoria para buscar la reliquia dentro de la Torre Negra —y en las ruinas del campamento del Caos, en caso necesario—, sin interferencias. Luego, podría escabullirse fuera de la fortaleza y desaparecer en los

Desiertos sin que nadie se diera cuenta.

El noble luchó para conservar la paciencia mientras el drachau pensaba en el asunto. Finalmente, Myrchas asintió con la cabeza.

—No puedo encontrarle fallo alguno a tu plan —dijo—. Ve con la bendición de la Madre Oscura a sembrar el miedo y el aborrecimiento entre nuestros enemigos. —Sonrió—. Naturalmente, lamento no poder acompañarte...

—No digas nada más, mi señor —lo tranquilizó Malus—. Alguien tiene que quedarse al mando de la guarnición, esperando al Rey Brujo. Con suerte, regresaré con el ejército en unos cinco días.

El drachau volvió a sonreír.

—Aguardaremos vuestro regreso —dijo—. Y ahora que lo mencionas, hay muchísimos asuntos de los que debo ocuparme antes de que llegue el Rey Brujo, así que me despido.

—Por supuesto, mi señor —replicó Malus, y le hizo una profunda reverencia.

Continuó inclinado mientras el drachau se alejaba apresuradamente para ocultar la sonrisa de satisfacción que había en sus labios.

El ejército marchó durante el resto del día y hasta bien pasada la medianoche. Malus mantuvo un paso vivo pero medido; en las últimas dos semanas había participado en marchas forzadas suficientes para toda una vida. *Rencor* parecía haberse recuperado completamente del agotamiento del viaje con poco más de un día de descanso y media tonelada de carne de caballo para renovar las fuerzas.

Al día siguiente marcharon a paso cauteloso por las estribaciones de las montañas, en espera de los primeros informes de los exploradores que habían partido primero. Malus mantenía el ejército avanzando al paso, tanto para minimizar la cantidad de delatora polvareda como para evitar lanzarse de cabeza contra la horda del Caos que se aproximaba. Escoger el momento oportuno para acercarse al ejército enemigo sería la parte más delicada del ataque.

Al mediodía apareció el señor Rasthlan ante los ojos de la vanguardia, con un par de autarii detrás. Malus ordenó un alto y se reunió con los exploradores a la sombra de un soto de abetos que se encontraba en la ladera del otro lado de un montículo.

—¿Dónde están? —preguntó el noble mientras Shevael les daba pan, queso y vino a los exploradores de cansado aspecto.

—A unas cinco leguas al norte —dijo Rasthlan, que bebió un largo trago de la copa.

Los espectros estaban acuclillados bajo los árboles y comían en silencio, mirando a Malus con ojos inescrutables. El señor Rasthlan rompió un trozo de pan, se lo metió rápidamente en la boca y se lo tragó casi entero.

—Han acelerado un poco el paso, pero no creo que cubran más de dos o tres leguas antes de que caiga la noche —continuó.

Malus asintió con aire pensativo. Ésa sería más o menos la distancia perfecta.

—¿Sabéis con certeza dónde se encontrará la tienda del jefe de guerra?

Rasthlan hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Los bárbaros del Caos son tan numerosos como moscas —dijo—. Desde el borde del campamento hasta su centro hay casi cinco kilómetros. Es demasiado arriesgado penetrar, incluso para estos espectros —dijo, y señaló a los autarii—. La tienda del jefe de guerra estará en el centro del campamento. Debería ser fácil de encontrar, incluso a oscuras.

El noble asintió con la cabeza.

—¿Tus hombres estarán preparados al caer la noche?

Uno de los autarii soltó un bufido de desdén, y Rasthlan hizo una mueca.

—Están preparados ya, mi señor —replicó—. Cumpliremos con nuestra parte del plan, no temas.

—Muy bien —respondió Malus, que experimentó las primeras punzadas de expectación—. En ese caso, aguardaremos la llegada de la noche. —Se volvió a mirar a Shevael—. Convoca a los comandantes de las divisiones para que asistan a una reunión dentro de tres horas, con el fin de ultimar los preparativos —ordenó. Cuando el joven noble se marchó a toda prisa, Malus se volvió otra vez hacia los exploradores—. Y en cuanto a vosotros, os sugiero que descanséis un poco. Probablemente será una noche muy larga.

La más grande de las dos lunas aún estaba en el horizonte cuando el ejército se levantó de su campamento temporal y comenzó la marcha hacia el campamento enemigo. Durante el día habían envuelto las armas, las armaduras y los arreos de los caballos en capas de tela para impedir cualquier ruido delator mientras se movían. Cada regimiento y estandarte marchaba con un par de autarii en cabeza, los cuales llevaban cerradas dos pequeñas lámparas sordas de luz bruja para hacer señales a sus compañeros en el momento preciso y actuar como exploradores que conducirían al ejército hasta su objetivo.

Del cielo aparentemente despejado caían solitarios copos de nieve, y la respiración de Malus se condensaba en el aire mientras cabalgaba junto a la caballería real. Para ser una fuerza tan enorme, viajaban en medio de un silencio notable, y el noble no pudo evitar admirar el temple de los soldados que tenía bajo su mando. «Un general con suficiente osadía podría hacer mucho con un ejército así a sus espaldas», pensó, y le sonrió al cielo estrellado.

Tardaron más de dos horas en recorrer dos leguas por las estribaciones de las montañas, y luego los exploradores alzaron las lámparas y ordenaron un alto. Mientras el ejército se detenía con lentitud, el señor Rasthlan apareció repentinamente junto a Malus.

—Puedes formar aquí las líneas, mi señor —susurró como si las tropas del Caos

estuvieran justo al otro lado de la colina, en lugar de a casi un kilómetro y medio—. Nosotros nos adelantaremos a partir de aquí, y nos ocuparemos de sus centinelas —dijo—. Aguarda la señal.

Malus asintió con la cabeza.

—Que la fortuna de la Madre Oscura sea contigo, Rasthlan —dijo cuando el viejo druchii se desvanecía como un espectro.

Las señales de las lámparas recorrieron toda la columna, y el ejército formó en línea de batalla, lenta y cautelosamente, detrás de la pendiente de una larga cresta boscosa. Una vez más, los espectros y sus lámparas fueron de inestimable ayuda, ya que condujeron a cada regimiento y estandarte hasta la posición correcta con un mínimo de confusión. Aun así, pasaron casi dos horas antes de que el ejército estuviera formado adecuadamente. Después de eso, no quedó por hacer nada más que mirar las lunas que se movían con gran lentitud por el cielo e intentar no concentrarse demasiado en la batalla que se avecinaba.

La espera pareció eterna. A cada instante, Malus aguzaba los sentidos para detectar el más ligero signo de alarma, aunque intelectualmente sabía que se encontraba demasiado lejos del campamento enemigo como para oír nada que no fuera un cuerno de guerra. Los caballeros se removían con inquietud sobre las monturas, y el crujido del cuero parecía fuerte como el restallar del rayo para los tensos nervios del noble. Los nauglirs gruñían y pateaban el suelo. Pequeñas piezas de metal tintineaban a pesar de las precauciones. Pasada casi una hora, Malus descubrió que se le habían insensibilizado las puntas de los dedos por sujetar las riendas con demasiada fuerza a causa del nerviosismo. Con una profunda inspiración se obligó a relajarse, y lentamente abrió las doloridas manos.

Entonces, llegó la señal que estaban esperando. En lo alto de la colina apareció una figura encorvada y abrió la cortinilla de la lámpara dentro de la que ardía luz bruja: una, dos, tres veces. Otros exploradores repetían la señal a lo largo de la formación druchii; los espectros habían hecho su letal trabajo y habían matado a los centinelas enemigos que habían estado apostados a lo largo del frente de más de un kilómetro y medio. Nadie les daría la alarma a los hombres bestia, y los bárbaros que dormirían en sus tiendas, hasta que ya fuera demasiado tarde.

Malus miró hacia la izquierda, y apenas distinguió el final de los estandartes de caballería ligera que se extendían por ese flanco; una formación similar aguardaba en el extremo derecho de la línea de batalla de los caballeros, cuyas separadas hileras se extendían más de un kilómetro y medio hacia ambos lados. En la línea situada a su inmediata derecha, los miembros de la caballería real comprobaron las riendas y los estribos, y silenciosamente desenvainaron las espadas. Detrás de los caballeros aguardaba la larga línea de carros, cuyas ruedas iban armadas con hojas de guadaña. En la parte posterior de cada máquina de guerra había una antorcha que ardía con

llama baja, preparada para encender las flechas de los arqueros que aguardaban junto a los carros. Aún más atrás, el noble podía ver los tres regimientos de lanceros que ordenaban sus líneas en dos largas hileras. Las puntas de las lanzas destellaban cruelmente bajo la luz lunar, aunque si todo salía bien los soldados de infantería no entrarían en combate. Eran una verdadera muralla de plata y acero tras la cual podían retirarse las desorganizadas unidades de caballería con el fin de quitarse de encima a cualquier perseguidor para reagruparse y volver a la lucha.

Lenta y deliberadamente, el noble bajó una mano y sacó el hacha del lazo de la silla de montar. Se había sentido terriblemente tentado de llevar la Espada de Disformidad a la batalla, pero el episodio de Har Ganeth lo hizo reflexionar una vez más. ¿Y si volvía a sucumbir a la locura asesina en un momento en que necesitaba mantener la cabeza clara y darle órdenes al ejército? No tenía ninguna garantía, como había admitido al fin, así que había dejado la espada —y la alforja que contenía las reliquias—, en la Torre Negra. Por mucho que le preocupara dejar los talismanes sin vigilancia, peor aún era el pensamiento de que cayeran en manos de su media hermana por algún espantoso infortunio. Ya le había quitado esos objetos en una ocasión anterior; Malus dudaba de que fuera a tener tanta suerte como para recuperarlos otra vez.

Se volvió hacia la caballería real, alineada en brillante formación de dos hileras que se extendían oscuridad adentro a lo largo de casi un kilómetro, mucho más allá del límite de su visión. Los más cercanos al noble eran el señor Suheir, capitán de caballería, y el guardia de Malus, Shevael. Ambos lo miraron con una mezcla de emoción y precavida inquietud. Todos los integrantes del pequeño ejército sabían a qué se enfrentaban; él se había asegurado de que así fuera antes de que los soldados salieran de la Torre Negra. Si vencían, la amenaza del Caos habría concluido. Si eran vencidos, pocos de ellos regresarían a casa, si alguno lo hacía. Tenían que vencer o morir.

Malus se inclinó desde la silla de montar para hablarles en voz baja a Suheir y Shevael, seguro de que sus palabras serían repetidas a lo largo de toda la formación.

—Recordad que somos la punta de la lanza —dijo con expresión feroz—. Dejad que sean los carros y la caballería ligera los que se encarguen de la mayor parte del trabajo de carnicero. Nuestro único cometido es abrirnos camino hasta la tienda del jefe de guerra del Caos, situada en el centro del campamento, a costa de lo que sea. En cuanto lleguemos allí, pondré fin a esta invasión de una vez y para siempre. ¿Está claro?

Ambos druchii asintieron solemnemente con la cabeza. Ya podía oír cómo el siguiente le murmuraba sus palabras al compañero que tenía a su lado.

El señor Suheir, levantó la curva espada y saludó.

—Estamos contigo, mi señor —declaró con su voz atronadora.

Malus asintió con la cabeza y se enderezó. En ese momento se dio cuenta de que doce mil hombres estaban pendientes de sus siguientes palabras, a la espera de una orden para desencadenar una terrible matanza entre los enemigos. Sonrió para sí mismo al saborear la sensación de poder. De repente, los peligros inherentes a su plan perdieron todo sentido. ¿Acaso podía algún riesgo del mundo ser lo bastante grande como para amargar el terrible júbilo que sentía?

El noble desvió la mirada hacia la cima de la ancha colina que tenía delante, y alzó el hacha en el aire.

—Que avance la caballería real —dijo en voz baja, y luego bajó el arma en destellante arco—. ¡Adelante!

Rencor avanzó a paso regular, bajando la cabeza al sentir que se aproximaba la batalla. Los gélidos de la primera línea siguieron su ejemplo y se lanzaron al frente como el azote de un largo látigo de acero. Malus espoleó al nauglir para que ascendiera por la colina, ansioso por coronarla y ver lo que pudiera del descomunal movimiento que tenía lugar a su alrededor.

Cuando llegó a la cumbre, miró inmediatamente hacia delante y sólo encontró más terreno ondulado que se extendía hasta el horizonte, pero a derecha e izquierda la caballería ligera corría como una marea negra por encima de sendas estribaciones, con la luz lunar ardiendo fríamente en la punta de las largas lanzas. Detrás oyó el débil traqueteo y rechinar de las ruedas de los carros, que iban cesando a medida que las máquinas de guerra adquirían velocidad.

Como nubes de tormenta, el ejército druchii pasaba por encima de las bajas colinas, y un tronar bajo acompañaba a los miles de lustrosos cascos. Malus alzó el hacha una vez más al llegar a lo alto de la colina siguiente, y descendió a toda velocidad. Al instante, ocho mil caballeros y jinetes espolearon las monturas hasta lanzarlas al trote.

Ahora la tierra temblaba con los pesados pasos de la caballería, y las ruedas de hierro de los carros añadieron su ronco tronar al acelerar. Las yermas colinas pasaban a toda velocidad. Los nauglirs de la caballería real se deslizaban por el ondulado terreno como sabuesos que corren tras la presa, y de sus colmillos como dagas chorreaba saliva venenosa. Mientras cabalgaban, cambió el viento, y a lo lejos una manada de ponis nórdicos relinchó de terror al percibir el olor de los gélidos. Malus atizaba apenas el techo de las tiendas negras situadas a unos ochocientos metros más adelante, justo al otro lado de un trío de colinas bajas, erosionadas. El noble hizo girar el hacha por encima de la cabeza, y clavó las espuelas en los flancos de *Rencor* para que acelerara hasta un trote ligero.

Rencor se lanzó hacia abajo por la empinada cuesta y subió rápidamente por la ladera de la colina siguiente, extendiendo al máximo las largas patas posteriores, y gruñendo al percibir el olor de las presas que estaban justo delante. Cuando esa vez

atravesaron la cima a gran velocidad, Malus vio que las onduladas colinas del otro lado estaban cubiertas por tiendas redondas y bajas hechas de pieles toscamente cosidas entre sí. Las tiendas de la horda lo cubrían todo de uno a otro horizonte, y oscurecían las laderas y depresiones como una vil enfermedad. El hedor a sangre derramada y carne putrefacta lo envolvió como una nube tan espesa que parecía flotar como una niebla por encima de las miserables tiendas del campamento.

El descomunal tamaño de la horda golpeó a Malus como un puño invisible. Una cosa era comprender lo que representaban cien mil soldados, y otra muy distinta era verlos con sus propios ojos. «Somos como un cubo de agua que echan dentro de un horno —comprendió en ese momento—. ¿Cómo vamos a derrotar a un enemigo semejante?»

La desesperación comenzó a invadirle el corazón como un veneno, pero justo entonces se abrió la cubierta de una tienda situada a casi doce metros de distancia, y un aturdido hombre bestia salió dando traspies al aire de la noche. Su pesada cabezota cornuda giró a derecha e izquierda para abarcar a los jinetes druchii que se aproximaban, mientras luchaba para intentar darle un sentido a lo que veía. Luego, en un momento, su expresión cambió de la exasperación al pánico más puro, y el noble sonrió como un demonio del Abismo.

«Un enemigo por vez», comprendió. Así los vencerían.

«Voy por ti, querida hermana —pensó el noble con salvaje júbilo. Ahora, después de tantos meses, de tantas maquinaciones y traiciones, por fin se saldarán las cuentas.»

Tras clavar en el aterrorizado hombre bestia una feroz mirada de depredador, Malus levantó el hacha y les gritó a los cielos.

—¡Guerreros de Naggaroth! ¡A la carga!

11. Noche y fuego

Shevael se llevó un largo cuerno curvo a los labios al oír la orden de Malus, y tocó una salvaje, aullante nota que fue respondida por toda la formación. La caballería real le rugió a los cielos su sed de sangre e irrumpió en el campamento del Caos a modo de una tormenta de acero y roja destrucción.

Malus gritó como una sombra atormentada, con el rostro encendido de cólera demoníaca mientras hacía correr a Rencor por una estrecha calle sembrada de inmundicias que mediaban entre inclinadas tiendas de pieles sin curtir. Los vientos de las tiendas se rompían como hilos, y los puntales se partían como ramitas secas cuando los gélidos se lanzaron de cabeza a través del apiñamiento. Gritos y alaridos resonaban dentro de las tiendas mientras los nauglirs aplastaban con las patas a los hombres bestia que quedaban atrapados dentro, y les lanzaban dentelladas a las figuras que manoteaban para intentar escapar de sus derrumbados refugios. Hacia el cielo salían disparados géiseres rojos cuando los fuegos eran esparcidos o pisoteados por patas escamosas que corrían, y se alzaban brillantes llamas anaranjadas allá donde las brasas caían sobre cuero reseco o lechos aceitados.

Una forma oscura y enorme salió precipitadamente de una tienda, justo delante y a la derecha de Malus. El noble soltó las riendas para alzar el hacha sujeta con ambas manos, y la estrelló contra un costado de la cabeza del hombre bestia; el cruel tajo asestado por sorpresa le destrozó el cráneo. Otro hombre bestia salió de repente de las sombras que le procuraba su tienda, situada enfrente y un poco a la izquierda del noble, blandiendo una larga espada herrumbrosa. El carnoso monstruo dirigió un tajo hacia el dentado hocico de *Rencor*, pero el nauglir agachó la huesuda cabeza y cercenó de una dentellada la pierna izquierda del atacante a la altura de la rodilla. El lamento de dolor del hombre bestia envolvió al noble por un momento pero, lanzado a la carga, rápidamente se perdió a su espalda mientras se adentraba cada vez más profundamente en el campamento enemigo.

Los sonidos de la batalla y el tronar de los cascos se mezclaban para formar un estruendo que se parecía a la pedregosa furia de una avalancha. El campamento del Caos era un pandemónium; algunos hombres bestia huían para salvar la vida mientras que otros arremetían contra cualquier cosa que se moviera. Enjambres de ardientes luces trazaban arcos en lo alto cuando los druchii de los carros disparaban flechas en llamas hacia el interior del campamento. Sonaban cuernos, relinchaban caballos, y los bárbaros gritaban roncadas maldiciones blasfemas al cielo.

Más adelante, el sendero maloliente giraba bruscamente hacia la derecha para rodear una tienda festoneada de cráneos y ensangrentados cueros cabelludos de druchii recién desollados. Gruñendo, Malus clavó las espuelas en los flancos de *Rencor* y pasó directamente por encima del refugio de piel sin curtir. Algo soltó un

lamento y barboteó en el interior, y sus gritos fueron interrumpidos en seco por una de las patas del nauglir. Por el lado opuesto de la tienda salió, con paso tambaleante, una forma oscura que aferraba un retorcido báculo de madera gris. Malus vio fugazmente cómo el chamán de manada giraba sobre sus patas con pezuñas y alzaba una mano provista de garras para lanzar un hechizo terrible, justo antes de que *Rencor* se precipitara sobre él y lo decapitara de un mordisco.

El noble se echó hacia atrás en la silla de montar cuando el nauglir se apartó de un salto de la tienda desplomada. Malus miró frenéticamente hacia la derecha, intentando determinar dónde estaban los caballeros, pero sólo vio costados tambaleantes de tiendas que se hundían y atisbo algunas cabezas cubiertas por yelmos, además de espadas manchadas de sangre, que se alzaban por encima de las tiendas más bajas y descargaban golpes. ¿Adonde había ido su subalterno?

—¡Shevael! —gritó, y su voz fue inmediatamente arrastrada por el torbellino de la batalla.

—¡Aquí, mi señor! —La débil réplica le llegó desde el otro lado de las tiendas situadas a la derecha de Malus. Una de ellas se desgarró en medio de una nube de pieles rasgadas y agitadas cuerdas cuando el joven noble hizo que su nauglir la atravesara. El pálido semblante del caballero estaba salpicado de sangre y en sus ojos había un brillo sanguinario.

—¡Los estamos haciendo huir! —dijo a gritos para hacerse oír, aunque él y Malus estaban a pocos metros de distancia—. ¡Nunca había visto una carnicería semejante!

—¡Mantente cerca de mí, muchacho! —le gritó Malus, a su vez—. ¡Haz sonar el toque de reagrupamiento para los caballeros! ¡Estas condenadas tiendas están dispersándonos!

El noble sabía que el tiempo no estaba de parte. Por el momento, contaban con la ventaja de la sorpresa, pero una vez superada la primera conmoción, la horda del Caos podría abrumar a los atacantes druchii con su descomunal superioridad numérica.

Shevael, que luchaba con las riendas del agitado gélido, miró a Malus con expresión interrogativa.

—¿Qué has dicho de las tiendas? —gritó, y luego, de repente, se le salieron los ojos de las órbitas—. ¡Cuidado, mi señor!

Malus se volvió, pero *Rencor* había visto antes al hombre bestia que iba lanzado hacia ellos. El gélido giró hacia la izquierda con tal brusquedad que casi tiró a Malus, y el tajo de hacha que iba dirigido al cuello del noble resbaló, en cambio, en su hombrera izquierda. Malus maldijo mientras luchaba por recuperar el equilibrio, y dirigió hacia el hocico alzado del hombre bestia un barrido que le cercenó el deforme cuerno izquierdo.

Cuatro de aquellas monstruosidades con cabeza de macho cabrío se habían

lanzado hacia Malus desde la oscuridad, y ahora se agrupaban en torno a los flancos del gélido y dirigían golpes tanto contra Malus como contra *Rencor*. Uno de los hombres bestia arrojó hacia el hocico del gélido una lanza que abrió un profundo tajo justo por encima de los colmillos superiores de la bestia de guerra, mientras otro dirigía hacia el cuello de *Rencor* un tajo con una pesada espada de ancha hoja. El que blandía el hacha bramó una maldición blasfema y dirigió otro tajo hacia el pecho de Malus. El noble previó el ataque e intentó echarse hacia atrás para esquivarlo, pero el cuarto hombre bestia saltó y le aferró el brazo izquierdo con el propósito de derribarlo de la silla.

Ya fuera por accidente o intencionadamente, el caso fue que Malus fue arrastrado hasta quedar en el camino del hacha, que lo golpeó en el pecho, justo sobre el corazón. Un peto de acero normal se habría hundido bajo el salvaje golpe, pero los sigilos de protección incluidos en la armadura resistieron y desviaron el arma a un lado con un discordante sonido de campana y una lluvia de chispas azules. Antes de que el hombre bestia pudiera recobrase y asestarle otro golpe, Malus gritó una maldición y descargó sobre la cabeza del guerrero el hacha, que lo hirió entre los ojos. El guerrero cayó, derramando sangre y sesos a través del tajo abierto en su cráneo, y el noble clavó el tacón derecho en el flanco de *Rencor* antes de que la criatura que le sujetaba el brazo pudiera arrastrarlo al suelo. La bestia de guerra obedeció la orden y, apoyándose en el lado derecho, lanzó la poderosa cola en arco hacia la izquierda. El apéndice impactó de lleno en la espalda del desprevenido hombre bestia con una fuerza demoledora, hizo que soltara al noble y arrojó su cuerpo roto volando por los aires.

El hombre bestia de la espada, al que le goteaba espuma del colmilludo hocico, cambió de objetivo y cargó contra Malus, pero *Rencor* se lanzó hacia delante, atrapó al guerrero con los dientes cuando corría, y lo sacudió como lo habría hecho un perro con un conejo. Se oyeron crujidos de huesos que se partían, y la espada salió dando vueltas de las manos sin vida del hombre bestia. El nauglir apretó convulsivamente las mandíbulas, y el guerrero cayó dividido en dos ensangrentados trozos. Eso dejó solo al lancero, que se volvió y salió corriendo, balando de terror mientras se adentraba en el campamento.

Malus volvió a acomodarse sobre la silla y cogió las riendas con la mano izquierda.

—¡Da el toque para que los caballeros se reagrupen, y sigúeme! —le gritó a Shevael, tras lo cual taconeó a *Rencor* para que echara a correr.

El cielo que cubría el campamento del Caos relumbraba con mortecina luz anaranjada a causa de las tiendas incendiadas. Por todas partes resonaba el estruendo de la batalla. Malus se preguntó qué tal le irían las cosas a la caballería ligera que flanqueaba a sus caballeros por ambos lados, pero no tenía manera de saberlo desde

donde estaba. Atravesó el campamento más o menos en línea recta, haciendo que *Rencor* atrepellara y pasara por encima de cualquier tienda que se interpusiera en su camino. A su espalda oyó que Shevael tocaba el cuerno de guerra, y luego llegaron hasta él gritos lejanos y carreras cuando los caballeros reales respondieron a la llamada.

Confiando en que los caballeros estaban justo detrás de él, Malus continuó a la carrera, buscando desesperadamente cualquier señal que le indicara que estaba acercándose a la tienda de Nagaira. ¿Hasta dónde se había adentrado en el campamento? ¿Un kilómetro y medio, dos kilómetros? No había manera de saberlo con seguridad. «Los exploradores han dicho que había cinco kilómetros hasta el centro del campamento», pensó, ceñudo, mientras observaba cómo los encorvados hombres bestia se apartaban precipitadamente del camino del gélido, que cargaba. Una de las criaturas tropezó con una cuerda, y antes de que pudiera recuperarse él le cortó la cabeza al pasar de largo, salpicando de sangre negra el costado de una tienda cercana.

Sin previo aviso, *Rencor* llegó a una amplia área despejada, rodeada de tiendas. Malus echó una rápida mirada hacia atrás para ver si Shevael y los caballeros lo seguían, y aquella breve distracción estuvo muy a punto de costarle la vida.

De repente, el aire resonó con el agudo relincho de los caballos y las amargas maldiciones de los hombres. Dos objetos pequeños impactaron contra Malus en rápida sucesión: uno rebotó contra su peto y el otro contra una de sus hombreras, para luego dejarle una rozadura sangrante en la mejilla. Sobresaltado, el noble volvió la cabeza justo cuando pasaba girando otra hacha de mano que le erró a su nariz por pocos centímetros.

Había tropezado de lleno con una línea de estacas donde los bárbaros habían atado los caballos para pasar la noche. El pequeño espacio herboso estaba ocupado por una docena de animales que relinchaban y se alzaban de manos, y sus jinetes se volvían ahora hacia el noble y lo atacaban con cualquier arma que tuvieran a mano.

Rencor, al oler la carne de caballo, bramó vorazmente y saltó hacia el animal más cercano. El caballo relinchó y se alzó de manos, batiendo el aire con los cascos mientras el jinete gritaba viles juramentos y luchaba para que no lo tirara. Malus se encontraba en un apuro similar; gritaba a la bestia de guerra y la maldecía, mientras ésta cerraba los dientes en torno al cuello del caballo y empujaba hacia delante con las poderosas patas posteriores para derribar al animal.

Otra hacha pasó silbando junto a la cabeza de Malus. Tatuados guerreros que gritaban se abalanzaron contra él por la derecha y por la izquierda, blandiendo espadas y lanzas cortas. El noble tiró de las riendas para lograr que *Rencor* soltara al caballo, que relinchaba, pero el nauglir se negaba a renunciar a su presa. Se lanzó hacia delante y derribó al animal de costado. El jinete logró saltar lejos, pero Malus,

pillado por sorpresa, fue catapultado fuera de la silla. Voló por encima de la ensangrentada cabeza de *Rencor* y aterrizó justo al otro lado del agonizante caballo, que pataleaba a poca distancia del enfurecido dueño del animal.

El jinete cayó sobre él al instante, bramando un grito de guerra en su bárbaro idioma. Una mano áspera aferró el oscuro cabello del noble y le levantó la cabeza para dejarle el cuello expuesto a la espada que el bárbaro tenía en alto. Malus paró con un costado del hacha la espada que descendía, y luego golpeó con el extremo del mango una pierna del bárbaro, justo por encima de la rodilla. El romo mango rebotó contra los gruesos músculos del humano, pero el dolor causado hizo que se tambaleara durante un momento. Malus le asestó otro golpe, esa vez en la entrepierna, y el bárbaro aflojó la presa de la mano con que lo sujetaba por el pelo. El noble se soltó y se alejó rodando con rapidez, para ponerse de pie cerca del caballo agonizante y recibir la carga del bárbaro..., y un hacha salió volando de la oscuridad y golpeó a Malus en un costado de la cabeza.

El arma había sido arrojada con poca destreza, y golpeó a Malus con el borde superior en lugar de hacerlo con el filo. No obstante, el mundo se disolvió en un destello de dolor lacerante, y sintió vagamente el impacto cuando su cuerpo cayó al suelo una vez más. Los sonidos iban y venían, y aunque aún podía ver, su mente no era capaz de dar sentido a lo que sucedía. Notó, de modo inconfundible, que un reguero de icor le bajaba lentamente por un costado de la cabeza y comenzaba a formar un charco en la depresión de su garganta.

Percibió que el suelo se estremecía debajo de él, y un espantoso gemido grave reverberó en el aire. El mundo pareció oscurecerse, y por un momento, lo galvanizó una gélida cólera al pensar que estaba a punto de morir.

En ese instante, todo volvió a encajar en su sitio, y vio que la oscuridad era la sombra del bárbaro que aullaba, con la espada alzada por encima de él.

Con un grito, Malus intentó rodar para apartarse, pero lo detuvo el convulso cuerpo del caballo. La espada descendió formando un arco y el noble paró el tajo con el mango del hacha. Más golpes llovieron sobre él en medio de una sarta de coléricas maldiciones, y varios atravesaron su guardia y rebotaron sobre la armadura encantada. Malus apretó los dientes y levantó el brazo izquierdo para parar el siguiente golpe con el antebrazo, y luego sujetar el hacha con una sola mano y dirigir un tajo a la rodilla derecha del humano. Sintió que la afilada hoja hendía la rótula, y el hombre cayó sobre la parte inferior del cuerpo del noble, bramando de cólera y dolor.

Malus no perdió el tiempo en aprovechar el éxito, y se sentó para descargar un fuerte golpe sobre la peluda cabeza del bárbaro, pero el hombre atrapó el mango del hacha con la mano izquierda y la detuvo en seco. Mirándolo funestamente desde debajo de sus hirsutas cejas, el bárbaro soltó una lunática risilla entre dientes y

flexionó los poderosos hombros y brazos para hacer retroceder el arma. Malus maldijo y escupió, con el hacha temblando entre las manos, pero la temible fuerza del humano era mucho mayor que la suya. Lentamente pero con firmeza, el noble fue empujado hacia atrás, y el guerrero del Caos se arrastró hacia arriba del cuerpo del noble al mismo tiempo que desenvainaba una daga serrada que llevaba en el cinturón.

El hacha de Malus fue empujada más atrás de su cabeza, y la curva hoja se clavó en el suelo empapado en sangre. El bárbaro se situó por encima de él, y sus labios marcados por cicatrices se tensaron para enseñar unos dientes toscamente limados. Un caliente aliento fétido bañó la cara del noble. El bárbaro susurró algo en su idioma bestial, y alzó la daga para clavársela.

De repente, el cuerpo del noble sufrió un espasmo y un hielo lacerante corrió por sus venas. Gritó de conmoción cuando sus ojos fueron atravesados por agujas de dolor. El bárbaro, al ver lo que había grabado en ellos, retrocedió con un alarido de terror inarticulado, que acabó en un crujido demoledor cuando *Rencor* adelantó la cabeza por encima del destrozado cuerpo del caballo y cortó al hombre limpiamente por la mitad. Malus fue empapado por una lluvia de sangre y entrañas cuando la parte inferior del torso se vació sobre su pecho.

—¡Madre de la Noche! —maldijo Malus, furioso, mientras apartaba de sí los humeantes restos y se ponía de pie.

Rencor había vuelto a su festín de entrañas de caballo, y el noble le dio un golpe en el ensangrentado hocico con el plano del hacha.

—¡Deja de pensar con el maldito estómago, enorme montón de escamas! —le gritó con voz ronca.

El nauglir retrocedió de un respingo ante el golpe, sacudió el hocico manchado de sangre como si fuera un perro grande y se sentó obedientemente.

Los caballeros druchii atravesaron en masa la zona despejada, y por todo el claro quedaron tendidos cuerpos mutilados de caballos y bárbaros en ensangrentados montones. Malus avanzó con paso tambaleante hasta el nauglir y apoyó la dolorida cabeza contra la silla de montar durante un momento, antes de meter un pie en un estribo y volver a montar.

—¡Mi señor! —gritó Shevael desde el otro lado del claro. Tiró de las riendas y trotó rápidamente hasta llegar junto a su señor, con la espada manchada de sangre apoyada contra un hombro—. Te vi caer, y luego los bárbaros se me echaron encima y... ¡Bendito Asesino! ¡Estás herido!

El noble se pasó una mano por la pegajosa suciedad que le cubría la cara y el cuello.

—La mayor parte no me pertenece —gruñó mientras recorría la zona con una rápida mirada.

Contó alrededor de cincuenta caballeros que daban vueltas por la zona donde

habían estado estacados los caballos, con la armadura salpicada por regueros de sangre. En lo alto el cielo brillaba con un resplandor anaranjado encendido, y el hedor a pelo quemado flotaba como un palio sobre el campo de batalla. Se oían débiles gritos hacia el nordeste, pero los ruidos de la lucha prácticamente se habían extinguido.

—¿Dónde están los carros? —quiso saber, escupiendo pequeños fragmentos de carne humana que tenía en la boca.

Shevael le dedicó a Malus una mirada de incomprensión.

—No..., no lo sé —respondió humildemente—. Los perdimos de vista justo después de que yo tocara a repliegue. Debemos habernos separado en medio de la confusión.

Malus maldijo en voz baja. El plan que había trazado dependía de los carros para que cubrieran la retirada de la caballería después de que mataran a Nagaira. El noble se sentó tan erguido como pudo en la silla, e intentó ver por encima de las tiendas arrasadas, pero entre la oscuridad y las columnas de humo que se alzaban desde casi todas partes, resultaba imposible saber dónde estaban los soldados. Ahora, el mar de toscas tiendas estaba actuando en contra de los druchii, porque conducía a los jinetes al interior de un complicado laberinto oscuro que separaba a unos estandartes de otros.

—Hay demasiado silencio —dijo, inquieto.

—Desde hace varios minutos —replicó Shevael—. La horda del Caos está en plena huida. ¡El ataque los ha colmado de pánico! —declaró, emocionado.

Pero Malus negó con la cabeza, preocupado.

—Algo no va bien —dijo—. Tenemos que ponernos en marcha, Shevael. ¿Dónde está el señor Suheir?

Shevael señaló hacia el norte.

—Continuó hacia el norte con la mayoría de los caballeros hace un rato —replicó el joven—. Dijo que había avistado un grupo de tiendas situadas en una colina cercana, donde podría estar el pabellón del jefe de guerra.

Malus recogió las riendas de *Rencor*.

—Allí es donde necesitamos estar —dijo bruscamente—. ¡Caballería real! —gritó, alzando la ensangrentada hacha— ¡Conmigo!

Los caballeros del señor Suheir habían abierto anchas sendas a través del desorden de tiendas, pisoteando todo lo que se había interpuesto en su paso mientras cabalgaban incansablemente hacia el norte. Malus escogió la del centro y condujo por ella a los caballeros al trote ligero, examinando al pasar los sinuosos caminos laterales en busca de actividad enemiga. ¿Era posible que el enemigo hubiese sido presa del pánico hasta ese extremo? De ser así, ¿Nagaira continuaría en su tienda? Intentó calcular cuánto tiempo había pasado desde el comienzo del ataque: ¿cinco

minutos, tal vez?, ¿diez? Resultaba difícil estar seguro. Él tiempo se volvía elástico en el calor de la batalla, y parecía correr a toda prisa en algunos momentos, para luego enlentecerse hasta la velocidad de un caracol.

Se lanzaron adelante, oscuridad adentro, mientras oía cómo el rugido de las llamas aumentaba a su alrededor y por delante de ellos. Los fuegos se habían descontrolado entre las mugrientas tiendas, y el cielo nocturno se nublaba de humo maloliente. Los ojos de Malus se esforzaban por distinguir la colina cercana que había mencionado Shevael, pero no podía ver nada en la móvil oscuridad. La preocupación comenzó a roerle los nervios; el ejército ya no estaba bajo su control, lo cual significaba que casi no tenía manera de retirarlo en caso de que algo saliera desastrosamente mal. Para el caso de que acabaran separados, todos los regimientos y sus oficiales conocían una serie de emplazamientos de repliegue a lo largo de la ruta de regreso a la Torre Negra, pero ¿retrocederían a tiempo? Un momento de indecisión podía costar miles de vidas. Por un instante, se sintió tentado de ordenarle a Shevael que tocara a repliegue general, para luego conducir personalmente a la caballería real hasta encontrar la tienda de Nagaira. Pero la horda del Caos también oiría el toque de cuerno, y perseguirían a las fuerzas druchii cuando vieran que se retiraban, lo que supondría que Malus y sus hombres avanzarían de cabeza hacia los dientes del enemigo. Dio un golpe a causa de la frustración sobre el borrén de la silla con una mano enfundada en guantelete. No había ninguna opción que le pareciera buena.

De repente, un grito salvaje y el entrecocar de armas resonaron en la oscuridad, a poca distancia. Como si reaccionara ante eso, el viento cambió y alzó el velo de humo para dejar a la vista un grupo de tiendas bajas de color añil que cubrían un montículo situado a menos de cuatrocientos metros de distancia. Una feroz refriega había estallado al pie del montículo; Malus veía a los caballeros del señor Suheir que descargaban tajos sobre una numerosa fuerza de hombres bestia que luchaban con feroz celo contra sus enemigos mejor armados. El destacamento más grande de Suheir se apresuraba a rodear completamente la base del montículo para aislarlo del resto del campamento. Estaba claro que el capitán de caballería creía haber encontrado el objetivo, y al mirar el apiñamiento de tiendas, Malus estuvo de acuerdo con él.

—¡Allí lo tenemos! —les gritó a los caballeros que lo seguían—. ¡Adelante, montículo arriba, y matad todo lo que se interponga en vuestro camino!

Con un grito, los caballeros de la Torre Negra espolearon las monturas y entraron en una formación de cuña tan compacta y poderosa como una punta de lanza.

—¡Shevael, toca a carga!

El joven noble tocó una larga y aullante nota con su cuerno, y la cuña de caballeros salió disparada hacia la colina como sale una saeta de una ballesta. Los caballeros del señor Suheir oyeron el toque de cuerno y vieron que Malus se

acercaba, y se apresuraron a abrir una brecha en sus filas para dejar que pasara la formación de cuña. Los hombres bestia se lanzaron hacia el interior de la brecha entre aullidos y rugidos, sin darse cuenta de que la perdición se cernía sobre ellos.

En la punta de la cuña, Malus alzó el hacha por encima de la cabeza y les dedicó a los enemigos una salvaje sonrisa de dientes enrojecidos. Las cornudas cabezas se volvieron al oír la atronadora carga de los caballeros. De la apretada masa de hombres bestia salieron llamadas como balidos, y las enormes criaturas alzaron garrotes, azadones y hachas para recibir la carga del noble.

Éste calculó cuidadosamente la distancia, mirando de manera funesta la masa de hombres bestia que enseñaban los dientes. En el último momento, justo antes de que *Rencor* chocara contra sus filas, clavó los tacones en los flancos del nauglir y tiró de las riendas.

—¡Arriba, *Rencor*! —gritó—. ¡Arriba!

Con un rugido atronador, el gélido se agachó y saltó hacia la masa de soldados enemigos. La bestia de guerra de una tonelada cayó sobre ellos como un martillo, y los dispersó y aplastó con una fuerza demoledora. Malus descargaba tajos a diestra y siniestra sobre pechos y hocicos alzados, e infligía horrendas heridas a los enemigos aturcidos. Una sangre espesa y amarga manaba con fuerza de las arterias seccionadas de los cráneos partidos.

Pero las filas posteriores de los hombres bestia se negaban a dejarlo pasar; en todo caso, redoblaron sus ataques ante la carga de Malus. Una bestia aullante acometió al noble por la derecha, y le dio un garrotazo en la cadera. La armadura absorbió gran parte del golpe, pero él rugió de dolor y clavó el hacha en un hombro del enemigo. *Rencor* acometió y cortó la cabeza de una dentellada a otro hombre bestia, cuyo cráneo y cuernos se partieron entre las fauces del nauglir como si fueran madera seca. Sobre la pierna izquierda del noble rebotó un hachazo. Malus arrancó su arma del hombro de la última víctima y la descargó sobre la cabeza del que tenía a la izquierda. Los sesos salpicaron la cara del noble. Y luego una ola de figuras acorazadas apareció a los lados de Malus cuando el resto de los caballeros se abrió paso hasta él.

—¡Otra vez, *Rencor*! ¡Arriba! —gritó, pateando al nauglir con los tacones.

El gélido obedeció; se encogió y saltó a través de la fina hilera de hombres bestia que le cerraban el paso. Al caer, Malus hizo que el nauglir descansara su paso bruscamente en el lado derecho, con el fin de usar su poderosa cola para apartar de un golpe a dos hombres bestia que habían escapado de la acometida de *Rencor*. Al haber sido dispersados por la fuerza brutal de la maniobra de Malus, los hombres bestia se convirtieron en presa fácil para los caballeros que lo seguían, y los restantes guerreros que luchaban contra los soldados del señor Suheir comenzaron a retroceder colina arriba. Malus se volvió hacia sus hombres y señaló a los enemigos con el hacha.

—¡A por ellos! ¡Contra sus flancos!

Malus clavó las espuelas en los costados de *Rencor*, y condujo a los caballeros pendiente arriba en ángulo abierto, para interceptar a los hombres bestia que retrocedían. Acometida con fuerza por delante y atacada ahora por el flanco, la retaguardia de los hombres bestia se desmoronó.

Malus hizo que *Rencor* continuara subiendo por la cuesta y atropellara a un hombre bestia fugitivo al que le clavó el hacha en la espalda. *Rencor* acometió y atrapó a otro con las fauces; lo cortó en dos a la altura del abdomen y dejó que piernas y torso cayeran rodando por la pendiente. La poderosa cola del nauglir acabó con otro enemigo, al que le partió las piernas con un golpe brutal, y lo dejó tendido para que lo pisotearan los caballeros que lo seguían.

Ante ellos, un solo hombre bestia superviviente desapareció dentro de la umbría abertura de la primera tienda. Malus hizo que *Rencor* se detuviera ante ella, y saltó al suelo, con el hacha preparada. Unos momentos después estaba rodeado por media docena de caballeros, incluidos Shevael y el señor Suheir.

—Bien hecho, Suheir —dijo Malus, que saludó al capitán de caballería, para luego dirigirles la palabra a los druchii reunidos—. Recordad que vamos tras una poderosa hechicera. Sin duda, está defendida por toda clase de trampas mágicas y bestias que ha invocado. Cuando llegemos a donde está, mantened abierta nuestra línea de retirada y dejad que yo me encargue de ella.

Suheir y los caballeros asintieron con las cabezas protegidas por los yelmos, y ahorraron el aliento para la dura lucha que tenían por delante. Malus cogió mejor el mango del hacha, que estaba resbaladizo a causa de la sangre. «Esta vez no te me escaparás, hermana —pensó, ceñudo—. Deberías haber huido cuando tuviste la oportunidad de hacerlo.»

—Muy bien —dijo—. Vamos.

Con las armas preparadas, los druchii entraron en los oscuros confines de la primera tienda. Unas cuantas lámparas de aceite de llama chisporroteante iluminaban mortecinamente el interior, y el aire estaba cargado de un incienso almizcleño. Había pilas de metal que destellaban en la débil luz: buenas espadas y armaduras abolladas, muchas aún sucias de sangre seca y restos de carne, además de platos y copas de plata, así como otros valiosos productos de saqueo de las atalayas arrasadas. El señor Suheir observó los montones con perplejidad.

—Extraño lugar para guardar un tesoro —murmuró.

—Son ofrendas para la hechicera —aclaró Malus—. Los hombres bestia y los bárbaros le entregan sus mejores despojos como señal de subordinación. Es una declaración de poder; no es avaricia.

—Da la impresión de que conoces bien a esa hechicera —comentó Suheir.

—Más de lo que me gustaría —replicó el noble, mientras atravesaba la amplia

tienda con cautela.

Al otro lado había una pesada cortina de lona teñida de rojo. Malus se detuvo delante, pues no sabía qué había al otro lado. Suheir se abrió paso con un hombro a través del grupo, y alzó el escudo.

—Iré yo delante —dijo en voz baja, avanzando con prudencia hacia la abertura.

Suheir estudió atentamente la tela y sus bordes, y, al no encontrar ninguna marca extraña, le abrió un tajo con la espada y dejó a la vista al hombre bestia que aguardaba, emboscado, al otro lado.

Con un bramido, el cornudo guerrero acometió a Suheir con un golpe dirigido a la cabeza protegida por el yelmo. Suheir lo absorbió con el escudo, y lo hirió en el vientre con una estocada baja de la espada. El guerrero dio un traspié, bramando de rabia y dolor, y el capitán de caballería le abrió un tajo de través en el abdomen y derramó sus entrañas sobre el herboso suelo. El hombre bestia se desplomó con un gemido, y Suheir lo apartó a un lado con un golpe del escudo, para luego avanzar cautelosamente hacia el espacio que había más allá de la lona, con Malus siguiéndolo de cerca.

El segundo ambiente era aún más oscuro y humoso que el primero. En cada uno de los rincones había grupos de ocho figuras apiñadas, con la cabeza inclinada en súplica, encaradas con cuatro senderos que atravesaban el espacio cuadrado. Cada senda iba hasta otra cortina de tela, incluida la que habían atravesado los druchii. Suheir se sobresaltó al ver las figuras silueteadas, y luego se inclinó y punzó a una con la punta de la espada.

—Muerto —gruñó—. Parecen hombres bestia momificados. El incienso disimula el hedor, supongo.

Malus asintió con la cabeza mientras se le erizaba la piel de la espalda al recordar una cámara similar que había en el templo del demonio, situado en el remoto norte.

—Estamos en el lugar correcto —susurró—. Atravesemos la abertura del otro lado de la tienda.

Suheir pasó con cautela entre los cuerpos momificados y cortó la tela de la cortina. Más allá había una larga tienda rectangular cuyo extremo opuesto estaba iluminado por dos pequeñas lámparas de luz bruja. A lo largo había triples hileras de figuras arrodilladas que flanqueaban una estrecha nave.

—Bendito Asesino —maldijo Suheir en voz baja, estudiando las momias.

Esa vez no eran hombres bestia sino nobles druchii, cubiertos por armaduras vapuleadas y kheitanes andrajosos. A algunos les habían cosido cruelmente la cabeza o alguna extremidad. Les habían quitado los yelmos para dejar a la vista, aquí y allá, heridas abiertas en la cabeza y la expresión de miedo y sufrimiento que había quedado petrificada en sus pálidos semblantes.

—Más tributos para el jefe de guerra —gruñó Malus—. Ya estamos cerca.

Continuemos.

Suheir inspiró profundamente y asintió con gravedad, para luego avanzar con cautela por la larga nave. Al otro extremo había dos cortinas, esa vez, de color añil y con sigilos arcanos bordados en oro y plata. En torno al portal flotaba un invisible nimbo de magia que a Malus le ponía el pelo de punta.

El noble se volvió a mirar a los caballeros que lo seguían.

—Esperad aquí —dijo—. Suheir y Shevael, venid conmigo.

Tras haberse preparado, empujó a un lado al capitán de caballería con un hombro y atravesó las pesadas cortinas. Todo aquello estaba mal. ¿Adonde habían ido los servidores? ¿Y los guardias? Temía que el pabellón hubiera sido abandonado cuando comenzó el ataque, y que la temeraria maniobra no sirviera de nada.

Malus atravesó las cortinas y entró en una espaciosa tienda amueblada con mesas, pequeñas librerías y sillas; todos los muebles estaban cubiertos por pilas de libros, papeles y rollos de pergamino amarillentos. Sobre varias mesas había velas encendidas, y un par de braseros situados en el centro bañaban el ambiente con luz rojiza.

Al otro lado, sobre una pequeña plataforma provista de una silla de respaldo bajo, había una figura solitaria que llevaba un oscuro ropón con capucha.

Por un momento, Malus quedó demasiado pasmado como para reaccionar. Sentía la intensidad de la mirada de la figura que ardía de odio entre las sombras de la amplia capucha.

—Es una trampa —declaró, y supo, con espantosa certidumbre, que su intuición era cierta. No podía imaginar cómo Nagaira podía haber previsto su ataque, pero había esperado allí, en su tienda, segura de que él iría a buscarla.

Malus apretó el hacha con fuerza y cargó hacia el otro lado de la tienda.

—¡Oyeme, Tz'arkan! —siseó—. ¡Concédeme tus dones!

Era la única ventaja que poseía, y había planeado usarla cuando se encontrara cara a cara con su hermana. Ahora rezaba para que, si atacaba con la presteza suficiente, desbarataría cualquier emboscada que ella hubiese preparado.

La negra corrupción hirvió en las venas de Malus y se propagó como hielo negro por debajo de su piel. Atravesó la tienda en un abrir y cerrar de ojos, impulsado por un viento demoníaco. Con una maldición salvaje que le quemó los labios, acometió a la figura encapuchada con todas sus fuerzas.

El hacha se convirtió en una especie de borrón que atravesó el aire directamente hacia la cabeza de la figura. Con tal rapidez que el ojo no pudo captarlo, un par de espadas ascendieron desde debajo de los ropones y bloquearon el tajo descendente del noble en medio de una lluvia de chispas y un estruendo de acero. El holgado ropón cayó y la figura se levantó y empujó a Malus fuera de la plataforma, sin esfuerzo.

En lugar de Nagaira, Malus se encontró cara a cara con un caballero del Caos, ataviado con una armadura similar a la que habría llevado un caballero druchii, pero cubierta con dibujos de runas blasfemas pintadas con sangre. Por las rendijas de la armadura brujía manaba una luz roja que también brillaba en los orificios oculares del ornamentado casco cornudo del paladín. Espadones gemelos mantenían el hacha de Malus a distancia con una fuerza temible. En torno al cuello del paladín había una pesada gargantilla de oro rojo.

—¡El Amuleto de Vaurog! —siseó Tz'arkan, removiéndose dentro de Malus.

Y con esto, la trampa se disparó.

12. Escudos y lanzas

«Un segundo paladín», comprendió Malus con una sensación de ominoso terror. De repente, el tremendo tamaño de la horda del Caos adquirió un terrible sentido. Nagaira no había reunido la horda en solitario, sino que se había aliado con un poderoso señor de la guerra y lo había ganado para su causa.

En el aire de la tienda de Nagaira se produjo un temblor, como de movimiento de espíritus invisibles, y de repente sonó un coro de alaridos y el estruendo del acero en la antecámara situada detrás del druchii. Luego, a lo lejos, Malus oyó un sonido rugiente, aullante, que se alzaba por todo el invisible horizonte: era el lamento de centenares de cuernos que por fin daban rienda suelta a la horda del Caos.

Con un alarido de rabia, Malus echó atrás el hacha y descargó sobre el paladín del Caos una tormenta de golpes demoledores dirigidos a la cabeza, el cuello, el pecho y los brazos. Volaban chispas y cantaba el templado acero, pero el paladín bloqueaba los furiosos golpes con una velocidad sobrehumana. Un tajo de respuesta atravesó fácilmente la guardia de Malus y rebotó de forma sonora contra su hombrera; otro atacó como una víbora y le rebotó en la muñeca derecha. Las espadas gemelas del paladín impactaban y giraban en una grácil danza mortífera, haciendo retroceder inexorablemente al noble a pesar de los potentes dones de Tz'arkan.

Malus bloqueó con el mango del hacha una velocísima estocada dirigida a su estómago, y respondió con un tajo ascendente con la esperanza de acertarle al paladín debajo del mentón con el curvo filo del hacha; pero el guerrero detuvo su avance en el último momento y dejó que el hacha pasara de manera inofensiva de largo. Sin detenerse, el noble se apoyó elegantemente sobre un talón y barrió el aire con el hacha, que luego hizo descender para dirigirla hacia la rodilla derecha del paladín; pero éste previó el golpe y lo paró fácilmente con la espada de la mano derecha. Al mismo tiempo, el arma de su mano izquierda se dirigió hacia la cabeza de Malus a la velocidad del rayo, y sólo los inhumanos reflejos del demonio lo hicieron retroceder a tiempo. Aun así, la espada abrió un tajo superficial en la frente del noble, e hizo manar gruesos regueros de icor, que bajaron por un lado de su cara.

Había oído relatos sobre el poder y la destreza fenomenales de los guerreros elegidos por los Dioses del Caos, pero la realidad era mucho más aterradora de lo que había imaginado. Ni siquiera los fanáticos del culto de Khaine, que adoraban el arte de matar, podían compararse con la implacable destreza de aquel paladín. Pensando con rapidez, Malus retrocedió ante el guerrero con armadura, mientras buscaba desesperadamente un medio para volver la batalla a su favor.

Esa momentánea distracción casi bastó para sellar su suerte. Una espada saltó a la velocidad del rayo hacia su rostro. Malus se contorsionó en el último momento y esquivó el tajo con un siseo de sorpresa, pero se dio cuenta demasiado tarde de que el

ataque era una finta. La segunda espada del paladín descendió en un arco temible y le hirió la extremidad izquierda justo por encima de la rodilla. Un dolor feroz ascendió por la pierna de Malus, que cedió bajo su peso y lo derribó sobre la apisonada tierra. Fue a parar junto a una mesa de roble saqueada de una de las atalayas que habían sido tomadas, mientras el paladín aprovechaba la ventaja obtenida y se cernía sobre el noble como un halcón que se hubiese lanzado en picado.

Malus dirigió un frenético tajo hacia el vientre del enemigo con la esperanza de desbaratar su acometida, pero el ataque careció de equilibrio y sirvió sólo para dejarlo más expuesto que antes. La espada de la mano derecha del paladín se levantó por encima del yelmo que protegía su cabeza y descargó un tajo de revés que impactó contra el mango del hacha de Malus, más arriba de su mano derecha, y lo cortó como si fuera un arbolillo. La espada de la mano izquierda del guerrero se precipitó como un rayo, y el noble alzó el trozo de mango de roble cortado que sujetaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, y paró el terrible tajo. La afilada hoja volvió a cortarlo en dos e impactó contra el peto del noble con la fuerza suficiente como para vaciarle los pulmones de aire.

Entonces, Malus oyó un rugido parecido al de un toro furioso, y una sombra pasó a toda velocidad por encima de él y arremetió. Se oyó un estrépito de acero contra hierro, y pareció que una lluvia de anaranjadas ascuas encendidas atravesaba lentamente el aire cuando el señor Suheir derribó uno de los braseros al cargar de cabeza contra el paladín del Caos. El capitán de caballería, de poderosa constitución, dirigió un terrible tajo hacia el yelmo del paladín, pero el guerrero se echó atrás con la gracilidad de una serpiente y dejó que la espada pasara inofensivamente de largo, para luego responder con un tajo de revés con la espada de la mano derecha, que impactó de soslayo en el antebrazo de Suheir. Malus vio que del punto del impacto manaba un chorro de sangre, y luego observó cómo el paladín estocaba con la espada de la mano izquierda y clavaba la punta reforzada en un costado del capitán de caballería. La hoja atravesó limpiamente el peto de Suheir y se hundió unos dos centímetros y medio, justo por encima de la cintura. Suheir se tambaleó durante un momento, y luego acometió con un tajo de revés que apartó a un lado la espada con que el paladín lo había herido, antes de arremeter contra el guerrero con el escudo ribeteado de acero sujeto ante sí. Por primera vez, pareció que el paladín había sido tomado por sorpresa y reculó furiosamente ante la carga de toro de Suheir.

Unas manos aferraron los hombros de Malus para intentar ponerlo de pie. Al alzar los ojos, el noble vio el pálido semblante aterrorizado de Shevael. Los movimientos del joven caballero parecían torpes y lentos comparación con los demoníacos reflejos del noble.

—¿Cómo lo matamos? —gimió Shevael.

La retirada del paladín del Caos fue veloz, pero no lo bastante. Con un rugido,

Suheir estrelló el borde del escudo contra el peto del guerrero, que salió despedido hacia atrás y se estrelló contra una librería que se hizo pedazos. Malus se sujetó a un brazo de Shevael y se levantó con piernas inseguras, al mismo tiempo que reprimía una salvaje maldición por el dolor que sentía en la pierna herida.

A pocos pasos de él, Suheir continuaba atacando, acometiendo al paladín con un temible golpe tras otro con la intención de abrir una brecha en su defensa. El guerrero bloqueaba cada tajo con ágiles movimientos del arma que empuñaba con la mano izquierda. Luego, justo cuando Suheir echaba atrás la espada para descargar otro terrible golpe, el paladín dirigió un tajo al brazo con que el capitán de caballería sujetaba el escudo, y lo apartó a un lado de modo que pudiera estocar con la espada de la mano derecha y herirle la rodilla izquierda por el lado. La armadura del capitán de caballería no llevaba los mismos encantamientos que la de Malus; los remaches de acero se rompieron, se partieron la rodillera y las placas de la articulación, y la espada del paladín se clavó profundamente en la rodilla. El druchii cayó sobre la rodilla sana con un alarido de dolor, y se cubrió la pierna herida con el escudo mientras el guerrero del Caos se levantaba de un salto como un gato montés, y dirigía la espada hacia la cabeza de Suheir.

El paladín estaba tan concentrado en acabar con el capitán de caballería que no vio la mesa que Malus le lanzaba, hasta que ya fue demasiado tarde. Sin tiempo para agacharse o apartarse a un lado con el fin de esquivar el sólido mueble de roble, el paladín sólo pudo alzar las espadas y hacer pedazos con ellas la mesa.

Por encima del estruendo de madera partida se alzó un rugido furioso y el tintineante entrecocar del acero contra el acero. El paladín del Caos retrocedió medio paso, tambaleante, y poco a poco bajó la cabeza hacia la hoja de acero druchii que le sobresalía del vientre. La temible fuerza de Suheir había atravesado limpiamente el torso del guerrero con la espada que ahora asomaba más de treinta centímetros por su espalda de acero.

Y sin embargo, el paladín no cayó. Durante un instante espantoso los dos guerreros quedaron atónitos, ambos mirando la herida hecha por la espada de Suheir. Un reguero de espeso icor negro caía por la parte posterior de la espada de acero plateado. Luego, acompañadas por un gruñido gutural, las espadas del paladín destellaron y la cabeza de Suheir salió rebotando por la tierra apisonada. El cuerpo del capitán de caballería cayó de costado y derramó un torrente de sangre en el suelo, mientras el paladín clavaba en la tierra la espada de la mano derecha para coger la de Suheir, que aún tenía clavada en el abdomen.

Shevael dejó escapar un lamento de pánico, y Malus lo empujó lejos, con los dientes apretados para resistir el dolor mientras cojeaba hacia el otro lado de la tienda. Las brasas esparcidas al volcarse el brasero habían prendido fuego a la pared posterior de la tienda, por la que ascendían llamas que ya lamían varias librerías.

El joven caballero avanzó dando traspiés, con el rostro transformado en una máscara de terror y furia. Con mano temblorosa desenvainó su segunda espada, y al inspirar profundamente se apoderó de su cara una extraña calma.

—¡Escapa, mi señor! —le gritó a Malus—. Yo te cubriré la retirada.

El severo tono de Shevail hizo que Malus se detuviera en seco.

—¡No, joven necio! —gritó—. No tienes ni la más remota posibilidad...

Pero el joven caballero no lo escuchaba. Con un furioso alarido cargó contra el paladín que forcejeaba, trazando en el aire un mortífero número ocho con las espadas gemelas. El paladín del Caos retrocedió bruscamente como consecuencia del repentino ataque, tropezó con una pila de libros caídos, y las espadas de Shevail lo golpearon múltiples veces en la cabeza, el pecho y una pierna. Pero los golpes del joven caballero eran precipitados y mal dirigidos, y no podían atravesar la pesada armadura del paladín. El guerrero del Caos se irguió y, con un movimiento convulsivo, se arrancó del cuerpo la espada de Suheir, manchada de icor. Sin dejar de gritarle maldiciones al paladín, Shevail continuó con su ataque, pero subestimó la destreza del guerrero del Caos. Cuando el joven caballero lo acometió, el paladín le dio un golpe de revés en la cara con el pomo de la goteante espada de Suheir, y en el mismo movimiento extendió el brazo izquierdo y le clavó la otra espada en la garganta. De la espantosa herida manó un chorro de sangre rojo brillante, y Shevail se desplomó en el suelo, boqueando y atragantándose al respirar.

Maldiciendo amargamente, Malus llegó hasta su objetivo. Sus dedos protegidos por la armadura se cerraron en torno a la rejilla de hierro del segundo brasero; la sangre que se le iba secando sobre los dedos siseó al tocar el metal caliente. Con la fuerza que le infundía el demonio, levantó el brasero al rojo vivo y se lo arrojó el paladín, contra cuyo pecho se estrelló de lleno. El guerrero cayó con un estruendo resonante y un siseo de carne chamuscada, y su cuerpo quedó cubierto de abrasadores carbones y de ceniza. Por el interior de la tienda se dispersaron más ascuas, que abrieron agujeros en las paredes de lona y prendieron más fuegos entre los papeles rasgados.

Malus acudió de un salto al lado de Shevail, pero el flujo de sangre de la garganta cortada ya estaba disminuyendo, y el joven tenía los ojos vidriosos y perdidos. El noble lo sacudió con fuerza.

—¡No te me mueras, maldito estúpido! —gruñó, pero ya era demasiado tarde. Los ojos de Shevail se pusieron en blanco y su cuerpo quedó laxo.

Maldiciendo amargamente, el noble cogió el cuerno que pendía del cuello de Shevail, y con expresión implacable en los ojos soltó el cinturón de las espadas del joven caballero y se lo puso él. Tosiendo furiosamente, recogió las armas de Shevail justo en el momento en que el paladín del Caos recobraba los sentidos y apartaba el brasero a patadas.

Malus luchó contra una ola de negra furia mientras el paladín se ponía trabajosamente de pie. No deseaba nada tanto como vengarse del inmundo guerrero, pero ése no era el momento para hacerlo. Los demonios del Caos les habían tendido una emboscada, y si él no sacaba a sus soldados del campamento, iban a masacrarlos. Prefería perder el alma a manos de Tz'arkan por todos los tiempos antes que soportar una mancha tan negra sobre su honor. Tras lanzarle una última mirada de odio al paladín del Caos, Malus dio media vuelta y regresó a la carrera por donde había llegado.

No obstante, al apartar la doble cortina lo detuvo en seco una escena de carnicería propia de una pesadilla. Por la larga tienda rectangular pululaban las pálidas figuras de los muertos vivientes. Los cadáveres druchii que habían estado arrodillados en actitud suplicante a lo largo de la estrecha nave habían cobrado horripilante vida bajo el mando de alguien invisible, y había atacado a los caballeros que Malus había dejado atrás, como retaguardia. Muchos de los cosidos cadáveres habían sido hechos pedazos, pero el resto se inclinaba ahora sobre los cuerpos destrozados de los caballeros de la Torre Negra, y tenían las manos empapadas de sangre y con trozos de carne desgarrada. Varias caras de floja mandíbula se volvieron en dirección a Malus, que se encontraba en el umbral, y el noble retrocedió ante aquella escena de matanza con una maldición blasfema en los labios.

Detrás de él, el paladín se puso en pie de un salto y recogió sus espadas. Malus miró rápidamente a su alrededor sin ver más que llamas a derecha e izquierda, y tomó una decisión. Inspiró profundamente, alzó las espadas de Shevail y se lanzó de cabeza a través de la lona encendida de la izquierda.

El calor y el humo lo envolvieron durante un instante abrasador, y luego se encontró dando traspies por los oscuros confines de la tienda adyacente, donde pieles y cojines para dormir formaban una gruesa capa. Malus se abalanzó de cabeza hacia el otro lado de la tienda y abrió tajos en la pared de lona con ambas espadas. Una corriente de aire fresco le acarició el rostro, y él saltó a través de la tela hecha jirones para salir al aire de la noche. A través de la oscuridad salpicada de llamas sonaban alaridos y aullidos salvajes por todo el montículo, mientras los integrantes de la horda del Caos salían a la carga de sus posiciones ocultas situadas fuera del campamento y acometían a los jinetes druchii. Sabedor de que cada segundo contaba para los aislados grupos de caballería e infantería, el noble se llevó a los labios el cuerno de Shevail y tocó a retirada general con toda la fuerza de que fue capaz. Repitió el toque tres veces, dirigiendo el cuerno hacia el este, el norte y el oeste, y luego dejó caer el instrumento, que quedó colgando a su lado, y se encaminó a la máxima velocidad posible hacia los caballeros que aguardaban. Dado que el pabellón de Nagaira estaba en llamas, Malus se abrió paso con las espadas a través de otras dos tiendas que se interponían entre él y los guerreros montados, y por el camino apartó a puntapiés

pilas de cráneos y dorados objetos producto del saqueo.

Al fin emergió, ensangrentado y manchado de hollín, y se encontró ante los nerviosos miembros de la caballería real. Estaban formados en amplio círculo, mirando hacia fuera, oyendo los resonantes gritos de los enemigos y esperando a que diera comienzo la acometida. Incluso los nauglirs percibían que el peligro se acercaba, pues pateaban el suelo y bajaban la cabeza amenazadoramente.

—¡Aquí, *Rencor*! —llamó Malus mientras avanzaba hacia el círculo con paso tambaleante.

Los caballeros se sobresaltaron ante la fantasmal aparición del noble.

—¡Mi señor! —gritó uno de los druchii—. Temíamos lo peor...

—Y teníais razón al hacerlo —replicó el noble, ceñudo, mientras envainaba la espada de la mano izquierda—. Os he conducido directamente a una emboscada.

Sin esperar a que *Rencor* se echara, el noble inspiró profundamente y saltó sobre la silla. Para asegurarse, sacó el cuerno de guerra y tocó a retirada una última vez, cosa que provocó un coro de salvajes aullidos en la oscuridad circundante.

—¡Ya está! ¡Formación compacta! Nos retiramos hacia la posición de los lanceros, y no nos detendremos por nadie ni por nada. —El noble alzó la espada que llevaba en la mano derecha. —¡Caballeros reales! ¡Adelante! —dijo Malus, y espoleó a *Rencor* para que echara a correr justo cuando la primera turba de hombres bestia salía aullando de la noche en llamas.

Malus y los caballeros salieron de la periferia del campamento en llamas y bajaron por la pendiente, perseguidos por una horda que les pisaba los talones entre bramidos. Fieles a su palabra, atravesaron o pisotearon todo lo que se interpuso en su camino. De la espada del noble caían gruesos hilos de sangre que volaban a través del viento cargado de ceniza, y los hocicos de los nauglirs brillaban con los fluidos vitales de hombres bestia y bárbaros que habían sido atrapados ante la avalancha de acero y escamas.

Más de una docena de nauglirs sin jinete saltaban tras la formación, siguiendo al resto de la manada, ahora que ya no tenían un jinete vivo que los guiara. Algunos caballeros habían sido derribados de la silla de montar por horrores que les habían saltado encima, o los habían matado hachas arrojadas o lanzas. Cada baja era un golpe para el orgullo de Malus, una marca de fracaso que le hacía más daño que cualquier espada y se sumaba al desastre que se desplegaba a su alrededor.

Cuando salieron de los humeantes confines del campamento, Malus miró hacia el borde de la loma baja que tenía delante, y se sintió más animado al ver las largas hileras de lanceros cuyos escudos brillaban a la luz del fuego, igual que las puntas de sus armas. Si podían resistir durante el tiempo suficiente...

Malus señaló con la espada hacia la izquierda, y la caballería real respondió girando elegantemente y pasando con atronador estrépito por el flanco derecho de la

muralla de lanzas. Al pasar al galope, el noble vio los rostros de ojos desorbitados de las primeras filas y percibió el miedo que hacía presa en los jóvenes lanceros. Nadie les había dicho qué estaba sucediendo, pero sabían que algo no iba bien.

El noble condujo a los caballeros por la pendiente de la loma y ordenó el alto. Hacia la derecha, a unos cincuenta metros de distancia, había un grupo de unos doscientos soldados de caballería. Un solo estandarte de los seis originales. Malus miró rápidamente a su alrededor y reprimió una maldición al no ver ningún otro. Volvió los ojos hacia sus caballeros.

—¿Quién es el más veterano, ahora que el señor Suheir ha muerto?

Miradas interrogativas pasaron entre los guerreros reunidos. Finalmente, un caballero maduro y de aspecto hosco alzó una mano.

—Soy yo, mi señor. Dachvar de ciar Karond.

—Muy bien, Dachvar. Ahora estás al mando —dijo Malus—. Que descansen tus hombres y atiendan a las monturas. Preveo que voy a necesitaros dentro de poco.

Sin aguardar réplica alguna, hizo girar a *Rencor* y ascendió a la carrera por la pendiente situada detrás de los regimientos de lanceros.

Las tres unidades formaban en Fdas cerradas, casi escudo con escudo, y ocupaban una cuarta parte de la ladera. Cada lancero no sólo llevaba la lanza, el escudo y la espada corta, sino también una pesada ballesta de repetición y una aljaba de saetas negras. Éstas estaban siendo cargadas por las últimas dos hileras de cada compañía cuando el noble llegó a la cima y encontró al señor Meiron y al señor Rasthlan estudiando la rugiente turba de soldados del Caos que se reunía en la ladera de enfrente, situada a unos doscientos metros. A poca distancia sobre la pendiente posterior vio a los exploradores autarii de Rasthlan que, acuclillados en pequeño grupo, fumaban sus pipas y hablaban entre sí en voz baja.

Malus frenó el gélido junto a los dos comandantes, y les devolvió precipitadamente el saludo.

—Te felicito por el despliegue, señor Meiron —dijo el noble, aprovechando la ventaja de la altura a que se encontraba para estudiar la disposición de los regimientos delanteros.

»Había esperado no tener necesidad de tus lanceros, pero ahora parece que tú cerrarás nuestra retaguardia. ¿Ha habido alguna señal de nuestros carros o del resto de la caballería?

—Ninguna, mi señor —replicó Meiron, con gravedad—. Es posible que los carros hayan quedado atrapados en los incendios que se han propagado por el campamento enemigo; hace ya un rato que no oímos el ruido de las ruedas. —Le dedicó un encogimiento de hombros al noble—. En cuanto a la caballería, a estas alturas podría estar a media legua de distancia. La mayoría de esos jóvenes valentones son como los cachorros de lobo: persiguen a cualquier cosa que se mueva.

—El señor Irhaut piensa como un bandido de las colinas, mi señor —intervino Rasthlan—. Ha entrenado a sus jefes de estandarte para que se retiren ante un enemigo superior, y alejen a los perseguidores del resto del ejército. Lo que el señor Meiron quiere decir es que la caballería ligera podría estar a kilómetros de distancia hacia el este y el oeste, arrastrando detrás de sí tantas fuerzas del Caos como le sea posible.

Por la expresión de Meiron, estaba claro que no quería decir nada parecido; era un comandante de infantería empedernido que no sentía más que desprecio por los soldados de caballería, pero Malus aceptó la explicación de Rasthlan con un asentimiento de cabeza.

—En ese caso, recémosle a la Madre Oscura para que él y sus hombres tengan éxito —dijo el noble con expresión ceñuda— porque da la impresión de que no podremos hacer frente a más de lo que tenemos aquí.

Un rugido discordante inundó el aire en el borde del campamento del Caos. Los hombres bestia echaban la cabeza hacia atrás y le bramaban a la luna envuelta en velos de humo, y humanos tatuados golpeaban los escudos con las espadas y aullaban los nombres de sus dioses blasfemos. Aumentaban en número a cada momento que pasaba, y parecían una negra ola que descendiera por la ladera opuesta. Malus no podía calcular el tamaño de aquella masa, pero tenía la certeza de que superaban muchísimo en número a los druchii. El ruido envolvió a las formaciones de lanceros, entre los que pudieron oírse murmullos de miedo. Los miembros de la Guardia Negra, que ocupaba el centro de la fila, permanecían en silencio e inmóviles como estatuas, y simplemente esperaban a que comenzara la batalla.

El señor Meiron se volvió hacia los lanceros y les bramó con una voz ronca que atravesó como una sierra el estruendo.

—¡Manteneos firmes, hijos de puta! —gruñó—. ¡Escudos arriba y ojos al frente! ¡Esos degenerados están reuniendo la valentía necesaria para cargar hacia arriba por esta pendiente y desperdiciar sus vidas! ¡Si fuera un hombre santo caería al suelo y daría gracias al todopoderoso Khaine por unos enemigos tan estúpidos como éstos!

De las filas se alzaron aclamaciones y tenues risas, y los lanceros agitaron sus armas hacia la horda, que continuaba creciendo. El señor Meiron se volvió hacia Malus y sonrió con orgullo.

—No temas, mi señor —dijo—. Nos ocuparemos de estos animales.

—Te tomo la palabra, señor Meiron —replicó Malus con un asentimiento de cabeza.

El noble hizo que *Rencor* diera media vuelta y bajara por la colina hacia el grupo de caballeros. Los jinetes de la caballería ligera eran rezagados de diferentes estandartes y estaban claramente exhaustos, con la cara y la armadura manchadas por varias capas de humo y sangre. Cuando Malus se acercó, los jinetes se irguieron más

en la silla e hicieron que las monturas se movieran para intentar algo parecido a una formación. Malus se aproximó con rapidez a la distancia de un grito.

—¡Cubrid el flanco izquierdo de los lanceros! —les bramó—. La caballería real se ocupará del derecho.

El jefe de estandarte acusó recibo de la orden con un saludo militar, y comenzó a gritar a los hombres. En ese momento el noble dio media vuelta a *Rencory* lo lanzó a la carrera hacia los caballeros que aguardaban.

Para cuando llegó junto a Dachvar, los guerreros del Caos se habían puesto en movimiento. Descendieron por la larga ladera como una hirviente masa desorganizada y sedienta de sangre que corría, arrastraba los pies y brincaba con pasos deslizantes de piernas torcidas. Blandían toscas armas por encima de sus cabezas deformes, y pedían a gritos la sangre de sus enemigos. A los ojos de Malus parecía que hubiera más de diez mil, un espectáculo que llenó de pavor incluso su negro corazón. «Las cosas nunca deberían haber llegado hasta aquí», pensó con amargura. ¿Cómo había podido prever Nagaira lo que él haría?

El suelo temblaba debido al estruendo de los miles de pies que corrían. Cabezas cornudas y espadas en alto destacaban como siluetas negras contra el infernal fondo del campamento incendiado del Caos.

Cuando los primeros guerreros enemigos se encontraban a un tercio de la distancia que los separaba del pie de la elevación, Malus oyó el áspero sonido de la voz del señor Meiron.

—¡*Sa'an'ishar!* —gritó.

Al instante, un susurro recorrió los regimientos de lanceros cuando éstos prepararon los escudos e inclinaron hacia delante las largas lanzas.

—¡Filas posteriores! ¡Preparad ballestas!

Una ondulación de formas acorazadas recorrió la línea de batalla cuando los guerreros druchii levantaron las ballestas de repetición y las inclinaron hacia el cielo. El señor Meiron alzó la espada.

—¡Preparados..., preparados..., disparad!

Sonaron las cuerdas de mil quinientas ballestas, y una lluvia de negras saetas silbó por el aire. Ni una sola pudo dejar de encontrar un blanco al caer en la masa de soldados enemigos, y los aullidos de furia se transformaron en alaridos de dolor cuando las flechas se clavaron en los guerreros mal protegidos. Cayeron centenares de humanos y hombres bestia, y sus cuerpos fueron pisoteados por sus compañeros cuando el resto de la muchedumbre continuó la carrera.

Las tropas del Caos lanzadas a la carga habían llegado al pie de la elevación. Un ruido de metal aceitado recorrió arriba y abajo la línea cuando los druchii volvieron a cargar rápidamente sus armas.

—¡Preparados! —gritó el señor Meiron—. ¡Disparad!

Otra sibilante tormenta de saetas salió volando hacia las filas del Caos. Centenares más resultaron muertos o heridos, y sus cuerpos fueron apilándose en la base de la cuesta. Salvajes hombres bestia apartaban de un golpe a los heridos o trepaban por encima de cadáveres acribillados, algunos a gatas en un intento por llegar hasta la línea de druchii.

Volvió a oírse el sonido de las ballestas al ser cargadas para disparar otra andanada. Las primeras líneas de enemigos estaban a menos de cincuenta metros de distancia.

—¡Primeras dos filas, arrodillaos! —gritó el señor Meiron, y los lanceros echaron obedientemente una rodilla a tierra—. ¡Filas posteriores, disparad!

Negra muerte segó vidas de atacantes, y las poderosas saetas atravesaron limpiamente a los enemigos más próximos. Las primeras tres filas de guerreros del Caos cayeron como trigo segado, e incluso Malus sacudió la cabeza con pasmo ante la escala de la masacre. En menos de un minuto, las laderas se habían convertido en un terreno de matanza, alfombrado con los cuerpos de los muertos.

Sin embargo, la horda del Caos continuaba avanzando.

Impactaron contra el frente de lanceros con un tremendo estruendo de acero contra madera que resonó en ambas laderas. Hachas, garrotes, espadas y garras golpearon contra escudos y yelmos, y la línea druchii se tambaleó bajo el peso del ataque enemigo. Se curvó al retroceder un lento paso por vez, y luego se detuvo. Malus oyó la áspera voz del señor Meiron que les escupía salvajes juramentos a los soldados, y la Guardia Negra respondió con un rugido colectivo. Las lanzas destellaron y dirigieron estocadas hacia la masa de enemigos, y los aullidos de furia se transformaron en gritos de dolor cuando los guerreros druchii dieron letal uso a su entrenamiento y disciplina.

Pero ¿bastaría con eso? Los hombres bestia y los bárbaros morían por decenas, pero desde su aventajado punto de observación Malus veía cómo los lanceros eran arrebatados de sus filas y hechos pedazos, o derribados al suelo por golpes terribles. Los regimientos de los flancos eran los más castigados, y sus hileras posteriores ondulaban como trigo a medida que llevaban los heridos a la retaguardia y otros soldados acudían a ocupar su lugar. El ataque del Caos no daba señales de vacilación, y a cada minuto descendían del campamento más soldados para sumarse a la batalla. Si uno solo de los regimientos daba media vuelta y huía, los otros dos se verían abrumados en unos instantes.

Malus comprendió que no podrían mantenerse a la defensiva durante mucho tiempo. Su única opción era atacar.

Desenvainó la espada manchada de sangre y se volvió a mirar a Dachvar.

—Tenemos que aliviar la presión que soportan los lanceros —dijo—. La caballería real formará una línea y cargaremos contra los bastardos del Caos por el

flanco.

—Sí, mi señor —replicó Dachvar con un asentimiento de cabeza, y luego hizo girar a su nauglir y trotó a lo largo de la formación—. ¡Formad una línea y disponeos a cargar! —gritó, y los caballeros se prepararon para la batalla.

A la cabeza de la formación, Malus desvió a *Rencor* hacia el este para conducir a los caballeros por un lado de la colina, donde podrían dar un rodeo para atacar a los guerreros del Caos por el flanco izquierdo. Pasaron largos minutos mientras la gran formación se recolocaba. Malus escuchaba atentamente los ruidos de la batalla que atronaba en la cima de la colina, sabedor de que cada minuto que pasaba acercaba más a los lanceros al punto de ruptura. Finalmente, Dachvar le hizo una señal desde el otro extremo de la línea para indicarle que todos estaban preparados, y Malus alzó la espada.

—¡*Sa'an'ishar!* ¡La caballería real avanzará y cargará!

A continuación, bajó la espada, y los caballeros lanzaron un exultante rugido y taconearon las monturas para que echaran a correr.

No disponían ni del tiempo ni de la distancia necesarios para que la formación acelerara hasta la velocidad de una carga propiamente dicha. Los caballeros se volvieron para ascender por la cuesta como una enorme jauría, y se lanzaron contra el flanco del enemigo con un impacto demoledor de garras, dientes y acero. *Rencor* pisoteó a dos hombres bestia con sus anchas patas, y le cortó la cabeza de un mordisco a otro; Malus le clavó una estocada en la espalda a un hombre bestia aturdido, y abrió un tajo con la espada en el cuello de un bárbaro que saltaba. La muchedumbre retrocedió ante la repentina acometida, y los caballeros se adentraron más profundamente en la masa, mientras las enrojecidas espadas subían y bajaban, y los gélidos lanzaban cuerpos mutilados por los aires. Los lanceros del señor Meiron los aclamaron, y al redoblar sus esfuerzos, recuperaron los pocos metros de terreno que habían perdido y empujaron al enemigo ladera abajo.

Hachas y garrotes golpeaban las acorazadas piernas de Malus. Un hombre bestia intentó trepar al cuello de *Rencor*, mientras dirigía un tajo hacia el pecho de Malus con una espada que parecía una cuchilla de carnicero. El noble descargó sobre la muñeca de la mano que sostenía la espada de la criatura un tajo que se la cercenó, y luego le clavó una estocada en el pecho al monstruo, que aullaba. Su cuerpo dejó un brillante rastro de sangre al deslizarse del lomo del gélido hacia la hirviente masa de abajo, pero otro hombre bestia saltó para ocupar su lugar. Malus maldijo, intercambiando golpes con la criatura, mientras sentía que otro par de manos intentaba derribarlo de la silla por la izquierda. La carga había causado considerables daños, pero la masa de enemigos continuaba manteniéndose firme, animada por los refuerzos y motivada por el miedo que le inspiraban sus terribles jefes. Ahora que los caballeros se hallaban atascados, habían perdido la mayor parte de su ventaja: la

movilidad. Dentro de poco, el mayor número de enemigos acabaría por vencerlos.

Malus amagó un tajo al hombre bestia que tenía delante para invitarlo a responder. Cuando la criatura lo acometió con la espada, él estaba preparado y le clavó una estocada en la garganta. La bestia cayó al suelo, tosiendo y echando sangre, y el noble volvió su atención hacia un monstruo que bramaba y le tiraba de la pierna izquierda. A lo lejos oyó un ominoso tronar que llegaba de las profundidades del campamento del Caos. ¿Qué nueva amenaza estaba enviándole Nagaira?

Una rápida mirada colina arriba le mostró que los regimientos de lanceros habían dejado de avanzar y luchaban desde su posición original, en la loma. A su inmediata izquierda, una de las unidades delanteras no tenía ningún enemigo con el que contender gracias a la llegada de los caballeros. Pero la muchedumbre de enemigos continuaba luchando, rodeando a los ya muy apurados caballeros, y desgarrándolos en un frenesí de odio. Apenas acababa Malus de despachar al hombre bestia que tenía a la izquierda cuando un pesado golpe impactó contra su cadera por la derecha. La desesperación comenzó a hacer presa en él y consideró llamar a retirada.

Entonces, de repente, el estruendo aumentó de volumen, y Malus oyó un choque titánico hacia la derecha. Alaridos y aullidos de miedo desgarraron el aire, y dio la impresión de que toda la turba enemiga retrocedía como un ser vivo. Malus oyó que los lanceros de la izquierda comenzaban a aclamar, y entonces vio que los guerreros del Caos se retiraban, dispersándose oscuridad adentro en dirección noroeste. Los jinetes de la caballería real espolearon a los gélidos para perseguirlos y mataron a los fugitivos hasta que los detuvieron las órdenes que les gritó Dachvar.

Un sonoro traqueteo resonó ladera arriba, detrás de Malus. Al volverse, vio que se trataba de uno de los carros de guerra que los habían acompañado desde la Torre Negra. Al ponerse de pie en los estribos, contempló más carros que daban vueltas alrededor de la base del montículo, con las ruedas y las temibles hojas de guadaña goteando sangre.

El auriga que estaba detrás del noble frenó la pareja de gélidos, y el caballero que iba junto a él desmontó y fue rápidamente hacia Malus.

—Te pido disculpas por perderte durante el avance, mi señor —dijo el caballero con gravedad—. Nos vimos obligados a seguir esos condenados senderos serpenteantes, y una vez que nos desviamos parecía que no había forma de encontrar la dirección correcta.

Malus se echó atrás en la silla de montar, respirando aguadamente, mientras observaba cómo el último de los hombres bestia desaparecía entre el humo.

—La pérdida fue amargamente sentida —dijo el noble—, pero vuestro regreso la ha compensado con creces. Reúne tus carros, comandante. Ahora sois la retaguardia. Los lanceros deben retroceder hasta el siguiente punto de repliegue con toda rapidez, mientras aún nos quede un poco de espacio para respirar.

El comandante de los carros lo saludó y se encaminó rápidamente hacia su montura. Malus tendió una mano hacia atrás para coger el cuerno de guerra, mientras intentaba recordar cómo se tocaba correctamente a retirada y repliegue. Por la gracia de la diosa había ganado un respiro momentáneo, pero aún tenía que devolver al resto de su ejército a la torre antes de que les pasaran por encima.

13. El largo sangriento camino

—¡Aquí llegan otra vez! —gritó uno de los lanceros, cuya voz se quebró de agotamiento y tensión.

Los jinetes bárbaros pasaban como una marea por encima de la cima cenicienta, y los cascos de sus caballos de patas delgadas alzaban nubes de polvo blancuzco que se adhería a los brazos y el rostro desnudo de los jinetes. Los bárbaros lanzaban aullantes bramidos a medida que adquirían velocidad al descender por la suave cuesta y cabalgar directamente hacia las desiguales líneas de la fuerza druchii en retirada.

Las espadas y los escudos entrechocaban con torpeza al prepararse los exhaustos soldados para un ataque más. El señor Meiron bebió un rápido sorbo del vino rebajado con agua que llevaba en la cantimplora de cuero, colgada junto a la cadera, antes de dar órdenes.

—¡Esta vez no dispara nadie! —bramó con su voz ronca—. Conservad las saetas hasta que se os ordene disparar. ¡Primera línea, en esta ocasión mantened altos los condenados escudos!

Malus se echó atrás en la silla de montar y se frotó los ojos para intentar librarse del agotamiento y de la sensación de tenerlos llenos de arena. El grupo de jinetes era más numeroso esa vez; otro destacamento de bárbaros que daba alcance a los agotados atacantes druchii. Los asaltos para golpear y huir eran ejecutados en cada nueva ocasión por grupos más numerosos, y se hacían más frecuentes. Por milésima vez desde el alba, se volvió en la silla para mirar hacia el sur. Habían llegado a la Llanura de Ghronnd con la primera luz, y la vista de la torre lejana había renovado un poco sus ánimos; pero en las últimas cuatro horas sólo habían logrado avanzar unos diez kilómetros. Los jinetes del Caos habían estado acosándolos constantemente, mordisqueándoles los talones como manadas de lobos. Los ataques se habían hecho tan numerosos que los lanceros se habían visto obligados a marchar en vanguardia de batalla, avanzando con paso cansado en una desigual formación de seiscientos metros de frente.

Habían marchado durante toda la noche, constantemente acosados por partidas de caza de jinetes del Caos que acometían a las columnas de retaguardia del ejército que se retiraba, para luego desvanecerse en la oscuridad. Durante la mayor parte de la noche, el estandarte superviviente de la caballería ligera había luchado con ahínco para mantener a distancia a los jinetes enemigos, pero ahora sus caballos estaban exhaustos. Malus se había dado cuenta demasiado tarde de que eso formaba parte de la estrategia de los bárbaros, pero ya no tenía remedio. Mientras los salvajes se echaban encima de los lanceros que los esperaban, la caballería druchii sólo pudo observar, impotente, desde el lomo de sus caballos de paso vacilante, situados muy por detrás de las líneas.

El señor Irhaut y la mayor parte de la caballería ligera no habían reaparecido en el curso de la noche. Malus había retenido a los soldados en retirada tanto tiempo como le había sido posible en cada uno de los puntos de repliegue, pero no habían vislumbrado signo alguno de los jinetes perdidos. Finalmente, en el último punto de encuentro, el noble se había visto obligado a tomar una decisión difícil. Había llamado al señor Rasthlan, y les había ordenado a él y a sus exploradores autarii que se separaran del resto e intentaran localizar a la caballería dispersa para reuniría con el cuerpo principal del ejército. Rasthlan había aceptado estoicamente la orden, aunque por sus modales estaba claro que no esperaba encontrar a nadie con vida. Fue la última vez que Malus los vio a él y a sus exploradores.

Ahora se había quedado sin ideas. A lo largo de las últimas cinco horas, los únicos jinetes que habían pasado cabalgando por encima de las cenicientas crestas iban pintados con toscos tatuajes y pedían a gritos sangre druchii.

Los jinetes bárbaros se desplegaron en una atronadora línea para cargar contra los lanceros druchii. Salvajes rostros tatuados gritaban el nombre de blasfemos dioses del norte, y el sol destellaba en la punta de sus cortas lanzas. La experiencia les había enseñado a los druchii que los bárbaros jugarían a llevar la carga hasta el final, para luego arrojar las lanzas casi a quemarropa y volverse para retroceder ladera arriba y preparar otra acometida. En los primeros ataques, los druchii habían castigado severamente a los bárbaros, recibéndolos con andanadas de saetas de ballesta que mataban a jinetes y caballos por igual. Pero ahora se les estaban agotando las reservas de flechas. Habían vaciado los carros de toda munición restante, pero a pesar de eso sólo les quedaban saetas suficientes para unas pocas andanadas.

Hacía rato que los carros se dedicaban a transportar a los heridos. En cuanto a los nauglirs, eran temibles armas de choque, pero Malus los conocía lo suficiente como para saber que no debía lanzárseles a perseguir a los ágiles caballos de los bárbaros. Al igual que la caballería ligera, los caballeros y los carros supervivientes sólo podían quedarse mirando cómo los atacantes del Caos se les echaban encima en atronadora carrera.

Los bárbaros se acercaban, chillando como espectros atormentados, envueltos en polvaredas cenicientas. Cuando se encontraban a veinte metros, la línea de lanceros druchii se arrodilló como un solo hombre, y los soldados alzaron los vapuleados escudos para protegerse la cara descubierta.

Con un grito furioso, los bárbaros arrojaron sus cortas lanzas negras, que volaron como una nube formando un arco largo hacia los soldados druchii. Las lanzas golpearon los escudos alzados con un repiqueteo en *staccato*, algunas rebotaron en los curvos yelmos o se clavaron en hombros protegidos por cota de malla. Aquí y allá, un guerrero gritaba y caía, aferrando la lanza que tenía profundamente clavada en el cuerpo.

Cuando la última lanza cayó, Malus sintió que se relajaba, y vio que los lanceros hacían lo mismo: se erguían ligeramente y bajaban un poco los escudos mientras esperaban que los jinetes dieran media vuelta para regresar a la cima del montículo.

Esa vez, sin embargo, no lo hicieron. En medio segundo los bárbaros habían sobrepasado el punto en el que siempre se volvían, y Malus vio que algo iba mal. Para cuando su exhausta mente se dio cuenta de lo que sucedía, ya era demasiado tarde.

Los bárbaros lanzaron otro rugiente grito al mismo tiempo que sacaban espadas y hachas que llevaban al cinturón, y se lanzaban de cabeza contra la línea druchii. Por suerte o intencionadamente, la horda del Caos acometió a uno de los regimientos más castigados y los lanceros retrocedieron a causa del impacto. Las primeras líneas, desprevenidas contra aquella carga repentina, cayeron entre gritos bajo los golpes de los aullantes guerreros del Caos. Las hileras de detrás, dominadas por la conmoción, comenzaron a dar media vuelta y a huir hacia la seguridad ilusoria de los carros.

—¡Que la Diosa los maldiga! —gruñó Malus, y se volvió hacia los caballeros—. ¡Dachvar! ¡Vamos a intervenir!

Dachvar desenvainó la espada con gesto cansado, tenía un costado del cuello y la cara negros de sangre seca de una herida de lanza de la noche anterior.

—La caballería real está preparada, mi señor —dijo con tono grave.

Entre los caballeros supervivientes ya se propagaban gritos mientras se preparaban para la batalla. Tras una noche huyendo, estaban ansiosos por derramar sangre enemiga.

Ahora los desbandados lanceros marchaban despavoridos; dejaban caer las armas mientras se alejaban a la carrera de los enfurecidos bárbaros. Malus dio la bienvenida a la cólera negra que ascendió como una marea desde su corazón y le inundó las extremidades de fuerza y odio.

—¡*Sa'an'ishar!* —gruñó—. ¡Alacarga!

Rencor saltó hacia delante con un gruñido, ansioso ante la perspectiva de comer carne de caballo. Los bárbaros habían tenido el suficiente buen sentido como para atacar el otro extremo de la línea de batalla, alejado de los cansados caballeros, pero los gélidos lanzados a la carga cubrieron los pocos centenares de metros que los separaban en menos de diez segundos. Los bárbaros, perdidos en su orgía de asesinato, no se dieron cuenta de que la muerte se les echaba encima hasta que ya fue demasiado tarde.

Malus dio rienda suelta a *Rencor*, y desenvainó las dos espadas largas en el momento en que el nauglir saltaba sobre el caballo del bárbaro que iba en cabeza. El roñoso equino fue derribado en medio de un relincho monstruoso, con el espinazo seccionado por las fauces del gélido. El jinete saltó al suelo con una salvaje maldición, sólo para que Dachvar le abriera el cráneo de un tajo al pasar como una

exhalación.

—¡Sigue, *Rencor!* ¡Sigue! —gritó el noble, haciendo avanzar al gélido con las espuelas y la presión de las rodillas.

Rugiendo de hambre, el nauglir se abalanzó hacia otro ágil caballo, le atrapó con los dientes la pata delantera con la que avanzaba y se la cortó de un mordisco en medio de una fuente de amarga sangre. El animal cayó rodando de cabeza, relinchando y retorciéndose, y el gélido le saltó justo encima, donde se puso a morderle el lomo y los cuartos traseros.

Un pataleo de cascos lanzados a la carrera hizo que Malus volviera la cabeza, y vio que un bárbaro corría hacia su espalda, por la izquierda. El noble cogió las riendas con la mano izquierda y tiró con todas sus fuerzas para apartar al nauglir de la presa y hacer girar a la bestia de cara a la amenaza que corría hacia ellos. Sólo lo logró a medias, y el gélido quedó perpendicular al jinete que se les echaba encima. El bárbaro tuvo que escoger entre dar un amplio rodeo que lo situara fuera del alcance de las fauces del gélido y pasar lejos de Malus, o desviarse en la dirección contraria y arriesgarse a recibir un golpe de la mortífera cola del nauglir para poder intercambiar golpes con su jinete. Sonriendo como un demonio, escogió la segunda opción.

Malus recibió al jinete con un alarido furioso y dirigió un tajo a las riendas del caballo con la espada izquierda, seguido por una estocada a los ojos del bárbaro con la espada de la mano derecha. Las riendas fueron cortadas como un hilo, pero el jinete desvió hacia un lado la segunda espada con el borde de acero de su rodela. Riendo, el bárbaro lo acometió con el hacha, y Malus sintió que la hoja del arma impactaba justo por encima de su clavícula y rebotaba sobre la armadura encantada. Quince centímetros más arriba, y le habría abierto una herida en la garganta hasta la espina dorsal.

Rencor rugió y se volvió para lanzar una dentellada a los cuartos traseros del caballo, pero el bárbaro obligó a la montura a pegarse al flanco del gélido y continuó aporreando la guardia del noble druchii. El hacha volvió a descender, ahora hacia la cabeza de Malus, pero esa vez el noble trabó la curva hoja del arma contra el lomo de la espada que empuñaba en la mano izquierda, e intentó atraerla hacia sí. Sin embargo, sus cansados brazos estaban más débiles de lo que él imaginaba, y el bárbaro parecía tenerlos de flexible acero. Sin dejar de reír, el guerrero del caos gruñó algo en su idioma bestial y retiró el hacha, con lo que arrastró a Malus limpiamente fuera de la silla. Lo siguiente que vio el noble druchii fue la redonda protuberancia central de la rodela cuando el jinete la estrelló contra su cara. Gritó de rabia y dolor, cegado por el golpe, y barrió el aire con un amplio arco de la espada que sujetaba con la mano izquierda, cuyo filo halló las costillas del caballo y una pierna del bárbaro. Ambos lanzaron un alarido de pánico, pero el segundo continuó arrastrando la espada del noble con su hacha.

Malus no podía respirar porque la sangre que le manaba de la nariz partida llenaba su boca. Parpadeando para librarse de las lágrimas, miró hacia arriba y vio que el jinete alzaba el escudo manchado de icorj lo dirigía hacia su cuello estirado. Con un grito, Malus giró dolorosamente la cintura y estocó hacia arriba con la espada que tenía libre. La punta de la hoja se clavó en un costado del bárbaro, justo por debajo del borde de su ancho cinturón de cuero. El jinete se puso rígido y su risa cesó por fin. Oscura sangre roja corrió en abundancia por el plano de la hoja del druchii; a Malus se le empapó el puño mientras retorció el arma dentro de la herida. Arrancó la espada con un convulsivo tirón, y el jinete se deslizó de la silla, sin vida.

Mientras el caballo sin jinete se alejaba a la carrera, Malus volvió a subir a la silla de montar de *Rencory* se frotó el dolorido rostro con el dorso del guantelete izquierdo. La batalla ya había acabado; apenas un puñado de bárbaros corría de regreso a la seguridad de las elevaciones, y los miembros de la caballería real permanecían sentados sobre sus monturas en medio de un campo abarrotado de cuerpos de humanos y caballos destrozados. Una cansada aclamación se alzó de las filas de la Guardia Negra, pero el sonido se perdió en el resonante y prolongado trueno que les llegó desde el norte.

Con el ceño fruncido, Malus miró hacia la línea de montañas y vio que en el cielo hervía una masa de nubes negras y purpúreas. En medio de ellas restallaban pálidos rayos, y un frío viento que sabía a sangre vieja agitó el polvo y rozó las caras de los vapuleados druchii.

Entonces, quedó claro el propósito de los constantes ataques. Los bárbaros habían enlentecido la retirada del ejército hasta la velocidad de un caracol para que el resto de la horda pudiera darles alcance.

El señor Meiron les gritaba salvajes maldiciones a los supervivientes del regimiento desbaratado, y los hacía volver a la formación. La caballería real hizo que sus monturas volvieran a situarse detrás de la línea de batalla, mientras los jinetes lanzaban miradas de inquietud hacia las montañas del norte. Malus se quedó donde estaba durante un momento, mientras sopesaba las probabilidades. Miró hacia el sur, en dirección a la lejana imagen de la torre. Estaba tan cerca..., ¡tan condenadamente cerca!

Perdido en la poco prometedora reflexión, se sobresaltó al oír la voz del señor Meiron.

—Os pido disculpas, mi señor —dijo, malhumorado—. El capitán del regimiento fue uno de los primeros que resultaron muertos en la carga. He asumido personalmente el mando de la unidad, y te aseguro que no le volverán otra vez la espalda al enemigo.

El noble dirigió la mirada hacia la línea de las montañas.

—Está a punto de estallar una tormenta, señor Meiron.

—Eso he visto, mi señor —replicó Meiron, con calma.

—No nos queda mucho tiempo —dijo Malus—. Calculo que aún estamos a unos buenos ocho kilómetros de la torre. ¿A qué velocidad pueden correr tus hombres?

—¿Correr, mi señor? —preguntó el comandante de infantería—. Ya hemos corrido todo lo que podíamos. No, aquí es donde nos quedaremos a resistir.

Malus miró al señor Meiron a los ojos.

—No podemos hacerlo —dijo—. Nos cortarán en pedacitos. Eso de allí es el cuerpo principal de la horda.

—Ya lo sé, mi señor. Por eso carece de sentido echar a correr. Nos tienen. Si huimos, sus jinetes simplemente nos atropellarán. —El señor Meiron se irguió en toda su estatura—. Y nunca en mi vida he huido de un enemigo, menos aún de estos animales. Y no voy a empezar ahora.

Malus entrecerró sus negros ojos.

—Podría ordenártelo.

Meiron se puso rígido.

—En ese caso, me convertirías en un amotinado, mi señor —replicó—. Será mejor que pongas en movimiento a los nauglirs y a esos finos caballeros. No creo que nos quede mucho tiempo ya.

Los dos druchii intercambiaron miradas de entendimiento. Malus asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor Meiron —dijo con voz tenebrosa—. No olvidaré esto, y tampoco lo olvidará el enemigo, te lo juro.

El señor druchii asintió con solemnidad.

—Te tomo la palabra, Malus de Hag Graef. En esta vida y en la otra. —Sin decir nada más, el comandante de infantería giró sobre los talones y volvió junto a sus hombres.

Malus lo observó alejarse, con el corazón lleno de amargura.

«En esta vida y en la otra», dijo para sí mismo, y sujetó bien las riendas. Taconeó a *Rencor* para que se lanzara al trote, y fue hacia los caballeros que aguardaban. Con la ventaja suficiente, los soldados montados podrían llegar hasta la torre, y lo avergonzaba que una parte de él se alegrara de escapar de la trampa de Nagaira.

«Pagarás por esto, hermana —pensó—. Lo juro por la Madre Oscura. Sufrirás cien veces más por cada soldado mío que mates.»

Llegó hasta Dachvar y los caballeros, y dio unas pocas órdenes en voz baja, para luego dar media vuelta y encaminarse hacia la caballería ligera. A esta última le ordenó que se pusiera en marcha de inmediato, y cuando echaron a andar hacia la torre, él fue hasta los carros y también les ordenó que se pusieran en movimiento. Los últimos en partir fueron los caballeros, y detrás de todos ellos se situó el propio Malus.

Las negras nubes ya habían superado la línea de las cumbres y avanzaban inexorablemente hacia el sur, en dirección a la torre. Los rayos corrían por el cielo y parecían castigar la espalda de los jinetes con golpes de trueno.

La última visión que Malus tuvo de las vapuleadas filas de lanceros fue una línea de espaldas erguidas y un bosque de lanzas dirigidas hacia la tormenta que avanzaba desde el norte. Atisbo la forma de los cuadrados hombros de Meiron, de pie en la vanguardia de su regimiento, con los ojos fijos al frente, esperando la llegada del enemigo.

A lo largo de las filas posteriores de los regimientos de lanceros, los jóvenes druchii, por cuya expresión era obvio que entendían lo que sucedía, les lanzaban miradas por encima del hombro a los jinetes y caballeros que se retiraban.

Las nubes de tormenta siguieron a los desanimados jinetes hasta la torre misma, y parecían morderles los talones con destellos de pálido rayo mientras los imprecaban con detonaciones de trueno. Tardaron casi una hora en llegar a las altas murallas negras, y durante todo ese tiempo, Malus se sorprendía mirando por encima del hombro y preguntándose si Meiron y sus hombres continuarían luchando.

Sombríos rostros los observaron desde lo alto de la muralla exterior, mientras se encaminaban hacia la puerta de la torre. Al aproximarse al cuerpo de guardia, Malus vio cuatro estandartes cuya gruesa tela ondeaba suavemente al débil viento sobre las almenas. Vio un cangrejo negro sobre campo blanco y con corona plateada, y un estandarte azul con tres mástiles negros. Entre ambos había un estandarte gris con un nauglir verde oscuro rampante, y por encima de todos se alzaba el estandarte de paño de oro de la perdida Nagarythe, con el signo de la corona y el dragón.

Malekith había llegado con su ejército, y los contingentes de Ciar Karond, Hag Graef y el Arca Negra de Naggor cabalgaban con él.

Durante la larga cabalgada hacia el norte había imaginado que regresaría a la cabeza de un ejército victorioso, con la cabeza de su hermana sujeta al frente, y oíría una fanfarria de trompetas que sonaría sobre las murallas. Ahora volvía derrotado, con apenas los quebrantados restos de los guerreros con los que había partido. Sintió el peso de la mirada de cada soldado mientras apartaba a *Rencor* a un lado y observaba a los supervivientes de su ejército mientras entraban en la fortaleza. Cuando el último de los caballeros desapareció dentro de las murallas, un coro de lamentos de cuerno se alzó desde el cuerpo de guardia. Al volverse, el noble vio la blanca llanura que tenía delante inundada por la negra marea de los soldados en marcha. La horda de Nagaira había llegado finalmente a la Torre Negra.

Con un rechinar de enormes goznes, las puertas de la fortaleza comenzaron a cerrarse. Malus dirigió una última mirada hacia el norte antes de espolear al nauglir para que entrara.

Los restos de su ejército aguardaban en la plaza de ejercicios del otro lado de las

puertas, en formación de desfile a ambos lados del camino central. En medio de la plaza esperaba un druchii solitario que montaba un enorme corcel negro. Malus se aproximó con cautela al viejo general. Incluso *Rencor* estaba demasiado cansado como para hacer nada más que olfatear en dirección al caballo.

Nuarc cruzó las manos sobre el borrén de la silla y miró al noble de arriba abajo.

—Parece que alguien te ha arrastrado por una carnicería —declaró, sin más preámbulo.

—Una carnicería incendiada —lo corrigió Malus, que le devolvió una mirada feroz.

Para sorpresa del noble, Nuarc asintió con aire sombrío.

—Conozco el lugar —dijo con voz queda. Su expresión se tornó seria y profesional—. Malekith desea oír tu informe.

—Sí, imagino que sí —respondió Malus con un suspiro. Por su cara manchada de sangre pasó una amarga sonrisa.

Nuarc frunció el ceño.

—¿Te divierte algo?

—Estaba pensando en que un millar de valientes druchii acaban de entregar su vida para que yo pueda llegar sano y salvo a mi ejecución —dijo—. Condúceme, Nuarc. No hagamos esperar al Rey Brujo.

Nuarc se ofreció a darle tiempo a Malus para asearse, pero él declinó la oferta con una sonrisa carente de alegría. «Es mejor que el Rey Brujo y los señores reunidos vean qué les depara el futuro», pensó.

El general condujo al noble a través de la puerta interior y entraron en la alta torre. Los andares de Malus eran tan inestables como los de un bebé. Entonces, se dio cuenta de que había permanecido sobre la silla de montar durante dos días seguidos. Resultaba asombroso que las piernas le funcionaran siquiera.

En lo que también reparó fue en que las heridas no le causaban dolor alguno. Una palpación experimental del cuero cabelludo y la rodilla le indicaron que las heridas estaban cicatrizando muy rápidamente gracias a la negra corrupción del demonio. De modo perverso, se preguntó cuántos tajos tendría que asestarle el ejecutor para decapitarlo. ¿Su cuerpo continuaría retorciéndose durante varias horas después, como el de una serpiente?

Nuarc le dirigió una curiosa mirada por encima del hombro. El noble se preguntó si había reído en voz alta. No lo recordaba.

El general lo condujo hasta un par de puertas que tenían grabado el sigilo de Ghron. Una veintena de infinitos de negro ropón observaron impasiblemente a Malus mientras las puertas se abrían para dejarlo entrar.

Malekith lo estudió con ojos ardientes desde un trono de hierro no menos impresionante que aquel desde el que reinaba en Naggarond. La sala del trono era

más grande que la que había en la Corte del Dragón, construida para dar cabida a varios cientos de nobles y sus séquitos. Al pie de la plataforma se veían cuatro sillas ornamentadas dispuestas en semicírculo. Cuatro nobles druchii que lucían atavío marcial se pusieron en pie de un salto, mientras Malus y Nuarc realizaban el largo recorrido desde la puerta. Malus sintió las miradas ardientes como hierros al rojo sobre su piel, pero el calor le causaba poca impresión después del incendio con que se había enfrentado recientemente.

Reconoció de inmediato al señor Myrchas. El drachau de la Torre Negra estaba pálido de rabia, pero en sus ojos negros brilló un destello de miedo cuando Malus fue llevado ante los señores reunidos. «Sin duda, recuerda la conversación que mantuvimos ante la torre —pensó el noble—, y teme que vaya a arrastrarlo conmigo.» Una suposición que no era disparatada.

Luego, Malus reconoció al druchii que se encontraba de pie junto a Myrchas, y su corazón se saltó un latido. Por un instante, imaginó que el vengativo espectro de su padre Lurhan había salido del Abismo para atormentarlo. Reconoció la ornamentada armadura de su progenitor y la gran espada *Slachyr*, la ancestral arma del vaulkhar de Hag Graef, pero la cara del hombre que llevaba puesta la armadura le resultó extraña. La última vez que había visto el rostro de su medio hermano Isilvar, era de color verde pálido, blando y fofo debido a décadas de decadencia carnal. Ahora había desaparecido toda la carne blanda para dejar paso a afilados huesos y ojos muy hundidos que destellaban con un odio casi feroz. Una corona de oro le mantenía retirado de la cara el cabello negro, aún atado con alambres que tenían ganchos y anzuelos ocultos, y su cuello vigoroso estaba rodeado por el grueso *hadrilkar* de oro de los miembros del séquito del Rey Brujo. Malus reparó en que Isilvar llevaba el collar de súbdito por fuera de un alto cuello de flexible cabritilla. «Sin duda, para evitar que el pesado oro le irrite la delicada piel», pensó el noble con sarcasmo.

Junto a Isilvar había un desgarrado druchii ataviado con ropones de color azul vivo y que llevaba una lustrosa armadura, y de todos los nobles de la habitación fue el único que miró a Malus con otra cosa que no fuera enojo u odio. Malus supuso que se trataba del drachau de Clar Karond, el único gobernante de las seis ciudades al que no había logrado ofender en el último año. El drachau observaba al noble con desconcierto, como si no entendiera el porqué de tantos aspavientos. Malus necesitó un momento para darse cuenta de que el gobernante de Clar Karond estaba un poco borracho.

Al otro lado del señor Myrchas había una alta figura de hombros estrechos que llevaba una ornamentada armadura con filigranas de plata y oro. Tenía el semblante alargado y un pequeño mentón cuadrado; era un druchii apuesto que a Malus le recordó de inmediato a su madre Eldire. Pero en los ojos de Balneth Calamidad no había nada cordial, sólo un negro abismo de odio infinito.

Si los nobles reunidos esperaban que se acobardara bajo sus feroces miradas, se quedaron decepcionados. El les dedicó sólo la más breve de las miradas, y concentró la mayor parte de su atención en la figura con armadura que ocupaba el trono. Cuando llegó al pie de la plataforma —rodeada por el círculo de señores con expresiones de odio—, bajó lentamente hasta clavar una rodilla en tierra.

—Acudo a tu orden, temida majestad —dijo simplemente.

—¿Has cumplido con mis órdenes, Malus de Hag Graef? —preguntó Malekith, cuya voz salía hirviendo del ornamentado yelmo como el aire de dentro de una forja llena de ascuas.

—Vivo para servir, temida majestad.

—En ese caso, cuéntame todo lo que has hecho.

Y así lo hizo. Relató su llegada a la Torre Negra y su fallido ataque contra el campamento de Nagaira. No descuidó ningún detalle; incluso se refirió, para su propia sorpresa, al heroísmo y el sacrificio del señor Meiron y sus lanceros.

—Es debido a la valentía de ellos que me encuentro de pie aquí para relatar estos hechos, temida majestad —dijo Malus—. Me avergüenza haber conducido a tantos de tus mejores guerreros a su muerte.

—¡Como podéis ver, él se condena libremente! —declaró el señor Myrchas, que señaló al noble con un dedo acusador.

Una vez que quedó claro que Malus no iba a usarlo como chivo expiatorio de la batalla perdida, la actitud del drachau volvía a ser la de siempre.

—¡Merece la misma suerte que sufrió el señor Kuall! ¡Al menos, Kuall no echó por la borda a diez mil de nuestros mejores soldados!

—Por lo que sabemos, condujo a esos soldados a la muerte como parte de un plan que trazó de acuerdo con la propia Nagaira —dijo el nuevo vaulkhar de Hag Graef.

La voz de Isilvar, en otros tiempos sedosa y refinada, era ahora un horror gutural, aún peor que el ronco gruñido de Nuarc. El sonido hizo aflorar una sonrisa a los labios de Malus, que puso buen cuidado en mantener el rostro inclinado hacia el suelo.

—Él y mi hermana han estado conspirando durante años, temida majestad. Fue ella quien dejó mi casa de la ciudad convertida en una ruina, la primavera pasada, y fue él quien desfiguró a nuestro drachau de tal manera que convalece aún en el presente. Para mí está claro que trabajaban juntos para destruir Hag Graef, y creo que ahora conspiran para destruir la Torre Negra y tal vez suplantarte a ti, además. ¡Debemos matarlo de inmediato!

—¡Si va a morir, temida majestad, deja que sea por mi mano! —pidió Balneth Calamidad. El autodenominado Señor Brujo del Arca Negra se situó junto a Malus con los puños cerrados—. El condujo a mi hijo y su ejército a la destrucción ante las murallas de Hag Graef. ¡Esto es un asunto de enemistad de sangre!

—¡Deja que Balneth Calamidad lo mate, temida majestad! —declaró Isilvar—. Permite que venga a su hijo, y también acabará la enemistad existente entre nuestras ciudades.

Pero Malekith no parecía oír las súplicas de sus vasallos.

—¿Qué puedes decirme sobre ese segundo paladín del Caos?

Malus se encogió de hombros.

—No lo sé, temida majestad. Su aparición en la tienda de Nagaira fue una sorpresa para mí. Pero es poderoso; ha sido favorecido con dones de los Poderes Malignos, y su cuerpo no puede ser herido por las armas mundanas. Sospecho que es el verdadero poder que hay detrás de la horda. Los guerreros lo sirven a él, mientras que él, a su vez, sirve a Nagaira.

—¿Y qué tamaño tiene la hueste que se ha reunido contra nosotros?

Malus se detuvo a pensar. Ahora sabía cómo se había sentido Rasthlan cuando él lo había interrogado días antes.

—Yo diría que el enemigo aún suma alrededor de cien mil guerreros, temida majestad.

El número dejó mudo incluso a Isilvar a causa de la conmoción. Malus oyó con claridad el acero que frotaba contra acero cuando el Rey Brujo se volvió a mirar a Nuarc.

—¿En qué condiciones está nuestro ejército?

—Hemos podido reunir cuarenta y dos mil soldados, temida majestad: dieciocho mil de Naggarond, dos mil del Arca Negra, y diez mil tanto de Hag Graef como de Ciar Karond, además de dos mil mercenarios reclutados entre los sobrantes del puerto de la Ciudad de los Barcos. Tomando en cuenta las bajas sufridas por Malus, eso deja a la guarnición de la Torre Negra con unos catorce mil efectivos. Así que podremos oponer unos cincuenta y seis mil contra la hueste de Nagaira, más que suficiente para sangrar a su ejército contra estas murallas. Cuando lleguen nuestras fuerzas adicionales desde Karond Kar y Har Ganeth, estaremos en posición de inmovilizar al enemigo contra las murallas de la fortaleza y destruirlo.

—Siempre y cuando Nagaira no use su brujería —dijo Isilvar con tono ominoso—, ni nos enfrentemos con una traición desde el interior.

Malus no podía aguantar más. Estaba vapuleado y herido, físicamente exhausto, y ahora comenzaban a dolerle las rodillas. Con un doloroso esfuerzo, se puso en pie, tambaleándose.

—Si complace a tu temida majestad matarme, hagámoslo de una vez —dijo—. Reconozco mi fracaso en el campo de batalla. ¿Qué decides?

Por un momento, nadie habló. Incluso Malekith pareció desconcertado ante la franqueza del agotado noble.

—Yo no veo fracaso alguno en este caso —declaró el Rey Brujo, al fin—. Has

atraído a Nagaira hacia la Torre Negra, como te ordené.

—Pero, temida majestad —exclamó Myrchas—, ha perdido la mitad del ejército...

—¿Perdido? —dijo el Rey Brujo—. No. Ha utilizado a esos soldados como debe hacer un señor de la guerra para lograr sus objetivos, mientras luchaba contra un enemigo que ha invadido nuestro reino. Algo que no ha hecho ninguno de vosotros.

—Pero... ¿no podéis tener la intención de nombrarlo vaulkhar de Ghronnd! —gritó Myrchas—. No lo aceptaré, no después de todas las ofensas que ha perpetrado contra mis nobles pares.

—No, no será el vaulkhar de la Torre Negra —dijo Malekith—. Ya no comandará ejércitos en el campo de batalla. —El Rey Brujo se inclinó hacia delante desde el trono, y tendió hacia Malus una mano parecida a una zarpa—. Por el contrario, yo lo nombro mi paladín, para que se enfrente a los enemigos del Estado y los mate en mi nombre.

—No puedes decirlo en serio —oyó Malus que decía alguien. Tardó un momento en darse cuenta de que era él mismo quien había hablado.

—Es mi decreto, Malus de Hag Graef, que seas nombrado mi paladín y luzcas sobre la armadura los tres cráneos de oro de Tyran, para que tanto amigos como enemigos sepan que luchas en mi nombre. El honor del reino descansa sobre tus hombros. No lo desampares, o la cólera de la Madre Oscura caerá sobre ti.

—Yo... oigo y obedezco, temida majestad —replicó Malus, que se inclinó ante el trono. El noble sabía que no se trataba de una verdadera recompensa, sino de otra faceta del juego de Malekith. Simplemente estaba demasiado cansado para ver cuál era la estratagema del Rey Brujo. Y en cualquier caso, no podía negarse.

—¿Cómo puede ser esto? —dijo Isilvar, cuya destrozada voz parecía cargada de genuina indignación—. Ha cometido graves crímenes contra el reino y contra tu persona, temida majestad. ¿Cómo es que no sólo continúa vivo, sino que además se le juzga digno de semejante honor?

—Continúa vivo porque el hecho de que así sea sirve a los propósitos del Rey Brujo —declaró una voz dura como el hierro desde el otro lado de la sala.

Morathi salió silenciosamente de las sombras; en sus ojos destellaban la fría amenaza y la autoridad.

—Es una lección que todos vosotros haríais bien en aprender.

—¿Qué noticias traes de mis Novias Oscuras, Morathi? —preguntó Malekith, refiriéndose a las brujas encerradas en el convento de la Torre Negra.

—Son muchachas necias de voluntad débil —replicó Morathi con desdén—. Pero aún podríamos lograr alguna obra decente de ellas antes de que acabe el asedio. Debo tomar medidas para rectificar los vacíos que hay en su formación.

—Hazlo —asintió el Rey Brujo, y luego volvió a mirar a sus nobles vasallos—.

Marchaos ahora, y preparaos para el ataque que se avecina. Los guerreros de Nagaira están rodeando la ciudad incluso mientras hablamos. Servidme bien, y vuestra recompensa será grande.

Ninguno de los señores reunidos tenía la más leve duda de cuál sería la alternativa.

14. El templo de Tz'Arkan

Los Desiertos del Caos, primera semana del invierno

Más allá del umbrío portal del gran templo aguardaba una oscuridad negra como la tinta que latía con blasfemo poder. Giraba y se arremolinaba en torno a Malus mientras él daba traspiés por la estrecha nave, y retrocedía ante el druchii poseído como si elevara una súplica al demonio que iba dentro de él.

El templo estaba muy cambiado desde que lo había visto por última vez. No, aún estaba cambiando: potentes energías corrían por las enormes piedras y le erizaban visiblemente la helada piel. Tz'arkan se hinchaba dolorosamente dentro del torturado cuerpo del noble, y las fuerzas que obraban dentro del grandioso edificio respondían y se ordenaban de acuerdo con la voluntad del demonio.

El cuerpo de Malus se movía por su propia cuenta y lo obligaba a avanzar como si fuera un muerto viviente. Al final de la nave, llegó a la antecámara del templo. Más de cien figuras ataviadas con ropones ceremoniales flanqueaban la estrecha nave que corría por el amplio pasillo. Las formas antiguas habían permanecido arrodilladas en actitud reverente durante tanto tiempo que los cuerpos se habían transformado en polvo hacía mucho, y sólo habían quedado petrificados caparazones de cuero y hueso con runas talladas. Recordó la primera vez que había visto aquellas desdichadas figuras, y que se había preguntado qué clase de espantoso horror podría haber hecho que los esclavos del templo mantuvieran apoyada la frente contra el suelo de piedra hasta acabar muriendo. Ahora lo sabía demasiado bien.

Los tacones de sus botas resonaban desamparadamente sobre los polvorientos suelos de mármol, mientras caminaba entre las filas de los condenados. De repente, oyó un sonido susurrante, como de viejo pergamino que se desmenuza y de cuero que se resquebraja, y se le heló el corazón al ver que las filas de sirvientes del templo se enderezaban lenta y espasmódicamente. El polvo se arremolinó en las profundidades de las capuchas echadas muy adelante, para reunirse en forma de caras esqueléticas. Verdes esferas de luz de cementerio brillaban misteriosamente en las oscuras cuencas oculares, y sus espectrales bocas se movían en silenciosa adoración por el señor que regresaba. Manos etéreas le rozaban las botas y el borde del ropón, y la cruel voluntad de Tz'arkan medía cada uno de sus pasos, bañándose en la horrenda adoración de aquellas almas en pena. Al otro extremo de la sala rechinó débilmente el acero corroído cuando los muertos con armadura que montaban guardia en la cámara alzaron sus herrumbrosas espadas para saludarlo. En los orificios oculares de los yelmos de los guardias brillaba luz verde, y las runas talladas en sus armaduras del Caos hormigueaban con energías brujas.

—¿Lo ves, Darkblade? Esto no es más que un atisbo de las glorias por venir. Los

muertos se levantarán por orden mía, incluso mientras los vivos entregan el alma para saciar mis gloriosos apetitos. Estos sólo son los más pequeños bocados de degustación de las maravillas que podrían haber sido tuyas si simplemente hubieras elegido servirme.

Y continuó, pasando junto a los atormentados fantasmas, para entrar en otra gran sala que contenía los altares de los cuatro dioses del norte. Detrás de cada altar se alzaba un horrendo ídolo dedicado a uno de los Poderes Malignos: Tz'arkan condujo a Malus hasta el ídolo de Slaanesh, y obligó al noble a arrodillarse ante la abominable figura. Sus manos hicieron retorcidos gestos en el aire, y sus labios formaron envilecidas palabras que ningún mortal había estado jamás destinado a pronunciar. El icor burbujeaba en su garganta y se deslizaba en forma de hilos por sus pálidas mejillas mientras el demonio lo obligaba a participar en la horrenda adoración del Gran Devorador. El ritual continuó y continuó, hasta que temió que los dientes se le partirían y los labios se le fundirían como sebo. Su mente atormentada se puso a pedir a gritos que aquello cesara.

El siguiente sonido que reconoció fue la risa del demonio, cruel y fría, que resonaba dentro de su cerebro.

—Eres débil, Darkblade. Demasiado débil. ¿Es éste el llamado héroe de Ghroind? Tu mente ni siquiera puede entender la simple bendición de un acólito. Y pensar que una vez vi en ti un gran potencial...

Tz'arkan obligó a Malus a ponerse de pie y seguir adelante, hacia el gran espacio cavernoso donde aguardaba el puente de fuego.

Un calor abrasador golpeó el pálido semblante del noble; el hedor a azufre le causó escozor en la nariz y le reseco la dolorida garganta. La tierra misma rugía de furia en el vasto espacio abierto, encolerizada por el ser antinatural que estaba atrapado en la cámara de arriba. Al otro extremo de la larga plaza, a unos cincuenta metros de distancia, se alzaba la estatua de un demonio alado, agazapado sobre sus zarpas y silueteado por el furioso resplandor rojo del lago de fuego que tenía detrás. La vista de la musculosa forma humana del demonio con su gruñente cara animal parecía casi cómica ahora, tras los horrores que había presenciado durante el asedio de la Torre Negra.

Con cada paso aumentaba el calor que le castigaba la piel, y con cada paso también parecían crecer las temibles energías del demonio. El poder de Tz'arkan irradiaba de su cuerpo; sentía cómo le salía por los poros como veneno, empapaba las paredes de piedra oscura y las contaminaba desde dentro.

Se oyó un estruendo tremendo, y una columna de piedra fundida saltó del gran abismo que se abría detrás del demonio que aguardaba. Malus recordó vagamente que la última vez que había recorrido la escalera flotante, el río de lava se encontraba a cientos de metros por debajo del nivel de la plaza. Ahora hervía y se hinchaba a

pocos metros de ella. El calor era insoportable. Malus sentía que su piel se quemaba, y los pulmones le dolían con cada inspiración superficial que realizaba. Intentó cerrar los ojos para protegerlos del aire ardiente, pero el demonio lo controlaba de manera despiadada y lo obligaba a avanzar hacia el fuego.

Al cabo de poco rato no podía respirar. De sus andrajosos ropones se alzaban jirones de humo, y temió que le estallaran los ojos. Luchaba cada vez más frenéticamente contra el control del demonio, que lo obligaba a aproximarse sin remedio al infierno.

Tz'arkan siseaba de deleite.

—Tu miedo es dulce. ¡No existe nada tan delicioso que los estertores de agonía de los mortales! Pero no te permitiré morir, Malus, aún no.

Se produjo un furioso siseo y una erupción de vapor junto al borde del precipicio. Enormes rocas se alzaron en hileras escalonadas de la piedra hirviente, con la facetada superficie relumbrante de calor incandescente y chorreando fuego líquido dentro del agitado mar de abajo. Formaron una escalera flotante que llegaba hasta una columna de roca que colgaba del techo de la grandiosa caverna. Más allá de ésta, Malus sabía que se encontraban las dependencias de los hechiceros del templo, y luego la sala de tributo y la prisión del propio demonio.

Le ardía la piel. Sintió el olor de su pelo, que se quemaba en medio de tanto calor. Sus pulmones se contraían, ansiosos por saborear aire fresco, y tenía los ojos reseco como cuero. Sin embargo, era incapaz de resistirse al control férreo del demonio.

«Busca quebrantarte —pensó Malus—. Aquí, al final, quiere asegurarse el control sobre ti. Aun ahora, teme que tal vez seas capaz de esquivar sus planes.» Malus se concentró en esa idea y extrajo esperanza de ella, aun cuando su cuerpo era castigado por el ardiente dolor y sometido a la obediencia de una voluntad inhumana.

El noble ascendió por los escalones que había disimulados en la espalda de la estatua del demonio, y reparó en el resplandor de la roca fundida que brillaba en los bordes inferiores de las alas de piedra. Le daba vueltas la cabeza debido a la falta de aire, pero su cuerpo se movía como una marioneta de madera y saltaba pesadamente de un escalón flotante al siguiente.

Pasadas las rocas había una escalera curva, intrincadamente tallada con docenas de figuras desnudas que se retorcían en tormento eterno. Recordaba vagamente un cuerpo que había visto tendido en la escalera, con los antebrazos llenos de tajos desde las muñecas a los codos. ¡Cómo deseaba ahora haber hecho caso de la silenciosa advertencia del cadáver!

Lenta y dolorosamente, el demonio lo obligó a continuar escaleras arriba y a entrar en el osario, que era el sanctasanctórum de los hechiceros. Allí, los cinco paladines del Caos habían construido aposentos para sí mismos y los sirvientes. Esos mismos sirvientes se habían vuelto los unos contra los otros al final, y sus mentes

habían sido quebrantadas por las manipulaciones del demonio cuando esperaban en vano el regreso de sus señores, hasta que se asesinaron unos a otros en una orgía de canibalismo y muerte. Mirando hacia atrás, a Malus le parecía asombroso lo ciego que había estado ante los terribles portentos expuestos delante de sus ojos. ¡Había sido tan estúpido! ¡Y qué desastre se había derivado de eso!

El demonio lo hizo pasar de largo ante los aposentos abandonados y sucios de sangre, sembrados por los desmenuzados desechos de las brutales luchas libradas en ellos. Pasados unos pocos minutos, frunció el ceño mientras recorría con los ojos el suelo de las estancias ante las que pasaba, y miraba a lo largo de los corredores mortecinamente iluminados. ¿Adonde habían ido todos los cuerpos? ¿Se habrían convertido finalmente en polvo, una vez que el demonio había invocado su monstruosa maldición?

Finalmente, llegó a la gran rampa labrada con centenares de runas y cráneos de alabastro que sonreían malévolamente, y a la alta puerta doble hecha de oro macizo. Al verlas, un pavor sin nombre aferró la garganta de Malus, como le sucedería a un condenado al ver la plataforma donde van a empalarlo.

Más allá de esas puertas se encontraba la entrada de la cámara del demonio y el final de su terrible búsqueda.

«Así que todo se reduce a esto —pensó, amargamente—. He salido sin ayuda de los Desiertos del Caos, he luchado contra adoradores de demonios y piratas contaminados por el Caos, he mandado ejércitos y flotas, y he librado terribles batallas por la suerte de ciudades enteras. Hace no mucho descansaba en mis manos el destino de todo un reino. Pero así es como acaba la historia, caminando como un cordero hacia el matadero.» Bastaba para hacer que el más feroz de los druchii llorara lágrimas de rabia.

Ya no le quedaba nada. Desesperado, se devanó los sesos en busca de algún truco, alguna estratagema que pudiera volver las tornas contra el demonio antes de que fuera demasiado tarde. Pero ¿cómo podía defenderse de la criatura cuando ni siquiera era capaz de dominar su propio cuerpo maltrecho?

El demonio hizo que ascendiera por la rampa. Las doradas puertas, equilibradas sobre goznes perfectos, se abrieron bajo el toque de manos invisibles.

Al otro lado, Malus oyó el susurro de telas viejas y el crujido de esquelética piel seca. Comprendió que se trataba de los cuerpos, los cuerpos de los eruditos y sirvientes muertos.

«¿Lo ves? Los muertos se levantan para servir a los dignos.»

Tz'arkan lo obligó a atravesar el umbral ante una reunión de cadáveres mutilados que se inclinaban, desgastados y marchitos debido al paso del tiempo. Las cabezas se alzaron para contemplar al señor inmortal, y los secos labios como manchas dibujaron untuosas sonrisas lunáticas en sus caras. Los dedos esqueléticos se

curvaban como garras, y las vacías cuencas oculares parecían deslumbradas ante infernales maravillas que escapaban a la comprensión de los mortales.

—He aquí a tus sirvientes, Darkblade —declaró el demonio, burlón—. Ellos te ayudarán en lo que debe hacerse, porque queda poco tiempo.

Cuando el noble avanzó rígidamente entre los servidores no muertos, se oyeron señales de movimiento. Echaron a andar ante Malus con muñones de pies destrozados, impelidos por la misma implacable voluntad que lo empujaba a él; atravesaron el brillante suelo de mármol y las curvas líneas de las defensas mágicas que habían mantenido al demonio aprisionado durante miles de años. Sus frágiles ropas se agitaban en las ondas de un poder invisible que reverberaba en el aire. Se detuvieron ante las grandiosas puertas de basalto flanqueadas por enormes estatuas de demonios alados, y aguardaron a que llegara él. En las sombras que había a los lados de los esclavos que esperaban, se arremolinaron figuras de polvo marrón. Se encogieron de miedo e hicieron genuflexiones ante Malus, y él recordó las monstruosas momias que había encontrado tendidas en torturante media vida ante esas mismas puertas, incapaces de hallar alivio en la muerte debido a los poderes de los hechizos de servidumbre colocados como una trampa debajo de ellas.

Cuando Malus atravesó la primera de las arqueadas líneas de plata, sintió que lo recorría un temblor. A pesar del frío que había sentido antes, en ese momento tuvo la sensación de estar congelado y sumergido en hielo, con el alma envuelta en poderes que apenas podía comprender. Se preguntó si permanecería allí, atrapado detrás de esas terribles defensas, una vez que el demonio le devorara el alma.

Dentro de las profundidades de la cruda desesperación que le atenazaba el cerebro, despertó a la vida una diminuta chispa de una idea. Apenas se atrevía a considerarla, casi temeroso de que el demonio le leyera los pensamientos. Frunció el ceño. ¿Sería posible? ¿Se atrevería?

¿Tenía alternativa?

Los sirvientes no muertos empujaron las puertas negras y condujeron a Malus hacia la fría radiación de la sala de tributo. La vasta estancia contenía las riquezas de docenas de reinos saqueados, ya perdidos en el tiempo: monedas y gemas, platos e ídolos..., más riquezas de las que cualquier hombre pudiera gastar en un millar de vidas. Incluso ahora, a pesar de sus terribles apuros, la vista de la sala del tesoro le encendía el avaricioso corazón.

Pero de todas las maravillas que se amontonaban en grandes pilas dentro de la cámara de tributos, ninguna podía compararse con el enorme cristal que dominaba el centro de la estancia. Era toscamente facetado y más grande que un hombre, y estaba colocado sobre un trípode bajo de hierro. La enorme piedra relumbraba con suave luz azul palpitante, un color extrañamente atractivo si se consideraba la negra fuerza maléfica que residía en su interior.

Su mirada se desvió hacia el pequeño pedestal modesto que estaba situado dentro de la habitación, a pocos metros de la puerta. «Hace ya un año que está vacío», pensó, ceñudo. Con manos temblorosas, se quitó los guanteletes y posó una mirada amarga en la piedra roja que lucía sobre uno de sus dedos. ¡Si hubiera tenido la más mínima valentía, habría intentado cortárselo antes que salir de aquel sitio con el anillo puesto!

Los servidores arrastraban los pies en medio del brillante esplendor, buscando los instrumentos que Tz'arkan deseaba. El cuerpo de Malus sufrió un espasmo cuando el demonio hizo sentir otra vez su temible control.

—Las reliquias, pequeño druchii —ordenó Tz'arkan—. Sácalas y prepárate para el ritual.

Descorazonado, Malus sólo pudo observar mientras su cuerpo obedecía como un perro las órdenes del demonio. Colocó la alforja cuidadosamente sobre el suelo de piedra y sacó cuatro de los talismanes, cada uno envuelto en tela sucia. Primero el Octágono de Praan, luego el Idolo de Kolkuth y la Daga de Torxus. Finalmente, desenvolvió el Amuleto de Vaurog, y se le heló el corazón al recordar las penalidades por las que había pasado para obtenerlo. De todo lo que había soportado para conseguirle a Tz'arkan sus reliquias, el precio que había pagado por el condenado amuleto lo perseguiría durante toda la eternidad. Al final de todo, tendió una mano hacia la Espada de Disformidad que colgaba de su cinturón.

—No —ordenó el demonio, con la fuerza suficiente como para hacer que por los ojos y los oídos del noble sangrara icor—. Los sirvientes se ocuparán de esa espada.

Dos de los cadáveres se arrodillaron junto a Malus y sacaron la larga espada negra de la vaina. Al manipular la ardiente arma, de sus marchitas manos ascendieron jirones de humo.

Malus observó cómo los sirvientes dejaban la espada junto a las otras reliquias, mientras otro par de servidores se acercaban desde las profundidades de la cámara. Uno llevaba una urna hecha de oro que mostraba grabados espirales de runas mágicas. El otro sujetaba una tablilla de desgastada piedra antigua que mostraba talladas densas líneas de escritura blasfema.

—Coge la urna —dijo el demonio—. Quítale la tapa, y te mostraré lo que debes hacer.

Intentó luchar contra él como el condenado luchaba contra la presa de sus verdugos. Pero también esa vez le falló su indomable voluntad. Malus observó, impotente, cómo sus dedos cogían la pesada urna de las manos del cadáver, y le quitaban la tapa. Dentro había un polvo gris que hedía a cripta.

Cuando la urna fue abierta, el noble sintió la alegría del demonio.

—Los huesos de mis torturadores —dijo—. Recogidos de los cuatro confines del mundo. Los cinco paladines que me atraparon fueron molidos para llenar ese cuenco.

Todos menos ese estúpido conspirador de Ehrenlish; al final, conseguí todos los cráneos menos el de él, pero bastará.

Tz'arkan obligó a Malus a volverse e hizo que marchara hacia el cristal.

—Usa el polvo para dibujar el sigilo con precisión, según te lo ordene —dijo el demonio—. Debes hacer esto por ti solo, Darkblade. No puedo obligarte. Sigue mis instrucciones en todos sus detalles. Tu alma depende de ello.

De repente, sintió que la presa del demonio se aflojaba; el cambio fue tan súbito que Malus se tambaleó, y sólo un esfuerzo de voluntad impidió que cayera. Su mirada se desvió hacia la negra espada que yacía sobre la piedra, a poca distancia.

—No lo intentes —dijo el demonio—. Te detendré antes de que des un solo paso, y luego te haré sufrir de una manera tal que jamás has creído posible. ¿Recuerdas la cámara de los altares? Eso fue un tierno beso comparado con lo que podría hacer si me sintiera realmente descontento. Y al final tendrías aún menos tiempo para salvar tu espíritu inmortal. Ahora, comienza.

Las instrucciones fluyeron como inmundicia helada dentro del cerebro del noble. Reprimió un grito ante las monstruosas imágenes que le pasaban por la cabeza, y metió una mano en la urna para coger un puñado de polvo.

15. Los encargados de los cadáveres

La Torre Negra de Ghron, cuatro semanas antes

El estruendo del trueno golpeó las murallas de la fortaleza como un martillazo e hizo que muchos de los defensores situados sobre ellas agacharan la cabeza y gritaran de miedo. El rugido que estremeció la tierra prácticamente ahogó el agudo lamento de los cuernos que gritaban su estridente advertencia desde los reductos. Malus se levantó de la base de las almenas y miró hacia la negrura atravesada por los rayos. Un salvaje viento maloliente le rugió en la cara y enredó los mechones sueltos de su pelo húmedo de sudor.

Todo era oscuridad en la cenicienta llanura. Contó los segundos mientras esperaba el destello pálido de un rayo. ¡Allí! Una cinta de fuego atravesó el firmamento y permitió ver la marea de monstruosidades que cargaba hacia las murallas.

—¡*Sa'an'isharl*! —les gritó a los lanceros que se acuclillaban contra las almenas, junto a él—. ¡De pie! ¡Aquí llegan!

Ahora, el rugido del ejército que avanzaba podía ser oído por encima de la rugiente tempestad, y el destello y el parpadeo de los rayos cada vez más numerosos desterraban las sombras y permitían ver a los atacantes, que se encontraban a menos de veinte metros de la base de la muralla. Allí, el suelo ya estaba alfombrado por los cadáveres de hombres bestias y bárbaros, y mientras Malus miraba, sobre la aullante horda comenzó a caer una lluvia de negras saetas procedentes de los reductos de la derecha y la izquierda. Hombres bestia carnosos y medio desnudos gritaron y tropezaron, atravesados por mortíferas flechas. Algunos continuaron corriendo mientras que otros cayeron sobre la tierra empapada de sangre y murieron. Pero la hirviente masa continuaba avanzando a la carga, impertérrita ante la mortífera granizada. Largas escalerillas oscilaban por encima de filas de bárbaros de ceñudo rostro; cuando uno de los que transportaban las escalerillas resultaba herido, otro corría a ocupar su lugar. Algunos hombres continuaban andando con dos o tres saetas clavadas en el cuerpo, impelidos por una atroz sed de batalla y por las bendiciones de sus temibles Dioses Malignos.

Malus desenfundó la espada y apretó la mandíbula con fuerza mientras los atacantes se acercaban. Ya tenía la armadura salpicada de sangre seca y pegajoso icor, y sentía como si los brazos fueran de plomo debido a todos los enemigos que había matado. No recordaba si ése era el tercer ataque o el cuarto. A esas alturas ni siquiera sabía si era de día o de noche. Las nubes que habían llegado ante la horda se habían apretujado en torno a la Torre Negra como una mortaja y habían bloqueado la pálida luz solar del norte. Una vez comenzada la lucha, el tiempo había perdido significado.

Con gemidos y amargas maldiciones, los druchii de la compañía asignada a defender ese lienzo de muralla se pusieron lentamente de pie. Eran soldados regulares de Ciar Karond, algo que evidenciaban los ropones azules y los cortos kheitanes ligeros preferidos por los corsarios. Al comenzar el primer ataque los soldados se habían mostrado animados, pero ahora tenían expresiones cansadas y ceñudas, manchadas de mugre y de la sangre de otros. Pasaron un brazo por las correas del vapuleado escudo y recogieron las armas; uno de cada tres empuñó una ballesta de repetición, mientras que los demás desenvainaron cortas espadas. Comprobaron que tenían sus pies bien afianzados en medio de los charcos de sangre casi seca que manchaba las piedras del suelo, y observaron a la masa que avanzaba para ver dónde era probable que las escalerillas tocaran la muralla. Un joven druchii pasó corriendo por la línea para echar sobre las piedras serrín que llevaba en un cubo; el serrín absorbería parte de la sangre cuando la lucha comenzara de verdad, pero nunca era suficiente.

Malus se echó hacia atrás y miró a lo largo de la muralla para asegurarse de que todos los soldados se encontraban de pie. Vio un par de piernas que aún estaban estiradas de través sobre las piedras del adarve, y acudió a paso ligero a echar un vistazo.

—En pie, lancero —gruñó el noble, y se arrodilló ante el guerrero.

Era una mujer joven a la que habían reclutado para luchar con el regimiento a consecuencia de la proclama de guerra de Malekith. No presentaba ninguna marca que Malus pudiera ver, pero su piel estaba blanca como la tiza y tenía los labios azules. Muy probablemente un golpe de martillo o de garrote le había reventado algo bajo la piel, y se había desangrado internamente mientras dormía. Malus la aferró por la cota de malla y la arrastró hasta el lado interno de la muralla, para luego hacerla rodar y echarla abajo. Ya había grandes pilas de cadáveres sobre las losas de piedra situadas a doce metros más abajo, donde otros se encargaban de quitarles la armadura y las armas, y arrastrarlos hasta los hornos crematorios. Incluso en aquellos fríos climas, los muertos podían acarrear una peste capaz de diezmar las defensas de la ciudad-fortaleza.

El resto de la línea parecía preparada, hasta donde podía ver. Cada uno de los ocho lienzos de muralla que se extendían a lo largo de más de cuatro kilómetros entre los voluminosos reductos estaba defendido por un sólo regimiento. En la sección donde se encontraba Malus, el comandante del regimiento fijaba el extremo opuesto del lienzo, mientras que el extremo de Malus lo había fijado el segundo al mando. Los sesos de ese tipo habían acabado esparcidos contra el costado de un merlón situado a pocos metros a la derecha del noble. El estaba casualmente cerca cuando el oficial había muerto, y sin pensarlo dos veces había avanzado para ocupar su lugar. Eso había sucedido durante el segundo ataque, y allí había permanecido desde

entonces.

Malekith no le había dado ninguna orden después de declararlo paladín. Sin soldados bajo su mando —ni siquiera un séquito al que considerar suyo—, era como si lo hubieran apartado a un lado en la precipitación y confusión del ataque inminente. Había encontrado el camino hasta sus aposentos, les había ordenado a los sirvientes que le llenaran la bañera y comida, y había observado mientras un par de herreros de la armería de la fortaleza fijaban un juego de tres cráneos de oro en el peto de su armadura. Los cráneos lo señalaban como paladín del Rey Brujo: Athlan na Dyr, el Cosechador de Cabezas. Por lo que a Malus respectaba, lo convertían en tentador objetivo para todos los hombres bestia con cabeza de toro y todos los bárbaros que pasaban por encima de la muralla.

Sin embargo, cuando los cuernos comenzaron a sonar, se había puesto la armadura para encaminarse hacia las almenas.

Esperaba que cuando empezara el ataque, fuera el paladín de Nagaira quien lo encabezara. El guerrero, protegido por el Amuleto de Vaurog, sería literalmente una máquina de destrucción sobre las murallas de la ciudad, pero Malus esperaba que si tenía detrás de sí los suficientes lanceros, el paladín podría ser derribado durante el tiempo suficiente para quitarle el talismán del cuello. Después de eso podrían cortar en pedazos al bastardo, y colgar de las almenas su cabeza con casco y todo, y Malus hallaría un modo de escabullirse fuera de la fortaleza y encaminarse hacia los Desiertos del Caos.

Pero nada había ido de acuerdo con lo planeado hasta ese momento. El paladín aún no se había dejado ver entre la vocinglera masa, y la mayoría de los guerreros de lo alto de la muralla miraban a Malus con resentimiento y hostilidad abiertos. Los lanceros de la Torre Negra habían oído las historias de la desastrosa expedición al norte, y lo culpaban por la pérdida de sus compañeros y de su comandante, el señor Meiron. Pero no eran ni de lejos los peores; cuando Malus caminaba por lo alto de la muralla se encontró con guerreros de Hag Graef y del Arca Negra, quienes lo veían como al más negro de los villanos tras los malhadados acontecimientos de la primavera anterior. Era muy probable que tanto unos como otros le clavaran una estocada por la espalda o lo empujaran desde lo alto de la muralla durante un ataque, tanto si era paladín del Rey Brujo como si no. Había permanecido durante tanto tiempo con el regimiento de Clar Karond por la sencilla razón de que para ellos no era más que otro oficial.

Ahora estaban disparando los ballesteros de lo alto de la muralla, y Malus oía los gritos de los que morían doce metros más abajo.

—¡Llegan las escaleras! —gritó uno de los guerreros, y el noble corrió a las almenas para ver cuántas habían tocado la muralla en las proximidades.

Sólo había dos: una estaba muy cerca del reducto de la derecha, mientras que la

otra se encontraba a casi diez metros a su izquierda. Las que estaban apoyando en puntos más alejados de la línea eran problema de otros. Bárbaros de pies ligeros ya subían por las largas escalerillas, muchos con cuchillos arrojados entre los dientes. Otros bárbaros situados en la base de la muralla les lanzaban hachas a los defensores, pero los druchii les hacían poco caso.

—¡Ballesteros, cubrid las escaleras! —chilló el noble, aunque había poca necesidad de hacerlo.

Los hombres de esa parte de la muralla conocían bien la rutina a esas alturas. Las saetas de sus ballestas y las que salían por las saeteras del reducto cercano volaron a lo largo de la línea de hombres que subían tenazmente hacia lo alto de la muralla. Los bárbaros avanzaban impertérritos hacia la tormenta de saetas de negras plumas, y continuaban adelante aun después de haber sido heridos por múltiples de ellas. Cuando no podían seguir subiendo, se arrojaban hacia un lado de la escalerilla, gritando o riendo como dementes hasta que llegaban al suelo, y los de abajo redoblaban sus esfuerzos por llegar a lo alto.

Y a lo alto llegaban. Siempre lo hacían, a pesar de las espantosas bajas que sufrían. Las ballestas sólo podían disparar a una determinada velocidad, y los guerreros del Caos no temían a la muerte. Lenta pero inexorablemente, la línea de guerreros se acercaba cada vez más a las almenas.

—¡Cuatro hombres por cada escalera! —rugió Malus, que corrió a recibir al primer enemigo que pasó por encima de las almenas.

Obedientes, los soldados se apiñaron en torno a la parte superior de cada escalerilla, preparados para acometer a los atacantes desde varias direcciones a la vez. Esto no era esgrima ni elegante juego de fintas, sino pura carnicería destinada a matar hombres tan rápida y eficientemente como fuera posible. Mientras pudieran evitar que los guerreros enemigos establecieran una posición sobre las almenas, casi podrían matar a discreción a los que llegaran.

De repente, el aire zumbó a causa de media docena de hachas que volaron destellando en corto arco cuando las lanzaron los guerreros que estaban más cerca de los últimos peldaños. Se oyó un choque de acero, y uno de los druchii que estaban al lado de Malus cayó en silencio; una de las hachas arrojadas había hendido el yelmo del soldado y se le había clavado en la frente.

—¡Arriba los escudos, malditos! —gritó el noble—. ¡Cuidado con las hachas!

Levantó una mano para comprobar las correas de su nuevo yelmo. Malus detestaba llevarlo puesto, pero era mucho mejor que la alternativa.

En lo alto de la escalerilla apareció una cara sonriente como la de un demonio. Malus saltó hacia el bárbaro con un grito, y evitó por poco que se le clavara en la cara un hacha arrojada. Su repentino movimiento hizo que el hombre lanzara mal, y el girante proyectil le pasó con la velocidad de un rayo junto a una oreja; antes de que el

bárbaro pudiera desenvainar la espada, Malus le atravesó la garganta de una estocada. La sangre cayó como una cascada por el tatuado pecho del bárbaro, pero él continuó subiendo por la escalerilla hasta llegar a las almenas. Los lanceros lo acometieron por ambos lados con estocadas y tajos, y Malus bajó un hombro y lo estrelló contra el vientre ensangrentado del tambaleante hombre, que salió despedido al vacío.

Pero con su último segundo de vida, el guerrero ganó tiempo para el que venía detrás de él. Una estocada de espada resbaló sobre la armadura que cubría el vientre de Malus, y luego el aullante hombre bestia bajó la cabeza y corneó al noble en el pecho. La fuerza del impacto lo lanzó un par de metros hacia atrás, y el guerrero saltó con rapidez sobre las almenas. Los druchii acometieron al enemigo por ambos lados con estocadas y tajos de sus espadas cortas. Rugiendo de furia, Malus saltó de vuelta a la refriega, donde pilló al guerrero a medio giro y le abrió un tajo en un costado del cuello. La sangre caliente salpicó a los lanceros cuando el astado guerrero se tambaleaba a causa del golpe. Uno de los druchii lo acometió, decidido a acabar con la criatura, pero el hombre bestia no estaba acabado en absoluto. Con un grito parecido a un balido, bajó la ancha espada y le clavó una estocada en un muslo; la hoja hendió el músculo y cortó una arteria importante. El druchii cayó con un alarido, aferrándose la mortal herida, mientras sus compañeros clavaban sus armas en la espalda del hombre bestia.

El siguiente en llegar a las almenas fue un bárbaro que saltó por encima del hombre bestia moribundo, directamente hacia Malus, con la cara contorsionada por una expresión de locura, y los brazos extendidos en un abrazo mortal. El noble gruñó con desdén, se agachó y esquivó limpiamente el temerario ataque del guerrero, y luego se lanzó tras el tambaleante cuerpo del demente y lo hizo caer de una patada por el borde interior de la muralla. El druchii herido intentaba alejarse a rastras de la refriega y dejaba un espeso rastro de sangre en el serrín recién esparcido.

Otro druchii cayó sobre las piedras del adarve, forcejeando con un hombre que empuñaba una daga. Malus se lanzó hacia él, plantó un pie entre los hombros del bárbaro y le partió el cráneo con un tajo descendente de espada. Otros dos guerreros del Caos habían logrado llegar a las almenas, y un tercero aguardaba en lo alto de la escalerilla, desde donde buscaba un espacio por el que subir. Maldiciendo a sus anchas, el noble volvió a zambullirse en la refriega, donde dio eficaz uso a sus largas espadas.

Un hombre bestia cayó con el cuello cortado hasta el espinazo mientras intercambiaba golpes con un lancero que tenía cerca. En ese momento el bárbaro situado a la izquierda de la criatura se desplomaba con la punta de la espada que el noble empuñaba con la siniestra clavada en un riñón. El guerrero de la escalerilla saltó a ocupar el lugar de los caídos, pero Malus lo estaba esperando. Arremetió en el instante en que el bárbaro saltaba, quedó situado debajo del corpulento guerrero y

estocó hacia arriba para herir el desprotegido vientre. El bárbaro gritó y descargó el hacha sobre la espalda del noble, pero la encantada armadura desvió el potente tajo. Con los dientes apretados, Malus se tambaleó bajo el peso del guerrero agonizante, pero invocó su odio, empujó hacia delante con todas sus fuerzas y descargó el cuerpo laxo sobre el siguiente hombre que trepaba por la escalerilla. Pillado este último por sorpresa, ambos bárbaros se precipitaron hacia el suelo, entre alaridos.

El siguiente guerrero que subía por la escalera no logró llegar a lo alto antes de que una saeta de ballesta se le clavara en un costado de la cabeza. Por espacio de unos cuantos segundos los defensores dispusieron de un poco de precioso espacio para respirar.

—¡Cerrad filas! —gritó Malus. Señaló el cuerpo laxo del druchii mortalmente herido—. Que alguien lo quite de en medio. ¡Deprisa!

Una rápida comprobación de la otra escalerilla dejó claro que los druchii que se ocupaban de ella tenían la situación bien controlada; hasta el momento, ninguno de los atacantes había llegado siquiera a las murallas antes de morir bajo las armas de los defensores.

Otros lanceros acudieron a la carrera para rodear la escalera junto a la que estaba Malus. Jadeante, el noble retrocedió para dejar que los guerreros descansados lo relevaran. Se pasó una mano de metal por la boca, y por inadvertencia se untó los labios con la sangre de un enemigo. «Madre de la Noche, me vendría bien algo de beber», pensó.

Justo en ese momento oyó una nota aguda que sonaba en el reducto de la derecha. Frunció el ceño, intentando descifrar su significado; luego, oyó guturales rugidos y agónicos gritos procedentes del siguiente lienzo de muralla. Malus escupió una maldición blasfema, se volvió y echó a correr hacia la puerta de hierro del reducto, situada a pocos metros a su derecha. Golpeó la puerta con la empuñadura de la espada, mientras les gritaba imprecaciones a los druchii del otro lado. Un momento después descorrieron los cerrojos, y las pesadas puertas se abrieron para dejarlo entrar.

El noble pasó de largo del centinela de la puerta y corrió por el largo y estrecho pasadizo que conectaba con el lienzo siguiente. Arriba y abajo por el corredor resonaban gritos y órdenes de los grupos de ballesteros y lanzadores de virotes que disparaban desde dentro de la fortificación, señalando los objetivos y pidiendo más municiones. Pasó junto a barriles de agua dentro de los cuales había pesados y largos proyectiles rematados por globos de vidrio que brillaban con funesto resplandor verde: eran proyectiles de peligroso y volátil fuego de dragón, guardados en reserva por si el enemigo enviaba gigantes u otras criaturas de gran tamaño contra las murallas.

El pasadizo continuaba en línea recta a lo largo de casi cincuenta metros, y luego

giraba bruscamente a la derecha. Tras cincuenta metros más, el noble llegó a otra puerta de hierro, vigilada por un par de nerviosos centinelas. Manos y espadas golpeaban frenéticamente el otro lado de la puerta. Los centinelas vieron llegar a Malus y se pusieron firmes.

—El enemigo ha alcanzado la muralla —comenzó a decir uno de los centinelas.

—Ya he oído el cuerno —le espetó Malus—. Abrid la puerta y dejadme salir.

Los dos soldados vacilaron, y entonces vieron la temible expresión del rostro del noble. Como uno solo, los dos guerreros se volvieron hacia la puerta y descorrieron los pesados cerrojos.

Casi de inmediato, guerreros presas del pánico comenzaron a empujar la puerta de hierro desde fuera, para abrirla. Gruñendo de furia, Malus la abrió y les rugió a los hombres del otro lado.

—¡Enfrentaos al enemigo, perros indignos! —dijo, bloqueando la puerta con su cuerpo manchado de sangre.

Los lanceros de rostro blanco retrocedieron ante la colérica figura que tenían delante, y Malus avanzó con rapidez para ocupar el espacio que habían dejado libre. Detrás de él, la puerta de hierro volvió a cerrarse y fueron corridos los cerrojos.

—¿Adonde pensáis que vais, bastardos? —se encolerizó el noble—. Estáis aquí para defender este lienzo de muralla o morir en el intento. ¡Esas son las órdenes que os dio el Rey Brujo!

Pero Malus vio de inmediato que la situación era verdaderamente muy grave. En las proximidades del reducto, las almenas estaban literalmente sembradas de lanceros muertos o moribundos, y los bárbaros pasaban como una marea por encima de las almenas. Había cincuenta lanceros entre Malus y la furiosa batalla, todos apretadamente apiñados contra el costado del reducto. Hasta donde podía ver, el enemigo también estaba avanzando con fuerza en la otra dirección, para intentar llegar a una de las rampas que descendían hacia la ciudad propiamente dicha. Si lo lograban, era probable que no hubiese manera de detenerlos.

Había una rampa situada justo a la derecha de Malus, y los bárbaros luchaban con ahínco para llegar a ella. Sólo la apretada masa de aterrados lanceros los mantenía momentáneamente alejados.

—¡Avanzad, malditos sean vuestros ojos! —ordenó el noble—. ¡Aquí atrás no hay dónde ponerse a salvo! ¡Si no os matan los enemigos, no dudéis de que lo haré yo!

Los hombres vacilaron, sopesando las opciones. Una sola mirada a Malus les demostró que el noble hablaba con mortal seriedad y era perfectamente capaz de cumplir la amenaza.

—¡Nuestro comandante ha muerto, noble señor, y no contamos con soldados suficientes para hacer retroceder al enemigo! —gritó uno de los lanceros, un guerrero

veterano.

Malus consideró la posibilidad de pedir refuerzos al reducto, pero la descartó de inmediato. Empujó a un lado a un par de lanceros y comprobó el estado de la avenida situada al final de la rampa, donde vio no menos de doscientos absortos druchii que se ocupaban de los cuerpos apilados en la base de la muralla.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó, señalando con la espada a los encargados de los cadáveres.

El exasperado soldado bajó la mirada hacia los druchii. A pesar del pánico, sus labios se fruncieron con asco.

—Son mercenarios —replicó—, escoria portuaria contratada por el drachau de Ciar Karond. El capitán Thurlayr se negó a permitirles ocupar un sitio sobre la muralla. Dijo que las gaviotas como ellos sólo sirven para picotear a los muertos.

Malus sacudió la cabeza con incredulidad.

—Esa manera de pensar es lo que hizo que mataran a Thurlayr, soldado —le espetó. Aferró al druchii por la pechera de la cota de malla y lo atrajo hacia sí—. ¿Cómo te llamas?

El guerrero miró los negros ojos del noble y palideció.

—Euthen, mi señor.

—Bueno, pues ahora eres el capitán Euthen —siseó Malus—. Hazte cargo de estos necios, y espero que hayan vuelto a la batalla cuando regrese, o te tiraré de la muralla yo mismo. ¿Lo has entendido?

—S..., sí, señor. Con claridad, señor.

—Entonces, ponte a ello, capitán —gritó Malus al mismo tiempo que lo apartaba de un empujón. Sin esperar la réplica, pasó junto al lancero y bajó corriendo por la larga rampa hacia los mercenarios.

Las ratas de puerto tenían aspecto de corsarios, por lo que Malus pudo ver desde lejos. Andrajosos ropones de diferentes colores, kheitanes ligeros y cotas de malla ennegrecidas eran la nota dominante, y los guerreros llevaban un amplio surtido de armas, incluida una profusión de dagas y hachas arrojadizas. Aproximadamente la mitad de los mercenarios estaban concentrados en los muertos de la base de la muralla, despojándolos no sólo de las armas y la armadura, sino también de los objetos de valor. Mientras observaba, uno de los mercenarios acercó una daga al dedo en que un oficial druchii llevaba un anillo, y se lo cortó con un movimiento experto..., para luego perderlo entre la pila de cadáveres que tenía debajo. El resto de los mercenarios estaban sentados sobre los adoquines de la avenida y jugaban a dados o dientes de dragón, sin que parecieran darse cuenta de la desesperada batalla que se libraba en las almenas.

—¡Formad! —gritó Malus a los mercenarios—. ¡El enemigo ha llegado a las almenas, y es hora de que os ganéis el pan!

Los corsarios alzaron los ojos hacia la distante figura del noble como si estuviera hablando en otro idioma. El saqueador que había estado removiendo los cadáveres en busca del dedo del oficial lo miró con el ceño fruncido.

—No se nos permite —le gritó con voz de perplejidad—. Este de aquí —señaló el cadáver del oficial— dijo que no éramos dignos de ponernos «al lado de los verdaderos soldados».

—Además —añadió una mujer mientras recogía los dados—, es mucho más seguro estar aquí abajo.

—¡No seguirá siéndolo durante mucho rato, cuando el enemigo llegue a las rampas! —le espetó Malus—. ¡Y no podréis gastaros vuestras mal detenidas ganancias si estáis colgando del asta del estandarte de un hombre bestia!

Los degolladores se miraron entre sí, mientras consideraban sus opciones. Malus no esperó a que le contestaran, ya que discutir con ellos no haría más que debilitar su ya inestable autoridad, así que lo mejor era actuar como si esperase ser obedecido. Dio media vuelta y subió corriendo por la rampa, y al cabo de unos momentos fue recompensado al oír que alguien de abajo se ponía a bramar órdenes en un tono sorprendentemente profesional. «Al menos hay alguien ahí abajo que sabe lo que está haciendo», pensó.

Sobre las almenas, las cosas parecían haberse puesto realmente feas. El espacio ganado por las fuerzas del Caos era ya de más de quince metros de ancho y se extendía sin parar. Euthen había logrado obligar a los aterrados lanceros a volver a la lucha, pero eran demasiado pocos como para conseguir algo más que no fuera impedir que el enemigo llegara a la rampa cercana.

Malus se metió a empujones entre los lanceros.

—¡Formad una cuña! —gritó, mientras hacía que entraran en algo parecido a una formación a fuerza de codazos y maldiciones—. ¡Más ancha! ¡Tiene que llegar de uno a otro borde del parapeto!

Confiado en que los soldados obedecerían su orden, el noble se abrió camino hasta donde se situaría la punta de la cuña.

Allí encontró a Euthen, el capitán en funciones, que luchaba valientemente contra un bárbaro del Caos de sonrisa burlona que blandía hachas gemelas en sus nudosas manos. Al acercarse, Malus observó cuidadosamente al bárbaro en busca de un signo que le indicara en qué momento iba a atacar. Euthen se adelantó y dirigió un desganado barrido hacia una pierna del enemigo, y el bárbaro se arrojó contra el lancero con un terrible bramido y le lanzó un tajo hacia el hombro izquierdo con un hacha, mientras con la otra hacía volar la corta espada del druchii, que giró en el aire para precipitarse por el borde del parapeto. Pero mientras el guerrero atacaba salvajemente al impotente Euthen, Malus arremetió y le clavó al bárbaro una estocada que le atravesó limpiamente el corazón.

El guerrero cayó sobre las piedras con una maldición en los labios. Mientras tanto, Malus cogió por el cuello al herido Euthen y le dio un suave empujón en dirección a la rampa.

—¡Guerreros de Ciar Karond! —gritó, alzando la espada—. ¡Formad cuña sobre mí!

Apenas acababa de decirlo, cuando un bárbaro pelirrojo lo acometió con un chillido salvaje, trazando en el aire un amplio arco en dirección a la cabeza de Malus con su espadón. El noble vio el movimiento y siseó con desdén, al mismo tiempo que se agachaba y avanzaba un paso para que el tajo pasara inofensivamente por encima de él. Luego, estocó al guerrero en la entrepierna con ambas espadas. El hombre cayó con un alarido terrible, y Malus se movió rápidamente más allá de él para adentrarse en la masa de enemigos.

—¡Avanzad! —ordenó.

Milagrosamente, los lanceros obedecieron. Ahora Malus tenía enemigos por tres lados, pero los hombres situados a izquierda y derecha dirigían sus golpes hacia los soldados que tenían delante. El bárbaro que estaba frente a Malus gruñó y lo atacó con un golpe de hacha que el noble bloqueó con la espada de la mano izquierda, para luego abrir una herida en un muslo del guerrero que tenía a la derecha. El guerrero herido vaciló y el lancero que estaba frente a él lo mató de una estocada en el cuello. Cuando el bárbaro del hacha volvió a atacar, Malus paró el golpe con la espada de la mano derecha y le clavó la otra al bárbaro de la izquierda. A continuación, concentró toda su atención en el enemigo que tenía delante; trabó el hacha con un barrido de la espada de la izquierda y le clavó una estocada al bárbaro en un ojo con el arma que empuñaba en la diestra.

Y así comenzó la matanza. Fría, metódicamente, los druchii empezaron a reducir el espacio ganado por los soldados del Caos. Malus sabía que si al menos lograban abrirse camino hasta las escalerillas del enemigo, podrían interrumpir la llegada de refuerzos y, finalmente, la superioridad numérica eliminaría al resto de bárbaros que habían logrado subir a lo alto de las murallas.

Luchando juntos, los lanceros avanzaban sin parar. Los soldados que eran derribados a ambos lados del noble quedaban de inmediato reemplazados por los lanceros que venían detrás. Cuando habían avanzado casi diez metros ya no quedaban lanceros, pero Malus vio que los saqueadores de cadáveres habían ocupado su lugar. Resultaba evidente que los mercenarios estaban en su elemento con aquel estilo de combate, acostumbrados al poco espacio y la lucha cuerpo a cuerpo de las acciones de abordaje. Derribaban a los bárbaros con tajos bajo mano dirigidos a las piernas, o con cuchillos arrojados que les clavaban en la garganta. A veces Malus hería a un guerrero que tenía a un lado, y cuando volvía a mirar al frente se encontraba con que el hombre que había ante él caía con un hacha arrojada clavada en la cabeza.

Finalmente, habían interrumpido la llegada de enemigos por las escalerillas y habían reducido el número de bárbaros a menos de una docena, y fue en ese momento cuando las cosas se volvieron realmente peligrosas. Los bárbaros supervivientes se dieron cuenta de que estaban atrapados, y como si fueran un solo hombre decidieron llevarse a la tumba a tantos de sus odiados enemigos como pudieran.

Un guerrero se lanzó gritando hacia Malus con una espada manchada de sangre en la mano derecha y un vapuleado escudo en la izquierda. Con los ojos desorbitados y echando espuma por las comisuras de la boca, lo acometió con una tormenta de golpes que obligó al noble a dedicar toda su atención a desviarlos. Intentó que perdiera el paso con un velocísimo tajo dirigido a los ojos, pero el enemigo se limitó a parar el golpe con el borde del escudo y continuó aporreando la guardia de Malus.

Tan absorto estaba el noble en el combate con el frenético guerrero que no reparó en que el druchii que tenía a la izquierda resbalaba en un charco de sangre y caía con una rodilla a tierra. Su oponente graznó por el triunfo y descargó un golpe con su martillo de guerra... contra un costado de la cabeza de Malus.

Fue un golpe descomunal. En un momento, Malus estaba trabado en mortal combate con el hombre que tenía delante, y al siguiente era lanzado violentamente al suelo. Rebotó de cara contra las piedras, sin que su cerebro lograra entender cómo había llegado hasta allí.

Un rugido le inundó los oídos como si una ruidosa marea subiera y bajara justo por encima de su cabeza. Todo se le volvió borroso; lo único que sentía con perfecta claridad era un fino hilo de icor que le caía por una mejilla.

«Estoy sangrando», pensó, estúpidamente, y se dio cuenta de que era probable que se hallara a punto de morir.

Pero en lugar de ver una espada o un martillo descender hacia su cabeza, vio una bota druchii que se plantaba en el suelo a pocos centímetros de su cara. Continuó el rugido, y la bota siguió adelante para ser reemplazada por otra.

Permaneció allí tendido, viendo cómo las botas pisaban ante él y seguían adelante durante lo que pareció un rato muy largo, y no fue hasta que el rugido de sus oídos disminuyó poco a poco cuando se dio cuenta de que no lo habían matado, después de todo.

Lo siguiente que percibió fue que había manos brucas que tiraban de él e intentaban colocarlo de espaldas.

—Esa ha sido la cosa más condenada que he visto nunca, si no te importa que lo diga, capitán —declaró una voz—. Me recuerda a ese noble condenadamente estúpido al que conocí...

Las manos lo hicieron rodar hasta dejarlo tendido de espaldas, y Malus se encontró mirando los oscuros ojos de un rostro sonriente. Reconoció las cicatrices y dejó escapar un gruñido de perplejidad.

—Así que estás ahí, Hauclir, condenado canalla —dijo—. ¿Dónde está el vino que pedí? —Y después de eso, el mundo se tornó completamente negro.

16. Demonios y mercenarios

A Malus le cayó agua fría en la cara. Despertó, farfullando y tosiendo, recostado contra la dura piedra de las almenas. Charcos de sangre y trozos de cuerpos sembraban el adarve en que se encontraba.

Arrodillado ante el noble había alguien que sujetaba una botella invertida.

—Lamento despertarte, mi señor —dijo Hauclir con calma—, pero da la impresión de que estamos a punto de ser nuevamente atacados, así que no puedo darme el lujo de permitirte dormir hasta recuperarte de ese golpecito que has recibido en la cabeza. Tú y yo tenemos que hablar de algunas rosillas mientras aún podemos hacerlo.

Malus se frotó los ojos enrojecidos para librarse del agua que los inundaba. Cuando recuperó la visión, se encontró con que Hauclir lo estudiaba atentamente, poniendo especial atención a su cara y cuello.

El antiguo capitán de la guardia iba vestido de modo muy parecido al resto de los mercenarios, aunque sus ropones estaban mejor cortados y cuidados, y su kheitan era de gruesa y resistente piel de enano. Llevaba el camisote de costumbre, y la espada corta estaba metida en su vaina aceitada. Un largo garrote de nudoso roble colgaba flojamente de su mano derecha.

El noble sacudió la cabeza con aturdimiento.

—Pensé que estaba soñando —masculló con lengua de trapo. Alzó una mano para palparse delicadamente con los dedos el costado de la cabeza.

—Yo tuve una reacción muy parecida —replicó Hauclir con sequedad. Frunció los labios con una abierta y sarcástica sonrisa, pero sus ojos permanecieron fríos y duros—. Mira, no voy a preguntarte cómo has pasado de ser un proscrito perseguido de cerca a convertirte en paladín personal del Rey Brujo; he visto cómo funciona tu maldita mente, y ya no me sorprende nada de lo que puedas hacer. En cambio, quiero que me expliques, con todo detalle, por qué te pareció adecuado traicionar a todos los hombres que estaban a tu servicio después de que te dejáramos en Karond Kar.

La expresión del propio Malus se endureció. El tono impertinente de su antiguo guardia personal hizo que se irritara.

—¡Erais mis malditos vasallos! —le espetó—. ¡Vuestra vida me pertenecía y podía usarla como mejor me pareciera! ¡No te debo ninguna explicación!

Pero Hauclir no se sintió acobardado lo más mínimo por el imperioso tono del noble. Una lenta, peligrosa sonrisa apareció en su anguloso rostro marcado por cicatrices. | —Mira a tu alrededor, mi señor. ¿Acaso imaginas que estás reclinado en tu torre de Hag Graef? No. Estás sentado en un campo de batalla, rodeado de sangre y entrañas derramadas, y el noble más cercano que hay en tres kilómetros a la redonda está tendido en la base de la muralla junto con el resto de la basura. Ahora mismo soy

el dueño de este lienzo de muralla de la fortaleza, y por lo tanto vas a jugar de acuerdo con mis reglas. Así pues, oigamos tu historia, mi señor, o te arrojaré personalmente de esta muralla.

El tono del antiguo guardia era ligero, incluso alegre, pero al mirarlo a los ojos Malus vio el enojo que ardía en ellos. No le cabía ni la más remota duda de que Hauclir decía en serio cada una de aquellas palabras, así que se encogió de hombros y se lo contó todo.

O al menos lo intentó. No había ido mucho más allá del momento en que había recibido la maldición de Tz'arkan cuando la siguiente ola de atacantes llegó a la muralla, aullando. Malus se vio obligado a esperar mientras Hauclir y sus mercenarios rechazaban el ataque. Le habían quitado las armas, y de todos modos, no estaba muy seguro de que pudiera ponerse de pie aún.

Se vieron interrumpidos otras dos veces por ataques enemigos antes de que Malus llegara, por fin, al momento en que su camino había vuelto a cruzarse con el de Hauclir. El antiguo guardia personal, cansado, estaba recostado contra las almenas, junto a Malus, y se quitaba coágulos de sangre seca de la cara. Durante un largo rato no dijo nada.

—¿Así que un demonio, dices?

Malus asintió con la cabeza.

—Un demonio.

Hauclir gruñó.

—Bueno, eso explica lo de tus ojos, y el hecho de que tu cabeza no acabara desparramada por las losas de piedra cuando te golpeó ese maldito martillo.

El noble suspiró.

—No niego que la situación tenga ciertas ventajas.

—¿Y no tenías ni idea de que era tu padre el que estaba en la fortaleza Vaelgor? —preguntó el antiguo guardia—. ¿Quién más pensabas que podía ser?

—Podría haber sido cualquiera, Hauclir. A fin de cuentas, Lurhan no enarboló su estandarte en la fortaleza. En aquel momento, parecía más lógico que fuera Isilvar, trabajando en colaboración con mi hermana.

Hauclir asintió a regañadientes.

—Sí, supongo que tienes razón. —Miró de soslayo a su antiguo señor—. Pero comprenderás que ahora tengo una razón aún más sólida para arrojarte desde lo alto de la muralla.

Malus abrió las manos ante sí.

—Querías la verdad, Hauclir. ¿Puedes devolverme ya las espadas?

—Desde luego que no. ¡Eres el maldito huésped de un demonio!

—¡Por la Madre Oscura, Hauclir! —le espetó Malus—. Tuve un demonio dentro desde el momento en que regresé del norte. ¿Acaso intenté, ni una sola vez, matarte?

No, de hecho, te convertí en un hombre muy rico.

—Antes de que rompieras una de las leyes cardinales del territorio, y me lo arrebataran todo por eso.

El noble se rodeó apretadamente el pecho con los brazos.

—Entonces, ¿debo implorar tu perdón? ¿Qué quieres de mí, Hauclir? Hice lo que tenía que hacer. ¿Crees que tú podrías haberlo hecho mejor de haber estado en mi lugar?

—Por los Dioses del Inframundo, mi señor, no tengo ni idea —replicó el antiguo guardia, y luego suspiró—. Para ser sincero, a mí no me afectó tan gravemente como a algunos de los otros. Silar fue quien peor se lo tomó, él y Arleth Vann. En cuanto a Dolthaic, sólo estaba enfadado por perder todo aquel oro.

Malus asintió pensativamente.

—Arleth Vann pensaba que todos vosotros os habíais hecho a la mar después de la batalla librada en el exterior de Hag Graef.

El antiguo guardia se encogió de hombros.

—Eso fue idea de Silar y Dolthaic. Yo sólo me dejé llevar. Ya no podía permanecer en Hag Graef, así que ¿por qué no? Los dos se hicieron a la mar un día después de que llegáramos. Buscaron al capitán del *Espada Espectral*, Dolthaic dijo conocerlo del viaje de incursión del verano anterior. Me preguntaron si quería acompañarlos, pero yo ya había visto todo el océano que quería ver, por lo que me quedé por los alrededores de los muelles, haciendo un trabajo por aquí y otro por allá. Y luego me uní a estas ratas —dijo al mismo tiempo que señalaba a los mercenarios que se encontraban sentados a una discreta distancia—. Estábamos extorsionando a los viajeros que cruzaban el puente para que nos pagaran peaje cuando llegó a la ciudad la llamada a las armas de Malekith. Después de eso, el drachau reclutó a muchas de las bandas. Estoy seguro de que espera que ninguno de nosotros sobreviva y vuelva a ensuciar su preciosa ciudad.

Malus asintió con la cabeza. Bajó una mano para recoger el abollado casco.

—Así que parece que te debo la vida.

—Otra vez.

El noble sonrió.

—Sí, otra vez.

—No esperarás que vuelva a servirte, ¿verdad? —preguntó Hauclir—. Ya no soy tu guardia personal, mi señor. No después de todo lo que ha sucedido.

Malus negó con la cabeza.

—Técnicamente, aún soy un proscrito, a pesar de todos mis bonitos atuendos. No podría obligarte a cumplir tu juramento aunque quisiera.

—Pero aún necesitas mi ayuda —dijo Hauclir.

—¿Ah, sí?

—¡Ah, sí!, mi señor, la necesitas. Y lo sabes condenadamente bien.

El noble abrió las manos hacia delante.

—No se te escapa nada, al parecer. Muy bien. Di tu precio.

Hauclir hizo como que pensaba en el asunto.

—Ese paladín del Caos tiene un amuleto que tú necesitas, ¿correcto?

—Correcto.

—Y la tienda de tu hermana estaba abarrotada de tesoros saqueados, ¿correcto?

—Antes de que le prendiera fuego, sí.

El antiguo guardia asintió con la cabeza.

—Bueno, supongo que tu camino te llevará cerca de ella antes de que todo esto acabe —dijo, pensativo—. Si yo y los míos nos quedamos con todos los tesoros que podamos transportar, somos tuyos para lo que necesites.

El noble miró a Hauclir con perplejidad.

—Eres un necio. Confío en que te des cuenta de eso.

—También me lo dijo mi madre —replicó él—. ¿Tenemos un acuerdo o no?

Malus asintió con la cabeza.

—Hecho.

—Bien, entonces —dijo Hauclir a la vez que se ponía de pie—. Iré a explicarles las cosas a los soldados.

Sacudiendo la cabeza, el noble observó cómo se marchaba su antiguo guardia. Aunque le fuera la vida en ello, no podría determinar quién resultaba más favorecido por el trato, pero de repente se sintió mucho mejor respecto a sus probabilidades de conseguir el amuleto y salir con vida de la Torre Negra.

Un rato más tarde, Hauclir se acordó de devolverle las espadas a Malus. Los rubíes de ambos pomos habían sido cuidadosamente arrancados.

No fue mucho después del duodécimo ataque cuando la hirviente oscuridad retrocedió repentinamente y dejó a los defensores de la fortaleza parpadeando con ojos cansados en la pálida luz de primeras horas de la mañana. Se alzaron aclamaciones desde el interior de la ciudad cuando los soldados interpretaron la luz solar como señal de que se había levantado el asedio, pero los exhaustos guerreros que defendían las almenas vieron el campamento enemigo por primera vez y supieron que su calvario tal vez acababa de empezar.

La horda del Caos estaba acampada en una ancha franja que rodeaba completamente la ciudad-fortaleza. Jirones de humo se alzaban de centenares de fuegos de cocina, y en grandes corrales que rodeaban el perímetro circular del campamento se mezclaban manadas de caballos del norte. El polvoriento suelo hervía de actividad a causa de las figuras oscuras que iban de un lado a otro cumpliendo con sus tareas como una multitud de voraces hormigas. Malus miró hacia la zona del campamento que quedaba frente a la sección de muralla en que se hallaba, y sacudió

la cabeza con pasmo. ¿Acaso aquellas bestias no se acababan nunca?

Si se situaba en el extremo izquierdo de la muralla y se inclinaba hacia fuera lo suficiente como para ver el reducto de su derecha, distinguía un pabellón formado por un grupo de tiendas teñidas de color añil iguales a las que había incendiado días antes. Por encima y alrededor de las tiendas el aire estaba extrañamente distorsionado, de un modo similar a como circula el aire caliente por encima de una forja. Allí era donde se encontrarían Nagaira y su paladín.

Le dolían los ojos y le tronaba el estómago, y sólo la Madre Oscura sabía cuándo había estado limpio por última vez. La mayoría de los mercenarios se habían quedado profundamente dormidos, tumbados sobre las mugrientas piedras, con las armas atravesadas sobre el pecho. A lo largo de los últimos dos días había llegado a conocer a la mayoría de los espadachines de alquiler que había en su compañía. Ninguno tenía nombre; sólo apodo, con el fin de hacer que a la guardia de la ciudad o a cualquier otro le resultara más difícil seguirles el rastro mediante el uso de brujería. Conoció a un asesino profesional apodado *Cortador*, a un desafortunado ladrón de bolsas al que llamaban *Diez Pulgares*, a una jugadora llamada *Bolsillos*, y a demasiados otros como para contarlos. Al fin, el noble se enteró de que el apodo de Hauclir era *Toc-toc*, cosa que lo divirtió, aunque se lo guardó para sí mismo.

Al principio había cerca de un centenar de mercenarios, pero después de haber rechazado no menos de siete ataques, su número había descendido a sesenta y cinco. Casi la mitad de ese número estaban heridos en mayor o menor grado; supuestamente había puestos de asistencia y enfermeros que patrullaban las murallas y retiraban a los heridos, pero no habían visto nada parecido desde que se habían hecho cargo de aquel lienzo de muralla. También hacía mucho que se habían quedado sin saetas para las ballestas. Malus había intentado hacer valer su autoridad para conseguir municiones en el reducto más cercano, pero el capitán al mando se había negado de plano a dárselas, afirmando que sólo el señor Myrchas podía autorizar esa transferencia. El noble no había insistido más. Cuanto menos tuviera que tratar con aquel nido de serpientes de la ciudadela, mejor.

Lo que sí hizo, una vez que quedó claro que nadie iba a llevarles nada para comer, fue enviar a algunos de sus más talentosos saqueadores al interior de la ciudad en busca de comida y bebida. En esto los mercenarios tuvieron un éxito singular y regresaron a la muralla con aves asadas, huevos duros, pan recién hecho, queso y varias botellas de vino decente. Malus no hizo preguntas, y los saqueadores se mostraron contentos al no tener que dar respuesta alguna.

Ya habían pasado tres horas de la mañana y Malus bebía sorbos de una de esas botellas cuando la puerta de hierro del reducto más lejano se abrió, y una figura tiesa como un poste y recubierta por una brillante armadura salió a la luz del sol. Nuarc avanzó lenta pero decididamente a lo largo de la muralla, mientras, con una expresión

que estaba a medio camino entre la indignación y la perplejidad, observaba a los mercenarios que roncaban. Los pocos que aún estaban despiertos respondieron con la inexpresiva mirada fija de los lobos.

Cuando el señor de la guerra llegó hasta Malus, que estaba reclinado, su expresión conmocionada no hizo más que intensificarse.

—¡Por la Madre Oscura! —exclamó—. Ya empezábamos a pensar que te habían matado. Hace días que nadie te ha visto por tus aposentos. —Nuarc inclinó la cabeza en dirección a los mercenarios—. En el nombre del Bendito Asesino, ¿qué estás haciendo con esta escoria? —preguntó. Luego se puso mortalmente serio y se inclinó más hacia el noble—. No estarán reteniéndote para hacerte pagar un rescate, ¿verdad?

La idea provocó en Malus la primera carcajada real que se le escapaba en mucho tiempo.

—No, mi señor. Saben muy bien que no vale la pena tomarse esa molestia conmigo. —Ladeó la cabeza al mirar a Nuarc—. ¿Has salido a dar un paseo al sol, mi señor?

Nuarc miró con el ceño fruncido al sonriente noble.

—He salido a ver qué se trae entre manos el enemigo, cómo van las cosas a lo largo de la muralla —replicó con voz severa—. Y a decir verdad, para alejarme de esos necios llorones de la ciudadela.

Malus le tendió la botella rapiñada.

—¿Puedo ofrecerte un trago de vino, mi señor?

Para gran sorpresa del noble, Nuarc aceptó la oferta y bebió un largo trago antes de devolverle la botella. El gesto hizo que Malus se pusiera serio de inmediato.

—¿Hasta qué punto es mala nuestra situación, mi señor?

Por reflejo, Nuarc miró a los mercenarios, que se encontraban a cierta distancia, para asegurarse de que estaban fuera del alcance auditivo.

—Las cosas podrían estar mejor —admitió—. Hace ya tres días que retenemos las murallas, pero los regimientos han sido muy castigados. Hemos relevado a los que han llevado la peor parte, pero nuestras reservas son cada vez más escasas.

—¿Relevado? —exclamó Malus—. ¡Hemos estado aquí arriba durante dos días! No nos han traído ni comida ni municiones, y nadie ha enviado enfermeros a buscar a nuestros heridos.

—Eso es porque nadie sabía que estabais aquí —le aseguró Nuarc, ceñudo—. Ninguna de las compañías de mercenarios consta en las listas de reclutamiento, y nadie de la ciudadela es capaz de pensar más allá de su propio maldito programa.

Ese pensamiento conmocionó a Malus.

—¿Quieres decirme que no hay nadie al mando?

Nuarc negó con la cabeza.

—Ninguno de los drachau piensa en otra cosa que su propio honor y prestigio.

Intrigan constantemente los unos contra los otros, y nadie quiere cooperar en la defensa de la ciudad. Han delimitado qué sección de la muralla pertenece a quién, y no dedican un solo pensamiento a los demás.

—Pero... pero eso es absurdo —gritó Malus—. ¿Qué dice el Rey Brujo sobre eso?

Nuarc se encogió de hombros.

—Espera y observa a ver qué señor se impondrá. Es su manera de hacer las cosas. Pero Myrchas es demasiado tímido, Isilvar es demasiado inexperto, Balneth Calamidad es demasiado débil y Dachrar de Ciar Karond está demasiado borracho. Casi el único consenso que han alcanzado Myrchas, Isilvar y Calamidad es que hay que darte muerte a la primera oportunidad que se presente. Afortunadamente para ti, no logran decidir cómo se te debe ejecutar.

Malus sacudió la cabeza para expresar estupefacción.

—¿Qué hay de nuestros refuerzos, entonces?

Nuarc inspiró profundamente.

—Cualquier fuerza que proceda de Karond Kar tardará mucho en hacer el viaje, aunque requisen todos los barcos disponibles y naveguen con ellos hasta la orilla occidental del Mar Maligno —dijo—. No se las espera hasta dentro de una semana o más. Los soldados de Har Caneth, por otro lado, ya deberían haber llegado. Nadie sabe qué puede haber causado su retraso.

Malus podría haber aventurado una conjetura, pero creyó más prudente no decirlo. Bebió un largo trago de la botella, y dio vueltas al líquido dentro de la boca.

—Lamento haberle costado al ejército otros diez mil soldados —dijo, con amargura.

—Necedades —le espetó el viejo señor de la guerra—. Yo podría haber hecho lo mismo. Era un buen plan, pero diste demasiadas cosas por supuestas.

El noble consideró eso, y luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

—¿Yo? —replicó Nuarc, un poco sorprendido por la pregunta. Desvió la mirada hacia el campamento enemigo por un momento, antes de responder—. Yo retiraría al ejército tras la muralla interior.

Malus parpadeó.

—Pero entonces quedaríamos atrapados.

—Ya estamos atrapados, muchacho —le contestó Nuarc—. La muralla interior es más alta, y hay menos extensión que tengamos que defender. Podríamos mover las unidades con mayor frecuencia, y continuaríamos haciéndole pagar un elevado precio al enemigo cada vez que nos pusiera a prueba. Estamos muy bien provisionados, así que Nagaira no puede vencernos por el hambre, y en última instancia, el tiempo no está de su parte. Los guerreros que tenemos en el mar ya comienzan a regresar, y

dentro de un mes ella se enfrentará con un poderoso ejército de nobles que marchará desde el sur. —Nuarc se encogió de hombros—. Pero nadie me ha preguntado qué pienso sobre el asunto.

El noble bebió otro sorbo y alzó el rostro hacia el cielo.

—Bueno, al menos brilla el sol.

—Lo sé. Eso es lo que más me preocupa —dijo Nuarc.

—¿Y cómo es eso, mi señor? —preguntó Malus.

—Porque hasta ahora tu hermana ha dedicado grandes esfuerzos a mantener la ciudad a oscuras. Según Morathi, el coste de un esfuerzo semejante es considerable, especialmente ante la oposición que presentan ella y el convento de la ciudad.

—¿Morathi ha estado luchando contra Nagaira? No me había dado cuenta.

—¿Imaginabas que todos esos rayos eran obra de tu hermana? —preguntó Nuarc—. No tiene mucho sentido cuando uno está dedicando toda esa energía a mantener las cosas a oscuras, ¿no te parece?

—No, supongo que no lo tiene —replicó Malus, malhumorado.

—Pues ya lo sabes. Tu hermana ha estado oponiendo su fuerza contra Morathi y las brujas durante tres días..., y ahora esto. —Nuarc alzó ligeramente la cabeza, casi como si olfateara el aire—. Algo se cuece, muchacho. Está cambiando de táctica.

Fue entonces cuando oyeron el sonido. Malus no tenía palabras para describirlo; era un lamento horrible, un ruido desgarrador que pareció reverberar en el aire sin formar parte de él. De una cosa estaba seguro Malus: procedía de la zona en que estaba la tienda de Nagaira.

Tz'arkan reaccionó de inmediato, y sus energías demoníacas ondularon bajo la piel de Malus.

—Los dones de tu hermana son realmente potentes. Ha abierto una gran puerta entre los mundos.

—¿Entre los mundos? —murmuró Malus, y entonces lo entendió—. Caos —dijo a Nuarc—. Nagaira está reuniendo las tormentas del Caos. ¡Está invocando monstruos para lanzarlos contra las murallas!

En el mismo momento, los cuernos de alarma sonaron en los reductos. Los mercenarios despertaron de inmediato y se pusieron de pie con cansancio.

—Necesitamos saetas para las ballestas —dijo el noble—. ¡Deprisa!

El viejo señor de la guerra asintió con la cabeza.

—Me ocuparé de ello —dijo, y se encaminó apresuradamente hacia el reducto más próximo. Malus desenvainó la espada.

—¡Manteneos firmes, lobos! —gritó a los mercenarios—. ¡Esos bastardos van a probar su suerte otra vez!

Hauclir llegó caminando a grandes zancadas a lo largo de la línea de soldados, gritándoles órdenes a sus hombres.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó con la espada y el garrote a punto.

El noble le dedicó una mirada nada prometedora.

—¿Recuerdas el islote de Morhaut?

—¡Ay, condenación! —dijo Hauclir, cuyo rostro palideció.

En el extremo más alejado de la línea se abrió la puerta del reducto, y un par de soldados fueron prácticamente empujados al exterior por Nuarc, cada uno cargado con un barril lleno de saetas de ballesta.

—¡Cargad las ballestas! ¡Deprisa! —chilló Malus—. No tenemos mucho tiempo.

Y, en efecto, tenía razón. Acababa de decir esto cuando oyó las pesadas detonaciones de los lanzadores de virotes de uno de los reductos, y algo que no pertenecía al mundo mortal gritó y farfulló justo fuera de la vista, algo que se encontraba al otro lado del inclinado flanco del reducto. Todos los que estaban en el parapeto se volvieron en dirección al sonido, con la cara convertida en una máscara de espanto.

17. Ataque y contrataque

El ser deslizante que apareció repentinamente a la vista desde el otro lado del reducto era un monstruoso nudo de ondulantes músculos y huesos deformes, grande como un nauglir. Bocas que eran poco más que tubos musculosos ribeteados de dientes como dagas se retorcían como serpientes por encima de la carnosa masa, y grandes brazos como guadañas lanzaban tajos y estocadas al aire, estirándose como locos en busca de presas. La abominación había sido atravesada por el proyectil de uno de los lanzadores de virotes del reducto, y su cuerpo estaba envuelto en mágicas llamas verdes. Avanzó espasmódicamente unos pocos pasos más hacia la muralla, chillando con agónico lamento lunático, y luego se colapso en una llameante masa marchita.

Sin embargo, la aclamación de alivio de los mercenarios duró poco, cuando quedó claro que la criatura del otro mundo no estaba ni remotamente sola.

Una enorme manada de criaturas más pequeñas llegó corriendo desde el otro lado del reducto, saltando, deslizándose, brincando y corriendo con monstruosa gracilidad de depredador. Pasaron junto al monstruo del Caos en llamas y cargaron directamente hacia la muralla de la fortaleza, echando atrás la calva cabeza y chillando vorazmente hacia los defensores de lo alto. Detrás, llegaban otras tres de las monstruosidades más grandes y fuertes, bramando coléricamente mientras arrastraban su masa por el suelo ceniciento.

Los endurecidos mercenarios gritaron como niños asustados cuando la hirviente manada de bestias del Caos llegó a la muralla, y todas comenzaron a trepar por ella como arañas.

—¡Manteneos firmes, perros! —rugió Malus—. ¡Ballestas! ¡No os quedéis allí, mirando! ¡Abrid fuego!

Galvanizado por el acerado tono de la voz de Malus, el puñado de ballesteros avanzó hasta las almenas, se inclinó por encima del borde y disparó contra los monstruos que subían corriendo por la muralla de la fortaleza. Dos de las saetas que dieron en el blanco hicieron que dos de los demonios se soltaran y se precipitaran entre chillidos hacia el suelo, donde impactaron con fuerza y se quedaron enroscados como insectos muertos. Tranquilizados por el conocimiento de que podía matarse a los monstruos como a cualquier otro ser vivo, los mercenarios recuperaron un poco de la perdida valentía y prepararon las armas mientras las bestias se aproximaban.

Volvió a oírse la fuerte detonación de los pesados lanzadores de virotes del reducto, y proyectiles gemelos de fuego verde se precipitaron hacia los monstruos más grandes, que aún caminaban en dirección a la muralla. Uno de los proyectiles de fuego de dragón erró el objetivo y formó un charco en el suelo que ardió, pero el otro dio en el blanco. El monstruo en llamas continuó avanzando pesadamente mientras

moría, y sus lamentos se sumaron al ensordecedor estruendo que asaltaba los sentidos de los defensores.

Se oyeron más cuernos de guerra, y por el cuadrante norte de la fortaleza sonaron gritos de batalla. Maldiciendo para sí, Malus corrió al borde interior del parapeto y se inclinó tanto como se atrevió a hacerlo para mirar hacia el lienzo de muralla del otro lado del reducto de la derecha. La sección siguiente era el escenario de una batalla desesperada, donde los lanceros forcejeaban con una furiosa manada de bestias del Caos. Más allá de estos lanceros estaba el cuerpo de guardia norte. Malus no tenía duda ninguna de que sería allí donde acudirían los monstruos. Si caía el cuerpo de guardia, se perdería toda la muralla exterior.

Chillando y rugiendo, las primeras bestias del Caos pasaron por encima de las almenas y se lanzaron contra los mercenarios que aguardaban. Un druchii cayó con el torso envuelto por un monstruo de múltiples patas al que había atravesado limpiamente por la mitad con su espada. Otra criatura se detuvo sobre las almenas y atacó a dos de los mercenarios con tentáculos como látigos ribeteados de diminutas bocas con colmillos. Malus vio que Hauclir bloqueaba la carga frontal de una bestia con su pesado garrote, y luego la abría en canal con la corta espada. Diez Pulgares apuntó con la ballesta para disparar a quemarropa contra otra, que fue atravesada limpiamente por la saeta. Otro mercenario chilló de dolor cuando un monstruo le clavó en los ojos las patas delanteras con forma de cuchilla.

Más y más criaturas continuaban pasando en manada por encima de la muralla. La sangre y el icor manchaban el parapeto en igual medida. Malus vio a Nuarc de pie ante la puerta abierta del reducto, donde cortó casi en dos a un monstruo con su espada cubierta de runas.

—¡Necesitamos refuerzos! —le gritó el noble por encima del estruendo—. ¡No podremos resistir esto durante mucho tiempo!

Pero Nuarc negó con la cabeza.

—No llegarían aquí a tiempo —le gritó mientras corría y le clavaba una estocada a una bestia que se había agarrado a la garganta de otro mercenario—. ¡O defendemos la muralla con lo que tenemos, o se acabó!

«¡Malditos sean esos estúpidos de la ciudadela!», pensó Malus. Sus despreciables intrigas estaban trabajando a favor de Nagaira.

Justo en ese momento, un viento feroz pasó por encima del reducto y abofeteó a Malus. Percibió olor a azufre y sangre vieja, y oyó el enorme estruendo de unas alas. El instinto puso a Malus en movimiento, incluso antes de que la bandada de figuras voladoras apareciera en lo alto.

—¡Cuerpo a tierra! —le gritó a Nuarc.

Malus se estrelló contra el druchii de más edad y lo lanzó de espaldas contra la pared del reducto justo en el momento en que la bandada de rugientes monstruos

alados descendía en vuelo rasante a lo largo del parapeto. Las criaturas golpeaban a los combatientes druchii con sus largas colas parecidas a sierras; algunas aferraron con las zarpas a desprevenidos mercenarios y los lanzaron al vacío. Ahora atacados por dos frentes, la valentía de los defensores comenzó a vacilar, y empezaron a ceder terreno ante las bestias.

Malus se apartó de Nuarc con un gruñido colérico.

—¡No retrocedáis ni un paso más! —rugió a sus soldados—. ¡Podéis resistir y luchar, o huir y morir! ¡Matad a esos bastardos antes de que os maten! —A los aterrorizados ballesteros, les gritó—. ¡Derribad a esas malditas bestias voladoras con vuestras saetas!

Una vez más, los defensores redoblaron sus esfuerzos bajo el azote de la lengua de Darkblade, pero Malus supo que no podría mantener las cosas en ese estado durante mucho tiempo. Otro revés importante, y la batalla se convertiría en una desbandada general.

Una forma larga y delgada, con seis patas y un abierto orificio ribeteado de dientes en lugar de cabeza trepó con sus zarpas por encima del cadáver del mercenario que estaba más cerca de Malus y se lanzó hacia él. El noble rugió una maldición y ensartó a la monstruosidad con la punta de una de sus espadas, para luego arrojarla, entre chillidos, por encima de las almenas. Las criaturas aladas volvieron a atacar, pero en esta ocasión varias cayeron del aire con saetas de ballesta clavadas en los pálidos cuerpos. Malus le cortó un ala a otra al pasar, y la criatura salió despedida de cabeza hacia una pared lateral del reducto, contra la que se estrelló. Otra levantó a uno de los druchii del parapeto, pero esta vez cayeron hacia el suelo tanto el druchii como el monstruo, este último con la daga del mercenario clavada en el pecho.

Malus sintió que la batalla comenzaba a volverse a favor de los defensores. Ya no pasaban más criaturas veloces por encima de las almenas, y los mercenarios estaban replegándose y atacando en grupo a los monstruos que quedaban.

Entonces, oyó el lamento procedente del otro lado de la muralla, y el corazón le dio un vuelco. Se había olvidado de los monstruos de gran tamaño.

Malus corrió hasta las almenas y se asomó a mirar, y volvió a retirarse con la misma rapidez. Uno de los monstruos estaba casi al alcance de la mano, y dejaba un rastro de baba amarilla al reptar muralla arriba. La segunda criatura se había aplastado contra la pared del reducto para evitar los disparos de los lanzadores de virotes, y casi había llegado también a lo alto de la muralla. Malus dio golpes de frustración sobre las almenas. No podía imaginar que nada inferior a un proyectil de fuego de dragón pudiera destruir a unas criaturas tan grandes como aquéllas.

Su mirada se desvió hacia la puerta del recinto, que estaba abierta. Tal vez no necesitaría para nada los lanzadores de virotes.

Entró precipitadamente en el reducto. Los dos centinelas que normalmente montaban guardia ante la puerta habían huido, evidentemente, o tal vez habían resultado muertos en el parapeto cuando las bestias del Caos habían atacado por primera vez. Recorrió unos metros de pasillo a la carrera hasta encontrar un barril de agua que contenía un par de largos proyectiles rematados por una esfera de vidrio llena de aliento de dragón. Sacó del agua los dos virotes parecidos a lanzas, con mucho cuidado para que no entrechocaran, y luego dio media vuelta y regresó por donde había llegado.

Nuarc lo esperaba cuando salió por la puerta, y retrocedió, sobresaltado.

—¡En el nombre del Asesino, ¿qué estás haciendo con eso?! —exclamó.

—Ocupándome de unas molestias —replicó Malus justo cuando el primero de los monstruos aparecía en el borde de las almenas con un rugido.

—¡Atrás! —les chilló Malus a los mercenarios que estaban cerca, y que en ese momento caían unos sobre otros al intentar escapar de las extremidades que el monstruo agitaba.

Luego, cogió uno de los proyectiles como si fuera una jabalina, avanzó dos pasos con rapidez y lo lanzó contra un costado de la criatura.

El proyectil cabeceó en el aire al atravesar la corta distancia que lo separaba de su objetivo. Con una rapidez superior a la que Malus hubiera creído posible, la bestia vio llegar el proyectil y lo golpeó en pleno vuelo con un barrido de una de sus extremidades parecidas a guadañas, pero rompió el globo de vidrio de la punta y se regó ella misma con el llameante líquido. Chillando y pataleando de dolor, el monstruo chisporroteó como grasa arrojada al fuego, cayó de las almenas y se precipitó hacia el suelo como un cometa.

Cuando el primer monstruo aún caía por el aire, Malus cogió el segundo proyectil y se asomó con cautela por el borde de las almenas. Un par de extremidades como guadañas lo atacaron de inmediato, y erraron su cara por pocos centímetros. El monstruo se encontraba a poco más de seis metros, haciendo chasquear las fauces y ondulando inexorablemente muralla arriba. Con una sonrisa cruel, el noble se mantuvo firme y apuntó con cuidado. Lo único que realmente tuvo que hacer fue dejar caer el proyectil sobre la criatura, y al cabo de un momento también ella ardía en un grasiento montón al pie de la muralla.

La última de las bestias más pequeñas se llevó consigo a uno de los mercenarios al morir: en un punto de la muralla situado más adelante, uno de los druchii cayó de las almenas con un alarido, aunque apuñalando a la criatura que estaba perforándole el pecho. Malus observó cómo la bestia y su víctima caían hacia la muerte, y elevó una silenciosa plegaria a la Madre Oscura para agradecerle que fuera la postrera.

Recostado contra las almenas, Malus recorrió con los ojos la carnicería que se extendía por el largo lienzo de la muralla que tenía delante. Por todas partes, había

cuerpos y trozos de cuerpos en medio de charcos de sangre que se coagulaba y de licor maloliente. Los mercenarios ayudaban a levantar a sus camaradas heridos, pero eran demasiado pocos. Menos de tres minutos antes había habido sesenta y cinco mercenarios luchando junto a él, y ahora se veía en dificultades para contar más de treinta que aún respiraran. Observó a los vapuleados mercenarios por si veía a Hauclir, y encontró al antiguo capitán de su guardia personal al final de la línea, trabajando con ahínco para lograr que los soldados se prepararan por si se producía otro ataque.

Nuarc estaba a pocos pasos de distancia, con la espalda contra la pared del reducto, donde limpiaba fluido oscuro de la hoja de la espada con un trozo de tela basta.

—Nos ha faltado muy poco —dijo el señor de la guerra—. Ha sido una inspirada locura esa de ir a buscar esos proyectiles de aliento de dragón. Nunca antes lo había visto hacer.

Malus sonrió con cansancio, y estaba a punto de responder cuando un cuerno de guerra tocó una nota aguda e insistente en el cuerpo de guardia. Nuarc se puso rígido, y Malus vio el más breve destello de miedo en sus ojos oscuros.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Maldiciendo por lo bajo, Nuarc dejó caer el trapo y corrió unos pocos metros a lo largo del adarve. Malus se unió a él y siguió la mirada del señor de la guerra hasta la matanza que se desarrollaba a lo largo de la sección de muralla siguiente.

Por encima de las almenas pasaban manadas de bestias del Caos como una marea destellante, corrían por encima de los cadáveres desgarrados de los defensores y bajaban en muchedumbre por las largas rampas hacia el interior de la ciudad. Al otro extremo del lienzo de muralla, dos de los enormes monstruos del Caos estaban golpeando e intentando forzar la puerta de hierro que daba paso al cuerpo de guardia.

Detrás de los monstruos, con las espadas gemelas manchadas de sangre en las manos, estaba el paladín de Nagaira.

La figura con armadura se encontraba rodeada por bestias del Caos más pequeñas que daban vueltas alrededor de los talones como sabuesos de caza. Peor aún, más de una docena de acorazados guerreros del Caos se encontraban de pie y preparados sobre las murallas, detrás del paladín, esperando a que la puerta fuese derribada.

Mientras Malus observaba, una media docena de pesadillas aladas ascendió desde la base de las murallas batiendo sus pesadas alas, cada una con un guerrero con armadura cogido en las patas.

A Malus se le cayó el alma a los pies. El ataque contra su lienzo de muralla no había sido más que una finta destinada a mantenerlos ocupados para que no pudieran ir a defender el cuerpo de guardia. ¡Habían vuelto a superarlo en astucia!

—¡Hauclir! —bramó—. ¡Haz formar a tus lobos! ¡Ahora! Tenemos que llegar al

cuerpo de guardia...

—No hay tiempo, maldición —lo interrumpió Nuarc con la voz tensa de enojo—. Tus soldados están agotados, y el enemigo ha establecido una posición firme. Os harán pedazos antes de que os acerquéis siquiera al cuerpo de guardia.

—Puedo conseguir más proyectiles de...

—¿Y hacer qué? ¿Lanzárselos al enemigo y luego meterte entre las llamas? ¡Ten un poco de sensatez, muchacho! —le espetó Nuarc—. ¿Recuerdas lo que dije sobre que la muralla interior es más fácil de defender? Tenemos que retroceder ahora, antes de que esos bastardos logren abrir la puerta exterior, o no lo conseguiremos. ¡Vamos!

Sin aguardar réplica alguna, Nuarc dio media vuelta y avanzó apresuradamente a lo largo de la muralla, mientras gritaba a los mercenarios que lo siguieran. Las ratas portuarias, ya al límite de su resistencia, estaban demasiado ansiosas por escapar. Malus dedicó un momento a mirar con odio al paladín enemigo, que llevaba encima lo único que el noble necesitaba para recuperar su alma, y que parecía capaz de frustrarlo a cada paso.

Mientras miraba con ferocidad al demonio con armadura, el paladín se irguió y, como si pudiera leer los pensamientos del noble, giró la cabeza cubierta por el yelmo para devolverle la mirada.

Malus alzó una espada y apuntó con ella al paladín.

—Esto no ha acabado aún —le dijo al funesto guerrero, y luego se tragó la amarga furia y dio media vuelta para seguir a Nuarc a paso rápido.

* * *

—¡Primero perdimos un millar de soldados, y ahora nos cuesta la muralla exterior de la fortaleza! —gritó Isilvar, señalando a Malus con un dedo acusador—. Ya os lo dije, de alguna manera, está confabulado con Nagaira. ¿De qué otro modo puede explicarse una incompetencia semejante?

El vaulkhar y los tres drachau estaban sentados en sillas de respaldo alto con cojines de terciopelo, en una sala de audiencias menos ostentosa que la magnífica

cámara de la base de la Torre Negra. Ante ellos, sobre la gran mesa con superficie de mármol, había los restos del suntuoso almuerzo, ahora prácticamente olvidados tras el desastre del día. El señor Myrchas estudió a Malus con frialdad, mientras hacía rodar una uva tileana entre sus pálidos dedos. El Señor Brujo, Balneth Calamidad, hizo como que estudiaba el mapa de pergamino de la fortaleza interior que habían extendido sobre la mesa, aunque estaba abierto a discusión cuánto de él podía ver entre las bandejas, copas y trozos de comida. El señor Dachuar, de Ciar Karond, rió entre dientes ante la invectiva de Isilvar, y bebió otro sorbo de vino.

Sentado en las sombras que había detrás de los cuatro señores, se encontraba el propio Malekith, con las puntas de los dedos de ambas manos unidas, mientras la roja luz salía por los orificios oculares de su yelmo astado. El Rey Brujo no había dicho ni una sola palabra desde que Malus había sido llamado para hacer su informe. El noble permanecía de pie, desafiante, ante el otro extremo de la larga mesa, con Nuarc detrás, a escasa distancia. Guardias y servidores se movían en silencio en torno al perímetro de la sala; en el extremo norte había una alta entrada en forma de arco que daba a un estrecho balcón que dominaba la muralla interior y la ciudad que se extendía al otro lado de ella. Hauclir estaba de pie junto a la arcada abierta, limpiándose las uñas ociosamente con un cuchillo pequeño, y repartiendo su atención entre los acontecimientos del exterior y el interior.

—No me había dado cuenta de que se me había encomendado personalmente el mando de las defensas de la muralla exterior —siseó Malus.

A diferencia de los nobles ricamente ataviados, había acudido a la sala de audiencias tras haber encontrado dentro de la ciudadela un sitio para los mercenarios supervivientes. Aún iba principalmente revestido de acero, sangre y negro icor.

—Tal vez eso explica por qué nadie de los que estaban en la muralla exterior tenía la más remota idea de qué estaba sucediendo, y también explica por qué no se les proporcionó mando ni instrucción algunos después de que cayera la puerta norte. Ciertamente explicaría por qué mi sección de la muralla no recibió ni comida, ni munición, ni la visita de los enfermeros en ningún momento de los dos días ininterrumpidos que yo y mis hombres pasamos haciendo guardia allí. Vaya, ojalá lo hubiese sabido, querido hermano. ¡Tal vez podía haber salvado la muralla, y sólo la Madre Oscura sabe a cuántos de nuestros soldados!

La retirada a la muralla interior había comenzado, en efecto. La guarnición de la Torre Negra estaba familiarizada con los planes de dicha maniobra, que había trazado el señor Kuall, el vaulkhar anterior, e incluso la habían ensayado con regularidad. Pero una vez que cayó la puerta y la horda del Caos entró sin impedimentos en la ciudad, la confusión y el pánico se hicieron pronto dueños de la situación. Sin una cadena de mando clara, no había nadie que organizara una retaguardia que contuviera a los atacantes para que el resto pudiera ponerse a salvo. Peor aún, los regimientos del

ejército de Malekith tuvieron que habérselas con su propio conjunto de órdenes conflictivas procedentes de cada drachau en particular, que les ordenaban pensar primero en sí mismos y luego en todos los demás, en el caso de que lo hicieran. La retirada pronto se convirtió en un sálvese quien pueda. Los regimientos procedentes de una misma ciudad permanecieron juntos y dejaron atrás a sus rivales. Regimientos enteros fueron aislados en la ciudad y aniquilados, mientras que corrían rumores de al menos tres casos en los que regimientos druchii habían luchado entre sí por la oportunidad de huir del enemigo.

Nuarc y Malus habían hecho lo que habían podido: reuniendo unidades perdidas, habían formando una retaguardia *ad hoc* que había logrado mantener despejada la avenida central ante la puerta interior durante unas tres horas, antes de verse obligada a retirarse. En ese momento, Malus no sabía si habían hecho algún bien o no. Ahora caía la noche, y al noble le resultaba difícil creer que había estado de pie sobre la muralla exterior apenas ocho horas antes. Se sentía más cansado que nunca en la vida, y en ese instante no había nada en el mundo que quisiera más que tener la oportunidad de pillar a su hermano y desgarrarle la garganta con las manos desnudas.

Isilvar miró los ardientes ojos de Malus, sin inmutarse.

—Continúa siendo un hecho que tú estabas sobre la muralla; en efecto, según tu propio informe, durante todo el tiempo estuviste en el lienzo de muralla adyacente a aquel en el que se produjo el principal ataque enemigo. Y sin embargo, no hiciste nada por impedirlo, cosa que resulta bastante interesante.

—Estaba en medio de una batalla —le contestó Malus—. ¿Dónde estabas tú? ¿Dentro de la bañera? ¿Haciéndote limar los dientes? Eres el maldito vaulkhar de Hag Graef, el señor de la guerra más poderoso de la más poderosa ciudad de Naggaroth. ¿Sabes siquiera usar esa espada que llevas?

Isilvar se puso en pie de un salto mientras los oscuros ojos le destellaban.

—Podría demostrártelo, si quieres.

—Ya tuviste oportunidad de demostrármelo en la cámara de culto de debajo de la torre de Nagaira —replicó Malus con una sonrisa malvada—. Pero entonces huiste como un ciervo asustado. ¿Te dijiste a ti mismo que escapabas por el bien de Slaanesh y su culto, o te ahorraste las convenientes excusas para más tarde? —Se inclinó sobre el borde de la mesa—. Yo diría que si aquí hay alguien familiarizado con el acto de conspirar con Nagaira, ése eres tú.

El vaulkhar se puso pálido, aunque Malus no estaba del todo seguro de si era debido a la rabia o al miedo.

—Tú..., tú no tienes ninguna evidencia de nada semejante —dijo con voz ronca, mientras se llevaba inconscientemente una mano a la garganta.

—¿Quieres poner a prueba esa afirmación, querido hermano? —preguntó Malus con una sonrisa cruel danzando en las comisuras de su boca. Reparó en que Myrchas,

Calamidad y Dachuar dirigían largas miradas a la temblorosa figura del vaulkhar.

Al otro lado de la sala de suelo de mármol, Hauclir se aclaró la garganta. Cuando Malus no reaccionó, lo intentó otra vez, ahora con más fuerza.

El noble se volvió a mirarlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con tono gélido.

—Bastante bien, mi señor —dijo al mismo tiempo que se erguía. El antiguo capitán de la guardia hizo un gesto hacia el balcón con el cuchillo—. Creo que aquí fuera hay algo que podrías querer ver.

—¿Te parece que estoy ocupado, Hauclir? —le espetó Malus a la vez que indicaba a los nobles reunidos con un brusco barrido de una mano.

—Por supuesto, mi señor, pero...

—¿Puede esperar?

Hauclir frunció el ceño.

—Bueno, supongo que sí —dijo.

—¡En ese caso, moléstame con ello más tarde! —respondió el noble, con expresión exasperada.

El antiguo guardia se cruzó de brazos, miró a su antiguo señor con el ceño fruncido, y luego se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo, y volvió a la arcada abierta.

Malus se volvió otra vez hacia el hermano, mientras intentaba recuperar su línea de pensamiento. Isilvar continuaba mirándolo con ferocidad desde el otro lado de la mesa, con la mano sobre la empuñadura de la espada. «Su cara parece un pelín más serena ahora», advirtió el noble, que frunció el ceño.

Pero antes de que pudiera continuar, se produjo una detonación atronadora que entró por la arcada que había junto a Hauclir. Todos, menos Malekith, saltaron a causa del sonido.

Malus miró a Hauclir con preocupación.

—¿Qué ha sido eso, en el nombre de la Oscuridad Exterior? —gritó.

El antiguo guardia le dedicó a Malus una mirada sardónica.

—Evidentemente, nada que tenga importancia —dijo, malhumorado.

Gruñendo, Malus corrió hacia la arcada, con Nuarc a su espalda. Incluso Isilvar y los drachau se levantaron de las sillas y atravesaron cautelosamente la sala.

Malus salió al balcón, no sin haberle echado una mirada feroz, al pasar, a su impertinente antiguo guardia, y desde una vertiginosa altura bajó los ojos hacia la parte superior de la muralla interior y las destellantes filas de soldados reunidos para defenderla. Al otro lado, se extendían las calles atestadas de cadáveres y los humeantes edificios de la ciudad exterior, que hervían de bandas de saqueo formadas por hombres bestia y bárbaros borrachos.

No obstante, en una amplia plaza situada a pocos centenares de metros de la

puerta de la muralla interior, Malus vio un espectáculo que hizo que su corazón diera un vuelco. Largas filas de hombres bestia remolcaban con gran esfuerzo un par de enormes catapultas por la larga avenida, para colocarlas en posición de tiro junto con una tercera máquina de asedio, cuyo brazo ya estaba siendo echado atrás para efectuar otro disparo. Un sudario de polvo que flotaba en el aire por encima del cuerpo de guardia señalaba el pretendido objetivo de la catapulta.

Junto a Malus, Nuarc soltó una maldición en voz baja.

—Tienen que haber estado montándolas a cubierto de esa maldita oscuridad —murmuró—. Tu hermana tiene más recursos de los que yo imaginaba.

—Carece de experiencia marcial, pero ha leído mucho —asintió Malus, ceñudo—. ¿Crees que pueden derribar el cuerpo de guardia con esas cosas?

El señor de la guerra gruñó.

—Claro que pueden. Lo único que necesitan es tiempo y municiones, cosas que parecen tener en abundancia.

Malus reprimió una ola de frustración. Nagaira no iba a darle la oportunidad de recuperar el aliento ni por un instante. No tuvo que considerar la situación durante mucho tiempo antes de darse cuenta de qué debía hacerse. Giró sobre sus talones para regresar al interior de la sala. Isilvar y los drachau retrocedieron cuando entró a grandes zancadas, como si fuera portador de algún tipo de peste.

El noble se volvió a mirar al señor Myrchas.

—¿Hay algún túnel?

—¿Túnel? ¿Qué quieres decir?

—¿Hay algún túnel que comunique la ciudadela con la ciudad exterior? —le espetó Malus—. Estoy seguro de que debe existir un camino mediante el cual realizar incursiones en el caso de que el enemigo logre abrir brecha en la muralla exterior.

El drachau de la Torre Negra comenzó a hablar, y luego se calló. Frunció el ceño con perplejidad.

—¡Por la Madre Oscura, Myrchas! ¿No lo sabes?

Antes de que el drachau pudiera quedar aún peor, Nuarc habló.

—Existe un túnel así. Lo vi en una ocasión, cuando estaba estudiando los planos de la ciudadela.

El noble asintió con brusquedad.

—Bien, entonces. Abre la marcha, mi señor —dijo a Nuarc, para luego hacerle un gesto a Hauclir—. Vayamos a buscar a los demás.

Pero una figura con armadura se interpuso en el camino de Malus. Isilvar se encontraba casi nariz con nariz con su medio hermano.

—¿Y adonde crees que vas? —dijo con la mano en la empuñadura de la espada.

Furioso, Malus avanzó y aferró con una mano el brazo de la espada de Isilvar por la muñeca, a la vez que lo empujaba con fuerza con la otra. El vaulkhar cayó en un

indigno montón, con la espada envainada enredada debajo de sí mismo.

—Mientras el resto de vosotros os quedáis aquí sentados, pelando uvas y riñendo como niños, yo voy a ocuparme de esas catapultas —gruñó—. No me cabe duda de que ya habréis inventado un nuevo conjunto de excusas para explicar vuestras limpias manos y vuestros débiles corazones para cuando yo regrese.

La cara de Isilvar se puso blanca de furia, pero no replicó. Malus le dedicó a su medio hermano un saludo burlón, y luego, mirando con ferocidad a los drachau reunidos, le hizo un gesto a Nuarc para que abriera la marcha y lo siguió fuera de la sala.

Entre tanto, en las sombras, el Rey Brujo, observó marchar a Malus y se reservó su juicio para sí.

18. Aliento de dragón

—¡Ah, por el amor de la Madre Oscura! —siseó Hauclir con exasperación, mientras mantenía abierta la pequeña bolsa de arpillera para que los mercenarios vieran el tintineante contenido—. ¿Cuál de vosotros, atontados pensó que era buena idea permitir que Diez Pulgares llevara las bombas incendiarias?

Los mercenarios intercambiaron miradas avergonzadas. A la luz de la única lámpara bruja que llevaba Malus, los tres mercenarios parecían espectros traviesos. Bolsillos le sonrió afectadamente al antiguo capitán de la guardia.

—A Diez Pulgares sólo se le caen las cosas que intenta robar —dijo la jugadora en voz lo bastante alta como para que sus palabras se transmitieran a lo largo de la línea de soldados que aguardaban—. Además, calculamos que si se prendía fuego, nadie lo echaría de menos.

Susurrantes risas reprimidas sonaron por toda la línea. Incluso a Malus le costó no sonreír abiertamente. Se encontraban a seis metros bajo tierra, en el extremo más lejano de un túnel de un kilómetro y medio que iba desde la ciudadela a la ciudad exterior, y salía justo en medio de la horda del Caos sedienta de sangre. El túnel parecía bien construido, con piedras cuadradas oscurecidas por zonas de musgo y que goteaban fanguillo, pero todos contemplaban con evidente preocupación las vigas transversales que soportaban el techo bajo. Incluso los débiles intentos humorísticos eran bien recibidos.

—Para ti es fácil decirlo, Bolsillos. A ti no te debe dinero —replicó Hauclir.

Con cuidado, metió una mano dentro de la bolsa y sacó los globos de aliento de dragón de uno en uno. Cada esfera de vidrio estaba envuelta en gruesas capas de algodón para ocultar el característico resplandor verde y mantener a salvo el volátil contenido. Repartió las bombas incendiarias entre los miembros del grupo; le entregó una a Bolsillos, otra a Cortador y otra a Malus, y se quedó con una para sí. Luego, con una expresión de pura agitación, le devolvió una a Diez Pulgares. El joven ladrón de bolsas aceptó la mortífera esfera con la actitud de máxima dignidad ofendida que pudo adoptar.

—Yo me quedaré con una de más —dijo Malus al mismo tiempo que tendía una mano hacia delante—. Y no te preocupes por lo que pueda o no deberte.

—Muy bien, mi señor —replicó Hauclir, y le entregó el globo.

El noble colocó cuidadosamente las esferas en el fondo de una bolsa que llevaba sujeta al cinturón, y luego miró a los miembros del grupo de incursión, uno a uno. Había sólo siete mercenarios, contando a Hauclir. Malus pensaba que un grupo pequeño tenía mejores probabilidades de acercarse lo bastante a las máquinas de asedio como para arrojarles las esferas, y luego escabullirse en medio de la confusión. Tres de los mercenarios llevaban ballestas, y Malus se las había arreglado para

apropiarse de una en la armería de la ciudadela. Hauclir le había asegurado que tanto Cortador como Bolsillos eran buenos con el cuchillo y de pies ligeros.

—Muy bien —dijo el noble al mismo tiempo que se volvía y alzaba la lámpara de luz bruja para iluminar el estrecho pozo de ascenso situado al final del túnel.

En la tierra apisonada se habían clavado herrumbrosos escalones de hierro que formaban una escalerilla por la que llegar a la superficie.

—Según Nuarc, esto va a salir a un almacén del distrito de los fabricantes de armaduras. Cuando estemos en la superficie, nada de luces ni de charlas innecesarias.

Bolsillos le dedicó a Malus una lenta sonrisa y un guiño femenino. Al noble, su piel de alabastro y afilados rasgos le recordaban a una maelithii. Los ojos negros y dientes afilados no ayudaban, precisamente.

—No te preocupes, mi señor —dijo con áspero acento portuario—. Tenemos un poquitín de experiencia en este tipo de cosas.

—Salvo que, por lo general, rompemos cerraduras para entrar en los almacenes, no para salir de ellos —matizó Diez Pulgares. Era el más joven de los mercenarios, con una larga cara flaca y grandes y nerviosos ojos.

—Pongámonos a ello —gruñó Cortador, que flexionó las manos enguantadas. El asesino era más bajo que la media de los druchii, y de piel ligeramente más oscura, lo cual le confería una apariencia exótica. Tenía la cara marcada por una enfermedad eruptiva que había sufrido de niño, y su oreja derecha parecía haber sido mordisqueada por ratas. Hasta donde Malus podía ver, también iba desarmado; no veía un cuchillo por ninguna parte sobre el cuerpo del druchii.

Malus inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—Cortador, Bolsillos, vosotros primero. Mirad qué hay ahí arriba y volved a informar.

Cortador se encaminó directamente hacia los escalones y subió con rapidez por el pozo. Bolsillos se movió con un pelín más de cautela, y siguió al asesino con lentitud. Mientras los dos mercenarios subían por el pozo, Malus apagó la luz bruja y la dejó con cuidado sobre el suelo del túnel. Luego, volvió la cabeza en dirección a Hauclir.

—Ahora, sólo esperemos que no haya un cajón de barras de hierro sobre la trampilla —murmuró.

Aguardaron en silencio y absoluta oscuridad, respirando con suavidad y escuchando por si percibían el más leve sonido. En lo alto, Malus creyó oír el débil chirrido de una puerta y apagados ruidos distantes. ¿Voces, tal vez? Contuvo el aliento. ¿Habría guerreros del Caos dentro del almacén?

Los levísimos ruidos cesaron y se impuso el silencio.

Mientras la oscuridad y la quietud lo envolvían como un sudario, Malus quedó a solas con sus pensamientos... y con la presencia del demonio.

Privado de distracciones sensoriales, el noble tenía una percepción aguzada de su

propia forma física. De modo súbito sintió el peso de la fatiga que cargaba sus hombros y le enturbiaba la mente. Sentía hambre, y dolor en media docena de heridas menores, pero como sensaciones eran frías y un poco distantes, igual que si las percibiera desde el otro lado de una pared de piedra.

Flexionó las manos y sintió cómo rozaban contra el interior de los guanteletes, pero también esa sensación fue difusa. Alarmado, alzó una mano para tocarse la cara, y sintió la presión de las frías puntas de acero de los dedos del guantelete como si tuviera la mejilla entumecida. Se le aceleró el corazón de miedo, y sintió que el demonio se movía ligeramente a modo de respuesta. Esa vez, sin embargo, no fue la sensación de que unas serpientes se le enroscaban dentro del pecho; sintió que se movía por todo su cuerpo como un leviatán que se le deslizaba bajo la piel.

No era una barrera lo que separaba a Malus de su propio cuerpo: era el propio Tz'arkan quien lo hacía. El control que el demonio tenía sobre él era mucho más absoluto de lo que se había atrevido a imaginar. Era como si sus papeles se hubieran invertido, y ahora él fuera el espíritu desposeído que acechara dentro de un cuerpo que no le pertenecía.

La presencia del demonio disminuyó de inmediato, como un depredador que se detuviera cautamente en medio de un paso. Malus apretó los dientes y se obligó a calmarse, a enlentecer el irregular batir de su corazón. Tz'arkan estaba prestando atención a sus reacciones. Resultaba evidente que el demonio no quería que él conociera la extensión del control que tenía. Pero ¿por qué?

La respuesta se insinuó de inmediato: por la Espada de Disformidad. Tenía el poder de contrarrestar la influencia del demonio. Sin duda, Tz'arkan temía que si él se daba cuenta de cuánto control tenía sobre él, eso lo impelería a empuñar otra vez la espada ardiente. Mientras la Espada de Disformidad permaneciera dentro de la vaina, en el lomo de Rencor, el demonio tendría la ventaja, y según comprendió el noble con creciente horror, más libertad de acción de la que tendría en caso contrario.

«Las pesadillas, —pensó—. ¿Y si no estuviera deambulando en estado de sonambulismo? ¿Y si fuera el demonio el que me moviera por ahí como si fuera una marioneta?»

De repente, se oyó un grito apagado procedente de arriba, y el sonido de unos pies que corrían. Malus percibió un alarido estrangulado que pareció sonar justo encima de su cabeza, y luego algo de metal bajó repiqueteando y chocando por el pozo de seis metros, arrancando chispas a los escalones. Malus y los mercenarios mascullaron maldiciones cuando el objeto se estrelló contra el suelo del túnel con un golpe sordo, junto a una bota del noble.

Malus se inclinó y palpó el suelo en busca del objeto. Sus dedos protegidos por el guantelete tintinearono suavemente contra algo de metal, y luego la mano encontró la empuñadura de una espada.

En lo alto se oyeron suaves sonidos de movimiento.

—Todo despejado —susurró Bolsillos.

El noble alzó la mirada hacia la oscuridad, con el ceño fruncido.

—¿Tiene algún sentido susurrar ahora? —preguntó con voz normal.

—No lo sé. Tal vez. —La jugadora hablaba con tono defensivo—. No se puede ser demasiado cuidadoso, ¿verdad?

—Evidentemente, no —le gruñó Malus—. Ahora subimos. Entretanto, intentad no dejar caer nada sobre nuestras cabezas.

El noble tomó la delantera. Cogió con una mano uno de los escalones de hierro y comenzó a ascender lentamente hacia la cavernosa oscuridad. Sus manos parecían encontrar los escalones sin esfuerzo, y entonces se preguntó si el demonio no estaría guiándole sutilmente las manos, usando sentidos que escapaban a su comprensión.

Al aproximarse a la superficie, Malus descubrió que la oscuridad disminuía un poco a causa de un débil resplandor anaranjado que marcaba líneas duras y siluetas negras en la lobreguez. Halló el borde superior del pozo, y al impulsarse fuera del agujero, encontró la forma oscura de Bolsillos esperándolo a pocos pasos de distancia. Grandes cajones, muchos llenos de lo que parecían barras y láminas de metal, se encontraban dispuestos en ordenadas hileras alrededor de la oculta trampilla. Junto a Bolsillos yacía el cuerpo de un bárbaro, con las manos cubiertas de cicatrices aparentemente tendidas hacia el pozo abierto.

—Encontramos a un grupo de estos animales atiborrándose de carne junto a un pequeño fuego que habían encendido al otro lado de esos cajones —susurró la druchii—. Cortador y yo nos los cargamos a todos, pero éste debía de haberse marchado a mear a alguna parte. Fue su espada la que cayó por el pozo.

Malus se irguió y miró a mi alrededor. Se encontraban cerca del frente del edificio, y el resplandor anaranjado que habían visto antes procedía del pequeño fuego que habían encendido los bárbaros, y de la oscilante luz de hogueras mucho más grandes que entraba a través de las enormes puertas abiertas del edificio. Malus atravesó silenciosamente el abarrotado espacio y se asomó con cautela al exterior. Al caer la noche, la horda del Caos había encendido hogueras por toda la ciudad exterior, y columnas de fuego y humo ascendían en el aire desde los almacenes que había dispersos por los distritos de la ciudad. Un viento tibio y fuerte susurraba en los aleros del almacén animados por las agitadas columnas de fuego que proyectaban sombras movedizas, y Malus creyó oír los débiles gritos de la horda que celebraba su victoria, transportados por el viento cálido.

Por el momento, las calles cercanas parecían estar desiertas. Malus suspiró de alivio, y se volvió a mirar a Bolsillos.

—¿Cuántos bárbaros había?

—Cinco, contando a éste —replicó ella.

El noble asintió con la cabeza.

—Quitadles las capas y las pieles. Las necesitaremos.

En el momento en que Bolsillos se ponía manos a la obra, el primero de los mercenarios salía del pozo. Malus montó guardia en el entretanto, mientras repasaba una vez más su plan de batalla para buscar en él posibles puntos débiles. Después del desastre del norte, estaba decidido a no volver a manchar su honor con otra costosa derrota.

Al cabo de unos minutos, Hauclir se hallaba de pie a su lado.

—Estamos preparados, mi señor —dijo en voz baja.

Malus asintió con la cabeza y retrocedió para reunirse con los soldados. Se inclinó para recoger el primer conjunto de pieles de la pila que habían formado Cortador y Bolsillos.

—Hauclir, tú y los ballesteros poneos esto —dijo mientras se cubría los hombros con la piel maloliente—. Bolsillos, Cortador y Diez Pulgares permanecerán en medio del grupo.

Los labios de Hauclir se fruncieron con asco, pero se inclinó obedientemente y cogió una capa manchada de sangre.

—Esto no va a engañar a nadie.

—Si mantenemos las distancias, debería bastar —le respondió Malus—. Sólo tenemos que parecemos lo bastante en la oscuridad como para no levantar ninguna sospecha hasta que lleguemos a la plaza.

Una vez que Hauclir y los ballesteros estuvieron cubiertos por las prendas de los bárbaros, el grupo de incursión se puso en marcha, avanzando con sigilo por las oscuras calles atestadas de cadáveres. La salida del túnel estaba situada al sur de la ciudadela, así que se vieron obligados a dedicar casi tres horas a recorrer una ruta tortuosa en torno a la ciudad interior, hasta que pudieron aproximarse a distancia de ataque de las máquinas de asedio.

La horda del Caos había rodeado por completo la fortaleza interior como una nube de langostas enloquecidas. En algunas zonas de la ciudad, ardían incendios descontrolados, y bandas de aullantes hombres bestia y bárbaros arrasaban los distritos antes ordenados, saqueando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Alaridos de terror y dolor desgarraban la noche. El enemigo había tomado cientos de prisioneros después de caer la muralla exterior, y ahora saciaban con los cautivos sus bestiales apetitos de todas las horribles maneras posibles. El pequeño grupo de incursión pasó prácticamente inadvertido en medio de semejante pandemónium; sólo una vez se les acercó una banda de bárbaros lo bastante como para echarle una buena mirada al furtivo grupo, pero los mataron con disparos de ballesta antes de que pudieran lanzar un grito de alarma. Bolsillos, Cortador y Diez Pulgares les quitaron las pieles para ponérselas, y el grupo de incursión continuó su

camino.

Finalmente, justo pasada la medianoche, los mercenarios y Malus se encontraron al norte de la amplia plaza donde estaban las máquinas de guerra. Las enormes catapultas habían estado disparando sin descanso durante horas; cada una era del tamaño de una casa y descansaba sobre sólidas ruedas con llanta de hierro, y las diferentes piezas las sujetaban clavijas de hierro gruesas como espinillas. Casi cien esclavos se empleaban en cada máquina para echar atrás el enorme brazo hasta situarlo en posición de disparo, y otra cincuentena se dedicaba a cargar la máquina de asedio con rocas o escombros de muchas decenas de kilos. Los gruesos muros del cuerpo de guardia de la muralla interior y sus altas puertas se veían ya tocados. Nuarc había tenido razón; dado suficiente tiempo, las máquinas del Caos derribarían las fortificaciones.

«Desgraciadamente para ellos —pensó Malus con una sonrisa malévola—, el tiempo casi se les ha acabado.»

El grupo de incursión se había ocultado dentro de unas barracas situadas a dos manzanas al norte de la plaza, lo bastante cerca como para oír el chasquido de los látigos de los capataces y el golpe de las catapultas al disparar. Por última vez, Malus consideró las siguientes fases del plan. Todo parecía estar en su sitio. «Todo va de acuerdo con lo planeado —pensó el noble—. Obviamente, se me escapa algo.» Tras pensar durante un momento, llamó a Cortador con un gesto.

—¿Mi señor? —dijo el mercenario, al acuclillarse silenciosamente junto a Malus.

—Quiero que explores los alrededores de la plaza —dijo Malus—. Hasta ahora hemos tenido buena suerte, pero empiezo a preguntarme cuánta nos queda. Ve a ver si hay algo fuera de lo normal.

—Tienes razón, mi señor —gruñó Cortador, y se desvaneció oscuridad adentro.

Mientras tanto, los demás se instalaron en las sombras e hicieron lo que pudieron por descansar.

Pasó otra hora y media. La noche era cada vez más fría al aproximarse al amanecer, y sobre el adoquinado de fuera brillaba una fina capa de escarcha. A Malus le recordó el paso de las estaciones y los pocos granos de arena que quedaban en el reloj del demonio. «¿Estaré librando la batalla equivocada?», se preguntó. Allí estaba, arriesgando su vida por los defensores de la fortaleza, cuando debería haber estado buscando un modo de conseguir el Amuleto de Vaurog y escapar hacia el norte. Según estaban las cosas, le quedaban sólo unos días antes de comenzar a consumir el tiempo necesario para llegar hasta el lejano templo de Tz'arkan.

Por el momento, su apurada situación y la apurada situación de la fortaleza eran una y la misma. Mientras Nagaira y su paladín estuvieran rodeados por un ejército, estarían a salvo. Eso iba a tener que cambiar.

Hauclir y varios de los mercenarios dormían cubiertos por sus mugrientas capas

cuando Cortador regresó por fin y se instaló junto a Malus.

—Es una emboscada —dijo el druchii de rostro marcado por la erupción—. Hay un centenar de bárbaros que esperan en las barracas del lado oeste de la plaza, con centinelas apostados en el tejado.

Rumores de sobresalto pasaron entre los mercenarios. De repente, Hauclir estaba completamente despierto.

—¿Esperaban que atacáramos las catapultas?

—Claro que sí —dijo Malus mientras asentía con la cabeza para sí mismo—. Saben que no podemos permitirnos dejar que nos aporreen a discreción. Es posible que incluso esperaran que yo encabezara la incursión —comprendió Malus, de pronto—. Obviamente, es el tipo de cosa que yo haría. —Se frotó pensativamente el puntiagudo mentón—. Pero continuamos teniendo ventaja.

—Porque ahora sabemos dónde están los emboscados —asintió Hauclir.

—Exacto —replicó el noble. Volvió a mirar a Cortador—. ¿Todos los emboscados están en un solo edificio?

El asesino asintió con la cabeza.

—De no haber sido por sus centinelas, no habría sabido que estaban allí. Sin luces, sin fuego..., son un atajo de animales listos.

Malus pensó en el asunto. Había que tomar una decisión crucial.

—Muy bien —dijo, al fin—. Hauclir, llévate a Cortador y a los ballesteros, y dad un rodeo hasta el oeste. Cuando estéis en posición, matad a los centinelas, y luego atacad a los emboscados con el aliento de dragón que lleváis. Esto último será la señal para que nosotros atacemos las máquinas de asedio.

—¿La señal para nosotros? —dijo Bolsillos, mirando a Diez Pulgares—. ¿Nosotros tres?

—Un centenar de bárbaros cocinándose vivos deberían constituir abundante distracción —replicó Malus con frialdad—. La suficiente para que podamos entrar en la plaza y dar buen uso a nuestras esferas. Luego nos largamos en medio de la confusión y regresamos al túnel.

La mujer druchii sacudió la cabeza con horror.

—Imposible. Es un suicidio.

Pero Malus sonrió.

—En absoluto. Si hay algo que sé muy bien es que puede llegarse más lejos con la pura audacia que con cualquier otra cosa. Simplemente haced lo que yo haga, y saldremos con bien de ésta. —Sin esperar más protestas, le hizo un gesto de asentimiento a Hauclir—. Reúne a los tuyos y poneos en movimiento —dijo—. Os daremos media hora para situaros en posición.

Sin decir una sola palabra, Hauclir se puso de pie y les hizo un gesto a los ballesteros. Al cabo de unos minutos, Malus los vio desaparecer al otro lado de la

estrecha calle, adentrándose en un umbrío callejón que iba hacia el oeste.

Bolsillos y Diez Pulgares recogieron sus armas y se reunieron con Malus en la puerta.

—Está tan loco como tú, mi señor —dijo ella, haciendo con la cabeza un gesto en la dirección por la que se había marchado Hauclir.

Malus sonrió con tristeza.

—En otros tiempos, sirvió a un noble que era amante de los riesgos estúpidos, un completo chiflado. Supongo que eso le ha dejado huella.

La mujer druchii frunció el ceño.

—¿De verdad? Debería haberlo adivinado. ¡Qué mentiroso!

Malus le dirigió una mirada de perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

Ella se encogió de hombros.

—Nos contó que su antiguo señor era un héroe, tan malvado e inteligente como el que más.

La sonrisa del noble desapareció.

—No podría haber estado más equivocado —dijo, repentinamente incómodo—. Vamos. Tenemos que acercarnos más a la plaza.

Sin apartarse de las sombras, los tres druchii se escabulleron por la larga avenida en dirección a las máquinas de asedio. Filas de trabajadores esclavos iban y venían, arrastrando carros cargados de rocas destinadas a las grandes catapultas. Bárbaros a lomos de caballo azotaban a los esclavos y los instaban a avanzar con salvajes maldiciones. Siempre que uno de los bárbaros se aproximaba, Malus conducía a los mercenarios al interior del edificio más cercano, hasta que el jinete pasaba de largo.

Tardaron casi veinte minutos en recorrer las dos manzanas que los separaban del borde de la plaza. Allí aguardaba un pequeño grupo de bárbaros, vigilando ostensiblemente la entrada de la avenida, pero se pasaban saqueados pellejos de vino de mano en mano y se gruñían unos a otros en su bestial idioma. El noble condujo a los dos mercenarios al interior de un callejón cercano.

—Esperaremos aquí —susurró—. Preparad las esferas. Cuando empiece el jaleo, yo me ocuparé de la catapulta de la izquierda. Diez Pulgares, tú te quedas con la del medio, y para Bolsillos será la catapulta de la derecha. Apuntad a los tambores tensores; aunque tengan algún recurso mágico para apagar las llamas, el aliento de dragón debería quemar las cuerdas con la rapidez suficiente como para inutilizar las catapultas. Nos reuniremos al otro lado de la plaza e iremos hacia el túnel.

Y resultó que no les quedaba mucho por esperar. Desde la derecha les llegó una grandiosa exhalación de fuego y un coro de gritos enloquecidos, y de repente, los jinetes bárbaros pasaron corriendo en dirección a la plaza a la máxima velocidad de que eran capaces sus monturas.

—¡Ahora! —siseó Malus, y se precipitó hacia la calle, donde echó a correr tras los jinetes.

Veía un oscilante resplandor verde hacia el oeste, en la dirección del alboroto, y supo que Hauclir y sus mercenarios habían tenido un éxito brutal.

Los bárbaros que guardaban la entrada de la plaza se balanceaban sobre los pies y aullaban como muertos coléricos, desgarrados entre las órdenes recibidas y el instinto de correr a luchar. No les prestaron la más mínima atención a los jinetes ni al pequeño grupo de guerreros que los seguían. Los esclavos que se ocupaban de las máquinas de asedio habían sido separados en tres grupos por los furiosos capataces y conducidos a la parte posterior de la plaza, lejos de las catapultas que guardaban. Malus se volvió a hacerles un gesto de asentimiento a los mercenarios, y se dirigió directamente hacia la máquina de asedio que tenía a la izquierda, mientras sacaba de la bolsa una de las esferas.

Al pasar corriendo junto a una de las cuadrillas de esclavos, un capataz armado con un látigo se volvió y le gritó una pregunta en su áspero idioma. Malus continuó adelante y aceleró la carrera. Entre los dedos de su mano derecha brillaba luz verde.

El capataz volvió a chillarle, con un tono más cortante esa vez. Malus gruñó e hizo una mueca que dejó a la vista sus dientes. Sólo le quedaba una docena de metros por recorrer.

A pesar de lo rápido que era, Bolsillos lo era más. Al otro lado de la plaza se produjo un gran alboroto cuando la primera de las catapultas estalló en llamas. Coléricos gritos de alarma resonaron arriba y abajo entre los bárbaros. Echando la cautela por la borda, Malus corrió hacia su objetivo a la máxima velocidad posible.

El noble oyó detrás de sí un furioso grito, y el estruendo de unas botas claveteadas que corrían pesadamente tras él. Llegó a la parte posterior de la catapulta y continuó corriendo hacia el enorme mecanismo donde se enrollaba la cuerda en la parte delantera. Hacia la derecha, la segunda catapulta estaba bañada en una capa de llamas que crepitaban.

Justo en el momento en que llegaba al otro lado de la catapulta, un bárbaro del Caos saltó de detrás de la esquina y se interpuso en su camino, con dos hachas preparadas para golpear. Le disparó al gruñente hombre en la cara con la ballesta, y luego giró sobre sus talones y arrojó la esfera verde contra el enorme tambor en el que se enrollaba el cable.

El vidrio se hizo añicos y el líquido del interior se encendió con un rugido y un cegador destello verde. El aire pasó por Malus como la inhalación de un gigante, y durante un aterrador momento sintió que era atraído hacia el incendio. Dio un traspié, pero recobró el equilibrio y corrió hacia el otro lado de la plaza todo cuanto pudo.

A esas alturas, toda la plaza estaba brillantemente iluminada por luz verde. Un hacha arrojada por alguien pasó silbando junto a su cabeza, y él accionó con rapidez

el mecanismo de recarga de la ballesta. Las sombras lo llamaban desde veinte metros de distancia. En ese momento le parecían veinte kilómetros.

Pezuñas de bestias repiqueteaban sobre el adoquinado, a la derecha del noble. Un jinete espoleaba a su montura de ojos desorbitados directamente hacia él, con una pequeña lanza preparada para arrojársela. La saeta de la ballesta encajó en la ranura de disparo con un chasquido sonoro, y Malus se detuvo durante el tiempo justo para apuntar y disparar contra el pecho del bárbaro. El guerrero del Caos le arrojó la lanza en el mismo momento, y el arma impactó contra el hombro derecho de Malus, aunque rebotó sobre la armadura encantada. No obstante, el golpe fue lo bastante fuerte como para hacer que el noble diera media vuelta, momento en que se encontró retrocediendo con paso tambaleante ante casi una veintena de bárbaros que gritaban y se acercaban a la carrera, con las catapultas ardiendo a sus espaldas.

Al verle la cara, los dos que iban en cabeza echaron atrás las hachas y se las lanzaron. La primera erró, pero la segunda se estrelló contra un brazo del noble con la fuerza suficiente como para que le cayera la ballesta. Malus gritó una maldición e intentó manotear dentro de la bolsa para sacar la segunda esfera, pero renunció un momento después y se limitó a arrojarla con bolsa y todo hacia los enemigos que se aproximaban.

La bolsa voló por los aires y cayó a los pies del bárbaro que iba en cabeza. ¡Pero la esfera envuelta en capas de algodón y protegida por la gruesa arpillera no se rompió! Malus maldijo y manoteó en busca de una de sus espadas justo en el momento en que el bárbaro que iba en cabeza apartó la bolsa a un lado con una patada salvaje.

Se oyó una explosiva exhalación de aire. La banda de bárbaros desapareció en una ardiente detonación que absorbió incluso sus alaridos en un torrente de aire. Con una feroz sonrisa que dejaba ver sus dientes, Malus dio media vuelta y prácticamente se lanzó hacia las profundas sombras de un callejón del otro lado de la plaza.

Tragado por la bendita oscuridad, Malus escuchó los furiosos gritos de los enemigos que resonaban por todas partes. Chocaron hachas y espadas al volverse los guerreros de la horda los unos contra los otros a causa de la confusión. El sonido fue dulce para los oídos del noble.

Por encima del ruido del desorden que reinaba entre los enemigos, se alzó otro sonido, alto y penetrante como el silbido de una hoja afilada como una navaja. Los guerreros de la Torre Negra lanzaban aclamaciones.

19. Fantasmas en la oscuridad

Malus soñaba que caía hacia la oscuridad. Un viento frío, húmedo y mohoso como una sepultura soplaba contra la parte posterior de su cuello y le enredaba el cabello negro, mientras él se precipitaba al vacío. De vez en cuando, las puntas de sus pies y las puntas de los dedos de sus manos rozaban la apisonada tierra de las paredes del estrecho pozo. Con bastante frecuencia sentía que retorcidas raíces pasaban por sus dedos, pero nunca durante el tiempo suficiente como para atraparlas y salvarse.

Una lenta risa demoníaca resonaba en sus oídos mientras se precipitaba hacia el Abismo.

El impacto, cuando se produjo, los sobresaltó. Reverberó como el trueno en la ruidosa negrura, y tuvo la sensación de que todos los huesos se le hacían añicos como si fueran de cristal. Y sin embargo, no sintió dolor; sólo un frío que lo invadía poco a poco, que se propagaba por él como aceite.

No pudo calcular durante cuánto tiempo permaneció allí tendido. Sentía que del cráneo roto le caía un frío que se derramaba por la tierra, debajo de él. Quedó, allí tumbado, deseando morir, pero su cuerpo se negaba a rendirse a las heridas.

Luego, le rozó la cara otro viento, esa vez procedente de lo alto. Hedía a sangre, a enfermedad y a vicios corporales, a toda la depravación que Malus podía imaginar y más. Y entonces oyó la risa una vez más, y se dio cuenta de que procedía de él mismo.

Rodó hasta ponerse de rodillas, sintiendo que los huesos le abrían tajos por dentro como si fueran de cortante vidrio. Su estómago sufrió un espasmo y vomitó una sopa de líquido negro y órganos pulverizados sobre la invisible tierra. El viento le hacía cosquillas en el cuello como una amante, y con un gemido se puso trabajosamente de pie y comenzó a correr.

La risa resonó tras él.

—¡Me encanta cuando huyes! —dijo la voz del demonio a su espalda—. ¡Mira por encima del hombro, Malus! ¡Estoy justo aquí, detrás de ti!

Pero no se atrevía a mirar. Si volvía la cabeza, ni que fuera por un instante, sabía que Tz'arkan podría atraparlo. Mientras continuara corriendo estaría libre.

Malus daba traspiés y tropezaba ciegamente por el largo corredor, con las manos tendidas hacia delante. Se estrellaba a derecha e izquierda contra paredes de tierra apisonada, dura como piedra y que olía a sepultura. Astillas de hueso se le clavaban por dentro de la piel, la atravesaban y luego caían en chorros de fluido negro. Y sin embargo, continuaba corriendo, con el cuerpo unido por nada más que un pánico que lo galvanizaba, y una gélida locura.

Luego, sin previo aviso, llegó al fondo del pasadizo y se estrelló contra una inamovible pared de tierra. Fue lanzado al suelo por el impacto, pero la risa del

demonio lo hizo ponerse de pie al instante. Golpeó la pared con los lastimados puños; arañó la tierra de pétreo consistencia, hasta que se arrancó la carne de las puntas de los dedos. La risa se hacía más sonora en sus oídos, y el aire se volvió frío a su alrededor... y entonces una de sus agitadas manos se cerró en torno a algo duro y metálico, que sobresalía de la pared de tierra.

Un escalón de hierro. Lo reconoció de inmediato y comenzó a subir febrilmente, buscando el siguiente con mano frenética, y aferrándolo con una ola de alivio casi histérico. ¿Se encontraba dentro del túnel del subsuelo de la Torre Negra? ¿Tenía que ser así! Ese conocimiento aceleró aún más el ascenso, hasta que pareció que la risa que sonaba detrás de él comenzaba a desvanecerse. Tz'arkan, al parecer, no sabía cómo trepar. Una risilla demente escapó por sus labios manchados.

La trampa estaba exactamente donde había calculado que estaría. Malus la empujó y se abrió de golpe, y en ese momento una ola de cálida luz anaranjada entró en el pozo procedente del espacio de lo alto. Entonces, le tocó a él el turno de reír mientras salía a la superficie, desesperado por el resplandor de un fuego honrado.

En ese preciso instante, la mano se cerró en torno a su tobillo.

—Tú y yo no hemos acabado aún, Darkblade —siseó el demonio—. Te has entregado a la oscuridad, ¿recuerdas?

Lanzó un grito, pateó e intentó retirar la pierna, pero el demonio era mucho más fuerte. Lenta, inexorablemente, volvió a arrastrarlo hacia las sombras de abajo.

De pronto sintió que un par de brazos fuertes le rodeaban el pecho y tiraban de él hacia arriba como si fuera un niño. Tz'arkan resistió durante un momento, forcejeando en vano, y luego la férrea presa que le rodeaba el tobillo cedió. Podría habersele llevado el pie, pero en ese momento a Malus no le importaba.

Unas manos fuertes lo sacaron del pozo hacia la luz. El colgaba de esos brazos como un bebé, riendo y llorando de alivio. Una figura sombría avanzó hacia él, silueteada por el fuego. Una mano fría le acarició una mejilla y dejó líneas en la gruesa capa de fango que le cubría la piel.

—Ya estás aquí, amado —graznó la voz de Nagaira. Su media hermana sonrió, y regueros de porquería cayeron por encima de sus destrozados labios cuando se inclinó hacia él. Tenía la pálida piel veteada por palpitantes venas negras, y había sólo negrura donde debería haber tenido los ojos. Malus miró hacia el fondo de esos agujeros y se dio cuenta de que había cosas vivas dentro, seres más antiguos y vastos que el tiempo. Lanzó un alarido e intentó luchar, pero el paladín del Caos lo sujetaba por detrás, y sus manos con guanteletes apretaron los brazos de Malus hasta que entre los dedos revestidos de acero manó un viscoso líquido negro.

—Hemos recorrido un camino muy largo para encontrarte —le dijo Nagaira. Su aliento era frío y pútrido, como aire que escapara de un cadáver. El gélido vacío de sus ojos lo atraía—. Hay muchísimas cosas que quiero mostrarte. Muchísimas que

tienes que ver.

Entonces, los labios de ella cubrieron los de Malus, y él sintió el helado sabor de una podredumbre que se retorció contra su lengua cuando las cosas antiguas que había tras los ojos de Nagaira repararon por primera vez en Malus, y el mundo estalló en dolor.

Cuando abrió los ojos, Malus estaba tendido sobre un frío suelo de piedra, y le dolían los riñones como si se los hubieran pateado.

—Te pido disculpas por eso, mi señor —oyó que decía Hauclir—, pero me dejaste pocas alternativas.

Intentó moverse, y se encontró enredado en algo pesado y voluminoso. Con un gemido, rodó hasta quedar de espaldas y se encontró con que estaba enrollado en la sábana y la manta de una cama. Hauclir se hallaba de pie, a su lado, con una expresión ceñuda en la cara, y sujetaba el garrote con las manos, cubiertas de cicatrices. Por el costado derecho de la cara le bajaban cinco arañazos lívidos.

—¿Esta vez sabes quién soy? —preguntó el antiguo guardia—. ¿O voy a tener que volver a refrescarte la memoria?

—Es más probable que tengas que refrescarme los órganos —replicó Malus con una mueca—. Ayúdame a levantarme, condenado canalla.

Con un gruñido, Hauclir se inclinó y levantó torpemente al noble. Malus miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba de pie en el pasillo del exterior de sus aposentos. Susurró una amarga maldición.

—Otra vez —murmuró.

—¿Quieres decir que no es la primera vez que caminas dormido y atacas a la gente? —refunfuñó Hauclir.

—No, no es la primera vez —replicó Malus, sin reparar para nada en el tono impertinente de Hauclir—. En el nombre de la Madre Oscura, ¿qué está sucediéndome?

—Si no te conociera, diría que estás volviéndote loco —replicó Hauclir—. Desgraciadamente, sí que te conozco. —Miró a su alrededor con rapidez para asegurarse de que estaban a solas—. ¿Es el demonio? —susurró.

Malus frunció el ceño.

—No lo sé. Es posible. Ultimamente yo mismo me he hecho esa pregunta. —Tironeó con irritación de la sábana y la manta que le envolvían las piernas—. Salgamos de este corredor antes de que alguien me vea así. ¿Qué hora es?

—Un poco pasada la media mañana, mi señor —respondió Hauclir mientras dejaba a un lado el garrote y se inclinaba para ayudar al noble a desenvolverse—. El señor Nuarc nos dijo que debíamos marcharnos a descansar mientras pudiéramos, ¿lo recuerdas?

Malus salió del envoltorio de sábana y manta manchadas de sudor, e intentó

aclarar sus pensamientos.

—Lo último que recuerdo con claridad es que me arrastraba por el suelo de mi habitación y trepaba a la cama. —Sintió en la boca un sabor que le resultaba familiar, e hizo una mueca—. Hubo vino por medio, ¿verdad?

—Sólo un poquitín —asintió Hauclir.

—Creo que me vendría bien un poco más —dijo Malus, y atravesó con paso tambaleante la entrada a sus aposentos.

Las puertas del balcón estaban abiertas otra vez y dejaban pasar un largo rectángulo de pálida luz solar que se extendía hasta la mitad de la habitación. Al arrastrar los pies, golpeó botellas oscuras que se deslizaron, rodando y tintineando por el suelo.

—Por los Dioses del Inframundo, Hauclir —maldijo el noble mientras contemplaba la batería de botellas vacías—. ¿Cuánto bebimos?

—¿Bebimos, mi señor?

No quedaba una sola botella que contuviera ni una gota de líquido útil en su interior. Cada vez más irritado, el noble avanzó dando traspiés hacia el balcón. Una terrible inquietud acechaba en el fondo de su mente, y no sabía bien por qué.

«O tal vez sería mejor decir que me está resultando difícil ser específico —pensó el noble con tristeza—. Bien sabe la Madre Oscura que ya hay suficientes cosas que me fastidian en este momento.»

Malus se apantalló los ojos con la mano izquierda y los entrecerró a la luz de la mañana. Un clamor sordo se alzó de la muralla interior, y desde su aventajado punto de observación vio que la horda del Caos estaba atacando la fortaleza interior. La vista lo colmó de aprensión por razones que no pudo explicar.

—¿Cuánto hace que dura ese ataque? —preguntó Malus.

—Comenzó justo al amanecer —replicó Hauclir al reunirse con él en el balcón—. Desde entonces, no han parado. —Miró al noble—. Es buena cosa que estemos aquí arriba, descansando y bebiendo vino, en lugar de ahí abajo, luchando —dijo con intención—. ¿No es cierto, mi señor?

—Vino —dijo el noble, pensativo—. Eso es. Ve a buscar otra botella, ¿quieres? Y algo de comer. Pan, queso, lo que puedas encontrar. Tengo que ponerme la armadura.

El antiguo guardia abrió la boca para protestar, pero lo dejó como causa perdida.

—Como quieras, mi señor —refunfuñó.

Malus encontró al señor Nuarc junto al cuerpo de guardia de la muralla interior. Daba órdenes a tres regimientos de lanceros a los que estaba dirigiendo contra las aparentemente interminables oleadas de guerreros del Caos. A pocos metros de la puerta había un ariete del que aún saltaban vacilantes llamas, rodeado por los carbonizados cuerpos de quienes lo habían llevado, y los guerreros druchii continuaban empujando largas escalerillas de asedio que eran apoyadas en la muralla

por multitud de soldados enemigos. Las saetas de ballesta volaban por los aires como enjambres de moscas para rodear con oscuras nubes de muerte las escalerillas más cercanas al cuerpo de guardia. Una constante lluvia de cuerpos caía por ambos lados de la alta muralla, porque los bárbaros y hombres bestia morían sobre las almenas o los atravesaban las flechas cuando se encontraban en las escaleras de seis metros de altura.

Cuando el noble llegó a las almenas, numerosas cabezas se volvieron a mirarlo. Los lanceros de Hag Graef y el Arca Negra alzaron sus armas para saludarlo mientras pasaba, y una aclamación intermitente los siguió a él y a Hauclir hasta que llegaron al cuerpo de guardia propiamente dicho.

La temeraria incursión contra las catapultas que ahora no eran más que un trío de estructuras carbonizadas que descansaban en la plaza del norte había convertido a Malus y a los mercenarios en héroes de la noche a la mañana. Era una victoria pequeña dentro del gran esquema de los acontecimientos, pero era la primera para los cansados defensores, que la celebraban como sólo podían hacerlo los soldados desesperados.

Incluso la habitual mirada feroz de Nuarc estaba templada por una módica dosis de respeto cuando el noble se reunió con él en lo alto del cuerpo de guardia.

—Creo haberte dicho que durmieras un poco —le gritó el señor de la guerra por encima del estruendo.

—Lo he intentado, pero hacéis demasiado ruido aquí abajo —le respondió el noble, también a gritos—. Supongo que no podríais bajar un poco el volumen.

Nuarc rió.

—No puedo hacer nada si esos bastardos no quieren morir calladitos —replicó.

Malus negó con la cabeza y estudió la batalla que se libraba a lo largo de las murallas.

—¿Está muy mal la cosa? —preguntó.

—De hecho, las cosas nos van bien hasta ahora —replicó Nuarc—. Proporcionalmente, aquí tenemos el doble de los soldados que teníamos en la muralla exterior, y además es más alta y más difícil de escalar. Además, los ataques enemigos son feroces, pero esta vez carecen de coordinación. Creo que tenéis que haber agitado algo cuando destruísteis esas máquinas de asedio, anoche.

—¿Agitado algo? —repitió el noble, pensativo, mientras dirigía la mirada hacia el destrozo de la plaza—. ¿No ha habido ninguna señal de Nagaira ni de su paladín?

—Ni la más mínima —dijo el señor de la guerra—. No sé por qué, pero hace mucho que aprendí a no cuestionar la buena suerte cuando se me presenta.

Pero cuanto más lo pensaba Malus, más inquieto se sentía.

—¿Sucede algo malo, mi señor? —inquirió Hauclir.

—No lo sé —respondió Malus—. Espera..., no. Algo no está bien. Es sólo que no

logro determinar de qué se trata.

Hauclir observó la actividad en lo alto de las murallas y se encogió de hombros.

—Desde aquí arriba todo parece estar en su sitio.

—Eso es parte del problema —le aseguró Malus—. Nuarc piensa que anoche agitamos algo cuando atacamos las catapultas, pero yo no soy de la misma opinión. Estaban esperando una incursión, y tenían soldados preparados para hacernos caer en una emboscada.

El antiguo capitán de la guardia lo pensó.

—Tendieron la trampa, y nosotros la hicimos estallar en su cara. Eso bastaría para agitar a cualquiera, ¿no te parece?

Una chispa de comprensión se encendió en la mente de Malus.

—Las catapultas eran una carnada —dijo, mientras una expresión de pavor le invadía el rostro.

El ceño fruncido de Hauclir se ahondó.

—Supongo que sí —dijo— pero nosotros estropeamos la trampa.

—¡No! —gritó Malus—. No me refiero a eso. Sabían que no teníamos más alternativa que la de atacar las catapultas. ¡De hecho, contaban con que lo hiciéramos!

—¿Con qué propósito?

—¿Con cuál crees tú? Ahora saben que tenemos otro medio para salir del castillo. Hauclir se quedó boquiabierto.

—Y si nosotros podemos salir, ellos pueden entrar. Dioses del Inframundo, mi señor. ¿Es posible que sean tan inteligentes?

—Es de Nagaira de quien estamos hablando. Por supuesto que pueden ser tan inteligentes —gruñó Malus.

De repente, su sueño adquirió una espantosa claridad que hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal.

—Vamos.

—¿Adonde vamos? —preguntó Hauclir, aunque el tono de su voz sugería que ya conocía la respuesta.

—A reunir a tus mercenarios y ver hasta qué punto es inteligente mi hermana —replicó el noble.

La entrada del largo túnel se encontraba en las entrañas de la propia Torre Negra, en el mismo nivel que las gigantescas cisternas de la fortaleza. Con una media docena de lámparas de luz bruja atadas al extremo de largas pértigas finas, Malus, Hauclir y la totalidad de los treinta mercenarios atravesaron apresuradamente las cavernosas cámaras abovedadas y pasaron ante depósitos de piedra en forma de cuenco que contenían las reservas de agua de la ciudad. Llevaban las armas preparadas y dirigían miradas desconfiadas hacia todos los umbríos rincones ante los que pasaban. Malus

abría la marcha, temeroso de que llegaran ya demasiado tarde.

—Aun suponiendo que tu teoría sea correcta —dijo Hauclir sin aliento—, las bestias tendrán que encontrar la entrada del túnel, y sé con certeza que no nos siguieron.

—No necesitan vernos para poder seguirnos —replicó Malus, ceñudo—. Podrían haber enviado mastines u hombres bestia tras nuestro rastro. Tenemos suerte de que aún no hayan encontrado la entrada a la fortaleza.

—Supongo que ninguno de vosotros —intervino Bolsillos, que avanzaba a paso ligero detrás de los dos druchii—, habrá traído más de esas terribles esferitas, ¿verdad?

Malus negó con la cabeza.

—Ya nos quedan bastante pocas, y si intentáramos usar una dentro del túnel, consumiría los soportes de madera y se nos derrumbaría todo encima de la cabeza. Y no quiero cortar nuestra única vía de escape a menos que sea absolutamente necesario.

El druchii fue a paso ligero hasta un nicho oscuro que había al otro lado de la red de cisternas. Allí, algo apartada del resto de contenedores de almacenamiento, había una tapa de madera, circular, parecida a las que cerraban las auténticas cisternas de la torre. Siguiendo instrucciones de Malus, dos de los mercenarios apartaron la tapa a un lado y dejaron a la vista una escalera de caracol que se adentraba en la oscuridad.

—Ballestas por delante —ordenó Hauclir, y luego el antiguo capitán de la guardia se volvió a mirar a Diez Pulgares—. Tú te quedas aquí arriba —dijo—. Si oyes ruido de lucha, sales fuera a la máxima velocidad que puedas y traes refuerzos. No me importa a quiénes traigas.

—Sí, capitán —replicó el joven ladrón con los ojos desorbitados de miedo.

Malus le quitó de las manos la ballesta a un mercenario que tenía cerca, y la cargó con rapidez. Cortador se aclaró la garganta antes de hablar.

—Deberíamos apagar las luces —dijo.

Los mercenarios intercambiaron miradas ansiosas. Bolsillos frunció el ceño.

—¿Quieres bajar ahí a ciegas?

—Es mejor bajar a oscuras que iluminados como la aurora —replicó el asesino—. Si esos animales han encontrado la entrada, es probable que lleven antorchas, cosa que nos ofrecerá blancos fáciles.

El noble vio de inmediato que era una medida prudente.

—Haced lo que él dice —ordenó.

Cuando todas las luces fueron extinguidas, el pequeño destacamento de guerreros fue engullido por la oscuridad.

—Los dos que tengan lámparas y estén situados más atrás las llevarán consigo —dijo—. El resto, dejadlas a un lado. Cuando pida luz, vosotros dos encenderéis las

lámparas, ¿entendido?

De la parte posterior del grupo ascendieron murmullos de asentimiento. Malus hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras sentía que el corazón le latía violentamente dentro del pecho.

—Muy bien, vamos.

Descendieron por completo a ciegas por la escalera de caracol, arrastrando los pies al bajar un somero escalón por vez. Los hombres tropezaban unos contra otros, susurraban maldiciones, y de vez en cuando la punta de una vaina o espada tintineaba contra la piedra. El aire se hacía lentamente más frío y húmedo. Malus mantenía la ballesta apuntando hacia delante, y escuchaba con atención por si percibía el más leve sonido de pasos que fueran a su encuentro.

Al fin, Malus sintió que una de sus botas raspaba contra la tierra. Un leve movimiento de aire frío le acarició una mejilla, y él se estremeció al recordar el sueño que había tenido hacía poco menos de una hora. Los corsarios se situaron a ambos lados de él, arrastrando los pies.

—¡Chss! —les chistó apenas lo bastante sonoramente como para que lo oyeran los finos oídos de los druchii—. Avanzaremos lentamente unos cuantos metros y nos detendremos. Estad atentos a mi señal. —Gruñidos quedos acusaron recibo a ambos lados y detrás de él.

Se movieron con lentitud por el largo túnel, cuidando de hacer el menor ruido posible. La negrura era total; infinita. Los mercenarios no podían oír nada más que el sonido de su propia respiración, que pasaba a través de los dientes apretados.

—Alto —susurró finalmente, cuando Malus calculó que casi todos los soldados habían llegado al pie de la escalera—. Fila delantera, arrodillaos.

El y los dos mercenarios que tenía a los lados hincaron lentamente una rodilla en tierra, con las ballestas sujetas con fuerza. Miraron hacia la negrura abismal y atendieron para percibir el más ligero sonido que indicara que se acercaba un enemigo.

Pasaron unos minutos. Malus no veía ni rastro de luz en la oscuridad, ni oía el más leve sonido de movimiento. En el aire había una tensión inconfundible, pero sus propios soldados muy bien podrían ser el origen de eso.

El tiempo pasaba lentamente. Los guerreros se removían con incomodidad, lo que provocaba chistidos de advertencia por parte de Hauclir. Malus enseñó los dientes. Estaban ahí fuera. Tenía la certeza de que era así.

El guerrero situado inmediatamente detrás de Malus se inclinó para susurrar al oído del noble.

—Mensaje de Hauclir. Quiere saber si debemos avanzar más por el túnel.

—No —susurró el noble—. El enemigo tendrá que venir hacia nosotros, y aquí estamos mejor situados...

Se quedó inmóvil. ¿Ese sonido era de un pie que había raspado suavemente, más adelante? Malus escuchaba, sin atreverse a respirar. Otro sonido; tal vez un leve tintinear de una hebilla o cadena. O quizá era su imaginación, alimentada por la tensión y la absoluta oscuridad.

Malus meditó la situación y tomó una decisión. Alzó la ballesta hasta el hombro, apuntó a la altura de la cintura y disparó.

El ruido de la cuerda de la ballesta fue lo bastante fuerte como para sobresaltar a los guerreros que estaban detrás de Malus, pero ni remotamente tanto como el alarido de dolor que desgarró la oscuridad, procedente de más adelante.

—¡Ambas filas! ¡Abrid fuego! —ordenó Malus, mientras recargaba con rapidez el arma.

Restallaron más cuerdas de ballesta, y las pesadas saetas se clavaron en escudos o resbalaron sobre armaduras de acero de las que arrancaron brillantes chispas azules. Algunas alcanzaron la carne, lo que provocó más escalofriantes alaridos, y luego el túnel resonó con el tronar de pies que corrían cuando los guerreros del Caos iniciaron la carga.

En los estrechos confines del túnel reverberaron los frenéticos alaridos y blasfemos gritos de guerra. Parecía que un millar de guerreros se lanzaban contra Malus y su pequeño destacamento. En medio de la locura de los gritos y alaridos que resonaban a su alrededor, no había manera de saber a qué distancia estaban.

—¡Continuad disparando! —gritó en medio del estruendo—. Apuntad bajo. ¡No podrán llegar hasta nosotros si bloqueamos el túnel con sus cuerpos!

Disparar. Recargar. Disparar. Durante casi un minuto, los brazos de Malus se movieron a un ritmo mortífero, accionando la palanca de recarga de la ballesta de repetición y disparando hacia la oscuridad. Los bárbaros gritaban y tropezaban con estruendo de malla metálica y escudos ribeteados de acero. El penetrante olor de la sangre y los intestinos que se vaciaban vició el aire del túnel.

Malus volvió a disparar, y esa vez el agónico grito de la víctima surgió casi directamente delante de él.

—¡Primera fila, pasad las ballestas hacia atrás y desenvainad acero! —rugió. Le entregó su arma al guerrero que tenía detrás, y les gritó a los mercenarios por encima del hombro mientras desenvainaba las espadas gemelas—: ¡Luces!

La orden apenas llegó a tiempo. La fría luz verde inundó el estrecho túnel y dejó a la vista un bárbaro armado con un hacha que se hallaba a menos de un metro de Malus. La cara del humano estaba contorsionada en un rictus de furia y dolor, y tenía clavada una saeta de ballesta hasta las plumas en el musculoso hombro izquierdo. El repentino brillo de la luz bruja deslumbró al guerrero durante un instante, y el noble arremetió y atravesó los músculos de la parte superior del muslo del bárbaro con la espada de la mano derecha. De la herida manó una fuente de sangre arterial, y el

guerrero se tambaleó, bramando de dolor. Pero antes de que pudiera recuperarse fue lanzado contra el costado del túnel por el guerrero que tenía detrás y que, frenético, acometió para trabarse en combate con los enemigos.

—¡Permaneced con la rodilla en tierra! —les ordenó Malus a los mercenarios que tenía a ambos lados.

El bárbaro, aullando, fue directamente hacia el noble, con el escudo sujeto a baja altura. Malus hizo una finta con la espada derecha y bloqueó un barrido de hacha con la izquierda..., y luego el druchii que estaba detrás de Malus disparó contra la cara del guerrero, a quemarropa. La saeta de acero atravesó limpiamente el cráneo del bárbaro y se clavó en la garganta del que tenía detrás.

No obstante, los dos hombres acababan de desplomarse cuando sus compañeros de tribu ya les pasaban por encima para abalanzarse contra la línea de druchii que luchaba con ahínco. Malus y los mercenarios de vanguardia luchaban como salvajes, clavando estocadas en rodillas, pies, muslos y entrepiernas desprotegidos. Abrían el vientre de los hombres cuando podían, y cuando la guardia del enemigo era demasiado fuerte lo mantenían a distancia durante el tiempo suficiente para que lo matara un ballestero druchii.

Y sin embargo, los bárbaros no parecían acabarse nunca. Los cuerpos comenzaban a apilarse en un montón tan alto ante los druchii que los guerreros del caos tenían que arrastrarlos hacia un lado con el fin de llegar hasta los enemigos. La rodilla que Malus tenía en tierra estaba empapada de sangre derramada. No tardó en perder la cuenta de los hombres que morían intentando abrirse paso por el túnel, y los brazos comenzaron a dolerle de agotamiento debido a la casi constante batalla.

La lucha pareció continuar durante horas, pero Malus sabía que probablemente sólo habían transcurrido unos minutos. Los druchii agotaron las municiones al cabo de poco rato, y la segunda fila desenvainó las espadas y se unió a la lucha directa. Después de eso, los bárbaros pudieron presionarlos más, pero continuaban enfrentados con la difícil tarea de luchar contra dos espadachines por vez.

El agotamiento comenzó a hacerse notar. El druchii de la derecha de Malus vaciló durante apenas un momento, y el hacha de un bárbaro le hizo saltar los sesos. Al instante, otro guerrero se adelantó de un salto y echó una rodilla a tierra en el lugar dejado por el muerto, mientras Malus desjarretaba al bárbaro con un rápido movimiento de muñeca. Detrás de él morían otros druchii heridos por hachas arrojadas o estocadas de espadas de filo serrado. La formación se contrajo ligeramente y retrocedió un poco hacia la escalera. Malus comenzaba a preguntarse cuándo iban a llegar los refuerzos.

Y entonces, un toque de cuerno bajó repentinamente por el túnel, procedente de la oscuridad, y los bárbaros retrocedieron de inmediato. Se llevaron a rastras a tantos muertos como pudieron, algo que Malus nunca había visto ni oído antes que un

bárbaro hiciera. Entre los druchii supervivientes se alzó una exhausta aclamación, pero Malus los hizo callar con un brusco gesto de una mano. Algo no iba bien.

Entonces, lo oyó. Los pesados pasos de pies acorazados que avanzaban como un trueno hacia los vapuleados guerreros druchii. De repente, Malus se dio cuenta de que el enemigo había usado a los bárbaros para cansarlos y hacerles gastar todas las municiones, en preparación del golpe de martillo.

—Madre de la Noche —maldijo—. ¡En pie! —les gritó a los mercenarios que tenía al lado—. ¡Preparaos!

Pero para entonces ya era demasiado tarde.

La enorme figura que apareció ante ellos bajo la luz bruja había sido un hombre en otros tiempos. En algún sentido continuaba siéndolo, pero ahora su cuerpo se intuía hinchado de corrupción. Sus ojos brillaban como ascuas dentro del descomunal yelmo cornudo de hierro negro. El guerrero del Caos llevaba una pesada armadura de la cabeza a los pies, adornada por dentadas púas y retorcidos cuernos, cadenas y crueles ganchos festoneados con cabezas reducidas. Sus enormes manos empuñaban un par de hachas que parecían demasiado grandes para que las blandiera un hombre en su sano juicio y, sin embargo, el guerrero las blandió al acometer a los sorprendidos druchii con un rugido escalofriante.

El mercenario situado a la izquierda de Malus murió sin emitir sonido alguno, con la parte delantera de la cabeza rebanada por un velocísimo barrido de hacha. El druchii que estaba a la derecha de Malus saltó hacia delante con un grito, al mismo tiempo que dirigía una estocada hacia una rendija de la armadura del guerrero, situada justo por encima del muslo. Pero la hoja erró la rendija y resbaló inofensivamente sobre el pulimentado hierro; el guerrero golpeó entonces la cabeza del mercenario con el mango del hacha de la mano izquierda, con tal fuerza que le atravesó el cráneo.

Al ver una brecha en la defensa del guerrero, el noble se lanzó hacia delante y le descargó un tajo sobre la muñeca izquierda, que cortó hasta la mitad, lo que originó una fuente de sangre. Para horror de Malus, el guerrero rió y estrelló el hacha de la mano derecha contra un costado del noble. Sólo los encantamientos entretejidos en la armadura lo salvaron del temible golpe; pero el impacto le hizo perder pie y lo lanzó contra la pared del túnel.

Con un salvaje grito de guerra, Bolsillos cargó contra el enorme guerrero del Caos, sujetando una espada y una daga en sus pequeñas manos. El guerrero gruñó despreciativamente y dirigió hacia ella un revés de hacha. Sin embargo, la ágil druchii se agachó por debajo del vertiginoso barrido del arma, y luego saltó hacia el descomunal pecho del guerrero. Antes de que el sorprendido monstruo pudiera reaccionar, ella aulló como un gato montés y le clavó la daga hasta la empuñadura en el ojo derecho.

Con un grito burbujeante, el guerrero cayó de rodillas, y Bolsillos se apartó de un salto apenas un instante antes de que una pesada hacha impactara contra el cuello del monstruo, lo decapitara y tuviera una nueva fuente de sangre caliente. El guerrero que había detrás del cadáver decapitado pateó el cuerpo hacia un lado con una atronadora maldición y saltó hacia la muchacha, que ya se retiraba, moviendo las hachas a tal velocidad que silbaban y se difuminaban en el aire maloliente.

Los druchii saltaron hacia el monstruo desde tres lados y fueron segados como trigo. El mercenario que cargó por la derecha del guerrero salió despedido de espaldas contra la pared en dos trozos. Justo enfrente, un soldado corrió con la intención de cubrir la retirada de Bolsillos, y acabó decapitado por haberle molestado. Malus se agachó por debajo del mortífero barrido del guerrero y lo acometió por la derecha. La espada de su diestra se estrelló contra el costado de la rodilla de metal del guerrero, y la espada de la izquierda ascendió velozmente, penetró por debajo del mentón y se hundió en su calenturiento cerebro.

Pero la resolución de los mercenarios se había desmoronado ante la acometida de los guerreros del Caos, y dio comienzo una huida aterradora. Malus arrancó la espada del guerrero que caía justo cuando las luces brujas se bambolearon enloquecidamente, y luego se amortecieron con brusquedad cuando los que se batían en retirada arrastraron a los dos portadores de las lámparas por el recodo del túnel, hacia la escalera.

Más guerreros del Caos aullaron pidiendo sangre en medio de la repentina oscuridad. Sudando en abundancia, Malus corrió hacia la escalera tras sus soldados. El ascenso fue una frenética persecución de las luces; los que llevaban las lámparas parecían estar siempre justo en un recodo de la escalera de caracol, así que el noble sólo podía captar atisbos en el oscilante resplandor antes de que se desvanecieran una vez más. Veía rostros aterrados y ojos oscuros desorbitados, miradas temerosas lanzadas por encima de estrechos hombros, y formas que tropezaban y subían casi a gatas por la escalera a la máxima velocidad que les permitían las manos y los pies. Detrás de Malus, en la oscuridad resonaban los salvajes gritos bestiales de los guerreros del Caos que los perseguían.

Luego, sin previo aviso, los estrechos confines de la escalera desembocaron en el espacio abovedado de las cisternas, y la aterrada huida se detuvo en seco. Las lámparas se mecían en el abierto espacio de lo alto y proyectaban estrechos haces de pálida luz. Lo único que Malus podía ver eran las espaldas de cuatro o cinco druchii rezagados que intentaban salir de la escalera, pero oyó con claridad la voz de Hauclir que pasaba por encima de los mercenarios como un trueno.

—¡Si alguno de vosotros da un paso más, le partiré personalmente el cráneo! — rugió—. ¡No cedáis terreno! ¡El enemigo no avanzará más hacia el interior de la ciudadela! ¡Tenemos que resistir a toda costa hasta que lleguen los refuerzos!

«¿Aún no están aquí los refuerzos? —se preguntó Malus—. ¡Bendita Madre de la Noche!»

No sabía si darle las gracias a Hauclir o matarlo. Por un lado, había detenido en seco la huida, pero, por el otro, el noble se encontraba ahora atrapado en la escalera, entre los últimos, ¡con una aullante horda del Caos corriendo hacia él!

Juramentos enfurecidos y gritos sedientos de sangre resonaban enloquecidamente escaleras abajo. Malus dio media vuelta y apuntó con las espadas hacia delante.

—¡Volveos y haced frente al enemigo! —les gritó a los hombres que ahora tenía detrás—. Mientras estemos en la escalera, sólo pueden atacarnos de uno en uno. ¡Podremos resistir aquí durante mucho tiempo, si no perdemos el valor!

Por suerte, los hombres lo escucharon. Percibió el suave ruido de sus pies al girar, y por encima de su cabeza aparecieron espadas. Malus se preparó y se agachó, en espera del inevitable ataque.

Oyó cómo los guerreros que cargaban subían por la escalera, mientras sus gritos se hacían cada vez más fuertes. Era prácticamente imposible ver a mayor distancia que un par de metros escaleras abajo; las lámparas de luz bruja continuaban balanceándose como atrapadas en un vendaval, y proyectaban sombras y luces enloquecidas dentro de la escalera.

Y entonces, cuando parecía que los guerreros estaban casi al otro lado del siguiente giro de la escalera, sus bramidos cesaron. El silencio cayó como un sudario. El noble oyó mercenarios que jadeaban por encima de él. Alguien gimió de miedo. Malus enseñó los dientes y apretó con más fuerza las espadas.

A Malus le llegó el sonido de un tacón de bota que raspaba contra la piedra de uno de los escalones situados más abajo. Primero fue un leve tintineo metálico. Luego, la oscilante luz destelló en la brillante punta de una espada druchii manchada de herrumbre. El noble percibió olor a podredumbre y tierra mojada, como de una sepultura recién abierta.

Con lentitud y elegancia, el paladín del Caos ascendió hacia la oscilante luz, con el yelmo alzado hacia Malus, y el Amuleto de Vaurog destellando en torno al cuello.

20. Alianzas de medianoche

El paladín del Caos clavó en Malus una mirada de víbora que le llenó las venas de pavor. Pareció que el guerrero flotaba escaleras arriba hacia el noble, con las espadas tendidas hacia delante como los ansiosos brazos de una amante.

—Madre de la Noche —maldijo Malus, desesperado, mientras alzaba sus espadas gemelas— ¡Demonio! —susurró—. ¡Asísteme! ¡Préstame tu fuerza!

El demonio se agitó y se removió de modo desconcertante bajo la piel del noble, pero no se produjo el habitual torrente de poder gélido. Malus apenas tuvo tiempo de reparar en la traición de Tz'arkan antes de que el paladín lo acometiera.

Las espadas de acero plateado avanzaron a gran velocidad para dirigir tajos a las piernas y el abdomen del noble, y saltaron chispas allá donde las afiladas hojas penetraron la guardia de Malus y resbalaron por la armadura encantada. El paraba furiosamente, rugiendo de cólera por la traición del demonio, porque sabía que, aun sin el terrible poder del Amuleto de Vaurog a disposición del paladín, no era rival para la destreza alimentada por el Caos de aquel guerrero.

Recibió un golpe de soslayo en un costado de una rodilla, y apenas logró parar una veloz estocada dirigida a su entrepierna. El paladín no sólo era diestro, sino que estaba bien versado en el arte de la esgrima sariya. Su técnica se equiparaba casi perfectamente a la de Malus, y darse cuenta de eso sólo logró enfurecer aún más al noble. Malus canalizó en los golpes todo su odio y su furia, permitiendo que ciertos ataques penetraran su guardia con el fin de acometer a su enemigo con los golpes de respuesta. Caían poderosos golpes sobre su peto y su espalda, desviados una y otra vez por la poderosa brujería de los fabricantes de armaduras de Naggarond. En respuesta, él dirigió su ataque a los brazos y el cuello del paladín, con la esperanza de cortarle una mano o, mejor aún, cortarle la cabeza protegida por el yelmo. Pero la rapidez del paladín era tal que la mayoría de las veces las armas de Malus hendían el aire o daban de soslayo sobre la armadura del enemigo, que parecía capaz de prever todos sus movimientos.

Se produjo una furiosa conmoción entre los mercenarios que estaban detrás de Malus, pero no podía permitirse siquiera echar una momentánea ojeada por encima del hombro para ver qué sucedía. Entonces, una daga pasó zumbando junto a su cabeza e impactó en el paladín con tal fuerza que le atravesó el peto justo por debajo de la clavícula. Un guerrero normal se habría tambaleado a causa del golpe, pero el paladín apenas lo notó. De todos modos, le provocó cierta vacilación durante una fracción de segundo, lo que a Malus le ofreció la oportunidad de apartar a un lado la mano izquierda del enemigo y clavarle una estocada en la garganta. Negra sangre corrió por el plano de la hoja del noble, pero el guerrero retrocedió para arrancarse la punta de la espada como un hombre que retrocediera tras haberse clavado una espina,

y reanudó su ataque de inmediato.

Una figura pasó precipitadamente junto a Malus cargando escaleras abajo hacia el paladín. Hauclir paró la espada derecha del guerrero contra su vapuleado garrote, e intentó asestarle un tajo en la muñeca con su pesada espada corta, pero la hoja no pudo atravesar la armadura de hierro del paladín. Rápido como una serpiente, éste dio medio vuelta y acometió a Hauclir con la espada de la mano izquierda, y Malus apenas logró desviarla con un golpe de una de sus armas.

Momentos más tarde, también Cortador se unió a la lucha y lanzó otra daga que resonó contra una de las piernas protegidas por la armadura del paladín. El guerrero del Caos respondió con un tajo veloz como el rayo dirigido al cuello del asesino, pero el druchii lo esquivó con una velocidad pasmosa. Hauclir vio una oportunidad, y se lanzó hacia delante para estrellar el garrote contra el brazo derecho del paladín. El golpe habría roto los huesos de un hombre inferior a él, pero el paladín simplemente se tambaleó un poco y obligó al antiguo guardia a retroceder ante una estocada dirigida al cuello.

Ahora, con tres diestros oponentes acometiéndolo desde tres ángulos diferentes, el paladín del Caos se vio obligado a pasar a la defensiva. Malus continuó atacando y descargó una lluvia de golpes sobre el brazo y el hombro izquierdos del guerrero. Volaban chispas y las espadas del noble rebanaban fragmentos de coraza de hierro, pero el paladín se mantenía firme, respondiendo a cada ataque por turno con velocísimas paradas y mortíferas fintas. Malus comenzaba a pensar que le estaban sacando ventaja, y entonces Hauclir penetró la guardia del paladín por la izquierda para estrellar el garrote contra la rodilla derecha del guerrero, y luego invertir la dirección del arma y dirigir otro golpe hacia su cabeza. Pareció que pillaba al paladín del Caos con la guardia baja en el momento en que éste dirigía una estocada al cuello de Cortador, pero el ataque fue sólo una finta. Rápida como el rayo, la espada del paladín descendió y atravesó el muslo derecho de Hauclir. El antiguo capitán de la guardia cayó con una maldición. Cortador se lanzó hacia delante con un alarido y dirigió una estocada hacia los ojos del paladín, pero la espada de la mano izquierda del guerrero se le clavó profundamente en el hombro derecho.

Ver caer a los dos druchii en el espacio de un solo segundo llenó a Malus de terror y furia. Lanzando un terrible grito de guerra, invirtió toda su fuerza y su velocidad en un solo tajo, que dio en una sien del paladín. Volaron chispas y la fuerza del golpe hizo que la cabeza del guerrero girara. Aún chillando de cólera, el noble le asestó un golpe de revés que impactó contra el yelmo justo a la altura de los ojos. El hierro se rajó con una discordante campanada, y el yelmo se partió en dos.

La cabeza del guerrero salió despedida hacia atrás a causa de la fuerza del golpe. Un pelo negro apelmazado de porquería y sangre vieja cayó, suelto, hasta los hombros del paladín. Una piel pálida, brillante de enfermedad y surcada por

palpitantes venas negras, brilló con un color blanco verdoso bajo la luz bruja. Un sólo ojo negro clavó en Malus una feroz mirada de odio implacable. El otro ojo era ciego y relucía con moho de sepultura. Una terrible herida de espada hendía el cráneo del guerrero por encima del ojo destrozado; los bordes dentados estaban negros de corrupción y pululantes de vida parasitaria.

Malus miró la cara de Lhunara y gritó de terror y angustia.

—¡Dioses...! ¡Oh, Dioses del Inframundo! —gritó—. Tú no puedes...

Los negros labios de Lhunara se tensaron en una abierta sonrisa lunática. A diferencia de lo que sucedía en los sueños de Malus, los dientes de ella aún eran perfectos y blancos. Su musculoso cuerpo temblaba, y un terrible sonido burbujeante ascendió por su garganta. Fue la más inmunda y más vil risa que Malus había oído en toda su vida.

—Con el odio..., todo es posible —graznó al mismo tiempo que echaba atrás las goteantes espadas—. Con el odio... y la bendición de los Dioses Oscuros.

Avanzó un paso hacia él, y cuando Malus la miró a los ojos muertos supo que iba a morir.

Lo salvó una voz fina y aflautada que resonó desde lo alto de la escalera.

—¡Aliento de dragón! —gritó Diez Pulgares—. ¡Apartaos!

Malus se volvió y vio que el joven ladrón se encontraba a menos de diez metros de distancia, y sujetaba un relumbrante globo verde con una mano levantada. Hauclir le gritó al muchacho con los dientes apretados.

—¡No, idiota! ¡Nos matarás a todos!

—¡Arrójalo, muchacho! —gritó Malus—. ¡Hazlo ya!

Pero Lhunara ya había huido, veloz como un ciervo, escaleras abajo, hasta perderse en la oscuridad. Malus maldijo amargamente y se dejó caer sentado en la escalera, con la cara de odio de ella flotando como un fantasma ante sus ojos.

Los mercenarios bajaron corriendo por la escalera y cogieron a Hauclir y Cortador para sacarlos de allí. Hauclir levantó los ojos con una mirada feroz dirigida a Diez Pulgares.

—¿Quién, en el nombre de la Madre Oscura, te ha dado ese globo? —gruñó.

Diez Pulgares le respondió con una ancha sonrisa.

—¿Qué? ¿Te refieres a esto? —Lanzó la relumbrante bola hacia arriba, provocando los horrorizados gritos de todos los que tenía cerca, y la atrapó diestramente—. Hace bastante que la tengo. Es mi pequeño as en la manga. —Echó la esfera de una mano a la otra.

Y se le escapó.

Diez Pulgares soltó un chillido horrorizado y se lanzó a atrapar la esfera. El liso vidrio se deslizó entre sus nerviosos dedos y cayó hacia Malus, Hauclir y los aterrados mercenarios. Docenas de manos se precipitaron para coger la esfera,

dándole palmadas hacia aquí y allá, hasta que finalmente salió rebotando y se estrelló contra la pared, a un metro y medio por encima de la cabeza de Malus. Los mercenarios corrieron en todas direcciones, gritando de terror.

La pequeña lámpara de luz bruja estalló con una detonación seca y dejó un olor parecido al de las tormentas eléctricas. Pequeños fragmentos de vidrio llovieron sobre la cabeza de Malus.

—¡Ah, maldición! —gimió Diez Pulgares—. Esa luz me la regaló mi madre. La tenía desde que era niño.

El silencio flotó pesadamente en el aire. Los mercenarios, que momentos antes habían estado convencidos de que estaban a punto de quemarse vivos, oscilaron como borrachos, abrumados por el alivio. Hauclir se recostó contra la pared exterior de la escalera y alzó una mirada feroz hacia el entristecido ladrón.

—Por la Madre Oscura, no sé si darte un beso o desollarte vivo.

Entre los mercenarios se oyeron nerviosas risas disimuladas que rápidamente se transformaron en sonoras carcajadas histéricas cuando comprendieron su inesperada salvación. Un par de druchii ayudaron a Hauclir y Cortador a subir la escalera. Se tendieron manos hacia Malus, pero él las apartó.

Lenta, torpemente, se levantó. Sentía las extremidades como si fueran de plomo frío, y le parecía tener la cabeza sumergida en hielo amargo.

Fue el último en salir de la escalera de caracol a las frías sombras de la bóveda de las cisternas. Cuando llegó, el resonante espacio estaba lleno de coléricos guerreros. El señor Isilvar se hallaba al frente, con la cara pálida de furia. Los mercenarios se habían reunido en apretado grupo en torno a su jefe herido, y miraban ferozmente las caras burlonas de los lanceros de Hag Graef.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Isilvar con su voz enronquecida.

—Una batalla, querido hermano. ¿Qué, si no? —le contestó Malus.

No había esperado que Diez Pulgares lograra reunir refuerzos. En el fondo de su mente se daba cuenta de que estaban tremendamente superados en número y lejos de cualquier testigo fiable, en caso de que Isilvar decidiera asesinarlos a todos. Pero ese conocimiento no hizo nada por embotar su impertinente lengua.

—Me doy cuenta de que no es algo que veas mucho, dado tu cometido de vaulkhar. —Antes de que Isilvar pudiera contestar, Malus continuó—: Las fuerzas del Caos han descubierto el túnel. Hemos logrado contenerlas hasta tu llegada, pero ahora mismo, mientras hablamos, podrían estar reuniéndose para efectuar otro ataque. —El noble sonrió burlonamente—. Te cedo a ti el honor de repeler la siguiente oleada, como sólo es debido a tu rango.

Los músculos de las mandíbulas de Isilvar se contrajeron furiosamente.

—Tendremos que incendiar el túnel y derrumbarlo —dijo—. La horda del Caos ha redoblado sus ataques contra las murallas, y es necesario que todos los hombres

útiles estén en el parapeto.

—En ese caso, si me disculpas, hermano, debo apresurarme a cumplir con mi deber —replicó Malus.

Sin esperar el permiso de Isilvar, les hizo una señal a sus mercenarios y se dispuso a marcharse. Por un momento, pareció que las filas de lanceros de Hag Graef se negarían a dejarlos pasar, pero Malus miró a los ojos a un veterano, que asintió apenas con la cabeza y se apartó a un lado. El druchii que estaba detrás de él siguió el ejemplo, y de repente, se abrió un largo pasillo despejado a través de la compañía de lanceros, hasta el otro extremo de la bóveda de las cisternas. Cabezas cubiertas con yelmo, de veteranos y novatos, inclinaron respetuosamente la cabeza para saludar a Malus y sus soldados cuando pasaron cojeando.

Hauclir, sostenido por Bolsillos de un lado y por Cortador del otro, avanzaba junto al noble.

—Parecía que ese paladín del Caos —comenzó— te conocía. ¿Quién es?

—Una pesadilla —replicó Malus, con voz inexpresiva.

* * *

Al principio todo lo que podía oír eran voces. Eran apagadas y resonaban de modo extraño, como si las oyera desde debajo de la superficie de un profundo lago oscuro.

—Estoy quedándome sin tiempo —dijo Nagaira. El sonido de su voz era potente, vibrante y completamente errático, lleno de tonos discordantes como vidrio roto—. Tengo obligaciones que cumplir, ¡oh, poderoso! Obligaciones que no pueden eludirse.

—A mí no me hables de tiempo —siseó Tz'arkan—. Yo también estoy quedándome sin él. Pero ahora él conoce el camino. Sabe lo que debe hacer.

—Pero ¿actuará? Esa es la pregunta.

Se oyó el suave tintineo de la plata finamente batida, y el sonido de un cuchillo que cortaba metal.

—¿Quién puede saberlo? —gruñó el demonio—. Nada de lo que hacéis los

mortales tiene sentido para mí.

La negrura comenzó a desvanecerse. A ambos lados de él se formaron figuras. Estaba tendido de espaldas, enredado en la ropa de cama. El aire frío le acariciaba el pecho desnudo. Nagaira y el demonio hablaban por encima de su cuerpo yacente, como dos adultos hablarían por encima de un niño dormido.

—No logro ver por qué es necesario nada de todo esto —dijo Nagaira—. Tu plan es excesivamente complicado para mi mente.

—¿Tan complicado como tu venganza en Hag Graef? —contraatacó el demonio.

—Recibido —dijo ella con un suspiro.

Se oyó otro suave tintineo de metal, y esa vez Malus observó cómo la borrosa forma de su hermana se llevaba una copa a los labios y bebía.

—Aun así, ¿no podrías simplemente entregarme a Malus tú mismo?

De repente, el noble se encontró completamente alerta. Las formas se hicieron más nítidas. Ahora veía a Nagaira con claridad. Estaba sentada en una silla, bien arrimada a una mesa de banquete, haciendo girar una copa de plata entre sus manos de negras venas. Su contacto dejaba líneas de óxido negro sobre la brillante curva de metal. En los bordes del plato que tenía delante, lleno de humeantes cortes de carne sangrante, descansaban un cuchillo y un tenedor. No le prestaba la más leve atención a Malus, y mantenía el negro vacío de su mirada fijo en el ser que estaba sentado frente a ella.

—No es tan sencillo —replicó el demonio.

Malus volvió la cabeza para mirar al demonio, pero su forma estaba oculta tras profundas sombras. Ante él había un plato de sangrante carne intacta.

—¡Estás pensando en unos términos tan inmediatos, niña mía! Considera la trascendencia de mi plan en toda su extensión, y lo que significará para ti cuando hayamos regresado del norte.

—En ese caso, hay que persuadirlo de que actúe —dijo la bruja druchii, y dejó la copa con cuidado sobre la mesa.

—Por supuesto —replicó Tz'arkan—. Haz lo que te parezca mejor.

Malus intentó moverse, pero la ropa de cama se apretó y lo sujetó con fuerza. Nagaira bajó los ojos hacia él, y tendió una mano para tocarle una mejilla con una uña larga como una garra.

—¿Cuánto quedará de mi hermano cuando todo esté dicho y hecho?

—Lo suficiente —replicó el demonio, al fin.

La umbría figura extendió un brazo y hundió una mano con garras en el pecho de Malus. Cuando el noble miró hacia abajo, vio que Tz'arkan sacaba su corazón aún palpitante de la abierta cavidad de su pecho.

—¿Lo ves? Aún lo tiene bastante fuerte. Y lo mismo sucede con su mente. Satisfará tus apetitos durante bastante tiempo —el demonio se reclinó contra el

respaldo de la silla y abarcó con un amplio gesto el cuerpo destrozado del noble—. ¿Quieres algo más para tu plato, niña?

Nagaira se inclinó hacia delante para contemplar el rostro de Malus con expresión pensativa.

—Me gustaría quedarme con sus ojos —dijo—. Siempre me han encantado, ¿sabes?

Una mano fuerte descendió sobre la frente de Malus y lo sujetó contra la mesa. En su campo visual entró otra figura que se inclinó sobre él. Era Lhunara, con el rostro iluminado por una sonrisa de amante. De la herida abierta de la cabeza cayeron sobre las mejillas del noble gusanos que se retorcían.

Lhunara presionó una uña partida contra el rabillo de uno de los ojos de Malus, que comenzó a gritar.

Había manos que lo sujetaban contra la cama. Malus pateaba y se debatía, gritando de furia y miedo. Oyó voces graves que maldecían por encima de él, y durante un vertiginoso instante no supo con certeza si estaba despertando o si aún se encontraba atrapado en el sueño. Con un salvaje esfuerzo logró liberar los brazos y los hombros, y apartó a empujones a las sombrías figuras que se cernían sobre su cama, para luego rodar hasta el borde justo a tiempo de vomitar una enorme cantidad de vino rancio sobre el suelo de piedra.

—Ya te dije que esas últimas botellas eran prácticamente vinagre —dijo Hauclir desde el otro lado de la habitación—, pero no quisiste escucharme. Por supuesto, puede que en ese momento estuvieras demasiado borracho como para oírme, pero pensé que merecía la pena intentarlo.

La luz de primera hora de la mañana entraba por la ventana abierta del dormitorio. Hauclir estaba sentado en una silla, cerca de la entrada del balcón, con la pierna herida apoyada sobre una mesita baja que habían arrastrado hasta allí con ese propósito. Unas figuras vagas se movían silenciosamente por la habitación, remendando sus armaduras o afilando sus armas. Bolsillos y Diez Pulgares estaban asando carne sobre un brasero que había cerca de los pies de la cama, y se susurraban el uno al otro.

Malus se desenredó de la ropa de cama empapada y se puso de pie, tambaleándose. Tenía la mente espesa debido a la resaca y los efectos de la conmoción. El sueño aún permanecía en su mente con espantosa claridad. ¿Era real? ¿Acaso el demonio estaba ahora conspirando con Nagaira? ¿Cómo podía saberlo con certeza? Miró a Hauclir, pero ¿qué podía decir que no lo oyera también el demonio?

—¿Qué hora es? —preguntó con mirada legañosa.

—Primera de la mañana —replicó Hauclir—. De hecho, es demasiado temprano. Y gracias por preguntar por mi herida. No es ni con mucho tan grave como yo había temido.

—Tenemos que llegar a las cuadras de los nauglirs —lo interrumpió el noble—. Ahora.

Hauclir estudió a Malus con cuidado.

—Todavía estás borracho, mi señor.

—¿Y desde cuándo cambia eso las cosas? Ayúdame a ponerme la armadura —replicó el noble, mientras tironeaba de la manchada camisa de dormir.

Las cuchillas de carnicero subían y bajaban en el exterior de las cuadras de los nauglirs que había en el extenso complejo interior de la ciudadela, y vastos charcos de sangre destellaban al sol de la mañana. Al aproximarse Malus y Hauclir a la baja estructura de piedra, vieron que un grupo de jóvenes sirvientes sacaban los cuerpos de hombres bestia y bárbaros de la parte posterior de un carro, y los tendían en hilera para que los inspeccionaran los carniceros. Varios cientos de nauglirs consumían una gran cantidad de carne en un día, y los druchii no veían ninguna razón para desperdiciar nada que se les ofreciera.

El rugir de la batalla procedente de la muralla interior, situada a menos de ochocientos metros de distancia, había continuado sin disminuir desde el día anterior. Los guerreros del Caos se lanzaban en interminables oleadas contra las altas murallas. Hauclir decía que dentro de poco no iban a necesitar escalerillas, sino que podrían llegar a lo alto de la muralla trepando por las pilas de sus propios muertos.

El antiguo capitán de la guardia cojeaba, dolorido, junto a Malus, y se apoyaba en una improvisada muleta hecha con un par de astas de lanza.

—¿Por qué esa repentina prisa por visitar a tu gélido? —preguntó con un destello de suspicacia en los oscuros ojos—. Si estás pensando en ir a dar un breve paseo por la campiña, no creo que puedas llegar muy lejos.

—Necesito coger algo que llevo en las alforjas —replicó el noble, lacónico.

Su mente aún le daba vueltas a la trascendencia del sueño que acababa de tener. «Debería haber esperado esto», pensó con enfado. Ahora que había conseguido la ayuda de su madre Eldire y se había unido a la Espada de Disformidad, era inevitable que Tz'arkan intentara encontrar maneras de conspirar contra él para conservar la ventaja. Hasta ese momento no tenía ni idea de que el demonio pudiera hablar con Nagaira a través de sus sueños. ¿Sería también responsable de sus muchas pesadillas relacionadas con Lhunara? El pensamiento lo aterrorizaba tanto como lo enfurecía.

Había sido un estúpido al guardar la Espada de Disformidad, con o sin riesgos. Eso iba a cambiar.

Malus pasó corriendo junto a los carniceros manchados de sangre y bajó por la rampa hacia los pesebres. La cámara era oscura, y el húmedo aire estaba cargado del acre olor de decenas de enormes bestias de guerra. Cada nauglir tenía su propio pesebre, no desemejante de los pesebres para caballos, pero hechos de piedra enlucida en lugar de madera y cerrados por una robusta reja de hierro.

Pasaron varios minutos antes de que el noble encontrara a *Rencor*. El nauglir estaba dormitando sobre el arenoso suelo, con el hocico protegido tras la cola enroscada. La bestia de guerra despertó cuando Malus descorrió el cerrojo de la reja y entró en el pesebre.

Hauclir, que aún tenía la ropa manchada de sangre fresca, decidió prudentemente no seguirlo.

—Ahí estás, bestia de la tierra profunda —dijo Malus.

Al oír la voz de su amo, el gélido se puso rápidamente de pie. La fuerza de la costumbre hizo que el noble inspeccionara las garras del gélido, sus dientes y la piel en busca de signos de enfermedad.

—Parece que esos imbéciles están tratándote bien —murmuró, mirando la arena manchada de sangre en las proximidades—. Y tu apetito es bueno.

Malus desplazó la inspección a la silla y los arreos, y luego a las alforjas, aún sujetas al lomo del nauglir. Las que contenían las reliquias continuaban bien cerradas, y a su lado se encontraba el largo envoltorio que encerraba la Espada de Disformidad. Imaginó que ya podía sentir el calor de la ardiente arma como si fuera un brasero con ascuas latentes que esperaban ser avivadas. El noble inspiró profundamente y tendió las manos hacia la espada.

Al instante, un espasmo de lacerante dolor recorrió el cuerpo de Malus. Se dobló por la cintura con un agónico gemido, y sus manos se curvaron como temblorosas garras. *Rencor* se sobresaltó y se volvió a mirar a Malus con un gruñido de advertencia.

El demonio se movió bajo la piel del noble.

—¡Ah, no!, pequeño druchii —ronroneó Tz'arkan—. Me parece que no.

—¿Mi señor? —gritó Hauclir—. ¿Estás bien?

Pero el noble no podía hablar; de hecho, apenas si podía respirar debido al dolor que le atenazaba el pecho y los brazos. Vagamente vio que *Rencor* se alejaba de él con lentitud y cautela, y su experto ojo reconoció de inmediato que se encontraba con un grave problema. Por encima del rugido que le inundaba los oídos, oyó que el gélido gruñía desde lo más profundo de su garganta.

Puso hasta la última pizca de voluntad en obligar a las palabras a atravesar sus apretados dientes.

—Su...éltame —dijo con voz ronca.

—¡Ah, sí que lo haré!, pequeño druchii —dijo el demonio—, pero antes tal vez dejaré que esta bestia tuya te corte el brazo de la espada. Podría obligarte a meterle el brazo dentro de la boca si quisiera. ¿Te apetece verlo?

Un violento temblor sacudió el cuerpo del noble... y su brazo derecho comenzó a levantarse lentamente, vacilante.

—¡Mi señor! —gritó Hauclir—. En el nombre de la Oscuridad Exterior, ¿qué

estás haciendo?

Desde el otro lado del pesebre, *Rencor* lanzó un colérico bramido. De inmediato, los otros nauglirs de la cuadra recogieron el rugido, y el aire se estremeció con sus atronadores gritos.

—¡Qué carne tan débil y tosca tienes, Darkblade! —dijo el demonio—. No será una gran pérdida si una parte de ella es arrancada. De hecho, estaré encantado de permitir que tu maloliente bestia te corte los dos brazos de una dentellada, si es lo que tengo que hacer para mantenerte lejos de esa espada. Verás, ahora dispongo de nuevos aliados. Ellos pueden acabar el trabajo comenzado por ti y darme lo que quiero.

Por los labios de Malus salió un agudo, desesperado lamento, mientras observaba cómo su brazo derecho se extendía del todo. Su cuerpo se movió como una muñeca al volverse con movimientos convulsivos hacia el gélido. *Rencor* tenía la cabeza baja y movía la poderosa cola como un látigo por el suelo arenoso. Estaba a punto de atacar.

De repente, una forma ataviada con ropón se lanzó a través de la arena y derribó a Malus al suelo en el momento en que atacaba el nauglir. El rectangular hocico de la bestia se cerró justo donde Malus había estado de pie un instante antes, y saltaron gotas de saliva venenosa.

—¡Atrás, maldito montón de escamas! —rugió Hauclir mientras blandía la muleta hacia la cara del gélido con una mano, e intentaba arrastrar a Malus lejos de él con la otra.

Rencor atacó con una dentellada al ofensivo palito y lo hizo astillas, pero eso le dio a Hauclir suficiente tiempo para arrastrar a Malus hasta la mitad del pesebre. El noble pataleaba contra el suelo de arena para intentar ayudarlo. El gélido lanzó otro furioso bramido y abrió surcos con las zarpas en la arena, pero antes de que pudiera encogerse para cargar, Hauclir sacó al noble por la puerta y cerró la reja de golpe.

—Por los Dioses del Inframundo, mi señor, ¿de qué iba todo eso? —quiso saber Hauclir con la respiración entrecortada. Tenía manchas de sangre fresca en el vendaje del muslo.

Antes de que Malus pudiera hablar, el demonio le susurró una advertencia al oído:

—Ten mucho cuidado con lo que digas, Darkblade —le avisó—. O la próxima vez que te despiertes encontrarás a todos tus preciosos sirvientes degollados.

El noble apretó los dientes.

—Sólo..., sólo estaba inspeccionando mis pertenencias —respondió—. A la condenada bestia simplemente no le gustó mi olor. Demasiado vino, como tú dijiste.

El antiguo capitán de la guardia frunció el entrecejo.

—¿Estás seguro de que eso es todo? —preguntó mientras sus oscuros ojos escrutaban a su antiguo amo.

—¿Qué otra cosa podría ser? —le espetó Malus con voz amarga. Antes de que

Hauclir pudiera replicar, hizo callar al druchii con un gesto de una mano—. Basta de preguntas. Quiero ir a la muralla para comprobar el estado del asedio. Tengo la sospecha de que está a punto de suceder algo terrible.

21. Entre los vivos y los muertos

Columnas de grasiento humo negro se alzaban desde detrás de las murallas interiores de la fortaleza, y el aire estaba cargado de olor a carne asada. Cada ochocientos metros a lo largo de la avenida de dentro de la muralla se alzaba una pira para los druchii muertos, cada una atendida por una veintena de exhaustos sirvientes y un par de oficiales de ojos inexpresivos que anotaban el nombre de cada soldado que era entregado a las llamas. Hacía días que se había abandonado la retirada ordenada de los cadáveres y su traslado a los hornos funerarios. Los muertos se amontonaban con una rapidez mucho mayor de la que podían asumir las cuadrillas, y la mayoría de los integrantes de éstas, además, habían sido trasladados a la defensa de las murallas.

Las pilas de enemigos muertos eran aún más enormes; los montones malolientes en algunos sitios sobrepasaban los tres metros y medio, y rodeaban la totalidad del perímetro de la muralla. Malus estaba pasmado por la descomunal escala de la matanza, y más que un poco inquieto ante el celo casi suicida de la horda del Caos. «Nos enterrarán en sus propios muertos si tienen que hacerlo —comprendió con una mezcla de preocupación y admiración—. Sólo les importan la victoria y la destrucción, y continuarán atacándonos hasta que mueran sus jefes o el último bárbaro haya sido arrojado desde lo alto de la muralla.»

Se sorprendió preguntándose qué clase de cosas podría lograr él con un ejército semejante, y apartó despiadadamente a un lado esos pensamientos.

Con Hauclir cojeando a su espalda, subió por la larga rampa manchada de sangre hasta las almenas que estaban situadas junto al cuerpo de guardia norte. Los soldados limpiaban los restos del último ataque, y en consecuencia, caían cuerpos y trozos de armadura que pasaban junto a los dos druchii como una granizada sangrienta. La última acometida había concluido ya cuando el noble atravesó el complejo interior al salir de las cuadras de los nauglirs. El repentino silencio que reinaba a lo largo de las almenas resultaba inquietante después de lo que habían parecido horas de alaridos y derramamiento de sangre.

El noble se quedó espantado ante la escena de carnicería con que se encontró en lo alto de la muralla. El parapeto de piedra oscura estaba cubierto por una gruesa capa de sangre, serrín y vísceras, y los lanceros druchii se sentaban o dormían en medio de la porquería, demasiado exhaustos y entorpecidos como para darse cuenta siquiera. Armas rotas y trozos de armadura y de cuerpos sembraban todo lo largo de la muralla. Grandes cuervos daban saltos y se dirigían graznidos unos a otros mientras buscaban los mejores bocados entre los inmóviles cuerpos de los vivos. Incluso Malus, que recientemente había caminado por las calles tintadas de sangre de Har Ganeth, quedó pasmado ante lo que veía. Se volvió a mirar a Hauclir, y vio que la

cara del antiguo capitán de la guardia estaba pálida y ceñuda.

Más allá de las murallas, la ciudad exterior era un erial de edificios quemados y toscas tiendas. Exhaustos guerreros del Caos yacían como manadas de perros salvajes a lo largo de las avenidas sembradas de desperdicios, y el matadero en que se había convertido la zona de delante de la muralla interior estaba alfombrado por cientos y más cientos de cadáveres hasta donde llegaba la vista. Entre las ruinas se alzaban aullidos y gritos de voces que farfullaban maldiciones que parecían ladridos en un idioma que ninguno de los defensores podía entender, pero cuyo significado estaba perfectamente claro. Pronto, demasiado pronto, la matanza volvería a empezar.

Cuando Malus se aproximaba a la puerta del cuerpo de guardia, se produjo una conmoción. Un trío de lanceros se esforzaba por sujetar a un cuarto guerrero, que gritaba y se debatía enloquecidamente.

—¡No pararán! ¡No dejarán de venir! —exclamaba, con los oscuros ojos muy abiertos en el rostro cubierto de sangre seca y suciedad—. ¡No podemos quedarnos aquí! ¡No podemos!

Los soldados que luchaban con el aterrado druchii intercambiaban miradas de miedo. Uno de ellos sacó una espada corta.

—¿Qué es todo esto? —les espetó Malus con un tono tan cortante que lo sorprendió incluso a él mismo.

Los guerreros se sobresaltaron ante la imponente voz de mando, e incluso el druchii aterrado se calmó un poco.

Los soldados se miraron unos a otros, y el más veterano se aclaró la garganta.

—No es nada, temido señor —replicó—. Sólo vamos a retirar a este soldado de la muralla. No se encuentra bien.

—A este soldado no le sucede nada malo —gruñó Malus al mismo tiempo que avanzaba y empujaba a los lanceros para abrirse paso hasta el centro del grupo. Aferró al druchii aterrado por el cogote y lo obligó a ponerse de pie—. Tienes los dos ojos y todas las extremidades —le espetó—, así que, dime, ¿qué te pasa?

El lancero temblaba bajo la presa del noble.

—No podemos quedarnos aquí, temido señor —gimió—. Han pasado días, pero ellos continúan atacando...

Malus sacudió al hombre como si fuera una rata.

—Por supuesto que continúan atacando, condenado estúpido —gruñó—. Son animales. Es lo único que saben hacer. —Empujó al hombre contra las almenas e hizo que se inclinara hacia el campamento enemigo—. ¡Escúchalos! ¿Qué oyes?

—¡Aullidos! ¡Negras maldiciones! —gritó el druchii con enojo—. ¡Nunca callan! ¡Siguen así durante horas!

—¡Por supuesto que sí! —le contestó Malus—. ¡Cada una de las bestias de ahí fuera está sentada en el estiércol y maldice tu nombre en voz lo bastante alta como

para que lo oigan todos los Dioses Oscuros! ¿Y sabes por qué? Porque nada desean más que atravesar las murallas y matar a todos los seres vivos que puedan encontrar, pero tú no lo permitirás. Ese es el condenado ejército más grande que jamás ha marchado contra Naggaroth, y tú estás sobre esta muralla con tu lanza, y les impedirás que lleguen a la única cosa que desean.

El noble dejó caer al soldado sobre el parapeto incrustado de porquería.

—¡Es ridículo! ¡Absurdo! Cada día se levantan de sus tiendas malolientes y cabriolan como estúpidos ante sus retorcidos altares hasta llegar a un frenesí sanguinario que no podría resistir nada que haya sobre la tierra, y cada día tienen que volver a sus tiendas con la cola entre las patas y lamerse las heridas a la sombra de estas negras murallas. ¡Claro que maldicen tu nombre! El solo hecho de pensar en ti les quema las entrañas como carbón encendido, porque los has derrotado cada vez que te han atacado. Cada condenada vez. —Señaló el campamento enemigo—. Deberías saborear esos sonidos, soldado, porque son un lamento. Son los sonidos del miedo y la desesperación. Y todo es debido a ti.

El conmovido lancero miraba fijamente a Malus. El noble bajó los ojos hacia él y le sonrió.

—La victoria está al alcance de tu mano, soldado. ¿Vas a dejar que se te escape, o vas a derrotar a esos bastardos de una vez y para siempre?

—¡Puedes contar con nosotros, temido señor! ¡Mataremos hasta la última de esas bestias! —gritó un lancero que se encontraba a pocos metros de distancia.

El grito sobresaltó a Malus que, al mirar en la dirección de la que procedía, se dio cuenta de que la mayoría de los guerreros se habían puesto de pie mientras hablaba, y ahora estaban pendientes de cada una de sus palabras. Sus sucios rostros ensangrentados sonreían con feroz orgullo.

El aterrado lancero se puso de pie, tembloroso. Tragó con dificultad y miró a Malus a los ojos.

—Que vengan, temido señor —dijo—. Los estaré esperando.

Entre los soldados reunidos se alzó una aclamación. Malus sonrió, algo incómodo, y saludó a los supervivientes del regimiento.

—Descansad un poco —gritó, y agitó una mano en dirección al campamento enemigo—. Disfrutad de la música mientras podáis.

Los guerreros rieron, y Malus dio media vuelta para encaminarse con rapidez hacia el cuerpo de guardia.

Nuarc lo esperaba en la entrada de la fortificación. La cara del señor de la guerra estaba tan sucia como la de cualquier soldado raso, con las arrugas ahondadas por el cansancio y el hambre. No obstante, le dedicó a Malus una sonrisa de admiración.

—Eso ha estado muy bien hecho, muchacho —dijo en voz baja—. Probablemente yo me habría limitado a dejar que sus compañeros se ocuparan del problema.

El noble negó con la cabeza.

—Entonces habríamos estado haciéndole el trabajo al enemigo —replicó—. Soy lo bastante rencoroso como para querer hacer que esas bestias trabajen por cada uno de los nuestros que maten.

Nuarc rió entre dientes.

—Bien dicho. —Le hizo un gesto al noble—. Entra. Por tu aspecto, diría que no te vendría mal comer algo.

Condujo a Malus y Hauclir al interior de los oscuros corredores del cuerpo de guardia, donde atravesaron habitaciones desiertas y pasillos flanqueados por barriles llenos de pesados viroles, hasta llegar a una sala larga llena de saeteras que daban al terreno de matanza de delante de la muralla. Alrededor de una docena de soldados druchii de aspecto cansado, tanto hombres como mujeres, miraban hacia el exterior con las ballestas a mano. Un brasero colocado en el centro de la cámara de techo bajo aportaba un poco de calor, y sobre una mesa cercana había un par de hogazas de pan, algunos trozos de queso y pescado seco, junto con media docena de jarras de cuero y varias botellas de vino.

—Servios —dijo Nuarc, que abarcó la mesa con un gesto.

Los soldados que estaban de guardia les lanzaron miradas de depredador a los dos intrusos a los que habían dado la bienvenida a su cubil, como si fueran una manada de perros que de pronto se viera obligada a compartir su carne. A Malus se le revolvió el estómago al ver la comida, pero Hauclir le hizo un respetuoso gesto de asentimiento al señor de la guerra, y se sirvió.

Nuarc vertió un poco de vino en una de las jarras, y bebió un pequeño sorbo.

—Las noticias de tus hazañas han estado propagándose entre los soldados. Primero, la incursión contra las máquinas de asedio, y ahora la batalla dentro del túnel. Estás convirtiéndote rápidamente en el héroe del momento.

Malus soltó un bufido desdeñoso.

—No importa el hecho de que la batalla del túnel no habría tenido lugar si yo no me hubiera dejado engañar por la estratagema de Nagaira —gruñó—. Si esos pobres necios me creen un héroe, la situación es realmente desesperada.

Hauclir rió entre dientes, con un bocado de pescado seco en la boca, pero Nuarc clavó la mirada en el fondo de la jarra de vino y frunció el ceño. Malus captó el gesto y se puso serio de inmediato.

—¿Están muy mal las cosas?

—A estas alturas apenas si podemos resistir —replicó Nuarc con gravedad—. Hasta donde somos capaces de calcular, perdimos algo más de un tercio de los soldados en la debacle de la muralla exterior, y los que quedan están agotados. No nos faltan comida ni armas, pero los constantes ataques han hecho mella. Si tuviéramos otro día de ataques como el de ayer, podríamos perder la muralla interior hacia media

tarde.

Esa revelación dejó pasmado a Malus.

—¿Qué se sabe de los refuerzos de Har Ganeth y Karond Kar?

Nuarc sacudió la cabeza con expresión grave.

—No hemos sabido nada. A estas alturas, dudo de que lleguen a tiempo, si es que llegan.

—¿Y qué me dices de esos malditos señores que están en la Torre Negra? —gruñó el noble, que comenzó a pasearse por la larga sala como un lobo enjaulado—. ¿Tienen algún intrépido plan para salvarnos del desastre?

Nuarc volvió a coger la botella de vino.

—He oído rumores —dijo—. ¿Estás seguro de que no quieres vino?

—¡Dioses, no!, mi señor —replicó Malus—. De ese vinagre he bebido bastante para que su efecto me dure algún tiempo.

El señor de la guerra se sirvió una buena cantidad.

—Hay indicios de que tu hermano, el vaulkhar, está contemplando un plan que acabará con el asedio de un plumazo.

Malus rió amargamente entre dientes.

—¿Planea llevar a la guarnición contra la horda del Caos?

Nuarc negó con la cabeza.

—Tiene intención de entregarte a Nagaira.

El escaso humor del noble se desvaneció del todo.

—No puedes hablar en serio.

—Ojalá fuera así —admitió Nuarc—. Pero avergonzaste a Isilvar y a los otros nobles delante del Rey Brujo y, lo que es peor, tus hazañas están ganándose la admiración de los soldados. Eso te hace muy peligroso, por lo que a ellos respecta.

—¡Malekith nunca permitirá algo semejante!

El señor de la guerra se encogió de hombros.

—He servido a Malekith durante más de trescientos años, muchacho, y no soy capaz de decir qué permitirá y qué no. Para mí resulta evidente que está poniendo a prueba a Isilvar y a los otros señores, pero no puedo ni comenzar a deducir con qué finalidad. El caso es que también ellos empiezan a darse cuenta de esto, y los pone nerviosos. Desean que el asedio acabe, y darle a Nagaira lo que quiere es la forma más rápida y fácil de lograrlo.

—Si Isilvar cree eso de verdad, es un estúpido aún mayor de lo que yo imaginaba —dijo Malus, desgarrado entre la cólera asesina y el frío pánico—. Si Nagaira cree que puede tomar la Torre Negra y humillar al Rey Brujo en el proceso, no vacilará en hacerlo.

Nuarc hizo una mueca.

—Temía que fueras a decir algo así —replicó—. Entonces, será mejor que

busquemos otra manera de poner fin al asedio antes de que Isilvar y los otros señores decidan hacerse cargo de las cosas.

Malus enseñó los dientes al hacer una mueca de frustración.

—Creo que tomaré un poco de ese vino, después de todo —dijo.

En ese momento, les llegó del norte un retumbo que sacudió la tierra e hizo que la mesa de roble crujiera y las botellas de vino se bambolearan y tintinearan al chocar unas contra otras. Un extraño restallido desgarró el aire, como el sonido de un martillo contra cristal. Los druchii que se encontraban ante las saeteras se pusieron repentinamente alerta, y uno de ellos se volvió hacia Nuarc con una expresión asustada en la cara.

—Será mejor que vengas a ver esto, mi señor —dijo—. Sea lo que sea, no puede ser bueno.

Nuarc y Malus se precipitaron hacia las saeteras y empujaron con un hombro a algunos druchii de ojos desorbitados. La expresión del viejo señor de la guerra se tornó ceñuda.

—Condenación —siseó.

En el exterior, más allá de la lejana curva de la muralla, una enorme columna de arremolinado humo se alzaba hacia el cielo frío y despejado. Se veían verdes cintas de rayos a través del humo, y aunque se encontraba a casi diez kilómetros de distancia, Malus percibía los vientos de la magia, que le causaban oleadas de cosquilleo en la piel. Mientras observaba, la columna de magia negra se levantó más de trescientos metros y propagó sus energías por el cielo. La negrura se extendió desde la columna como un turbulento charco tan negro como la tinta, y un terrible sudario cayó sobre la tierra desgarrada por la guerra. Más truenos resonaron bajo el contaminado cielo, y una repentina ráfaga de viento frío y húmedo golpeó la muralla interior.

—*Condenación* es la palabra correcta —dijo Malus—. No me gusta nada el aspecto de eso.

Nuarc se volvió hacia uno de los guerreros.

—Que suene la llamada a los puestos de combate —ordenó—. A menos que me equivoque, el enemigo está a punto de golpear con fuerza.

El guerrero asintió, con la cara blanca de miedo, y salió corriendo de la sala.

El viento arreció, y canturreó como un espectro al pasar por las saeteras e inundar las fosas nasales de los druchii con el olor de la tierra húmeda. Por el negro cielo de lo alto destellaban rayos verdes que se reflejaban en las espadas y los escudos de los hombres bestia y los bárbaros que empezaban a avanzar poco a poco por las estrechas calles hacia el terreno de matanza en que se había convertido el espacio de delante de la fortaleza interior. El trueno resonaba en lo alto, y gruesas gotas de grasienda lluvia comenzaron a caer sobre las almenas. Por encima de ellos, en el tejado del cuerpo de

guardia, empezaron a gemir los cuernos, cuyas notas casi se perdieron en el viento, cada vez más fuerte.

En cuestión de segundos la lluvia se convirtió en aguacero coloreado de verde por los constantes destellos de los rayos. Un aire frío entraba por las saeteras; los guerreros druchii retrocedieron con una maldición, presas de arcadas debido a un abrumador hedor a podredumbre. Malus también maldijo, pero por una razón completamente distinta. Un momento antes podía ver con claridad al ejército del Caos que se reunía para volver a atacar, pero ahora quedaban completamente oculto por cortinas de aceitosa lluvia. A esas alturas podrían encontrarse a pocos metros de la muralla.

El noble se volvió a mirar a Nuarc.

—¿Intercederán Morathi y sus brujas contra esta espantosa lluvia? ¡Esto podría costarnos la muralla interior si no podemos ver a los enemigos hasta que estén de pie sobre las almenas!

Nuarc negó con la cabeza, impotente.

—Ella es aún más difícil de prever que su hijo. Si Malekith le ordena que lo haga, tal vez lo hará.

—¡En ese caso, tienes que volver a la ciudadela y hablar con el Rey Brujo!

El noble se volvió hacia Hauclir, que estaba ocupado en meterse en las mangas del ropón paquetes de comida y una botella de vino.

—Hauclir, deja eso y escolta a Nuarc de vuelta a la Torre Negra. ¡Deprisa!

El antiguo capitán de la guardia cruzó rápidamente los brazos, con lo que hizo desaparecer la comida y el vino robados.

—Como desees, mi señor —refunfuñó.

Nuarc dio rápidamente una serie de órdenes a los guerreros, y llamó por su nombre a media docena para que lo acompañaran de vuelta a la ciudadela. Malus aprovechó la oportunidad para reunirse con Hauclir y conducirlo a la puerta de la sala, fuera del alcance auditivo de los demás.

—Podríamos tener que hacer algo drástico en las próximas horas si los dos pretendemos conseguir lo que queremos de Nagaira.

—¿Drástico? ¿Cómo qué? —susurró Hauclir.

—¿Sinceramente? No tengo ni la más remota idea —replicó Malus, que logró dedicarle una sonrisa de canalla—. Igual que en los viejos tiempos, ¿eh?

Hauclir hizo una mueca de dolor.

—¿Viejos tiempos? ¿Aquellos en los que casi acabamos ahogados, quemados o devorados por demonios?

Malus miró con ferocidad a su antiguo guardia personal.

—Pero, vamos a ver, ¿qué me dices de todos los buenos momentos?

—Esos fueron los buenos momentos.

El noble se tragó una contestación al aproximarse Nuarc y sus escoltas.

—Haz el favor de volver aquí lo más rápidamente posible, condenado canalla — dijo en voz baja.

Malus siguió al pequeño grupo hasta la parte posterior del cuerpo de guardia, y los dejó ante una escalera de caracol que los llevaría hasta una puerta de hierro que se abría junto a la entrada de la muralla interior. Luego, desenvainó las espadas gemelas y se encaminó hacia las almenas.

Momentos más tarde llegó a la salida que daba a lo alto de la muralla y vio que la pesada puerta de roble se estremecía, abofeteada por el aullante viento. Desde el otro lado le llegaban, apagados, gritos y alaridos. El noble reunió valor, abrió la temblorosa puerta... y se encontró al borde del infierno.

Los guerreros druchii se tambaleaban bajo el embate del maloliente viento y la asquerosa lluvia, y muchos estaban acuclillados y apoyaban la parte superior del yelmo contra las almenas para protegerse un poco de la monstruosa tormenta. Tridentes de rayos verdes desgarraban el cielo, aparentemente lo bastante cercanos como para tocarlos. Malus vio semblantes pálidos iluminados por un terror absoluto, y oyó gritos de miedo que sonaban arriba y abajo por toda la línea de lanceros que luchaban. Para su horror, el noble contó casi media docena de escalerillas que ya asomaban por encima del borde de la muralla, y cuyos largueros de madera temblaban al ritmo de centenares de pies que ascendían.

A menos de veinte metros había media docena de guerreros que forcejeaban con una figura que estaba tumbada sobre el parapeto de piedra. Malus oyó gritos de enojo y furia, y vio que una larga daga descendía una y otra vez sobre la figura yacente. Una cólera negra ascendió, hirviendo, desde su corazón.

—¡Levantaos y enfrentaos con el enemigo! —rugió en medio del aullante viento.

Con las espadas en las manos, salió al parapeto sin hacer caso de las cortinas de agua maloliente que el viento le echaba sobre la cara y que penetraban por las rendijas de su armadura.

—¡Los guerreros de Naggaroth no se acobardan ante una tormenta! ¡Luchan o mueren! ¡Escoged!

Las cabezas se volvían a mirar a Malus cuando pasaba. Los rayos destellaban y le conferían a su rostro un aspecto demoníaco. Con lentitud pero sin vacilar, los lanceros del regimiento aferraron las armas y se pusieron de pie. Malus no sabía ni le importaba si lo hacían por honor, por vergüenza o por miedo a lo que él pudiera hacerles.

La pelea aún continuaba cuando Malus llegó hasta ella, y con un grito furioso se puso a patear a los lanceros que le asestaban puñetazos y puñaladas a la víctima. Se alzaron gritos de miedo en respuesta a sus coléricos golpes. Un druchii armado con un cuchillo incluso se volvió contra Malus durante un breve instante, con el arma

manchada de sangre preparada para atacar, hasta que se dio cuenta de con quién se enfrentaba y retrocedió con un grito asustado.

Entonces, Malus pudo ver al guerrero que se debatía en el suelo. Cada destello de rayo revelaba espantosas heridas en el pecho, el vientre y las piernas del druchii, horribles tajos abiertos por cuchillo, espada y hacha. El guerrero rodeaba con las manos el cuello de otro lancero e intentaba acercarse a la víctima que luchaba a sus desgarrados labios y rotos dientes manchados de sangre.

Malus reparó en la poca sangre que había alrededor del guerrero acuchillado, y entonces, un frío nudo de comprensión le heló las entrañas.

El druchii estaba muerto. Hacía horas que lo estaba.

Con un grito horrorizado, Malus descargó con ambas espadas tajos descendentes que cercenaron el brazo derecho del muerto viviente a la altura del codo y le rebanaron la mitad del cráneo. La criatura retrocedió y su víctima se soltó entre gritos, pero el muerto viviente intentó lanzarse otra vez hacia el guerrero, incluso mientras sus sesos caían sobre el parapeto de piedra. El noble avanzó rápidamente y decapitó a la criatura con un barrido de revés. Sólo entonces el desgraciado ser cayó sobre las piedras, sin vida.

El trueno rugió cerca de los oídos de Malus. Los guerreros gritaron de terror. Uno de los lanceros alzó la mirada hacia Malus, sangrando en abundancia por los profundos arañazos que tenía en una mejilla y el cuello. El noble lo reconoció como el soldado aterrado con el que había hablado apenas minutos antes.

—¡Es la lluvia, temido señor! —gritó por encima del viento—. ¡Cayó sobre la cara de Turhan y lo devolvió a la vida!

—¡Bendita Madre de la Noche! —susurró Malus, que de repente comprendió el plan de Nagaira.

Avanzó con rapidez hasta el borde interior del parapeto y bajó la mirada hacia las sombras profundas del pie de la muralla.

El rayo destelló en el cielo, y Malus entrevio movimiento en los montones de cadáveres desgarrados y destrozados, cientos, tal vez miles, que se desenredaban de las pilas que flanqueaban la avenida interior y avanzaban con paso tambaleante hacia la larga rampa que ascendía hasta las almenas.

La escena, hasta donde Malus podía ver, se repetía a lo largo de todas las secciones de la muralla interior. Las infernales brujerías de su hermana habían atrapado a los defensores entre dos ejércitos: uno de vivos y otro de muertos. «Y acabo de enviar a Hauclir y Nuarc al centro de esa pesadilla», pensó.

Comenzaron a sonar los cuernos a lo largo de toda la muralla. Malus no sabía si era un toque de alarma o de retirada. Era incapaz de empezar a pensar siquiera en cómo podía detenerse a tiempo semejante plaga de muertos vivientes; lo único que podía hacer era defender su zona de la muralla con los soldados y recursos que tenía

bajo su mando.

Pensando con rapidez, Malus se volvió hacia el sangrante guerrero.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas, lancero?

—Anuric, temido señor —tartamudeó el soldado.

—Ahora eres el sargento Anuric —le espetó Malus. Barrió el aire con la espada manchada de sangre para abarcar a los druchii que habían luchado contra el muerto viviente—. Llévate a estos soldados al cuerpo de guardia tan rápidamente como puedas. ¡Coged todos los proyectiles de aliento de dragón que podáis encontrar, y lanzadlos sobre la rampa! ¿Me has entendido?

El guerrero asintió con la cabeza.

—Entendido, temido señor.

—Entonces, ¿por qué continúas aquí de pie? ¡Vete! —gritó, y los guerreros corrieron a obedecer.

Alaridos y gritos de guerra que sonaron tanto arriba como abajo de la muralla indicaron que los primeros atacantes del Caos habían llegado a lo alto de las escalerillas. Mientras los lanceros iban a la carrera hacia el cuerpo de guardia, Malus dio media vuelta y corrió en sentido contrario para llegar a lo alto de la empinada rampa antes que los cadáveres ambulantes que arrastraban los pies.

Cada uno de los ocho lienzos de la muralla interior medía unos mil doscientos metros, pero ahora ése parecía extenderse varias leguas en la intermitente y caótica oscuridad. Malus resbalaba y daba traspies sobre las aceitosas piedras, esquivando frenéticos combates entre vociferantes lanceros y aullantes bárbaros del Caos, y era abofeteado por feroces vientos que amenazaban con arrojarlo del parapeto hacia la masa de muertos vivientes que había más abajo. Las breves imágenes de frenética lucha desesperada se sucedían ante los ojos del noble al pasar corriendo. Un lancero caía con un hombre bestia desgarrándole la garganta, y por la boca del druchii manaba un torrente de sangre mientras clavaba su espada una y otra vez en el musculoso pecho de su atacante. Otro lancero gateaba a ciegas por las piedras del suelo del parapeto, chillando como un bebé, con la cara convertida en pulpa. Un par de lanceros aferraban por las trenzas a un bárbaro que estaba en lo alto de las almenas y lo arrojaban de cara contra el parapeto, donde uno de ellos se inclinaba y lo degollaba expertamente de oreja a oreja. El torrente de sangre tibia chapoteó contra los pies de Malus cuando pasó a la carrera.

Se encontraba a veinte metros de la rampa y veía que iba a perder la carrera. El primero de los muertos vivientes casi había llegado a la parte superior, y ninguno de los guerreros del extremo de la línea tenía la más remota idea de lo que se le aproximaba por detrás.

—¡Extremo de la línea! ¡Mirad detrás de vosotros! —gritó Malus a pleno pulmón, pero sus palabras prácticamente se perdieron en la rugiente tormenta y el torbellino

de la batalla.

Gruñendo a causa de la frustración, Malus comenzó a gritar otra vez, pero una figura se le echó encima por detrás y lo derribó de cara sobre las piedras.

Malus oyó gruñir al hombre bestia justo por encima de su cabeza y sintió el caliente aliento fétido contra la nuca. Luego, recibió un fuerte golpe, y un dolor lacerante le recorrió el lado derecho de la mandíbula, tras lo cual notó que su caliente y espeso icor le salpicaba la mejilla. Rugiendo como una bestia, el noble intentó darse la vuelta bajo el atacante y estrelló uno de sus acorazados codos contra el óseo hocico del guerrero del Caos. El hombre bestia rugió e intentó apuñalar otra vez a Malus con su cuchillo dentado, pero la hoja resbaló contra el espaldar del noble. Impulsado por el puro instinto, Malus se volvió para quedar completamente boca abajo, y con un veloz giro de muñeca invirtió la manera de aferrar la espada de la mano derecha, para luego barrer con ella por detrás con toda la fuerza que pudo reunir. La hoja se clavó profundamente en el costado del hombre bestia, y Malus continuó rodando y arrojó al aturdido y sangrante guerrero por el borde interior del parapeto, jadeando, Malus se levantó hasta quedar con una rodilla en tierra, y vio que un par de muertos vivientes corrían hacia él con las mugrientas manos tendidas hacia delante.

Los monstruos no muertos habían llegado a lo alto de la muralla, y los druchii del final de la línea ya se veían abrumados. Malus vio que dos lanceros eran atacados por detrás y arrastrados bajo una multitud de manos que desgarraban y mandíbulas que chasqueaban. El resto estaba retrocediendo con gritos horrorizados, cediendo aún más parapeto ante los monstruos que arrastraban los pies.

Malus saltó hacia los dos muertos vivientes con un feroz grito de guerra, mientras sus espadas gemelas tejían un dibujo de descuartizamiento y muerte. Dos rápidos barridos, y las manos de los monstruos fueron cercenadas; luego, el noble dio un veloz paso a la izquierda, y cortó un brazo y la cabeza del muerto viviente que la acechaba por ese lado con dos rápidos tajos. Antes de que el cuerpo tocara siquiera las piedras del parapeto, Malus cambió de postura y acometió a la criatura de la derecha, a la que decapitó limpiamente con un solo y veloz tajo.

—¡Los golpes a la cabeza! —les gritó a los vacilantes guerreros—. ¡Seguidme! —Y se lanzó hacia la masa riendo como un demente.

Los guerreros no muertos desconocían el dolor y el miedo, y sus únicas armas eran las uñas y los dientes, y un vigor antinatural. Impulsado por la furia y el rencoroso odio, Malus abrió un terrible surco entre los muertos vivientes. Sabía que si lograba llegar al extremo superior de la rampa y detener la ola de criaturas que alcanzaban el parapeto, podría retener las almenas. Cortaba dedos y partes de manos, cercenaba brazos y rebanaba cráneos. Bárbaros, hombres bestia y druchii no muertos caían todos ante sus destellantes espadas.

Se abrió camino a lo largo de veinte metros de parapeto empapado de sangre,

acometiendo todo lo que se le ponía por delante. La batalla pareció continuar durante horas, hasta que la matanza se convirtió en una especie de danza terrible. Malus oyó detrás de sí los furiosos gritos de los guerreros que lo seguían, y aulló como un lobo al que hubieran dejado suelto en medio de un rebaño de ovejas. Por primera vez desde la marcha contra Hag Graef, varios meses antes, se sintió realmente vivo.

Cuando llegó al otro extremo de la muralla, se sorprendió. Un par de decapitados muertos vivientes se desplomaron sobre las piedras del parapeto, y las espadas arrancaron chispas de la pared del reducto que quedaba detrás de ellos. Otros muertos vivientes intentaban abrirse paso hasta el parapeto, pero ahora un apretado grupo de los druchii que seguían a Malus había llegado al extremo superior de la rampa, y les asestaban tajos a los monstruos con asesina eficiencia. El noble se recostó contra la pared del reducto e intentó lo mejor posible librarse del estado de locura de la batalla.

Justo en ese momento se oyó una detonación crepitante, y una cortina de llamas verdes saltó hacia el cielo a lo largo del interior de la muralla. Entre los druchii se alzaron aclamaciones cuando se encendió el aliento de dragón entre la horda de muertos vivientes. Malus se volvió y vio a Anuric que avanzaba hacia él con paso tambaleante y una clara expresión de alivio en su joven rostro. El lancero alzó una mano para saludar, y luego se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó sobre el parapeto. El joven tenía clavadas en la espalda un par de hachas arrojadas de los bárbaros.

Más allá del cuerpo del lancero, las oleadas de guerreros del Caos que pasaban por encima de las almenas y saltaban sobre los defensores convertían la línea de druchii en una hirviente masa de feroces combates. Los druchii resistían con uñas y dientes, pero el furioso ataque no parecía tener fin.

Malus dejó que los lanceros se encargaran de defender la rampa, y avanzó hacia la vacilante línea. Se detuvo al pasar junto al cuerpo de Anuric, y tras considerarlo un momento, se arrodilló e hizo que rodara para arrojarlo al pie de la muralla y entregarlo a las voraces llamas como correspondía a un hijo de Naggaroth. Luego, se dejó invadir una vez más por la locura de la batalla y saltó, aullando, hacia la refriega.

22. La sangre de los héroes

La matanza no parecía tener fin.

Mientras caía la lluvia de corrupción y el viento aullaba su furia, Malus deambulaba como un gato montés a lo largo de la línea de druchii trabados en combate, cayendo como un rayo sobre los atacantes del Caos para luego pasar al siguiente combate desesperado; dejaba tras de sí extremidades cercenadas y cuerpos agonizantes. Siempre acometía a los enemigos desde un ángulo inesperado, con una rápida estocada que se clavaba entre las costillas de un desprevenido guerrero, o desjarretándolo cuando estaba concentrado en el druchii que tenía delante. Sus mortíferos actos nada tenían que ver con el honor o la gloria; formaban parte de una fría matanza calculada, repetida una y otra vez a lo largo de la muralla inundada de sangre.

Los druchii se defendían como los animales acorralados que eran. Con los incendios de verdes llamas que rugían detrás de ellos, los lanceros sabían que no había adonde huir, así que cuanto más los presionaban, más malvados se volvían. Bárbaros y hombres bestia eran levantados por los aires y arrojados hacia las voraces llamas que ardían a lo largo de la rampa, o acometidos desde todos los ángulos como ciervos en medio de una jauría. Los druchii continuaban luchando a pesar de haber sufrido heridas graves, y caían sólo cuando habían derramado su última gota de sangre sobre las piedras del parapeto. Era como si la locura de la batalla de Malus se les hubiera contagiado, y poco a poco el curso de la lucha comenzó a volverse a su favor. Los grupos de guerreros del Caos empezaron a disminuir, empujados cada vez más y más hacia las escaleras resbaladizas de lluvia, y al cabo de no mucho rato los defensores se encontraban de pie ante las escalerillas y descargaban golpes sobre la cabeza de cualquiera que intentara subir por ellas.

Malus no sabía durante cuánto rato habían luchado. La tormenta continuaba, sin dar muestras de amainar, y el tiempo perdió todo significado, medido en lunáticos destellos de luz verde. Una y otra vez se sorprendía buscando entre los guerreros que luchaban por si veía a Lhunara. Extrañamente, el paladín de Nagaira no hizo acto de presencia durante la desesperada batalla.

Cuando la oleada final rompió contra las almenas, se encontraba de vuelta en el otro extremo de la línea, junto al cuerpo de guardia, de pie detrás de un trío de rugientes lanceros empapados en sangre que estaban agachados como serpientes debajo de las almenas, frente a la última de las escalerillas. Habían permanecido allí, al acecho, durante largo rato, y habían atacado por sorpresa a todos los guerreros que habían subido a la muralla, acuchillándoles las piernas, el vientre y la entrepierna desde debajo, para luego arrojar al fuego a las vociferantes víctimas. Habían matado a tantos hombres por este sistema que se había transformado en una especie de rutina; y

así, cuando un descomunal hombre bestia con cabeza de toro ascendió, rugiendo, desde la oscuridad, los lanceros fueron pillados completamente desprevenidos.

Con un bramido furioso, el minotauro pasó por encima de las almenas con un solo brinco, aterrizó en medio de los sobresaltados lanceros y comenzó a repartir tajos con un par de hachas enormes. Un druchii fue cortado en dos, desde un hombro hasta la cadera, de un único tajo; una druchii recibió en el pecho un demoledor golpe que lanzó su cuerpo roto por encima del borde interior de la muralla, dando volteretas. El tercero, aún consumido por la sed de sangre, saltó hacia la enorme bestia con un grito feroz y clavó su espada corta en un costado del minotauro. Pero la hoja apenas penetró un dedo en el grueso pellejo del monstruo, y el minotauro le asestó al lancero un descuidado golpe con una de las hachas y le arrancó la cabeza. Malus le enseñó los dientes al monstruo que tenía delante y lo acometió con las destellantes espadas.

El primer golpe abrió un tajo de través en uno de los musculosos muslos del minotauro, lo que provocó un rugido de dolor y la sibilante acometida de un hacha manchada de sangre. Malus intentó esquivar el tajo, pero el arma le golpeó en el borde exterior de la hombrera derecha, y el impacto lo lanzó de espaldas contra la pared del cuerpo de guardia como si lo hubiera pateado un nauglir. El choque lo dejó sin aliento, y su cabeza dio contra las piedras con un resonante golpe que lo cegó momentáneamente. Su oído, sin embargo, funcionaba a la perfección, así que pudo oír el furioso bramido del minotauro cuando se encaró con él y avanzó para matarlo.

Por puro instinto, Malus se lanzó hacia delante y pasó rodando entre las piernas del minotauro en el momento en que las hachas gemelas de la bestia abrían surcos en la pared de piedra del cuerpo de guardia. Aún parpadeando para intentar librarse de las estrellas que veía, el noble se puso de pie y cortó con las espadas los tendones como cables de las corvas del minotauro. La tullida bestia se desplomó con un rugido agónico, y Malus descargó las dos espadas con un movimiento de tijera que abrió tajos en ambos costados del cuello de la criatura, casi hasta el espinazo. La sangre roja manó en forma de arqueados chorros que fueron a dar contra la pared del cuerpo de guardia, y Malus giró sobre sus talones en busca de más enemigos.

Y ése fue su error. El había acabado con el minotauro, pero el minotauro no había acabado con él.

El noble oyó un bramido furioso detrás, y luego recibió en el hombro izquierdo un golpe tremendo que lo lanzó contra el suelo del parapeto. Un dolor lacerante bajó como una ola roja desde el hombro y se propagó por la espalda, pero Malus dispuso de poco tiempo para valorar la extensión de la herida. Sin dejar de rugir, el minotauro se lanzó hacia Malus, medio saltando y medio arrastrando su enorme corpachón.

Maldiciendo de dolor, Malus rodó hasta quedar de espaldas en el momento en que la monstruosidad con cabeza de toro se detenía ante él. Una pesada hacha se estrelló contra su peto; Malus gritó cuando se le partieron las costillas bajo el acero

embruado, pero la hoja del hacha se desvió hacia un lado del curvo peto. El minotauro echó atrás el arma para asestarle otro golpe, pero Malus atacó como una víbora y cercenó la mano de la criatura con un diestro tajo de la espada de la mano derecha. El monstruo, rugiendo y enloquecido por la hemorragia, estrelló el destrozado muñón contra la cara de Malus. El hueso partido se clavó en la mejilla del noble, a quien le entró sangre caliente en los ojos.

Gritando de furia, Malus lanzó tajos ciegos y dio en algo tan resistente como un arbolillo joven. Lo atravesó con un segundo golpe, y la cabeza del minotauro se despegó del cuello y chocó contra la cara del noble.

Luego, el pesado cuerpo, del que aún manaba sangre a borbotones, le cayó encima.

Líquido caliente fluyó sobre la cara y el cuello de Malus, le llenó las fosas nasales y le inundó la boca abierta. «Voy a ahogarme sobre el parapeto de un castillo que está situado en medio de una llanura de ceniza», pensó, desesperado. Tosiendo y escupiendo, intentó apartar a un lado el pesado cuerpo del minotauro, pero el bulto muerto se negaba a moverse.

Tras lo que parecieron horas, el torrente de sangre disminuyó. Vagamente, Malus oyó pesados pasos y gritos apagados. El cuerpo del minotauro se movió un poco, y luego, de repente, rodó hacia un lado. Una fría lluvia azotó el rostro del noble; no era la anterior fétida lluvia de cadáveres de antes, sino honrada agua limpia. Malus boqueaba como un pez y bebía ansiosamente. Se frotó los ojos para dejarlos limpios del espeso fluido y parpadeó al mirar el tormentoso cielo. En lo alto aún destellaban rayos verdes, pero la oscuridad había disminuido un poco y había palidecido hasta un gris hierro.

Unas manos tiraron de los brazos del noble. En la periferia de su campo visual se apiñaban figuras. Destelló un rayo y distinguió la delgada cara preocupada de Diez Pulgares y la sonrisa escéptica de Hauclir.

—No puedo dejarte solo ni un minuto sin que hagas alguna diablura, ¿verdad, mi señor? —dijo el antiguo capitán de la guardia.

Malus se tambaleaba como un borracho pese a los brazos que lo sujetaban y hacía muecas de dolor con cada movimiento.

—Si hubieras estado aquí durante la batalla, tal vez esto no habría sido necesario —le gruñó el noble.

—Bueno, habríamos venido antes..., ¡cuidado con la pierna, mi señor!..., pero algún estúpido le prendió fuego a la rampa.

Malus se encontró de rodillas y usó a su antiguo guardia personal como si fuera una escalerilla para acabar de levantarse. Sobre el vendaje del muslo herido resaltaba la huella negra de una mano. Al mirar más allá de Hauclir, Malus vio que los lanceros hacían rodar al último enemigo muerto por el borde exterior de las almenas. El

aliento de dragón se había extinguido finalmente, al quedarse sin combustible. Los supervivientes del regimiento de lanceros daban traspiés de un lado a otro con cansado aturdimiento, y sus caras manchadas de sangre estaban flojas debido a la conmoción y el agotamiento. Malus se quedó pasmado al ver el escaso número que había sobrevivido. Contó menos de sesenta donde poco antes había habido casi mil.

Nadie lanzaba aclamaciones. No había ninguna celebración de victoria. Los pocos supervivientes estaban bastante contentos de continuar con vida. Esa era toda la gloria que les importaba.

Malus se apartó de su antiguo guardia personal. El dolor ya comenzaba a disminuir, y el gélido nudo que sentía en el costado del pecho indicaba que el poder del demonio estaba soldando los huesos rotos. Miró a la docena de mercenarios que habían seguido a Hauclir desde la ciudadela. Cortador y Bolsillos estaban ocupados en saquear los cadáveres de los enemigos muertos; el asesino herido llevaba una venda manchada de sangre en el hombro, y se dedicaba a señalarle a Bolsillos los sitios en los que debía buscar. Diez Pulgares perseguía un aro de oro que rebotaba por el parapeto, con el joven rostro convertido en una máscara de exasperada determinación. Malus sacudió la cabeza con cansancio.

—¿Nuarc ha logrado llegar a la ciudadela?

Hauclir asintió con la cabeza.

—Hemos salido justo antes de que esos malditos muertos vivientes comenzaran a despertar, y hemos regresado a la torre a buena velocidad —explicó—. Volver aquí ha sido una historia muy diferente. Ahora hay manadas de esos muertos vivientes por todo el complejo interior.

—¿Hemos salvado el resto de la muralla?

El antiguo capitán de la guardia asintió con la cabeza.

—Sólo Khaine sabe cómo, pero sí. Por ahora, al menos.

Malus frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Hauclir miró por encima del hombro a los exhaustos soldados, y luego señaló el cuerpo de guardia con un movimiento de cabeza.

—Hablemos ahí dentro —dijo en voz baja.

Una sensación de mal presagio invadió al noble. Asintió sin decir palabra y condujo a los mercenarios al interior del cuerpo de guardia. Al refugiarse de la lluvia, no obstante, el hedor de la sangre derramada y de los aceitosos restos de la lluvia bruja de Nagaira se alzó como una nube en torno al noble y casi lo sofocó.

—Arriba —dijo, ahogado—. Hablaremos en el exterior.

Encontraron la escalera de caracol que ascendía hasta la parte superior del cuerpo de guardia y salieron otra vez al aullante viento y a la lluvia. Los druchii cubiertos con capas que se acurrucaban en grupos en torno a los cuatro grandes lanzadores de

virotes que había a lo largo de las almenas, le prestaron poca atención al pequeño grupo de guerreros que se detuvo al otro lado del amplio espacio plano.

Malus se quitó los guanteletes e intentó lavarlos en un charco grande de agua de lluvia.

—Muy bien, ¿qué está pasando? —preguntó en voz baja.

Hauclir se arrodilló junto al noble.

—Cuando hemos llegado a la ciudadela, Nuarc me ha ordenado que me quedara por si necesitaba enviarte algún mensaje. Ha estado hablando con el Rey Brujo durante bastante rato, y no estaban solos. Tu medio hermano ha sido el primero en marcharse, con aspecto de haber sido obligado a tragarse un carbón encendido, y luego ha partido toda una bandada de mensajeros. Nuarc ha sido el último en aparecer, y con algunas noticias interesantes.

Malus se echó agua a la cara y se frotó con ella el apelmazado pelo.

—Bueno, ¿qué ha dicho?

—Ha dicho que el Rey Brujo está preparándose para mover pieza —replicó Hauclir—. Malekith está retirando los mejores regimientos de la muralla interior y trasladándolos dentro de la ciudadela, incluso mientras hablamos, así como todos los nauglirs de las cuadras.

Malus pensó en la noticia.

—¿Así que vamos a dejar que la horda del Caos tome la muralla interior?

Hauclir se encogió de hombros.

—A estas alturas, no estoy seguro de que podamos contenerlos, aunque queramos hacerlo. El Rey Brujo dejará atrás una retaguardia suficiente como para entorpecer el siguiente ataque, pero no más.

De repente, Malus se sintió más cansado que nunca antes en toda su vida. Bajó los ojos hacia las capas de sangre e icor que recubrían la vapuleada superficie de su armadura y sacudió la cabeza con frustración.

—¿Y qué me piden a mí Nuarc y el Rey Brujo?

—Bueno, eso es algo interesante —replicó Hauclir—. Debo regresar contigo a la ciudadela de inmediato.

Malus frunció el ceño.

—¿Y te ha dicho Nuarc por qué?

—No, de manera explícita —replicó el antiguo capitán de la guardia—. Lo único que Nuarc me ha dicho es que piensa que Isilvar ha fallado la prueba del Rey Brujo... y que eso te pone a ti en una posición privilegiada.

El noble dejó que las palabras de Nuarc penetraran durante un momento en su mente.

—¿Estás..., estás diciéndome que Nuarc piensa que el Rey Brujo va a nombrarme vaulkhar de Hag Graef en lugar de Isilvar?

—Francamente, no tengo ni idea de qué estoy diciéndote —replicó Hauclir—. Nada de lo que hacéis los nobles tiene sentido alguno para mí. Sólo estoy transmitiéndote lo que ha dicho Nuarc.

Malus asintió con la cabeza. ¿Haría Malekith algo semejante? ¿Por qué no? Ya había hecho de Malus su paladín. ¿Era tan descabellado pensar que pudiera entregarle el rango de vaulkhar? El pensamiento le aceleró el pulso. ¿Qué victoria tan dulce sería ésa! ¿Humillar a Isilvar ante los nobles reunidos y ver abatido su orgullo en la corte de Hag Graef!

Sólo Tz'arkan se interponía en su camino. El noble apretó los puños. ¿Había alguna manera de recibir lo que le era debido de manos de Malekith, y a la vez viajar hacia el norte con el fin de acabar con la infernal maldición del demonio?

«Tal vez», pensó. Si se ocupaba de que se levantara el cerco y de que Nagaira fuera eliminada, quizá fuera posible.

Al momento se puso de pie.

—Iré directamente a la ciudadela —dijo—, pero quiero que tú y tus guerreros vayáis a las cuadras de nauglirs para asegurarnos de que *Rencor* sea trasladado al interior de la torre.

Hauclir rió entre dientes.

—Estoy seguro de que la bestia puede cuidar de sí misma, mi señor.

—No es *Rencor* el que me preocupa, sino más bien lo que lleva sobre el lomo —replicó el noble—. Entre mis alforjas hay... reliquias que no deben caer en manos de Nagaira. ¿Lo entiendes?

El antiguo capitán de la guardia dirigió a Malus una mirada escrutadora.

—Sí, mi señor —dijo con cuidado—. Lo entiendo con claridad.

—Entonces, ponte en camino. No quiero hacer esperar a Nuarc.

Pero justo cuando el noble y sus mercenarios se encaminaban hacia la escalera del cuerpo de guardia, el aire reverberó con el malhumorado refunfuño de los tambores.

El sonido procedía de la amplia plaza situada en el borde de la ciudad exterior. Malus vaciló, dividido entre el deseo de apresurarse y la necesidad de saber en qué andaba el enemigo. Finalmente, dio media vuelta y atravesó el grupo de mercenarios, maldiciendo para sí mismo mientras avanzaba rápidamente hasta las almenas del cuerpo de guardia.

Su aguda vista le permitió distinguir a un numeroso grupo de hombres bestia con el torso desnudo que entraban en la plaza, con el pecho y los brazos pintados con sangre. Blandían hachas ensangrentadas y manojos de cabezas de druchii que aún dejaban rastros de humeante icor tras de sí. Malus apenas logró percibir el sonido de una salmodia gutural que se entretejía con el ritmo de los grandes tambores.

Detrás de los hombres bestia, iba una larga fila de figuras desnudas que daban traspiés, impelidas a avanzar por los látigos provistos de ganchos de una docena de

capataces bárbaros. Cada uno de los prisioneros druchii había sufrido torturas brutales a manos de sus captores, y tenían los cuerpos marcados por toscos cortes de cuchillos y señales de hierros al rojo.

Hauclir se reunió con Malus y sonrió desdeñosamente ante la procesión.

—Si piensan que quebrantarán nuestra voluntad con un poco de tortura, han acudido al sitio equivocado.

—No —dijo Malus, con desconfianza—. Esto es alguna otra cosa.

Los prisioneros fueron distribuidos en grupos de ocho, y los hicieron arrodillar en puntos específicos de un tosco círculo trazado en el centro de la plaza. Luego llegó un grupo de hombres bestia que llevaban abalorios de latón y collares de cráneos, cada uno con un gran cuenco y un pincel de pelo largo. Al mismo tiempo que inundaban el aire con salvajes chillidos y gritos que parecían ladridos, los hombres bestia metieron los pinceles dentro de los bruñidos cuencos y comenzaron a trazar un complicado símbolo sobre las piedras de la plaza.

Mientras trabajaban, Malus vio que una figura que llevaba oscuro ropón y brillante armadura se acercaba al borde de la plaza. No se trataba de ningún hombre bestia ni de un corpulento bárbaro. Malus reconoció de inmediato los imponentes andares de su media hermana.

Se volvió a mirar a los artilleros druchii que tenía cerca.

—¿Podéis darles a esos bastardos desde aquí?

Uno de los guerreros negó con la cabeza.

—En absoluto.

—¿Y si usáis aliento de dragón?

El artillero soltó un bufido asqueado.

—Se nos ha acabado. Un condenado oficial vino y se lo llevó todo durante el último ataque.

Nagaira avanzó grácilmente hasta el centro del sigilo en expansión, acompañada por un par de corpulentos minotauros que llevaban sujeto a otro prisionero druchii. La desgraciada figura había sufrido las atenciones de las torturas de Nagaira mucho más que los otros prisioneros. La pálida piel estaba cubierta de profundas heridas y marcas de hierros al rojo que le cubrían casi cada centímetro de piel visible, y llevaba los brazos atados con cadenas de latón. La cabeza del prisionero se alzó al oír el sonido de los tambores, e incluso desde esa gran distancia Malus reconoció la cara del druchii.

—¡Madre de la Noche! —exclamó—. ¡Ese es el señor Meiron!

Con un atronador toque de tambores, el sigilo quedó acabado. Un millar de hombres bestia echó atrás la cabeza y le rugió al agitado cielo. Nagaira extendió los brazos y gritó una serie de palabras guturales en un idioma inmundo que hizo que los prisioneros reunidos se retorcieran de miedo y dolor. De la bruja irradiaron invisibles

ondas de poder que distorsionaron el aire que la rodeaba.

Algo del encantamiento molestó a Tz'arkan, e hizo que se tensara amenazadoramente bajo la piel de Malus.

—La pequeña perra ha olvidado a quién le debe verdadera lealtad —siseó el demonio.

Antes de que Malus pudiera preguntarse qué quería decir Tz'arkan, la salmodia de Nagaira alcanzó un *crescendo*. Destelló el rayo, y un trueno desgarró el cielo como el puñetazo de un dios airado. Los hombres bestia alzaron sus hachas como si fueran una sola, con un grito furioso, y atacaron a los indefensos prisioneros, a los que cortaron en pedazos en medio de una orgía de muerte.

Una ardiente luz ascendió como una explosión de las líneas de sangre trazadas sobre la piedra. El señor Meiron se tensó y luego gritó. El aire que rodeaba al druchii se tornó borroso, y su cuerpo destrozado comenzó a hincharse. Malus sintió que se le helaba la sangre.

—¡Bendita Madre de la Noche! —susurró con voz cargada de pavor.

Hauclir se volvió a mirar a Malus con expresión asustada.

—¿Qué quieres que hagamos, mi señor? —preguntó.

—¡Corred! —dijo el noble—. ¡Corred!

En la plaza, el cuerpo de Meiron continuaba expandiéndose. El noble tenía la espalda arqueada de dolor, y sus músculos se hincharon hasta rasgar la piel como si fuera una salchicha demasiado asada, para dejar a la vista la brillante carne de debajo. La cara de Meiron cayó del goteante cráneo, que gritaba, y un largo par de extremidades nuevas se alzaron como espadas de la espalda del noble. Mientras Malus observaba, esas extremidades se desplegaron para transformarse en un par de lustrosas alas correosas.

El demonio continuó creciendo, envuelto en la hirviente sangre de los cientos de víctimas de sacrificio que acababan de asesinar en la plaza. Luz y calor cuajaron en torno a las manos de la infernal criatura para adoptar la forma de una larga, brillante hacha y un aterrador azote provisto de garfios.

Mucho más alto que los aullantes hombres bestia que había en la plaza, el demonio manchado de sangre levantó su distendido cráneo y les rugió de forma desafiante a los defensores de la Torre Negra.

Los druchii de los lanzadores de viroles gritaron de terror, y varios de ellos corrieron hacia la escalera, pisándoles los talones a los mercenarios, que también huían. Malus observó a Hauclir y los degolladores que comenzaban a descender por la escalera de caracol, y supo que no llegarían vivos al suelo a menos que se hiciera algo para mantener al demonio a distancia.

Se volvió hacia el gigantesco enemigo y lo miró a los ojos color latón, al mismo tiempo que alzaba sus espadas gemelas a modo de desafío. Tz'arkan retrocedió dentro

del pecho de Malus e hizo que un espasmo de dolor atenazara el corazón del noble.

—¿Qué estás haciendo, Darkblade? —gruñó el demonio.

—¿Acaso no quieres que Nagaira vea lo erróneos que son sus actos? —preguntó Malus.

El demonio empapado en sangre desplegó las alas y saltó hacia el cielo con un rugido sediento de sangre. Malus echó atrás la cabeza y rió como un condenado en el momento en que el negro vigor de Tz'arkan corrió por sus venas.

En torno a Malus resonaban órdenes frenéticas mientras los druchii que aún quedaban junto a los lanzadores de viotes forcejeaban con las pesadas armas para hacerlas girar y apuntar al terror alado. El demonio parecía llenar el cielo ante ellos, con los ojos de latón y los curvos colmillos brillando en la pálida luz. Los gruesos cables tensos restallaron, y cuatro viotes salieron disparados hacia el cielo. Uno erró por menos de un metro la cabeza del demonio, que descendía en picado; otro abrió un agujero limpio en el ala derecha de la criatura. Los últimos dos se clavaron de lleno en el ancho pecho del demonio, y sus puntas de hierro penetraron profundamente a través de las capas de músculo y huesos, duras como hierro.

Los impactos desestabilizaron al demonio a medio vuelo. Bramando de cólera, se estrelló contra el borde de las almenas del cuerpo de guardia, donde hizo pedacitos los merlones de piedra y dejó una red de rajaduras a lo largo del grueso terrado de la edificación. Malus fue lanzado de espaldas a causa del impacto, que lo catapultó fuera del arco de barrido de la temible hacha del demonio. El tajo destinado a él silbó al hender el aire y redujo a astillas un lanzador de viotes; la sangre y los trozos de los cuerpos de los tres artilleros que manejaban el arma se dispersaron en un amplio arco a causa del impacto. Gruñendo, el demonio golpeó con el azote provisto de garfios un lanzador de viotes que estaba situado a su izquierda, y envolvió el arma y a dos de sus artilleros en una red de enredados cables. La madera crujió y el metal rechinó cuando el demonio usó el azote para izar su enorme corpachón hasta las almenas. Los gritos de los artilleros atrapados se apagaron al tensarse las correas con garfios y convertirlos en pulpa de carne y hueso.

Malus lanzó un rugido bestial y se puso en pie de un salto, para luego volar como una flecha hacia el demonio del hacha. Con el poder de Tz'arkan ardiendo en sus extremidades, el noble se convirtió en un borrón de negra armadura y acero afilado. Atravesó el rechinante terrado en un abrir y cerrar de ojos, avanzó a toda velocidad hasta quedar al alcance de las armas del demonio y dirigió tajos feroces al brazo con que éste sujetaba el hacha. Las afiladas hojas resonaron al rebotar en músculos y huesos duros como el hierro, y entonces Malus sintió en la cara el caliente aliento fétido del demonio cuando éste le lanzó una dentellada con sus poderosas fauces.

Malus percibió el ataque e intentó apartarse a un lado en el último momento, así que el demonio, en lugar de cercenarle el brazo derecho, cerró las fauces sobre la

armadura de su hombro. Los colmillos no pudieron atravesar la hechizada coraza, pero el noble gritó de dolor cuando las placas metálicas, al aplastarse, le descoyuntaron el brazo y le partieron la clavícula como si fuera una rama seca. El demonio lo levantó del suelo y volvió a apretar los dientes con fuerza, machacando los huesos rotos entre sí dentro del pecho de Malus, para luego arrojarlo a un lado como habría hecho un sabueso con una rata. Cayó con fuerza sobre el terrado de piedra, otra vez gritando de dolor, y resbaló más de tres metros hasta detenerse cerca de uno de los dos últimos lanzadores de virotes, situado al otro lado del tejado del cuerpo de guardia.

Cuando aún estaba frenando, el demonio ya avanzaba hacia él. Los músculos se contrajeron espasmódicamente y se flexionaron por su propia cuenta para arrastrar el brazo descoyuntado hasta la articulación y encajarlo en su sitio con un crujido de tendones y huesos. Malus gritó y se debatió, con los ojos desorbitados de dolor, pero la terrible voluntad de Tz'arkan le impidió perder el conocimiento. La lunática mirada del noble se posó sobre los dos artilleros del lanzador de virotes, que se encontraban a pocos metros de distancia, encogidos de terror tras el arma.

—¡Disparad... le! —les gruñó, con labios manchados de sangre.

Los druchii de ojos desorbitados le echaron una mirada a Malus, y saltaron a la acción. Se pusieron a hacer girar fervientemente las manivelas que tensaban el arco de acero del arma.

El demonio se irguió en toda su estatura y arrancó el ensangrentado azote del destrozado lanzador de virotes en medio de una lluvia de astillas de madera y esquirlas de acero. Al otro lado del cuerpo de guardia, los artilleros supervivientes del último equipo perdieron el valor y huyeron para salvar la vida, pero sus gritos captaron la atención del demonio alado. Acometió a los druchii fugitivos, cortando a uno por la mitad con un barrido de hacha y atrapando al otro en las colas con garfios de su látigo. El demonio se volvió hacia Malus y agitó el azote, de modo que el artillero salió despedido por los aires, dando volteretas y gritando. El druchii que pateaba erró por poco más de un metro el último lanzador de virotes, antes de precipitarse hacia la oscuridad del otro lado del cuerpo de guardia.

Con un doble chasquido sonoro, el cable del lanzador de virotes encajó en su sitio y quedó preparado para disparar. Los artilleros corrieron a cargar un virote en el canal de disparo justo cuando el terrado del cuerpo de guardia temblaba bajo los pesados pasos del demonio. Malus apretó los dientes y volvió a levantarse de un salto; flexionó el brazo derecho para recuperar la sensibilidad, y luego corrió a enfrentarse con el demonio, que ya cargaba.

Previo el golpe del látigo del demonio y se agachó para pasar por debajo de las sibilantes colas, y después se desvió a la derecha y clavó la punta de ambas espadas en el muslo izquierdo del monstruo. Las hojas penetraron profundamente e hicieron

salir jirones de humo negro de la carne manchada de sangre. Rugiendo coléricamente, el demonio alado se detuvo y giró al mismo tiempo que acometía a Malus con el hacha. A pesar de lo veloz que era el noble, no pudo moverse lo bastante deprisa como para evitar el golpe de soslayo en el pecho, que le partió costillas y lo arrojó hacia un lado como si fuera un juguete.

Cuando Malus daba volteretas una vez más por el terrado del cuerpo de guardia, el último lanzador de virotes fue disparado, y otro proyectil con punta de hierro se clavó en el abdomen de demonio. El monstruo se tambaleó a causa del golpe, y luego atacó el arma y a los artilleros con el azote. Ambos druchii quedaron hechos pedazos tras el paso de las colas provistas de garfios, y el propio lanzador de virotes fue arrancado de la montura.

Enseñando los dientes con una sonrisa feroz, el demonio se volvió para encararse con Malus, pero el noble ya estaba otra vez de pie, alimentado por la cólera y el dolor mientras la voluntad de Tz'arkan volvía a colocarle en su sitio las costillas partidas.

Malus se agachó para evitar un barrido del hacha del demonio, y después acometió con una de sus espadas y abrió un largo tajo de bordes dentados a lo largo del musculoso brazo del monstruo. Gruñendo como un lobo, esquivó ágilmente el golpe de retorno del enemigo..., y entonces las colas provistas de garfios del látigo se enroscaron apretadamente en torno a sus piernas.

Fue derribado bruscamente e impactó con fuerza contra la dura piedra. Sólo el poder de Tz'arkan le permitió rodar hacia un lado justo cuando el hacha del demonio caía junto a él. La piedra se rajó, y una enorme sección del terrado del cuerpo de guardia se derrumbó en medio de una lluvia de polvo y escombros, lo que precipitó a Malus y al demonio hacia debajo.

Malus cayó con fuerza sobre las piedras derrumbadas y rodó contra un costado del pecho del demonio. Antes de que el monstruo pudiera reaccionar, alzó la espada de la mano izquierda y la clavó con toda su fuerza en el hombro del demonio, donde la hundió hasta la empuñadura. Rugiendo de furia, el demonio intentó apartar a Malus tirando del látigo, pero el noble se sujetó con toda su alma y clavó la otra espada en la musculosa garganta del enemigo.

Con un rugido furioso, el demonio desplegó las alas, y de repente salió de sus muchas heridas más humo negro. Del cuerpo del demonio irradiaba tanto calor como de una forja llena de brasas. Gritando de frustrada cólera, el demonio saltó hacia el cielo, donde estalló con una detonación de trueno y un destello de rayo.

Malus fue lanzado por el aire, dando volteretas, golpeó contra el roto borde del terrado y rebotó a lo largo de él. El noble se detuvo con un fuerte golpe contra la línea de almenas que miraba hacia el complejo interior de la ciudadela, con la piel chamuscada y un pitido en los oídos a causa de la explosión. Sus espadas habían desaparecido; se habían perdido al ser desterrado el demonio. Reuniendo todo su

valor y confiando en el poder de Tz'arkan, se puso de pie y saltó sobre las almenas, para lanzarse como un halcón que desciende en picado hacia el pavimento situado dieciocho metros más abajo. Cayó con la fuerza suficiente como para rajar las piedras del suelo, pero su cuerpo absorbió el impacto con una resistencia sobrenatural.

Resultaba difícil no sonreír. Por terribles que fueran los dones de Tz'arkan, a veces podían resultar regocijantes.

Aullidos guturales estremecían el aire a lo largo de las almenas de la muralla interior. Quizá el demonio de Nagaira había perdido el combate, pero también había puesto en fuga a los defensores druchii, y ahora la horda del Caos se había apoderado, por fin, de la muralla interior. Ya descendían por las largas rampas hacia el propio patio del recinto, en persecución de los lanceros druchii que se batían en retirada. Gruñendo como un lobo, Malus se puso de pie y salió corriendo hacia la oscuridad. El asedio estaba llegando a un punto crítico, y dentro de la Torre Negra el Rey Brujo se preparaba para mover pieza.

23. El Señor de la Destrucción

Dentro de las murallas de la fortaleza interior, el aire reverberaba con alaridos de terror y los bramidos guturales de los muertos vivientes. Los patios estaban llenos de druchii en estado de pánico que corrían hacia la seguridad de la Torre Negra. Soldados con las manos vacías tras haber arrojado las lanzas a un lado pasaban unos por encima de otros y tropezaban por el adoquinado en la carrera para salvar la vida. Artesanos, aprendices, sirvientes y esclavos también huían con ellos. Como animales enloquecidos por el miedo, se volvían unos contra otros en su frenesí por escapar. Malus vio que algunos soldados desenvainaban las espadas cortas y atacaban a todo el que se interponía en su camino. Un druchii que llevaba un mandil de herrero cayó con un alarido, manoteándose una herida sangrante que tenía en la espalda; su aprendiz se volvió y, con un pesado mazo, le hizo saltar los sesos a un lancero; los compañeros de éste quedaron salpicados por una fuente de sangre. El noble llegó hasta un oficial de regimiento que yacía boca abajo sobre los adoquines, mientras se formaba un charco con la oscura sangre que le manaba por la garganta cortada. Una espada de pomo enjorado descansaba en su mano inerte, y debajo del cuerpo había un montón de monedas de oro caídas de la bolsa desgarrada. Era una riqueza superior a la que veían la mayoría de los druchii plebeyos en toda su vida, pero nadie dedicaba una segunda mirada al dinero.

Semblantes blancos que llevaban grabada una expresión de miedo brillaban en la oscuridad antinatural, y giraban como una bandada de pájaros aterrados en torno a Malus. La mayoría de los asustados soldados miraban hacia atrás y oían los exultantes rugidos y lamentos de cuerno de los guerreros del Caos que pululaban en lo alto de la muralla. Eso los convertía en presa fácil de los monstruos que deambulaban como lobos por las sombras profundas del complejo interior. Los muertos vivientes de Nagaira derribaban a los soldados como a ciervos aterrorizados, les desgarraban la garganta con dedos como garras y devoraban sus entrañas humeantes. En más de un caso, Malus se vio obligado a pasar corriendo junto a un druchii que gritaba, enterrado bajo un grupo de monstruos que gruñían y lo arañaban.

En una ocasión, dos brazos marchitos se tendieron hacia él desde las sombras de un portal cercano. El muerto viviente había sido lancero, y el hacha de un bárbaro le había rebanado la mitad de la cara. Intentó arañarle la garganta con uñas partidas; gruñendo, Malus aferró por el cuello a la criatura, que siseaba, y le arrancó la cabeza. Para cuando el cuerpo decapitado cayó al suelo, el noble se había marchado hacía rato, y corría a la máxima velocidad posible por la avenida, hacia la ciudadela.

Aún sentía el cuerpo frío e hinchado. Los músculos se le deslizaban como cables de acero por debajo de la piel, recubiertos de espesa corrupción aceitosa. Los dones del demonio que había invocado en el terrado del cuerpo de guardia no habían

desaparecido, y darse cuenta de ello lo reconfortó tanto como lo inquietó.

Con la velocidad antinatural del demonio, se escabulló como un fantasma a través de la confusión de la retirada. Malus temía que, atrapados entre la horda del Caos y los muertos vivientes que aguardaban, ni siquiera uno de cada cinco druchii fugitivos lograría llegar a la seguridad de la Torre Negra. Malekith había actuado sabiamente al retirar a sus mejores soldados de las murallas antes del ataque de Nagaira.

Podía adivinar las intenciones del Rey Brujo. La horda del Caos estaría dispersa y desorganizada después de la sangrienta persecución, borracha de matanza tras haber acabado con los agotados restos de los regimientos de lanceros que se batían en retirada, y también la magia de Nagaira estaría agotada. Cuando Malekith lanzara su contraataque, reforzado por los poderes mágicos de Morathi y las brujas del convento de la Torre Negra, las tornas se volverían sin remedio. Más de la mitad del ejército enemigo se encontraría atrapado dentro de los confines del recinto interior, enfrentado con soldados de infantería descansados y disciplinados, y con los caballeros del Rey Brujo, ávidos de batalla. La matanza sería algo pasmoso de contemplar, según calculaba Malus, e incluso valdría los centenares de druchii que estaban siendo sacrificados a su alrededor.

Si Nuarc tenía razón respecto a las intenciones del Rey Brujo, podría ser él quien encabezara la carga, como correspondía al vaulkhar de Hag Graef. Malus sonrió con avidez ante el pensamiento. Cuando acabara de masacrar a los enemigos del complejo interior, replegaría el ejército y lo conduciría a la ciudad exterior y más allá. No se detendrían hasta que la cabeza de Nagaira colgara de uno de los ganchos para trofeos de *Rencor*.

Otro de los muertos vivientes de su hermana se lanzó hacia él desde las sombras, con los brazos extendidos. Malus aferró a la criatura por un hombro y el costado del cuello, y lo partió por la mitad como si fuera una hoja de pergamino mojado. Arrojó a un lado los goteantes trozos, y rió vigorosamente hacia el oscuro cielo, previendo las glorias que se avecinaban.

Un momento más tarde llegó a otro amplio patio que había al pie de la propia torre. En dos enormes piras situadas a ambos lados del noble ardía fuego verde que oscilaba funestamente y proyectaba una muchedumbre de sombras que tendían los brazos hacia delante sobre el adoquinado, y silueteaba los bruñidos yelmos de los dos regimientos de lanceros que se hallaban formados ante las puertas de la gran ciudadela. La amplia plaza estaba sembrada de cadáveres: muertos vivientes con el cráneo atravesado por ballesteros de aguda vista, y unos pocos druchii desafortunados que habían sido sorprendidos por el fuego cruzado.

Malus ralentizó un poco el paso al entrar en la plaza y enseñó las manos abiertas al aproximarse a los regimientos gemelos. Para su sorpresa, entre los lanceros se alzó una aclamación mientras avanzaba. El sonido aceleró la poca sangre que le quedaba

en las marchitas venas, y respondió a la aclamación con un puño en alto y una sonrisa lobuna.

Atravesó el estrecho pasillo que mediaba entre los dos regimientos, y se encontró con que al otro lado lo esperaba un oficial montado. El noble alzó la espada a modo de saludo.

—Me alegro de verte, temido señor —gritó el oficial por encima del atronador estruendo—. El Rey Brujo me ha ordenado que vigilara tu llegada y que te dijera que debes asistir a su consejo de guerra sin más demora.

La sonrisa de Malus se ensanchó.

—No haré esperar a su temida majestad —le gritó—. ¿Ha pasado por aquí un grupo de infantería en el último cuarto de hora con un gélido detrás? Envié a mis guardias personales a las cuadras a buscar mi montura justo antes de que el cuerpo de guardia fuera atacado.

El oficial negó con la cabeza.

—Hasta ahora sólo han pasado por aquí un puñado de soldados —gritó—, pero ninguno con un nauglir.

La sonrisa de Malus se volvió amarga. Dirigió la mirada hacia atrás, calculando la distancia que había entre la ciudadela y las cuadras de nauglirs. En el nombre de la Madre Oscura, ¿dónde estaban?

«Algo ha salido mal», pensó. Podrían haberse tropezado con una manada de muertos vivientes, o haber sido atacados por un grupo de soldados aterrados. Luchó contra la ola de desesperación que amenazaba con adueñarse de él. «Hauclir los traerá hasta allí a tiempo —se dijo—. A veces, ese insolente canalla acarrea una infinidad de problemas, pero nunca me ha fallado en las cosas importantes.» El noble se volvió hacia el oficial.

—Mantente alerta y asegúrate de que entren cuando lleguen —gritó. No podía hacer nada más.

El oficial asintió con la cabeza e hizo girar su caballo para encaminarse de vuelta hacia los soldados que lo aguardaban. Malus dedicó una última mirada al tumulto que había al otro lado de las voraces hogueras, y continuó corriendo hacia la torre.

Al otro lado de la línea de batalla, las negras puertas de la ciudadela estaban abiertas de par en par, dispuestas a recibir a los pocos afortunados que sobrevivieran a la huida. El verde resplandor de las lámparas de luz bruja disipaba la oscuridad en los cavernosos pasillos del interior, y en el aire vibraba un tipo de estruendo diferente. Había formaciones de lanceros en estado de alerta, cuyos rostros eran una máscara de concentración mientras comprobaban las armas y demás pertrechos, y caballeros con sus escuderos que se ocupaban de los equipos de guerra y las necesidades de las escamosas monturas. El aire estaba cargado de tensión contenida, como una ballesta preparada para disparar. Malekith había echado atrás su puño recubierto de malla, y

ahora sólo aguardaba el momento adecuado para golpear.

Malus se detuvo justo dentro de la entrada, momentáneamente inseguro de hacia dónde debía ir. ¿El Rey Brujo estaría celebrando consejo en la sala del trono, o en la estancia menos formal de lo alto de la torre? Justo cuando había decidido buscar a un paje o sirviente de la torre y preguntárselo, apareció uno junto a él.

—Si tienes la amabilidad de seguirme, temido señor —dijo el paje, al mismo tiempo que le hacía una profunda reverencia—, debo conducirte a las salas del consejo.

El noble asintió bruscamente con la cabeza.

—Adelante, entonces —dijo, distraído, con la mente convertida en un torbellino.

Malus echó a andar tras el paje, absorto en trazar precipitados planes de batalla para el pequeño ejército del Rey Brujo.

Siguió al paje escaleras arriba, y subieron por la alta torre hasta las salas del consejo, situadas en lo alto. Malus apenas acusó el ascenso, animado por la fría fuerza del demonio y por los pensamientos de la gloria que le aguardaba. «Celebraremos una última reunión, querida hermana —pensó el noble, ceñudo—. Y entonces te arrojaré, entre alaridos, al Abismo, que es adonde perteneces.»

En el exterior de la puerta de la sala del consejo había dos guardias que empuñaban espadas desnudas. Saludaron al aproximarse Malus, y el paje se retiró con otra profunda reverencia. Ante la puerta, el noble se detuvo al darse cuenta, de repente, de lo sucio que estaba. Cada centímetro de su esmaltada armadura estaba recubierto de polvo, mugre y sangre, y su cara estaba sólo ligeramente menos sucia. Luego, se encogió de hombros y se permitió una ceñuda sonrisa. «El Rey Brujo quiere un guerrero que encabece su ejército —pensó—. Y un guerrero tendrá.» Apoyó una mano enfundada en guantelete contra la puerta, la empujó hasta abrirla de par en par y entró con largas, veloces zancadas.

La pequeña estancia estaba mortecinamente iluminada, bañada por el rojo resplandor de un par de braseros sin llama. Sobre la gran mesa había mapas y pergaminos dispersos, tal y como Malus había visto la vez anterior. Entre las sombras se movían silenciosamente guardias personales que atendían a los señores que se encontraban sentados en torno a la mesa y observaban su llegada. Balneth Calamidad miraba con fría cólera a Malus desde la derecha, mientras que el señor Myrchas lo observaba con el ceño fruncido desde la izquierda. De inmediato, Malus vio que el señor Dachuar estaba conspicuamente ausente. «Es probable que yazcan boca abajo sobre un charco de vino, en alguna parte», pensó el noble con desdén.

Cuando se detuvo ante la mesa los guardias personales se retiraron hasta la pared opuesta de la sala, y Malus frunció el ceño al darse cuenta de que tampoco estaba presente ninguno de los infinitos.

Su mirada se posó sobre la sombría figura que estaba reclinada al otro extremo de

la mesa, y se le heló el corazón.

—Saludad todos al héroe conquistador —se burló Isilvar, cuya voz destrozada destilaba odio. Se irguió en la silla y se inclinó hacia Malus hasta que el resplandor de los braseros le tiñó las mejillas con el apagado color de la sangre seca—. ¿Lo veis, mis señores? Ya os dije que llegaría a salvo hasta la ciudadela. Mi medio hermano tiene el talento de escapar de los desastres que quiera.

—¿Dónde está Malekith? —quiso saber Malus, que luchaba contra la ola de pánico que ascendía lentamente en su interior.

Isilvar sonrió con crueldad.

—Abajo, en la sala de audiencia. Ha convocado un consejo de guerra. ¿No te has enterado?

Malus enseñó los dientes con un gruñido lobuno, encolerizado por haberse dejado engañar con tanta facilidad.

—Me he enterado. Me ha ordenado que vaya a asistirlo. —El noble contempló con frialdad a Isilvar y sus aliados—. Supongo que Dachuar también está allí. Resulta interesante que el Rey Brujo valore el consejo de un borracho más que el de vosotros, ¿no os parece?

Giró sobre sus talones, y vio que cuatro de los hombres de Isilvar le cerraban el camino hacia la puerta, y en sus manos destellaba acero. De repente, Malus tomó plena conciencia de que las vainas que le colgaban junto a la cadera estaban vacías.

—Nosotros tenemos poca necesidad de consejos, hermano —replicó Isilvar—. Nuestro plan ya ha sido puesto en marcha. El asedio comienza y acaba contigo, Darkblade. Por mucho que me gustase verte arrastrado de vuelta a Hag Graef, cargado de cadenas, para ser despedazado trozo a trozo, las necesidades del momento exigen que te entregue a manos de nuestra querida hermana. —La sonrisa del vaulkhar se ensanchó—. Estoy seguro de que tiene pensado algo muy especial para ti.

La mente de Malus funcionaba a toda velocidad para intentar encontrar una manera de escapar de la trampa de su medio hermano. Miró al señor Myrchas y a Balneth Calamidad, y se preguntó hasta qué punto sería realmente fuerte su alianza.

—Eres tres veces estúpido —le dijo a Isilvar—. Soy el paladín del Rey Brujo. ¿Crees que puedes hacerme salir sin más por las puertas de la ciudadela para entregarme en manos de Nagaira?

Isilvar rió entre dientes.

—Desde luego que no. Gracias a ti, sin embargo, no tendremos que hacerlo.

Llamó con un dedo a alguien que se encontraba en las sombras.

Una figura encapuchada se deslizó silenciosamente hacia la luz roja, ataviada con ropones druchii y con un gastado kheitán de piel de enano. Dentro de la capucha brillaba suavemente musgo de sepultura en el sitio en que debería haber estado uno de los ojos.

Malus dio media vuelta y se lanzó hacia los druchii que guardaban la puerta. Impelido por el poder del demonio, atravesó en un instante la distancia que lo separaba de ellos. Con movimientos tan veloces que el ojo no podía seguirlos, le arrebató la espada a uno de los pasmados guerreros y estrelló al druchii contra el suelo de un golpe asestado con la palma contra el pecho. La espada destelló en la mano de Malus y otro de los guardias cayó hacia atrás, aferrándose una herida que tenía en la garganta, por la que manaba icor a borbotones.

El noble tendió una mano hacia la anilla de hierro de la puerta de la sala, y todo su cuerpo se convulsionó con una ola de gélido dolor. Apretó los dientes y obligó a su mano a cerrarse sobre la anilla, pero los músculos se le rebelaron. Su cuerpo, bajo la armadura, fue sacudido por violentos temblores cuando concentró hasta la última pizca de su voluntad en la huida, pero era como si la carne y los huesos se le hubieran transformado en sólido hielo.

Un gemido escapó por sus labios. En su interior, el demonio rió maliciosamente entre dientes.

—Tú hermana te espera, pequeño druchii —dijo Tz'arkan—. No queremos decepcionarla, ¿verdad?

Lenta, dolorosamente, su cuerpo se volvió de espaldas a la puerta. La espada robada cayó de su mano. Desde el otro lado de la sala, Isilvar observaba con una mezcla de cruel deleite y desconcertado asombro cómo Malus era traicionado por su propio cuerpo. Se volvió a mirar a Lhunara.

—Confío en que mi hermana comprenda la naturaleza del intercambio.

La figura encapuchada asintió con la cabeza.

—La victoria será tuya, Isilvar —respondió con una voz que ascendía con un borboteo desde los pulmones muertos—. Mata a todos los que están dentro de la muralla interior, y el resto se retirará hacia el norte. Acosa a la retaguardia tanto como desees. Nos escabulliremos al caer la noche.

Isilvar asintió con la cabeza.

—Excelente. —Les sonrió a sus aliados—. Al caer la noche seremos todos héroes, y el Rey Brujo nos recompensará bien.

El vaulkhar posó una mirada feroz en Malus, que aún temblaba de frustración y cólera.

—Mañana, el Rey Brujo ya lo habrá olvidado todo acerca de mi perdido hermano. —Le hizo a Lhunara un gesto para indicarle que podía retirarse—. Llévatelo por la escalera oculta hasta el túnel de las cisternas —dijo—. Nosotros ya llegamos tarde al consejo de guerra del Rey Brujo.

Lhunara le hizo una rápida reverencia a Isilvar, y luego le tendió una mano a Malus. El demonio de su interior se removió, y el noble comprobó con horror que sus piernas comenzaban a andar. Lentamente al principio, luego con mayor fuerza cada

vez, atravesó la sala como un perro obediente y echó a andar junto a su antigua teniente.

Los señores se levantaron de las sillas y pasaron ante Malus. Balneth Calamidad clavó en el noble una mirada de odio y le escupió directamente a la cara.

—Lo único que lamento es no poder matarte yo mismo —gruñó—. Esta noche rezaré para que esa hermana tuya prolongue tus sufrimientos durante muchos, muchos días.

El señor Myrchas fue el siguiente. Miró a Malus de arriba abajo, mientras sacudía la cabeza con atemorizado asombro.

—Eres un estúpido aún mayor de lo que yo imaginaba —dijo, y luego se alejó.

Isilvar fue el último. Se inclinó hacia el inmóvil rostro de Malus.

—¡Ojalá hubieras visto la cara que ponías cuando entraste en esta sala! —dij o con voz de dulce veneno—. ¿De verdad pensabas que me quedaría dócilmente sentado y dejaría que me arrebatas mi título? No te veré morir, hermano, pero he visto cómo tus sueños se transformaban en cenizas en un solo instante. Saborearé ese momento durante los siglos venideros.

Y luego se marchó. La puerta se cerró, y los ayudantes se ocuparon de retirar el cuerpo del druchii al que Malus había matado. Lhunara se volvió hacia su antiguo señor. Su frío aliento olía a moho y podredumbre. Alzó una mano enguantada y le pasó la punta de un dedo a lo largo de la mandíbula.

—Mío al fin —dijo la muerta viviente, y su cuerpo tembló con una terrible risa burbujeante.

24. El amuleto de Naurog

Al otro lado de la sala del consejo había una escalera oculta que descendía en espiral a lo largo de la torre y llegaba hasta los niveles inferiores. Malus siguió a su antigua guardia personal con la obediencia de un sabueso, internamente encolerizado mientras Tz'arkan manipulaba sus extremidades como un titiritero. De vez en cuando, el noble oía voces y órdenes gritadas al otro lado de agujeros de observación y puertas disimuladas que había a lo largo de la escalera. En un momento determinado podría haber jurado que pasaban a escasos metros del consejo de guerra de Malekith. Malus luchó durante todo el recorrido, rezándoles a todos los dioses y diosas que conocía para implorar que alguien los oyera pasar o tropezara con ellos. Pero la suerte de Lhunara se mantuvo, y la férrea presa de Tz'arkan continuó dejando a Malus tan impotente como un bebé.

No había pasado mucho rato cuando Malus sintió un helor en la piel y supo que habían descendido al subsuelo. Pocos minutos después, Lhunara lo conducía a través de una estrecha puerta al interior de la zona de cisternas. Avanzaron a través de una oscuridad absoluta, pasando entre los profundos pozos con facilidad sobrenatural. Malus se sorprendió deseando a cada paso que el demonio pusiera un pie en el sitio equivocado y los precipitara a ambos dentro de la fría agua estancada. Con toda la armadura, él se hundiría como una piedra. ¡Una muerte acuática era preferible a ser un esclavo dentro de su propia piel!

Isilvar no le había prendido fuego al túnel secreto, como había afirmado. En el calor de la batalla, a Malus no se le había ocurrido que su medio hermano pudiera intentar usarlo para otros propósitos. Tirando hacia atrás, sin embargo, se dio cuenta de que tal vez era la única persona de la torre que podía tratar efectivamente con Nagaira, debido a sus lazos con el culto de Slaanesh.

Salieron al erial en que se había transformado la ciudad exterior, ahora prácticamente desierta porque el grueso de la horda aullaba al pie de la Torre Negra. Lhunara lo condujo por las calles abarrotadas de cadáveres, pasando ante edificios consumidos por las llamas y llenos de sigilos obscenos, y a través de plazas cubiertas por las víctimas de los sacrificios y las viles diversiones. Ghronnd se había transformado en la ciudad de los muertos: la carnicería superaba cualquier cosa que Malus hubiese visto en las ensangrentadas calles de Har Ganeth. El terrible asedio había transformado la Torre Negra en una ciudad de fantasmas, y aún quedaban muchos duros combates por librar.

Al otro lado de la puerta exterior aguardaban las toscas tiendas del campamento del Caos. Ningún centinela le dio el alto a Lhunara cuando condujo a Malus a través de la llanura de ceniza; al pasar la paladín del Caos con el noble en dirección al pabellón teñido de color añil que Malus había atisbado por primera vez días antes, los

seguidores del campamento y los desdichados esclavos vestidos con harapos se asomaban cautamente por las puertas de las tiendas o se dispersaban como ratas por las serpenteantes calles. El aire aún se arremolinaba y hervía en torno a la sede del poder de Nagaira; cuanto más se aproximaba Malus a su tienda, más notaba una curiosa presión que iba en aumento detrás de sus ojos, como si algo invisible empujara con insistencia contra el interior de su cráneo. Tz'arkan también reaccionó ante eso, hinchándose dolorosamente dentro del pecho del noble, hasta que Malus sintió que estaba a punto de reventar.

Unas enormes figuras cornudas hacían guardia en el exterior de la tienda de Nagaira: más de una veintena de minotauros ataviados con tosca armadura de hierro, y con temibles hachas de doble filo. Le dieron el alto a Lhunara cuando se aproximó, hasta que la guerrera del Caos se quitó la capucha y mostró su rostro. Ante la visión de su terrible semblante, los monstruos inclinaron de inmediato la enorme cabezota, y sus narices se contrajeron cuando Malus pasó rápidamente ante ellos.

El pabellón formado por tiendas de color añil no era el complejo encadenado que había sido la anterior morada de Nagaira. Esa vez, Malus contó nueve tiendas más pequeñas, festoneadas de sigilos arcanos y figuras hechas con huesos de druchii muertos recientemente, dispuestas en torno a una más grande, situada en el centro. El noble supuso que las tiendas más pequeñas estaban dedicadas a los guardias personales de Nagaira, y se preguntó cuál sería la de Lhunara. ¿Acaso una criatura como ella necesitaba dormir alguna vez o refugiarse de los elementos?

Al acercarse a la tienda central, Malus sintió que el aire se arremolinaba a su alrededor, agitado por las energías ultraterrenas que manaban del interior. Las pesadas cubiertas de piel de la entrada se abrieron con el aire al aproximarse ellos, y restallaron como látigos movidos por un extraño viento. En el interior se oían alaridos y gritos de terror que aumentaban y disminuían.

Lhunara y el demonio hicieron entrar a Malus. El ya no sabía con certeza quién conducía a quién, ya que Tz'arkan pareció adquirir fuerza y urgencia con las obscenas energías que hervían en torno a la tienda. Al otro lado de la entrada, el gran recinto estaba dividido por pesadas cortinas de lona, y esto le recordó al noble la tienda de su hermana durante la marcha contra Hag Graef. En ese caso, sin embargo, las divisiones estaban dispuestas en una tosca espiral que los condujo por una especie de laberinto alrededor de la circunferencia de la tienda de la bruja. A lo largo del camino atravesaron una sucesión de espacios mortecinamente iluminados, cada uno marcado por complejos sigilos trazados con polvo de oro, plata y hueso molido. Este polvo constituía el único signo de riqueza material que veía Malus. «Bien por las visiones de saqueo de Hauclir», pensó amargamente.

Antes de que pasara mucho tiempo, Malus ya no supo si caminaba por el mundo mortal o por el umbral de otro reino mucho más terrible. La oscuridad que lo rodeaba

se movía como si fuera tinta, se deslizaba sobre su piel como el humo, y en sus oídos resonaban extraños susurros de horror y locura.

«Contempla tu futuro», oyó Malus que le susurraba una voz irreal. No sabía con certeza si pertenecía a Lhunara, a Tz'arkan o a sí mismo.

Los espacios se hacían más estrechos a medida que avanzaban. Las cortinas de lona se cerraban sobre Malus, en el aire cargado de oleosa oscuridad y energías brujas. El miedo aumentaba en su interior, pero las extremidades ya no le obedecían. El demonio lo obligó a continuar a través de la sofocante negrura, hasta que, al girar en un último recodo, el noble se halló en el corazón del sanctasanctórum de Nagaira.

No había luz alguna. En cambio, el aire mismo parecía haber sido drenado de toda sombra, para crear una especie de oscuridad gris que hería los ojos cuando se la miraba. Malus no vio ni paredes ni techo. Una horrenda salmodia átona inundaba el aire torturado, entonada por las deformes gargantas de nueve chamanes de los hombres bestia. Se encontraban arrodillados en un amplio círculo, con las cornudas cabezas echadas hacia atrás y los músculos del cuello marcados en tenso relieve en la extraña media luz. Dentro del círculo formado por las deformes figuras de los hombres bestia, yacían alrededor de una docena de cadáveres marchitos, tendidos en desordenado montón ante una figura que hizo que a Malus le diera vueltas la cabeza a causa del terror.

Estaba formada por negrísimas capas de oscuridad y matices de humo y sombra que giraban formando la silueta de una figura parecida a un druchii; ésta se erguía con los brazos extendidos como si llamara, igual que un amante, a la víctima, que gemía, flotando, indefensa, ante ella. Esta víctima era un autarii cuyo desnudo cuerpo estaba immaculado salvo por las docenas de tatuajes rituales que serpenteaban por sus musculosos brazos y hombros. Estaba estirado como si se hallara tendido sobre un potro de tormento invisible, con cada músculo tenso y contorsionado bajo la piel.

Mientras Malus observaba, comenzaron a alzarse jirones de vapor de cada uno de los tatuajes del autarii, que brillaban como escarcha que se fundía y giraban en finos zarcillos por el cuerpo destrozado por el dolor del sombra. Los jirones de poder brujo fluyeron hacia la sombría figura como si los sorbiera una inhalación ansiosa; la superficie del cuerpo de la figura cambió, y Malus vio decenas de horrendos rostros que adquirirían forma a lo largo de las extremidades y el torso del ser. Los horribles semblantes absorbieron las emanaciones mágicas del sombra, hasta que la niebla empezó a adquirir una pálida tonalidad rosada, y luego en tono rojo vivo. El cuerpo del autarii comenzó a marchitarse; los músculos se ablandaron como cera y la piel se volvió cenicienta. Sus alaridos burbujearon, le estallaron los ojos y se le partió la lengua. Todo acabó en unos momentos. Otro humeante, marchito cadáver cayó al suelo junto a sus compañeros, y la horrenda salmodia de los hombres bestia se transformó en un coro de jubilosos alaridos y ladridos.

La figura central estaba envuelta en una niebla roja que giró y se mezcló con las cambiantes corrientes de oscuridad, hasta que se resolvió en una pátina de piel oscura que Malus conocía demasiado bien. El cuerpo se movió ligeramente al asumir seductoras curvas y un largo pelo negro. Entre un latido de corazón y el siguiente, el monstruo adoptó la forma de su media hermana, desnuda y perfecta.

Nagaira no tenía los ojos vacíos que Malus había visto en sus sueños. Eran oscuras esferas negras como la brea, iguales que los de él. Los finos labios de ella se curvaron en una cruel sonrisa. Cuando habló, no obstante, su voz era el mismo coro susurrante de sus peores pesadillas.

—Los autarii son una raza bestial, pero entienden la naturaleza de los espíritus y saben cómo someterlos —dijo—. Sus almas son fuertes y dulces como el vino. Incluso ese noble estúpido que los encabezaba tenía el poder suficiente como para resultar sabroso. —Su sonrisa gatuna se ensanchó—. Fueron un bonito regalo, hermano. Los he guardado hasta el último momento. —Lo llamó con un dedo provisto de garra—. Ahora ya estás aquí, y se avecinan los últimos movimientos de la partida.

Dentro de los confines de su mente, Malus gruñía como un lobo, pero su cuerpo se movía según la voluntad del demonio. El y Lhunara entraron en el círculo, y los hombres bestia hicieron una profunda reverencia y tocaron el suelo con la cornuda cabeza. Tz'arkan ni siquiera intentó saltar por encima de los apilados cuerpos de los exploradores de la Torre Negra. Los huesos se partieron como ramitas y la piel gris se transformó en ceniza bajo las botas de Malus.

La atmósfera misma se apretaba en torno al noble como un puño. El aire que respiraba era caliente y espeso, y le quemaba los pulmones. Cuando Nagaira avanzó hacia él, la terrible presión aumentó más. El vórtice de poder no emanaba del círculo mágico, sino de ella misma; lo exudaba su piel como si fuera ácido que se grababa en el tejido de la realidad que la rodeaba. Para sorpresa del noble, la presencia de Tz'arkan se debilitó al aproximarse la bruja, y Malus pensó en las decenas de voces antinaturales que se mezclaban con la de su media hermana. ¿Cuántos pactos habría sellado con los Poderes Malignos para que le concedieran la fuerza que poseía ahora, y cómo podía tener la esperanza de venderla?

Nagaira se le acercó más, con los ojos destellantes como los de una serpiente.

—¿No tienes un beso para mí, hermano querido? —dijo con aquella voz sobrenatural.

Se inclinó hacia él, y su poder atravesó la armadura en ondulaciones que le causaron dolor. Posó suavemente los labios contra un costado del cuello de Malus, a quien el corazón se le detuvo durante un segundo bajo el contacto. Cuando retrocedió, los labios le brillaban de negro icor.

La mandíbula de Malus se movió, pero fue el demonio quien habló.

—Ten cuidado, bruja —dijo Tz'arkan—. ¡Ahora éste es mi cuerpo, no el de tu hermano! He invertido demasiado en él como para soportar las caricias de las de tu clase.

Nagaira inclinó la cabeza.

—He olvidado mis modales, oh, Bebedor de Mundos. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez en que mi hermano y yo estuvimos juntos. Hay muchísimas cosas que deseo compartir con él. —Se volvió a mirar a Lhunara—. ¿Dónde están las reliquias? —le espetó, como si hablara con una esclava.

La exigencia pilló a Lhunara por sorpresa. Estaba mirando atentamente a Malus, como si trazara el mapa de cada negra vena que se entretejía por debajo de su enfermiza piel. Su destrozado rostro se volvió hacia Nagaira, parpadeando para librarse de la ensoñación.

—¿Reliquias? —dijo ella, mientras un ceño momentáneamente fruncido de consternación le contorsionaba la enconada frente—. ¿Reliquias? No había ninguna reliquia, bruja. Sólo él.

Nagaira, más rápida que una serpiente, golpeó a la muerta viviente con el dorso de una mano. El golpe, lo bastante fuerte como para partirle el cuello a un druchii vivo, resonó en el espacio sobrenatural.

—¡Estúpida! —gruñó la bruja—. ¡Sin las reliquias no podemos continuar! ¿Es que los gusanos se te han comido una gran parte del cerebro y no puedes entender eso? —Señaló a Malus—. Mientras el gran Tz'arkan no haya sido puesto en libertad, Malus será suyo. ¿Lo entiendes? Tenemos que encontrar esas reliquias, o jamás lograrás la venganza que ansias.

Lhunara se meció hacia atrás a causa de la fuerza del golpe. Su único ojo brillaba de furia.

—Registré sus habitaciones y no encontré nada —siseó.

Por un momento, Malus se atrevió a abrigar alguna esperanza. Ahí tenía una brecha que tal vez podría explotar. Pero entonces se movieron sus labios, y el demonio respondió.

—Guarda las cuatro reliquias en el lomo de su gélido —dijo Tz'arkan—. Envié a sus guardias personales a las cuadras de nauglirs para que se lo llevaran, pero no regresaron.

Los fríos puños de Lhunara se cerraron al oír la voz del demonio.

—En ese caso, encontraremos esas baratijas entre los muertos cuando hayamos concluido la destrucción de la Torre Negra —dijo, despectivamente.

—Entonces, prepárate —replicó Nagaira con frialdad—. El Rey Brujo está despertando dentro de la torre, y pronto comenzará la verdadera batalla por el dominio de la ciudad. No vuelvas a fallar, muerta viviente. Los ojos de los Dioses Oscuros están fijos en ti.

Si Nagaira tenía la intención de acobardar a Lhunara con sus amenazas, no lo logró en absoluto. La druchii muerta hizo una brusca reverencia y, tras lanzarle a Malus una mirada posesiva, giró sobre sus talones y salió rápidamente.

Nagaira la observó mientras se marchaba con los ojos entrecerrados.

—Cometiste un grave error cuando traicionaste a ésa —le dijo a Malus—. Es tan feroz e implacable como un vendaval de invierno. ¿Quién sabe durante cuánto tiempo permaneció tendida a la sombra del templo de Tz'arkan, con esa terrible herida en la cabeza? Y sin embargo, se negó a morir. Se quedó allí tumbada y le rezó a la oscuridad con cada pizca de voluntad, hasta que los Dioses Que Esperan finalmente respondieron cuando ella exhaló su último aliento. Le habrían dado cualquier cosa que les hubiera pedido, pero quería una sola cosa, y sólo ésa. Ni riquezas, ni poder, ni siquiera un pellejo ileso. No, no quería nada más que pura, sanguinaria venganza. —Nagaira sonrió con reacia admiración—. Para cuando yo la encontré, ya había reunido un considerable ejército entre los hombres bestia y la escoria humana que rodeaban la montaña. Cuando me di cuenta de lo mucho que deseaba ponerte las manos encima, resultó bastante fácil forjar una alianza y poner el Amuleto de Vaurog en torno a su cuello. —Rió fríamente—. Creo que esa estúpida tiene que haber estado enamorada de ti, hermano. ¿No te parece divertido? ¿Qué otra cosa podría haber engendrado un odio tan terrible? —La bruja sonrió a su hermano—. A veces, cuando piensa que está sola, susurra para sí todas las cosas terribles que sueña que te está haciendo. Es tan gloriosamente malvada y resuelta... —dijo Nagaira, con un terrible suspiro—. Eso la hace fácil de controlar, de modo muy parecido a como lo fuiste tú en otros tiempos. ¿Quién sabe? Si me sirve bien en la batalla que se avecina, puede que incluso decida entregarte a ella como recompensa. Si triunfamos aquí, podré permitirme ser magnánima.

—Así que tienes la intención de traicionar a Isilvar —dijo Tz'arkan.

La bruja bufó despectivamente.

—¿Traicionarlo? Eso implicaría que hubiéramos llegado a un acuerdo, en primer lugar —dijo ella—. Vino a mí arrastrándose, buscando una manera de escapar de la trampa en la que había caído. Desde el momento en que empezó el asedio, supe que intentaría algo parecido. Lo único que tuve que hacer fue aplicar presión y esperar.

—¿Y el Rey Brujo?

Nagaira se encogió de hombros.

—Malekith se hizo más predecible a medida que se prolongaba el asedio. Nunca abandonaría la Torre Negra sin presentar batalla, y una vez que atravesamos la muralla exterior, el contraataque se hizo inevitable. A estas alturas, la colosal arrogancia de Morathi le ha llevado a creer que yo he agotado mis energías durante el último ataque, así que ahora ha llegado el momento de atacarme. ¿Imaginas que podría dejar que pasara una oportunidad semejante?

El demonio rió entre dientes.

—Imagino que te quedan pocas alternativas. Tienes unos señores a los que servir, bruja. Un poder semejante no se consigue si no es a cambio de terribles promesas.

La expresión de Nagaira se petrificó.

—Hubo... acuerdos... que establecimos —concedió—. Malekith y su madre serán buenos regalos para los Dioses Que Esperan, y nunca han sido tan vulnerables como ahora. Yo diría que te sentirás complacido —dijo con altivez—. Creo que tener una aliada en la Fortaleza de Hierro facilitará mucho tus planes.

—¿Planes? —preguntó el demonio.

—Tú eres el Azote —fue la simple respuesta de ella—. La profecía fue escrita por ti hace eones, con el fin de preparar el camino para tu ascenso al poder. Tienes intención de usar a los druchii como agentes de tu ambición en este universo.

—¿Y tú? —inquirió el demonio.

La bruja sonrió apenas y se inclinó.

—Yo vivo para servir al Príncipe del Placer —replicó con su voz sobrenatural.

Tz'arkan sonrió.

—Me haces gracia, bruja —dijo—. Pero hay poco tiempo para batallar. Me queda muy poco tiempo. Malus ya va a tener que hacer correr a ese nauglir suyo hasta matarlo con el fin de llegar al templo.

—¿Hacerlo correr? Gran Tz'arkan, cuando haya ofrecido al Rey Brujo y a Morathi en sacrificio a los Dioses Oscuros, volaremos hasta tu templo en alas de dragón —dijo—. Hay tiempo de sobra para la venganza que busco. —Ladeó la cabeza como si oyera un sonido débil—. Tengo que despedirme de ti, temido señor. Los vientos de la magia ya comienzan a agitarse. Morathi y sus lastimosas novicias están preparándose para atacar.

Se dispuso a marcharse, y luego se detuvo para mirar pensativamente a Malus. La bruja lo observó atentamente a los ojos, como si intentara encontrar al noble en medio de la oscuridad que era el demonio.

—¿Estás muy apegado a este cuerpo? —preguntó, tocando el peto de Malus con una curva garra—. Una vez que quedes en libertad, podrás adoptar la forma que quieras.

—Eso es verdad —concedió el demonio—, pero la profecía se ha vinculado con su nombre. Una vez que haya recuperado la libertad, tendré que continuar siendo Malus durante un tiempo. —Interiormente, el noble percibía cómo se divertía el demonio—. Por supuesto, si tú pudieras asegurar que el verdadero Darkblade va a desaparecer de la vista...

Nagaira rió.

—Tenlo por seguro, temido señor. Eso no será un problema en absoluto.

—En ese caso, volveremos a hablar de esto en el templo del norte —replicó

Tz'arkan—. Ve a cumplir tu venganza, bruja. Esperaré aquí hasta que regreses, y saborearé la desesperación de tu hermano.

Nagaira volvió a inclinarse, y salió del círculo. Los hombres bestia se levantaron como uno solo y la siguieron hacia la oscuridad.

En el exterior se oyó el lamento de un cuerno de guerra. Malus percibió movimiento por el campamento del Caos cuando las últimas reservas de la horda fueron llamadas a la batalla. ¿Tendría realmente Nagaira el poder para atrapar y matar al mismísimo Rey Brujo? Después de lo que había visto, el noble lo creía posible.

Quieto como una estatua, Malus quedó haciéndose preguntas mientras el reino de los druchii se tambaleaba al borde de la destrucción. La desesperación amenazaba con abrumarlo.

Enroscado como una serpiente en la oscuridad, Tz'arkan bebió largamente del pozo del dolor del noble.

Malus perdió pronto toda noción del tiempo. Pocos sonidos penetraban hasta el centro de la tienda de Nagaira, y cuando ella se hubo marchado la oscuridad fue absoluta. Podría haber permanecido allí durante meros minutos, horas o incluso días. Cada momento era más agónico que el anterior, porque sabía que la estratagema de Nagaira avanzaba hacia su cumplimiento.

Al principio no reparó en los sonidos. Se introdujeron lentamente en su conciencia como una especie de rasgueo débil, como ratas que corrieran por dentro de las paredes.

Malus concentró la atención en el sonido. Iba y venía, pero siempre desde la misma dirección general: hacia la izquierda del noble.

Después de un rato, el rascado se convirtió en un débil aserrar. Luego, oyó un suspiro ronco.

—¿Cuántos condenados compartimentos puede tener una tienda?

—Cállate y continúa aserrando —siseó una voz que a Malus le resultó familiar—. Ya tenemos que estar cerca del centro —dijo Hauclir.

—Eso dijiste las últimas dos veces —le contestó la primera voz, irritada.

Malus pensó que parecía la de Bolsillos.

Dentro de Malus, el demonio se removió, y él sintió la fría sonrisa cruel de Tz'arkan.

—Los Dioses Oscuros son generosos —murmuró el demonio—. Tendremos agradables diversiones en las que ocuparnos mientras esperamos el regreso de tu hermana.

Tz'arkan hizo girar a Malus y lo llevó hasta el otro lado de la cámara interior. Tendió las manos hacia delante y encontró la pared de lona. Momentos más tarde, algo afilado empujó la tela desde el otro lado.

Los labios de Malus se movieron.

—¿Hauclir? —susurró el demonio, usando la voz de Malus.

—¿Mi señor? —respondió el antiguo guardia personal—. ¡Me alegro de oír tu voz! ¿Estás atado o herido?

—No, estoy bien —replicó el demonio—. Pero Nagaira ha sellado la cámara con un hechizo. No puedo salir.

—Nosotros nos ocuparemos de eso, mi señor —respondió Hauclir.

El objeto continuó pinchando la lona. Pasado un momento, la fina punta de una daga la atravesó.

—Dioses del Inframundo —siseó Bolsillos—. Esto es como cortar piedra.

—Continúa en ello —ordenó Hauclir.

Mientras Bolsillos seguía empujando el cuchillo para intentar atravesar del todo la hechizada tela, el antiguo guardia personal le susurró a Malus:

—Te sacaremos de ahí en un momento, mi señor.

El demonio sonrió.

—¿Dónde están las reliquias?

—También las tenemos —replicó Hauclir—. *Rencor* está aquí cerca.

—Es una excelente noticia —dijo Tz'arkan.

Malus sólo podía observar con horror cómo su mano descendía hasta la daga que llevaba al cinturón. Lenta, silenciosamente, el demonio desenvainó el arma.

Bolsillos atravesó la pared de lona con el cuchillo, y comenzó a serrarla hacia abajo. Al cabo de pocos momentos ya había abierto un tajo lo bastante grande como para que un druchii se deslizara por él. El demonio alzó la daga de Malus.

—Entra —dijo—. Aquí hay estatuas de oro y plata. Es hora de que recojáis vuestra recompensa.

Malus se enfurecía impotentemente dentro de los confines de su propio cuerpo, intentando recuperar el control de sus extremidades, pero la presa del demonio era más fuerte que el hierro. Ya veía la matanza que estaba a punto de tener lugar en el momento en que Hauclir asomara la cabeza al interior de la cámara.

—Es la mejor noticia que he oído en todo el día —respondió el antiguo guardia—. Dame la mano.

—Por supuesto —replicó el demonio, mientras cambiaba el cuchillo a la mano izquierda de Malus y metía la derecha por el tajo de la lona. Palpó a ciegas en busca de Hauclir, manoteando con los dedos acorazados del druchii.

Luego, de modo repentino, la mano encontró algo y lo aferró. Malus sintió la suave empuñadura de una espada... y una torrencial corriente de calor que entró a través de su mano y le incendió las venas.

El demonio lanzó un grito furioso cuando la Espada de Disformidad de Khaine tomó a Malus en su ardiente poder. Tz'arkan intentó soltar el arma, pero los dedos del noble ya no le obedecían. Un colérico fuego colmó a Malus de pies a cabeza, y él

gritó de dolor y triunfo al romperse la presa del demonio.

Pasado un momento, Malus se dio cuenta de que Hauclir le chistaba con urgencia. Se obligó a respirar profundamente y responder.

—¿Qué sucede?

—He dicho: ¿podrías gritar un poco más fuerte? Estoy bastante seguro de que al otro lado de los Desiertos del Caos hay unas cuantas tribus dispersas que no te han oído.

Malus rió en silencio, y flexionó los dedos alrededor de la empuñadura de la espada.

—Retrocede, condenado canalla —dijo, y cortó con cuidado la lona de la tienda, que se encogió con un siseo de tela quemada.

Hauclir, Bolsillos y Cortador entraron precipitadamente en la tienda con pequeñas lámparas de luz bruja en la mano. El antiguo guardia personal recorrió el espacio con la mirada y frunció el ceño.

—No veo nada de oro ni de plata —dijo.

—No —replicó Malus, sin aliento, con la espada en alto—. Eso era una descarada mentira.

—Debería haberlo sabido —replicó Hauclir, con un suspiro.

El noble miró a los mercenarios con asombro.

—En el nombre de la Madre Oscura, ¿qué estáis haciendo aquí?

Hauclir se encogió de hombros.

—Culpa a tu gélido, mi señor —replicó—. Tardamos una eternidad en abrirnos paso a punta de espada hasta las cuadras de nauglirs. Parecía que había manadas de esos malditos muertos vivientes acechando en todos los portales. Una vez que llegamos allí y soltamos a *Rencor*, el condenado bicho olió el aire y se alejó a saltos. No pudimos detenerlo, así que decidimos seguir a la bestia y ver adonde iba —explicó—. Nos llevó al exterior por la puerta sur, y luego salió de la ciudad. Pensamos que con toda seguridad alguien nos daría el alto, pero el campamento está desierto. Nagaira ha llamado a todos sus soldados al interior de la ciudad. En cualquier caso, después de un rato, dedujimos que el nauglir estaba siguiendo a alguien, y nos imaginamos que se trataba de ti.

Malus asintió con la cabeza.

—Pero ¿y esto? —preguntó, enseñándole la espada a Hauclir.

—¡Ah, eso es fácil! —replicó—. Cuando fuimos a las cuadras de nauglirs, resultó obvio que intentabas cogerla del lomo de *Rencor*, y que el demonio te lo impedía. Deduje que si te encontrabas aquí fuera, el demonio debía tener alguna responsabilidad en el asunto, así que pensé que era una jugada prudente traerme la espada. ¿Estaba en lo cierto?

—No tienes ni idea de cuánto —replicó Malus—. De hecho, podrías haber

salvado a Naggaroth. —Les habló rápidamente a los mercenarios de los planes que tenía Nagaira—. Cree que tiene el poder necesario para derrocar tanto a Malekith como a Morathi —acabó.

Los mercenarios se miraron con temor unos a otros.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Hauclir.

—Después de lo que he visto... sí. Creo que puede.

—En ese caso, creo que debemos recuperar tu montura y salir a escape de aquí —replicó Hauclir.

Pero Malus negó con la cabeza.

—No. Puede ser que Malekith sea vulnerable, pero también lo es Nagaira. Quizá tenga la fuerza suficiente como para imponerse al Rey Brujo y a Morathi, pero en absoluto bastará para vencernos a tres de nosotros a la vez —dijo—. Y hay que acabar con ella.

—¿Por el bien del reino?

—No seas estúpido —le espetó Malus—. Por mi propio bien. La bruja sabe demasiado.

—¡Ah, por supuesto! Te pido perdón, mi señor —replicó Hauclir con sequedad—. Bueno, ¿y qué quieres que hagamos nosotros?

La mano de Malus apretó más la ardiente espada. Ahora podía sentir su hambre, que le quemaba las entrañas como ascuas.

—Seguidme —les dijo a los mercenarios—, y cuando empiece la matanza, manteneos fuera de mi camino.

Estaban saliendo del campamento del Caos cuando el Rey Brujo lanzó su ataque.

Los cuernos de guerra sonaron desde la alta torre, y Malus observó cómo una forma oscura alzaba su cuello de serpiente en lo alto de la ciudadela, y le rugía un desafío al cielo. Con un poderoso batir de sus correosas alas, el dragón de Malekith, *Seraphon*, se lanzó hacia el oscuro cielo. En el mismo momento, rayos verdes hendieron la oscuridad, la desgarraron y la hicieron retroceder. En los ardientes destellos de luz, el noble entrevio la figura con armadura que iba sobre el lomo del dragón y blandía una espada relumbrante hacia la horda del Caos.

La espada bajó, y *Seraphon* se lanzó en picado con un rugido atronador para inundar el complejo interior con un torrente de llamas que siseaban. Se oyeron gritos y alaridos de los guerreros agonizantes, y se trabó la batalla final.

Malus, Hauclir y los mercenarios se detuvieron a unos cuatrocientos metros de las abiertas puertas de la ciudad. *Rencor* caminaba junto al pequeño grupo y olfateaba el aire con desconfianza. El antiguo guardia se volvió a mirar al noble.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó, señalando la ciudad.

La Torre Negra ya se veía envuelta en columnas de fuego y humo, y desde donde estaban se oía el choque de las espadas contra las armaduras.

—Sólo hasta la plaza que hay ante la puerta interior —replicó Malus—. Allí encontraremos a Nagaira, según espero.

—¿Y cómo tienes intención de detenerla?

—No te preocupes —dijo Malus—. Tengo un plan.

—¿Me interesa saber qué plan es ése? —preguntó Hauclir.

El noble negó con la cabeza.

—Probablemente, tengas razón —convino Hauclir—. Tú primero.

Con Malus en cabeza, el pequeño grupo corrió a través de las ruinas de la ciudad exterior. Tridentes de verdes rayos corrían por el hirviente cielo, y se precipitaban una y otra vez sobre la plaza que había delante de la puerta interior. *Seraphon* continuaba pasando en vuelo rasante sobre el complejo interior, calcinando la zona con voraces chorros de fuego mientras el ejército druchii, aunque superado en número por sus enemigos, se abría paso a través de la ciudadela a punta de espada. En algún lugar situado más adelante, en medio de la refriega, Lhunara estaría causando sangrientos estragos entre los soldados del Rey Brujo.

Malus esperaba que la horda del Caos retrocediera para hacer salir a la hueste druchii hasta la gran plaza situada más allá de la puerta interior. Sería entonces cuando Malekith atacaría directamente a Nagaira, y ella haría saltar la trampa.

Llegaron hasta menos de cien metros de la plaza antes de encontrarse con el paso cerrado por una manada de hombres bestia que se mantenían a la espera. Por el momento, su atención estaba concentrada en la batalla mágica que se libraba en las proximidades.

Malus condujo al grupo hacia las sombras de unas barracas quemadas.

—Aquí es donde nos separamos —dijo—. Debo enfrentarme con Nagaira a solas.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó Hauclir.

El noble miró a los ojos a su antiguo guardia personal, e inspiró profundamente.

—Quiero que deis un rodeo hasta el otro lado de la plaza y esperéis —replicó—. Cuando ataque a Nagaira, será sólo cuestión de tiempo que Lhunara llegue corriendo. Tendréis que retenerla el rato suficiente para que yo me ocupe de mi hermana.

—Bendito asesino —dijo Cortador—. Estuvo a punto de matarme la última vez.

—Y a mí también —añadió Hauclir.

Malus asintió con la cabeza.

—¿Cómo tienes la pierna? —preguntó.

—Bien, cosa bastante rara —respondió el antiguo guardia, al mismo tiempo que bajaba una mano y se apartaba el vendaje. Sólo una cicatriz negro mate indicaba el lugar en que la espada de Lhunara se le había clavado en la pierna—. No logro explicármelo.

Malus reparó en las manchas de icor que oscurecían el vendaje. «Son las energías del demonio —pensó—. Cayeron gotas de mi sangre sobre tu vendaje, y se te

metieron en la herida.» Apretó la mandíbula.

—Es una suerte —dijo—, y necesitaréis mucha más ahora. Simplemente, retenedla durante el tiempo suficiente para que me ocupe de Nagaira. Es todo cuanto pido.

Los mercenarios se miraron unos a otros, y Hauclir se encogió de hombros.

—Hemos llegado hasta tan lejos —dijo— que ahora tenemos que continuar hasta el final.

Malus asintió con la cabeza y le dio una palmada a Hauclir en un hombro.

—Marchaos, entonces. Os veré dentro de poco —dijo con la esperanza de que fuera verdad.

Los mercenarios se alejaron hacia el este, y Malus posó una mano sobre el hocico de *Rencor*.

—Quieto —le dijo mientras frotaba las escamas del nauglir con agradecimiento—. Espera hasta que te llame, bestia de la tierra profunda. Ya has hecho bastante por mí.

Luego, espada en mano, salió a la calle y echó a correr.

La manada de guerreros del Caos que ocupaba la calle en el exterior de la plaza no se dio cuenta del peligro que se le echaba encima hasta que fue ya demasiado tarde. Distráidos por los rayos y ensordecidos por las explosiones atronadoras, no repararon en el oscuro borrón que corría por la avenida sembrada de escombros, hasta que lo tuvieron encima. Media docena de hombres bestia cayeron muertos, con relumbrantes heridas humeantes en el pecho, antes de que el resto pudiera siquiera reaccionar.

Malus se metió entre los enemigos con un aullido salvaje, mientras segaba las apretadas filas con la espada como si fuera una guadaña. Al contacto con la hoja las armas se partían y las armaduras se fundían; brazos y piernas caían sobre el empedrado, acompañados por cabezas. El noble se hacía más fuerte con cada tajo, y los movimientos de sus enemigos resultaban demasiado lentos, hasta que llegó un momento en el que pareció que permanecían inmóviles. Esquivaba sus débiles golpes y los mataba por veintenas, hasta que finalmente los enemigos no pudieron aguantar más y se dispersaron en todas direcciones. Los que intentaron atravesar la plaza fueron destrozados por los coléricos rayos que caían en ella.

Cubierto de brillante sangre, Malus llegó al borde del espacio abierto dando trapiés de borracho. En el centro de la plaza brillaba una cúpula de luz de más de sesenta pasos de diámetro. Los rayos destellaban y rebotaban sobre este escudo mágico alimentado por los chamanes de Nagaira que se encontraban sentados en el habitual círculo y salmodiaban frases arcanas hacia el cielo. Dentro del círculo, Nagaira flotaba a cierta distancia del suelo. Una vez más, era sólo la negra forma de sombras que él había visto en la tienda, rodeada por curvos zarcillos de humo negro

que se entretejían a su alrededor como una red de serpientes.

Más allá, Malus vio que se luchaba en lo alto de la muralla interior. El contraataque de Malekith había hecho retroceder a los atacantes casi hasta la puerta de dentro. Faltaba poco para que el Rey Brujo llegara a la plaza y cayera en las garras de Nagaira. Malus estaba quedándose sin tiempo.

Blandiendo la espada ardiente, el noble cargó hacia la relumbrante cúpula de los chamanes. Los rayos parecían bajar perezosamente del aire, aplastarse contra la protección y recorrer la plaza. Golpeó el relumbrante escudo con la espada, y por su superficie se propagó una red de rojas grietas. Al instante, los chamanes se dieron cuenta de su presencia y se pusieron a gritar mágicas salmodias y apuntar a la dañada cúpula con fetiches de hueso. Las grietas desaparecieron cuando retiró la espada, pero volvió a golpear la superficie una y otra vez. Lenta pero inexorablemente, el daño se propagó.

Descendieron más rayos, como si Morathi percibiera el cambio en la naturaleza de la protección y redoblara sus esfuerzos. El verde resplandor comenzó a amortecerse al ser forzadas al máximo sus energías. Al otro lado de la plaza, Malus vio figuras corpulentas que corrían a toda velocidad hacia la cúpula: eran los minotauros de la guardia personal de Nagaira. Impertérrito, el noble continuó con el ataque.

Dentro del escudo, Nagaira se volvió lentamente para mirarlo. Su rostro envuelto en noche carecía de toda expresión, pero él sintió la fría presión de la furiosa mirada de ella.

Otra andanada de rayos golpeó la cúpula de energía. Malus acompasó sus golpes al ritmo de los rayos, con el fin de reforzar el ataque de Morathi. Entonces, sin previo aviso, la cúpula de energía cayó, haciéndose pedazos como vidrio golpeado por un martillo. Se produjo un destello de luz, y se desplomaron varios de los hombres bestia; la sangre, humeante, les salía por las orejas. Otros varios fueron inmolados por rayos de luz verde, y de ellos sólo quedaron cadáveres calcinados sobre el adoquinado. Un rayo alcanzó incluso a la propia Nagaira e hizo que se tambaleara momentáneamente.

Destruído el escudo protector, los minotauros cargaron a través del espacio que los separaba de Malus, con las hachas preparadas. El noble corrió hacia ellos con un grito feroz, y la espada ardiente cantó al hender el aire. Uno de los enormes guerreros dirigió un amplio barrido hacia Malus, y resultó cortado en dos al pasar el noble corriendo por su lado. Otro acometió al noble con un tajo horizontal, y éste le cercenó ambas manos.

Un hacha se estrelló contra una hombrera de Malus; el noble giró sobre sí mismo y atravesó con la espada el abdomen del minotauro, cuyas entrañas hirvieron. Otra hacha le dio de lleno en el peto. Riendo, Malus arrancó la espada del vientre del que

acababa de matar, y cortó las piernas del paladín enemigo.

Un rayo cayó entre los aullantes minotauros y fulminó a varios guerreros, que se desplomaron. También le acertó a Malus y lo lanzó hacia el cielo, dejándolo caer a varios metros de distancia. Aún humeando, volvió a ponerse en pie de un salto y regresó a la refriega. Sólo quedaban tres de los corpulentos paladines, aturridos y conmocionados por el rayo. Malus acabó con ellos.

Entonces, un zumbido extraño inundó el aire, como un enjambre de avispones furiosos, y Nagaira lo golpeó con un rayo de pura oscuridad.

Le atravesó la armadura como si no la llevara puesta, y sintió que al contacto se le fundían los órganos. Una lanza de dolor puro atravesó el pecho de Malus, que escupió crepitante icor sobre los adoquines. Su hermana flotaba por encima de él a casi doce metros de distancia, envuelta en zarcillos de oscuridad. Una cólera pura manaba de ella en olas palpables.

—Me decepcionas —dijo con voz tronante Nagaira. Un rayo zigzagueó hacia ella, pero le hizo poco caso—. Pensaba que eras más inteligente.

De repente, se lanzó hacia él, atravesando en una abrir y cerrar de ojos el espacio que los separaba. Un puño de ella impactó contra Malus y lo envió al otro lado de la plaza como si fuera un juguete. El noble se estrelló contra la pared de un almacén que estaba situado a quince metros de distancia, y golpeó la piedra con la fuerza suficiente como para rajarla, antes de rebotar y caer sobre el adoquinado.

—Alguien más inteligente habría esperado en la oscuridad a que su muerte lo encontrara —dijo Nagaira—. Pero ¿qué haces tú? Sales a buscarla.

Volvió a lanzarse en picado hacia él. Esa vez, Malus barrió el aire en sibilante arco con la Espada de Disformidad y atravesó la cintura de la bruja. Nagaira se desestabilizó en medio de un alarido de incontables almas torturadas, pero se recuperó casi de inmediato. Cerró una mano alrededor de la garganta de él y lo lanzó de cabeza a través del aire.

En esa ocasión se estrelló contra la mole quemada de una de las catapultas del Caos. Bajo el impacto se partieron tablas de roble, y él cayó con fuerza sobre la base de la máquina de asedio.

Nagaira fue tras él. Los rayos atacaban una y otra vez su humosa figura y ralentizaban su vuelo. Aun así, ella continuaba adelante, impertérrita.

—Podría aplastarte como a una mosca, querido hermano —declaró, colérica—. ¡Y por todos los dioses que debería haberlo! Pero Tz'arkan debe ser puesto en libertad, así que debo contentarme con sólo dejarte tullido.

Descendió en picado, y con la palma de una mano le dio en el pecho un golpe que le partió costillas como si fueran cáscaras de huevo.

Malus gritó de dolor y clavó la espada en el pecho de Nagaira. La hoja salió por la espalda de la bruja y le arrancó un grito de furia. Negro icor humeó en la punta de

la hoja. Ella echó hacia atrás la mano para volver a golpearlo, pero entonces otro rayo mágico dio sobre ella y separó a los dos hermanos.

Malus cayó de espaldas, con fuerza, y apretó los dientes para reprimir una ola de intenso dolor. Nagaira se estrelló como una muñeca rota a algunos metros de distancia. Ahora su cuerpo era de un tono gris, y los zarcillos de humo que la envolvían habían desaparecido casi por completo. Con una furiosa maldición, pronunció un encantamiento que desgarró el aire que la rodeaba y su forma recuperó parte del poder perdido.

Entonces, una sombra se cernió sobre ella desde lo alto. Nagaira alzó la mirada justo cuando *Seraphon* la bañaba en una columna de fuego de dragón.

Malus vio su negra forma envuelta en furiosas llamas. Ella gritó y abrió los brazos de par en par dentro del fuego, y de su cuerpo salió palpitante energía mágica. El dragón se alejó con un deslizamiento de ala, pero la forma carbonizada de Nagaira se volvió para seguirlo. Señaló el cielo con un dedo humeante, y un coro de aullidos demoníacos inundó el aire. De su cuerpo brotaron zarcillos de humo como si fueran colas de látigo, y se extendieron hacia la figura acorazada que montaba sobre el dragón que descendía en picado.

Malus invocó su furia, se puso trabajosamente de pie y cargó hacia el otro lado de la plaza. Ella lo vio en el último momento, y con una sola palabra hizo que otro rayo de fuego negro lo atravesara. El noble dio un traspié al sentir que se le fundían las entrañas, pero la Espada de Disformidad lo sostuvo y lo impulsó a continuar. Malus alzó la ardiente arma y la clavó profundamente en el pecho de Nagaira.

Ella aulló y se retorció, ensartada por la espada, y su forma sobrenatural siseó y crepitó al contacto con el arma. Pero continuó enviando los zarcillos hacia el cielo, en busca del Rey Brujo.

—¡No puedes matarme! —gritó—. ¡Los mismísimos Dioses Oscuros me colman de su poder!

Malus escupió un sorbo de icor sobre el rostro de su hermana.

—Y no aprueban el fracaso —replicó él, y retorció la espada dentro del cuerpo de ella.

Nagaira volvió a gritar, y los humosos zarcillos vacilaron cuando estaban a poca distancia de su objetivo. Su cuerpo se tornó gris una vez más. Farfullando de furia, siseó una letanía de maldiciones e invocó a los dioses para pedirles más poder. Pero ya había recibido demasiado, y la paciencia de los inconstantes Dioses del Caos se había agotado.

Como serpientes, los zarcillos se volvieron en busca de una presa más fácil. Se precipitaron como flechas y se hundieron en el cráneo de Nagaira.

Malus se alejó de su hermana, llevándose consigo la espada ardiente.

Mientras la observaba, vio que rostros demoníacos tomaban forma sobre su

cuerpo, y movían coléricamente la boca al devorar a su hermana desde el interior. Sin dejar de gritar, se encogió en el aire, ante sus ojos.

Lo último que desapareció fueron los ojos. Nagaira posó sobre Malus una feroz mirada de puro odio. Luego, desapareció con una terrible detonación parecida a un trueno.

—Disfruta del favor de los dioses, querida hermana —dijo Malus con voz tétrica. Y entonces, como un viento negro, Lhunara cayó sobre él.

No la oyó acercarse. Sólo lo salvó la Espada de Disformidad, que pareció girar en la mano de él y alzarse hacia el cielo justo en el momento en que las espadas manchadas de sangre de Lhunara se precipitaban hacia su garganta. El cuerpo de Malus se movió sin que pensara en ello, y apartó de un golpe las espadas gemelas en medio de una lluvia de chispas.

No había tiempo para el miedo, las maldiciones o las estratagemas inteligentes. Cayó sobre él como una tormenta, y Malus apenas logró sobrevivir.

El relumbrante ojo de ella brillaba funestamente en las profundidades del yelmo, mientras hacía retroceder a Malus por la plaza. La Espada de Disformidad, difuminada a causa de la velocidad a que lo movía, paraba cada uno de los tajos de ella con un resonante choque que apenas lograba mantener la muerte a distancia. Ya sangraba por una veintena de cortes superficiales que le había hecho en la cara y el cuello.

Pasado un largo momento, Malus recuperó los sentidos ante el enloquecido ataque de Lhunara.

Ella no decía ni una palabra, y se limitaba a dirigirle tajos y estocadas con una urgencia nacida de la desesperación y la locura. Mientras que de Nagaira habían emanado furia y poder, la antigua subalterna de Malus estaba impulsada sólo por el amargo dolor y la desesperación. Ahora Malus percibió que ella sabía que la oportunidad de vengarse se le escapaba de las manos.

La urgencia la volvió descuidada. Lhunara dirigió un tajo hacia el cuello de Malus, y él se agachó para dejar pasar el golpe por encima de su cabeza y abrirle un tajo en el vientre. La espada cortó la armadura de ella como si fuera de papel, y los bordes se fundieron a causa del calor de la espada. Manó icor de la herida, y ella gimió..., pero continuó luchando.

La visión dejó a Malus pasmado. «No puedo matarla —pensó—. ¡Ni siquiera puede matarla la Espada de Disformidad!»

Lhunara saltó hacia el noble, y él plantó los pies en el suelo, bloqueó las espadas gemelas y detuvo la acometida de ella, que quedó casi nariz con nariz con él. Olió el fétido aliento de Lhunara y vio cicatrices de quemaduras que le recorrían la garganta en pálidas líneas.

Dentro de las profundidades del yelmo, Malus vio el pómulo deformado que se

había partido bajo el golpe de Nagaira.

De repente, lo comprendió. Ninguna espada podía matar al portador del Amuleto de Vaurog.

Sabía qué tenía que hacer. Apretó los dientes y soltó la ardiente espada.

De inmediato, el poder de Tz'arkan fluyó por su cuerpo, llenándolo de fuerza y causándole un dolor espantoso. Rugiendo de dolor, apoyó las manos a los lados del yelmo de Lhunara y apretó. Al tenerla cara a cara, la oyó gritar cuando el acero se deformó y hundió. Intentó soltarse, pero no había espacio para que pudiera asestarle un golpe al noble, y la fuerza del demonio era irresistible. Malus sintió que el poder de Tz'arkan aumentaba, y se preguntó de cuánto tiempo disponía antes de que el demonio volviera a hacerse con el control.

Lhunara gimió. Su cuerpo sufrió un espasmo y se le partió el cráneo. Negro icor salió disparado y mojó la cara del noble.

Ella inspiró entrecortadamente.

—Te... amo —siseó. Las palabras sonaron como una maldición.

—Lo sé —dijo Malus, y aplastó del todo el yelmo.

El cuerpo decapitado de Lhunara se desplomó en el suelo. Los rayos destellaron en la superficie de oro rojo del Amuleto de Vaurog cuando se apartó, rodando, del cuerpo de ella.

Malus se inclinó rápidamente y recogió la Espada de Disformidad.

Por un momento, temió que el demonio se resistiera; los dedos le temblaron, pero, con un esfuerzo de voluntad, los cerró sobre la empuñadura y sintió cómo el fuego de la espada mantenía a raya al enfurecido demonio. Luego, recogió el amuleto y se lo puso alrededor del cuello.

Malus alzó la cara hacia el cielo para buscar al Rey Brujo. *Seraphon* pasaba en vuelo rasante por encima de las almenas de la muralla interior, de donde recogía hombres bestia y los arrojaba hacia la muerte. Muchos más bajaban precipitadamente por las escalerillas de asedio, intentando escapar de la trampa mortal en que se había transformado el complejo interior. Ya se veían figuras fugitivas que corrían a toda velocidad por la oscuridad de ambos lados de la plaza. El asedio había acabado, por fin.

Malus quería rugirles su triunfo a los cielos, pero entonces vio a una figura solitaria que entraba, cojeando, en la plaza. La Espada de Disformidad dio un respingo entre sus dedos, pero entonces se dio cuenta de quién era. Maldiciendo por lo bajo, echó a correr por la zona atestada de cadáveres justo cuando Hauclir se desplomaba sobre los adoquines.

Habían desaparecido su corta espada y su fiable garrote, y llevaba la cota de malla empapada de sangre. Lhunara le había clavado no una, sino dos estocadas en el pecho. Tenía la piel pálida y respiraba con jadeos superficiales. Parpadeó con

aturdimiento cuando Malus se detuvo junto a él.

—Creo..., creo que hemos fracasado, mi señor —dijo.

—No —replicó Malus con amargura—. Lo has hecho bien, condenado canalla.

—La contuvimos tanto como pudimos —dijo Hauclir—. La maldita era rápida. Primero se cargó a Cortador, luego a Diez Pulgares. Después me hirió a mí. No sé qué ha sucedido con Bolsillos. Cuando recuperé el conocimiento, ella y esa perra habían desaparecido.

—Estoy seguro de que logró escapar —dijo Malus, aunque no creía ni una sola de esas palabras—. Descansa tranquilo. Los soldados llegarán en cualquier momento, y te llevaremos a los sanadores.

Hauclir alzó la mirada hacia Malus.

—Esa debe ser, más o menos, la peor mentira que has dicho jamás —comentó—. Vas a abandonarme. Puedo verlo en tus ojos.

Malus reprimió el enojo.

—Tengo que irme, Hauclir —dijo con voz suave—. Me he quedado sin tiempo.

De repente, la cara de Hauclir adoptó una expresión solemne.

—Lo sé —dijo—. Yo también. —Entonces, apartó la cara y cerró los ojos.

Malus contempló durante un largo momento a su antiguo guardia, y después apartó lentamente los ojos. La amargura le ardía en las entrañas como un carbón encendido. No había nada que pudiera hacer. La terrible advertencia del demonio aún resonaba en su mente:

—Va a tener que hacer correr a ese nauglir suyo hasta matarlo con el fin de llegar a tiempo al templo.

Se dio cuenta de que tal vez ya era demasiado tarde para recuperar su alma.

«Y ahora estoy echando por la borda también el último de mis honores», pensó.

Tras avanzar una docena de pasos, se detuvo en seco. Lentamente, devolvió la Espada de Disformidad a la vaina. Al apartarse de su calor, notó que la fuerza del demonio regresaba con lentitud.

—Condéname al infierno —murmuró Malus, y luego dio media vuelta y regresó junto a Hauclir.

Con los dientes apretados, se arrodilló junto a su antiguo guardia y abrió la hebilla del cinturón de la espada. Dejó el arma a un lado con rapidez, y el poder del demonio lo inundó.

Malus bajó los ojos hacia sus manos manchadas de icor, y las posó sobre las heridas de Hauclir.

—Levántate, maldito seas —gruñó el noble—. ¿Me has oído, condenado canalla? ¡Levántate! ¡Después de haberme incordiado durante casi un año, que me condenen si voy a dejar que ahora te me mueras!

El pavor inundó al noble, pero concentró su voluntad e invocó el poder de

Tz'arkan para intentar que entrara en las heridas de Hauclir.

El antiguo guardia inspiró convulsivamente y se puso a toser. Malus se apartó del cuerpo del druchii, y vio que las heridas se cubrían de una negra costra mate.

Malus logró dedicarle una sonrisa nerviosa.

—Ahí tienes tu recompensa. Ya me darás las gracias después —dijo, y se lanzó hacia la seguridad de la Espada de Disformidad.

Se desplomó a apenas quince centímetros de distancia. En medio del salto, el demonio lo había atrapado con un puño invisible y había detenido su vuelo. Cayó con fuerza, con los dedos extendidos, pero la salvación quedaba justo fuera de su alcance.

Lo recorrió un dolor atroz cuando Tz'arkan se hinchó dentro de su cerebro. Era un dolor que aumentaba y disminuía, penetrando como una hoja afilada en su corazón y su mente.

—Reza para que tu precioso honor te socorra durante el largo viaje que emprenderás —siseó el demonio, triunfante. Y el mundo se disolvió en una niebla de locura y dolor.

25. El fin de los tiempos

Desiertos del Caos, primera semana del invierno

El polvo de los antiguos señores de la guerra se deslizó de las manos de Malus Darkblade, completando el último segmento del círculo arcano que rodeaba la gigantesca prisión de cristal del demonio. Había pasado casi una hora desde que había comenzado; le palpitaba el cráneo con los blasfemos conocimientos del demonio, y las extremidades le dolían a causa del esfuerzo. Había medido sus pasos con un cuidado milimétrico para dar forma a los símbolos mágicos de modo tan preciso como podía. Ahora la gran urna estaba vacía, y la complicada protección casi acabada.

Cuando el hueso pulverizado corrió entre sus dedos, dejó que los últimos momentos de su vida escaparan junto con él. Cayó de su mano en un reguero de inevitabilidad provocado por la implacable voluntad del demonio. A medida que el círculo brujo tomaba forma a su alrededor, Malus vislumbró la vasta madeja de intrigas y hechos sangrientos forjados por el demonio a lo largo de los milenios, y todos conducían a esos momentos finales. Habían surgido y desaparecido imperios; brujos y reyes habían ascendido a la gloria y luego habían sido pisoteados en el polvo, y miles, quizá millones de vidas habían sido extinguidas, todo con el fin de que él pudiera encontrarse en esta cámara, a esta hora, vertiendo los pulverizados huesos de los conquistadores sobre el suelo de piedra.

Vio lo que deparaba el futuro. En los incendios de Hag Graef, en las calles tintadas de sangre de Har Ganeth y en el horrendo asedio de la Torre Negra, Tz'arkan le había mostrado atisbos del mundo venidero. Se avecinaba una era de oscuridad y destrucción. El demonio caminaría entre los druchii haciéndose pasar por el Azote, y los convertiría en un arma que ahogaría el mundo en sangre.

Malus bajó los ojos hacia los últimos hilos de fino polvo que caían de su mano. «Todos somos simplemente polvo a los ojos de los dioses», pensó, sorprendido por no sentir furia alguna al darse cuenta de esto. Lo había abandonado todo ardor. Tenía el corazón frío y pesado como una piedra.

Se había agotado el tiempo. Todos sus planes secretos habían quedado en nada. Tz'arkan había dispuesto de milenios para tender sus redes, probar las hebras y tensorlas. A él ya no le quedaba otra alternativa que dar los últimos pasos que le restaban.

Era hora de que Tz'arkan se alzara de su prisión antigua, y era hora de que Malus Darkblade muriera.

Las últimas motas de polvo se deslizaron de sus dedos y cayeron sobre el sitio preciso para cerrar el vasto círculo intrincado. El noble percibió un temblor en el aire,

como si la última pieza de un terrible rompecabezas cósmico hubiera encajado finalmente en su sitio.

—Eso es —siseó el demonio. Empujó contra los huesos de Malus como una bestia empuja los barrotes de su celda—. Ahora, la tablilla. Lee el encantamiento que tiene escrito. ¡Deprisa!

Pisando con cuidado, Malus salió del círculo y ocupó su lugar al pie de la poderosa protección. Los sirvientes del templo se levantaron como uno solo y se acercaron a las cinco reliquias que aguardaban en las proximidades. Los cuerpos antiguos crujieron y rechinaron a causa del esfuerzo cuando los muertos vivientes recogieron los artefactos y los dispusieron alrededor del círculo, para luego arrodillarse junto a ellos. El último que colocaron fue la propia Espada de Disformidad. El sirviente antiguo la dejó casi a los pies de Malus.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta fue que el sirviente que llevaba la tablilla de piedra estaba arrodillado junto a él, con las manos alzadas en gesto de súplica. Como en un sueño, Malus bajó una mano y tomó la tablilla que le presentaba el muerto viviente. Se volvió hacia el pedestal cercano y colocó la tablilla sobre él. Una escritura más antigua que Naggaroth, tal vez más antigua que el propio mundo, grabó a fuego sus angulosas líneas en el cerebro de Malus. El blasfemo encantamiento no tenía ningún sentido para el noble, pero las extrañas consonantes eran pronunciadas con facilidad por sus labios gracias a la brutal tutela del demonio.

Las palabras le quemaban los labios y le herían la garganta, pero cuanto más las pronunciaba, con más facilidad salían por su boca. Crepitantes energías inundaron la vasta cámara de tesoros. Un viento caliente se arremolinó en torno al brillante cristal, tironeando del cabello de Malus y de las ropas antiguas de los sirvientes. El dolor atravesó el pecho de Malus, pero el noble no tenía aliento que pudiera emplear en torturados alaridos. En cambio, pronunciaba las palabras que tenía delante, desenmarañando las ataduras que habían sometido a Tz'arkan miles de años antes.

El viento arreciaba y aullaba como un fantasma atormentado en el resonante espacio. Sintió que las serpientes del nido que le rodeaba el corazón comenzaban a desenroscarse y a abrirse camino a través de su garganta. De la boca y la nariz de Malus salió humo que fue arrastrado al interior del ciclón como aceite vertido sobre la superficie de un mar turbulento. Se extendió como una mancha negra en el aire, flotando ante el cristal mientras el encantamiento llegaba a su inevitable punto culminante.

Cuando se pronunciaban las últimas frases del ritual, el inmundo viento arreció hasta transformarse en atronador ciclón que abofeteó a los sirvientes no muertos y les arrancó las ropas podridas y la piel desecada mientras los obligaba a arrodillarse. El negro humo ondulaba y palpitaba, iluminado desde dentro por arcos de diáfanas llamas, mientras se contraía hasta ser una masa amorfa ante los ojos del noble.

Entonces, la última palabra salió por la garganta de Malus junto con un chorro de gotas de icor negro, y él tuvo la sensación de que su cuerpo era despedazado. La tablilla de piedra se quebró en fragmentos afilados como navajas cuando el demonio rompió, por fin, sus ataduras.

Con un sonido como de potente inspiración, la nube de humo abismal se contrajo aún más para asumir una enorme y terrible figura que se alzó muy por encima del encorvado cuerpo de Malus. El cuerpo del demonio tenía la forma del de un druchii, pero era más ancho y mucho más musculoso; era hermoso, y sobrepasaba tanto la cúspide de la perfección que resultaba enloquecedor mirarlo. Sólo su ancha y deforme cabeza y sus ardientes ojos delataban que había nacido en las tormentas del Caos. Unas manos provistas de garras se alzaron hacia el cielo, y Tz'arkan abrió grandes fauces para rugir como un dios recién nacido.

—¡Libre! —atronó la voz del demonio. Era libre no sólo de la piedra, sino del propio Malus. Darse cuenta de esto no lo sorprendió. En realidad, una parte de él lo había sospechado desde el principio.

El gélido toque del poder del demonio desapareció del cuerpo del noble en un instante, y detrás de sí no dejó más que terrible dolor. Malus se dobló de sufrimiento e hizo caer de lado el ligero pedestal.

Sabía lo que tenía que suceder a continuación, y una extraña calma se apoderó de él.

—He hecho lo que me pediste —dijo el noble con una voz entrecortada y ronca—. Ahora debes cumplir tu parte del trato, demonio. Devuélveme el alma.

Tz'arkan, Bebedor de Mundos, bajó los ojos hacia el lastimoso cuerpo del noble y dejó al descubierto una triple hilera de dientes afilados como agujas.

—Tendrás todo lo que mereces —replicó con una carcajada de odio—. Pero antes debo comer.

Con una rapidez excesiva para que el ojo pudiera seguirlo, el demonio se lanzó hacia delante y apoyó una mano enorme sobre el peto de Malus, que sintió que algo cedía en las profundidades de su pecho, como un hilo que se rompiera, y que su corazón se detenía por fin. El dolor se retiró como una veloz bajamar, y tras de sí dejó sólo un gélido vacío.

El demonio se retiró, e hizo manar un chorro de negra sustancia a través de la embrujada armadura del noble. Malus observó cómo Tz'arkan le arrancaba el alma del cuerpo y se la llevaba a la boca abierta. Agonizante, se cayó lentamente al suelo.

Agonizante, pero no muerto del todo. Los encantamientos antiguos de las protecciones del templo enlentecían el paso del tiempo dentro de la gran sala. En ese lugar, el último aliento de un druchii podía tardar mil años en escapar.

Perdido en su triunfo, Tz'arkan comenzó a devorar la marchita alma del noble. El Bebedor de Mundos no vio la mano de Malus, que se alargaba hacia la oscura

empuñadura de la Espada de Disformidad, situada a poca distancia.

Sus dedos tocaron la empuñadura de la ardiente espada y sintió que el calor del arma avivaba las ascuas de odio de su muerto corazón. Los manchados labios se le tensaron en una mueca bestial.

«Con el odio, todo es posible —pensó—, tanto en la vida como en la muerte.» La Espada de Disformidad de Khaine pareció saltar a sus manos por propia decisión, y él trazó con ella un sibilante arco dirigido hacia el cuerpo de Tz'arkan.

La ardiente hoja abrió un tajo en el vientre del demonio y prendió fuego a su cuerpo mágico. Un bramido de dolor y furia desgarró el aire de la cámara del tesoro, y abofeteó a Malus como un viento tormentoso. Le respondieron agudos chillidos y lamentos de terror cuando los sirvientes no muertos de Tz'arkan se encogieron ante la cólera de su señor.

Era una apuesta, tal vez la más arriesgada que había hecho jamás. Sus cálculos sopesaron la voluntad de Khaine contra la voracidad del demonio. La negra espada y el sigilo de la cámara del tesoro le habían dado la idea. ¿Entregaría la Espada de Disformidad su alma a Tz'arkan con tanta facilidad? El creía que no, no si había la más ligera esperanza de que pudiera triunfar contra el demonio que tenía delante.

«Y si me equivoco, que así sea», pensó, mientras echaba atrás la humeante espada para asestar otro golpe. No iba a internarse en la Oscuridad Exterior sin luchar.

El noble notó que su cuerpo era ligero y veloz al lanzarse hacia el demonio, cabalgando sobre una ola de hambre de batalla legada por la temible espada de Khaine. Pero antes de llegar a golpear, Malus vio los llameantes ojos del demonio fijos en él, y la atronadora voz de Tz'arkan pronunció palabras de poder que abrasaron el aire que mediaba entre ambos. El puño provisto de garras del demonio se cerró en torno al alma de Malus, negra como la noche, y la atrapó en una jaula de rayos curvos como garfios; luego, adelantó la otra mano, con la palma hacia fuera, dirigida directamente hacia el pecho del noble.

Malus sintió que en el aire que los separaba crepitaban energías invisibles, y se lanzó hacia un lado una fracción de segundo antes de que un rayo saliera disparado de la mano de Tz'arkan. El negro rayo hendió el aire con un sonido como de tela rasgada, y dejó una coagulada niebla de sangre y bilis detrás. Pasó como una lengua de dragón a menos de un pelo del brazo del noble, y la piel se le encogió a pesar de hallarse dentro de los confines de la armadura encantada. El rayo atravesó el gimiente grupo de servidores, cuyos cuerpos disolvió con su mero contacto. Las monedas de oro se fundían y corrían como cera. Diamantes y rubíes se oscurecían y partían al tocarlos la entrópica energía. El voraz fuego negro atravesó toda la cámara del tesoro y dejó un surco en la pared de obsidiana con un crujido de piedra rajada.

Tz'arkan también continuaba ardiendo, y los bordes de la herida que le atravesaba el vientre se encogían y ennegrecían como pergamino mientras las amarillas llamas

danzantes chisporroteaban y crepitaban dentro de su antinatural cuerpo perfecto. El demonio rió como un demente y su voz tembló entre la diversión y la furia asesina al volverse para encararse otra vez con Malus. De sus manos tendidas ascendía ondulado vapor negro. Las dirigió hacia él como si fuera a bendecirlo.

El fuego de ébano volvió a saltar hacia Malus. Por instinto, éste se lanzó al suelo, donde la armadura se estrelló contra la piedra pulida, y una vez más escapó por poco del voraz toque del negro rayo, que consumió el pedestal sobre el que había descansado la tablilla de piedra. Luego abrió un profundo surco en el suelo al pasar sobre otro grupo de indefensos servidores. Sus agudos gritos burbujearon y sisearon cuando sus cuerpos se desplomaron convertidos en humeantes cenizas.

Pero el demonio aún no estaba acabado. Tz'arkan continuó girando e hizo restallar el arco de fuego brujo hacia Malus como si fuera un látigo. Explotaron columnas que tocó al pasar, y regaron la cámara con piedra pulverizada y fragmentos que silbaban al hender el aire. Estallaron urnas de arcilla con detonaciones secas al hervir su contenido en un segundo. Armaduras embrujadas se arrugaron como hojuelas de metal. A continuación, el voraz fuego retrocedió por el suelo, ennegreciendo las curvas líneas de las enormes protecciones mágicas, para luego caer sobre el bajo y ancho trípode de hierro sobre el que descansaba la prisión de cristal del demonio. El oscuro metal se fundió como cera caliente, y la enorme piedra facetada se inclinó y cayó pesadamente hacia delante. El entrópico azote de Tz'arkan golpeó el brillante cristal, y durante un instante aterrador las facetas enviaron en todas direcciones hilos de poder destructivo que recorrieron la vasta sala como una tormenta de cuchillos irresistibles. Un momento más tarde, el cristal se ennegreció por dentro al crecer en su interior, con aterradora rapidez, un cáncer que se hinchó hasta llegar a la superficie de la piedra y hacerla pedazos con una explosión que sacudió la tierra. Malus fue lanzado hacia delante por la detonación, mientras la armadura que cubría su cuerpo era golpeada por esquirlas de cristal del tamaño del puño de un druchii.

«No puedo continuar así —comprendió—. Ya no puedo acercarme a Tz'arkan, y de un momento a otro se me acabará la suerte.» Durante una fracción de segundo contempló la posibilidad de negociar con el demonio. Tz'arkan necesitaba morar dentro del cuerpo de Malus para poder regresar a Naggaroth, ¿verdad? Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que el tiempo de las intrigas había pasado hacía mucho. Tenía que pensar en otra cosa, y deprisa.

Con un zumbido en los oídos, miró a su alrededor en busca de un sitio donde ponerse a cubierto del negro fuego del demonio, y entonces sus ojos captaron un destello de latón a pocos metros de distancia, un objeto que descansaba al borde del círculo de invocación. «¡Por supuesto!», pensó. Se puso de pie y corrió desesperadamente hacia la reliquia cercana, mientras el aire crepitaba detrás de él a

causa de las energías que estaban acumulándose.

Los dedos del noble se cerraron en torno al talismán de latón en el instante en que la energía bruja del demonio saltaba hacia él. Malus se volvió al mismo tiempo que alzaba el Octágono de Praan ante sí, y el rayo de negro fuego explotó contra su superficie. Zigzagueantes cintas de energía rebotaron contra el amuleto, cuyo poder las rechazó, y atravesaron el techo, las paredes y el suelo como rayos de tormenta. Malus sintió que de la reliquia radiaban olas de calor, y para su horror vio que de la superficie del talismán caían gotas de latón fundido que siseaban. El pleno poder del demonio era más temible de lo que había imaginado.

Estaba claro que el amuleto no sobreviviría a otro rayo. Malus arrojó a un lado la reliquia dañada, y buscó el siguiente talismán situado en el borde del gran círculo. El semblante del noble era ceñudo. Iba a tener una sola oportunidad más, y debía lograr que sirviera de algo.

Malus se lanzó por el humeante suelo para coger la reliquia. Al otro lado del círculo de invocación, la risa de Tz'arkan se apagó. Las llamas que lamían la herida de su torso chisporrotearon y se apagaron.

—Insignificante gusanillo —siseó el demonio—. Te he arrancado la vida y aún te retuerces. Todo lo que jamás has sido, todo aquello con lo que has soñado, te lo he arrebatado yo. ¡Y sin embargo, te niegas a aceptar tu desdichado destino! Se ha acabado, Malus Darkblade. Has sido un sirviente realmente problemático; en ocasiones, desesperaba de que pudiéramos llegar alguna vez a este momento glorioso. Pero por mucho ahínco que pusieras en luchar contra mí, al final hacías mi voluntad de todos modos, tanto si lo sabías como si no. —El demonio lanzó una venenosa risa entre dientes—. Cuando haya consumido tu alma, me apoderaré de tu asqueroso cuerpo para regresar a Naggaroth, y comenzará el reinado del Azote —dijo el demonio. Arcos de negro poder crepitaban a lo largo de sus dedos provistos de garras—. Y no podría haberlo hecho sin ti, Darkblade, a pesar de lo débil que eras. Y ahora recogerás tu recompensa.

Malus cerró la mano alrededor de la reliquia.

—Toma tú también una prenda de mi estima —gruñó al mismo tiempo que rodaba hasta quedar de espaldas y le arrojaba al demonio la Daga de Torxus con la mano izquierda.

La daga se transformó en un borrón oscuro que giró sobre los extremos al atravesar el vapuleado círculo y clavarse en el pecho de Tz'arkan. Se produjo un atronador restallar de energías alteradas cuando el poder que el demonio estaba a punto de lanzar contra Malus fue desbaratado por la fuerza de la reliquia. Ardientes arcos de fuego negro cayeron sobre la empuñadura de la terrible daga, y abrieron horrendas heridas en el cuerpo antinatural del demonio. La Daga de Torxus también comenzó a ennegrecerse, y el pomo y la empuñadura se vaporizaron bajo la mágica

reacción en cadena.

—¡No! —rugió Tz'arkan, que manoteaba desesperadamente la empuñadura de la daga.

El cuerpo del demonio empezó a deshacerse bajo el embate; la piel se le disolvía y la carne se le tornaba líquida. El alarido de furia del demonio se hacía cada vez más salvaje.

—¡No puedes detenerme, desgraciado! ¡Este mundo es mío ahora! ¡Oye las palabras de Tz'arkan y desespera! ¡El tiempo de destrucción ha llegado! Y en su momento, tú...

El resto se perdió en un *crescendo* de explosiones arrasadoras cuando el poder del demonio y las energías de la Daga de Torxus se hicieron pedazos mutuamente. Con un último esfuerzo, Tz'arkan se arrancó la humeante arma del pecho..., y tanto él como la daga se desvanecieron en un destello de luz blanca y un restallido de un rayo ensordecedor.

Un gemido hizo que Malus recobrará el conocimiento. De alguna manera se había puesto de rodillas, con la ardiente espada aún aferrada en la mano derecha. De su vapuleada armadura ascendían jirones de humo, y dentro de la cámara mortecinamente iluminada flotaban nubes de piedra y metal pulverizados.

Tz'arkan había desaparecido. El noble no sabía ni le importaba si había sido destruido o desterrado a su reino dejado de la mano de la diosa. Inspiró profundamente, sin hacer caso del hedor a metal y carne quemados que viciaba el aire. Se sentía ligero, casi ingrátido dentro de la armadura. No se había dado cuenta de la carga que constituía en realidad, la presencia del demonio.

Una suave risa entre dientes escapó de sus labios partidos. «He ganado —pensó—, he ganado.»

Su mirada se posó sobre el guantelete que le cubría la mano derecha. Tras colocar la Espada de Disformidad atravesada sobre sus muslos, se quitó el guante metálico para dejar a la vista el anillo adornado por el cabujón que había constituido una burla para él durante tantos meses. Con dedos temblorosos, aferró el anillo y tiró. Se deslizó fácilmente de su dedo, cayó de la mano y tintineó con suavidad al rebotar por el suelo. El noble sonrió con expresión de triunfo. Otra cansada risa entre dientes se transformó en salvaje carcajada de alegría.

—¡He ganado! —gritó.

Algo le tironeó de un costado de la cara. Con gesto ausente, Malus levantó la mano derecha para quitárselo. Tenía la mejilla fría al tacto.

Con el ceño fruncido, los dedos del noble se cerraron sobre la pequeña forma dentada que tenía clavada en la piel. Sintió una leve punzada de dolor al arrancársela, y la sostuvo ante sus ojos.

Se trataba de un trozo de cristal del tamaño de una moneda de oro, de bordes más

afilados que un cuchillo. Ni siquiera había sentido que se le clavara en la piel.

Peor aún, no había sangre en él. Ni siquiera tenía una oscura mancha de icor. A Malus se le secó la garganta.

Alzó la mano una vez más y presionó delicadamente los dedos contra un costado del cuello. Por mucho que lo intentó, no percibió el palpitar de la sangre dentro de las venas.

—¡Ay, no! —jadeó—. ¡Ay, bastardo infernal! Te la has llevado. ¡Te has llevado mi alma tres veces maldita!

El grito de furia del noble fue ahogado por otro ominoso gemido. Se oyó un crujido de piedra partida, y luego un estruendo atronador al hundirse parte del techo de la cámara. Las pesadas losas de obsidiana golpearon el ya debilitado suelo y lo atravesaron, precipitando una lluvia de destrozados tesoros y toneladas de escombros sobre el piso de abajo.

De repente, el aire resonó con ominosos gemidos y crujidos también por encima de Malus.

—Madre de la Noche —gruñó el noble. El demonio aún podría lograr que el condenado templo se le derrumbara encima.

Miró hacia la puerta abierta. ¿Qué sucedería cuando saliera fuera del alcance de los hechizos de contención? ¿La muerte se lo llevaría por fin?

Se produjo una detonación seca justo por encima de Malus, y un trozo de obsidiana del tamaño de su torso se estrelló contra el suelo a poca distancia a su izquierda. Eso hizo que el noble se decidiera. De todos modos, si se quedaba donde estaba era como si ya estuviera muerto. Recogió el guantelete y la Espada de Disformidad, y echó a correr.

No había dado más de una docena de pasos cuando el resto del techo cedió con un prolongado rugido demoledor. Por su lado pasaron ráfagas de piedra pulverizada que lo envolvieron por un instante en una sofocante niebla negra. Con los dientes apretados, Malus continuó corriendo en dirección al sitio en que sabía que estaba la puerta. El suelo se sacudía debajo de él por efecto de las toneladas de escombros que se desplomaban del techo del templo.

De repente, el suelo se hundió bajo sus pies y se precipitó de cabeza al vacío. Cayó durante un largo instante vertiginoso, y luego se estrelló de cara contra un inclinado suelo de piedra. Una vez más, el dolor pareció un extraño eco de la sensación verdadera; sabía que se había hecho daño, pero no estaba seguro de la gravedad de la herida. Sintió que resbalaba un par de metros antes de detenerse contra un tramo de suelo horizontal. Sacudió violentamente la cabeza para intentar aclarársela, y al fin se dio cuenta de que había caído por la larga rampa que descendía hasta las dependencias privadas del piso que había debajo de la cámara del tesoro.

El aire continuaba cargado de polvo y humo. Malus se puso trabajosamente de

pie, tosiendo al esforzarse por respirar en la oscuridad marrón grisácea. El suelo continuaba temblando bajo sus pies, y los sonidos de piedras que se desplomaban se habían fundido en un largo rugido apagado. Con la Espada de Disformidad en la mano, continuó corriendo niebla adentro, avanzando de memoria en busca de la parte superior de la escalera de caracol.

Mientras corría, caían piedras en torno a él; chocaba contra montones de escombros que se interponían en su camino, pero cada vez volvía a levantarse y continuaba corriendo. Los minutos se estiraban interminablemente, hasta el punto de que llegó a pensar que había dado media vuelta en la oscuridad y ahora estaba irremediablemente perdido. Sin embargo, justo cuando comenzaba a desanimarse, una ráfaga de aire le golpeó la cara, y salió a un espacio despejado que mantenía limpio una corriente de aire ascendente que parecía proceder de un horno. Ante él se encontraba la escalera de caracol, con la pared iluminada por un ominoso resplandor anaranjado.

—Madre de la Noche —maldijo mientras vacilaba en el escalón superior y sacudía la cabeza, impotente—. No hay otro camino de salida que no sea hacia abajo —dijo al fin—. Si esto no me calienta los huesos, nada lo hará.

Tras inspirar profundamente, bajó a la carrera la escalera de caracol. El calor le presionaba el cuerpo como una muralla, pero sólo sentía el más ligero eco de tibieza. El aire ondulaba y rielaba como un espejismo del desierto mientras él descendía cada vez más hacia el lago de fuego.

Salió a un umbral de piedra fundida, ante la boca de las hirvientes fauces de un dragón. El magma burbujeaba cien metros más abajo. Mientras Malus observaba, trozos de roca del techo de la caverna se precipitaron al agitado mar, y levantaron columnas de piedra fundida de más de dos metros de altura. Los bordes inferiores de las alas del demonio que había al borde de la plaza brillaban de color blanco anaranjado y goteaban regueros de roca fundida dentro del lago.

Malus envainó la Espada de Disformidad y se puso el guantelete de la mano derecha, para luego continuar bajando rápidamente la escalera. No obstante, al posar un pie sobre la primera de las rocas flotantes, la escalera se movió con violencia debajo de él. La roca de varias toneladas se bamboleó, y comenzó a descender, cada vez más velozmente.

—¡Bendita Madre de la Noche! —gritó Malus, con los oscuros ojos desorbitados a causa de la alarma.

Tomó impulso y saltó a la roca siguiente, y también ésta inició su mortífero descenso. Sin apenas atreverse a parar, el noble aceleró y saltó de una roca a la siguiente, acercándose cada vez más al lago de magma de abajo. Detrás de él, las rocas caían al lago, estallaban en pedazos y hacían saltar al aire enormes columnas de piedra fundida.

El último escalón estaba a poco más de tres metros y medio por encima del lago de fuego. Cuando sus botas lo tocaron, se precipitó hacia el magma, y casi de inmediato chocó contra la superficie. De las fisuras de la piedra se alzaron chorros de vapor, y la roca explotó bajo los pies del noble. Vociferando todos los juramentos que conocía, Malus se lanzó hacia delante y saltó a través de la corta distancia que lo separaba de las recalentadas piedras de la plaza. Cayó con fuerza sobre rodillas y codos, y sintió que el acero de su armadura siseaba contra las ardientes piedras.

La plaza comenzó a temblar debajo de Malus, y un ominoso retronar empezó a aumentar por encima de su cabeza. Se puso de pie, atravesó la amplia plaza a la carrera y cruzó la cámara de los Dioses del Caos que había al otro lado. Las caras de los Poderes Malignos le sonrieron burlonamente desde sus pedestales cuando pasó entre ellos. De haber tenido tiempo, le habría encantado arrastrarlos a todos por la plaza y echarlos de cabeza al lago de fuego.

El retumbar iba en aumento. Malus sintió un viento que arreciaba detrás de él al acelerarse el derrumbamiento del templo. Para cuando llegó a la antecámara, aullaba como un demente, esperando que el techo se le hundiera encima de un momento a otro. Los fantasmas aún atrapados dentro de la cámara por la fuerza de sus antiguos juramentos lo contemplaron con silencioso horror cuando los abandonó a su suerte.

Malus salió precipitadamente a la nevada noche con un bramido de desesperación justo en el momento en que el templo se hundía completamente detrás de él. El suelo se estremeció como si lo hubiera golpeado el martillo de un dios, y lanzó al noble boca abajo sobre la superficie congelada. Los sonidos de piedra partida y tierra que se asentaba continuaron durante largos minutos detrás de él. Cuando por fin cesaron, el silencio que se extendió por los bosques circundantes resultó ensordecedor.

Lenta, cuidadosamente, Malus se puso de pie. Al volverse vio que el templo de Tz'arkan ya no existía. El enorme edificio se había desplomado sobre sí mismo y había caído al voraz lago de fuego. Lo único que quedaba eran pilas de obsidiana derrumbada, envueltas en los vapores tóxicos que manaban del magma de abajo. Miró la devastación y le sorprendió no experimentar alivio alguno por haber escapado. En realidad, no sentía nada en absoluto.

Unos leves sonidos de movimiento procedentes de la entrada del recinto del templo hicieron que Malus se volviera. Se acercaban grupos de hombres bestia con expresión de pasmo reverencial en los deformes rostros al contemplar la destrucción del gran templo. El jefe, el chamán de un solo ojo, se arrodilló ante Malus.

—¿Qué significa esto, gran príncipe? —graznó en su bestial idioma.

La mirada del noble recorrió a la muchedumbre que iba aumentando, y fue a posarse sobre el pasmado chamán. Su furia se había extinguido. Sentía el cuerpo vacío, los huesos tan fríos como la piedra. «No es la sensación que debe causar la victoria», reflexionó.

—¿Qué significa? —repitió con voz muerta—. El fin del mundo, por supuesto. Para ti, quiero decir.

Desenvainó la ardiente espada de Khaine y se la mostró a la manada. Luego, les enseñó lo que era capaz de hacer.

Malus Darkblade exprimió la última gota de sangre del corazón del hombre bestia dentro de la colmilluda boca de *Rencor*, y luego lo arrojó al montón con los demás. Frunció pensativamente el ceño, se quitó el guantelete empapado de sangre y apoyó la mano contra el costado del hocico del gélido. No sabía si el calor del cuerpo del nauglir estaba aumentando o no.

—Vamos, maldito seas —susurró—, ahora hay aquí la carne suficiente como para alimentar a un escuadrón de gélidos. Sólo tienes que levantar ese escamoso hocico que tienes y comer.

El nauglir no hizo movimiento alguno hacia la pila de extremidades cortadas que Malus había amontonado a escasos centímetros de sus fauces. La bestia de guerra lo contemplaba con un gran ojo rojo. Sacudiendo la cabeza, el noble se puso de pie.

—Ya he hecho por ti todo lo que puedo hacer, enorme montón de escamas. Si te me vas a morir ahora, acaba de una vez. Depende de ti. Pero si quieres vengarte de mí por todos los castigos que te he infligido en las últimas semanas, necesitarás recuperar fuerzas.

Suspirando para sí, el noble le volvió la espalda y avanzó hacia la rugiente hoguera que había encendido con piedra fundida y pilas de leños cortados. En varios metros a la redonda, el terreno que rodeaba la hoguera se había transformado en fango revuelto teñido de rojo. Cuerpos y trozos de cuerpos cubrían la tierra hasta donde alcanzaba la vista de Malus. Había logrado mantener el control suficiente como para no matar a las últimas docenas de hombres bestia, a los que había puesto a trabajar en el descuartizamiento de sus compañeros y la recolección de troncos para el fuego. Había tenido la intención de matarlos en cuanto hubieran acabado, pero mientras se ocupaba de alimentar a *Rencor* se habían escabullido oscuridad adentro. Dudaba de que volviera a verlos.

Durante la hora siguiente se dedicó a recoger los huesos de sus antiguos guardias y a echarlos uno a uno al rugiente fuego. Creía que les debía eso, aunque no sintió nada cuando los entregó a las llamas.

«Estoy muerto por dentro —pensó, mientras observaba los huesos que se ennegrecían dentro del fuego—. Muerto por dentro, muerto por fuera. Un señor de la destrucción, en efecto.»

Tz'arkan había dicho la verdad. El demonio se lo había arrebatado todo justo cuando parecía que tenía al alcance de la mano sus más profundos deseos. «Podría volver a casa —pensó—. Aún soy el paladín del Rey Brujo; y tras la amarga victoria de Ghron, el rey tendrá necesidad de manos fuertes para que le ayuden a

salvaguardar el reino.» Aún podría saldar cuentas con Isilvar. Podría encontrar a Hauclir, si aún vivía, y ponerse a reconstruir su vida una vez más.

Y sin embargo..., y sin embargo, no sentía nada. Ni hambre. Ni expectación, siquiera, ante la perspectiva de dulce venganza contra su último hermano superviviente. No sentía odio por el último golpe traicionero que le había asestado el demonio.

«No siento odio —pensó, sacudiendo la cabeza—. Esta no es manera de vivir para ningún druchii.»

Malus contempló las llamas durante largo rato, observando cómo las piedras fundidas quemaban los huesos de sus guardias personales hasta reducirlos a polvo. Hacia el final de la noche comenzaron a caer más copos de nieve, y para cuando la aurora hizo palidecer el cielo, ya había decidido lo que debía hacer.

Cuando se volvió hacia *Rencor*, se encontró con que el nauglir estaba de pie y hozaba vorazmente entre las pilas de carne de hombre bestia que tenía delante. La visión hizo aflorar una sonrisa a la cara del noble. Mientras la bestia de guerra comía, le examinó las patas posteriores y la cola en busca de signos de enfermedad o torceduras. El nauglir observó a su amo en tanto trabajaba, y le gruñó ominosamente entre dos bocados. Malus miró al nauglir a los ojos rojos con expresión fingidamente ceñuda.

—Estaba empezando a pensar que ibas a abandonar —dijo—. Es bueno saber que acerté cuando te di el nombre de *Rencor*.

Dejó descansar al gélido hasta bien pasado mediodía, mientras trazaba su plan y recogía trozos de carne para el viaje que tenían por delante. Había oído decir que la vidente del Arca Negra poseía una reliquia que mostraba el emplazamiento de cualquier cosa que deseara encontrar su poseedor, con independencia de dónde o en qué reino se hallara. Iba a necesitar ese instrumento si quería descubrir adonde había ido Tz'arkan.

Iba a recuperar su alma. Malus no tenía ni idea de cómo podía hacerse algo semejante, pero lo lograría o moriría en el intento. Adondequiera que hubiese huido el demonio, aunque el sitio estuviera dentro de las mismísimas tormentas del Caos, Malus iba a encontrarlo y a recuperar lo que era suyo. Naggaroth y Hag Graef podían esperar. ¿Qué sentido tenía la venganza, si no había manera de saborearla?

A media tarde, *Rencor* estaba preparado para emprender el viaje. Malus examinó sus gastadas alforjas y las raciones de carne, y luego subió pesadamente a la silla. Condujo al nauglir hasta la puerta del recinto, más allá de las veintenas de cadáveres cubiertos de nieve, y lo detuvo ante el largo camino que disminuía hasta perderse a lo lejos.

—Estás ahí fuera, en alguna parte, demonio —susurró Malus al viento gélido—, y si puedes oírme, será mejor que te prepares. El Señor de la Destrucción va a por ti.

Malus Darkblade apoyó una mano acorazada contra un costado del cuello de *Rencor*.

—Adelante, bestia de la tierra profunda —dijo—. Hacia el Arca Negra, hacia los dominios del demonio, hacia el propio Abismo, si es que es hacia allí que conduce la senda. Nuestro viaje ha concluido. Ahora comienza la cacería.